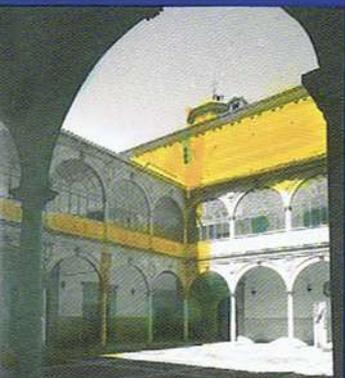
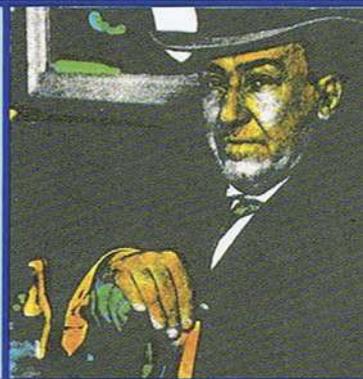




Antonio
Chicharro
Chamorro
(Ed.)

ANTONIO MACHADO Y BAEZA A TRAVÉS DE LA CRÍTICA



CRÍTICA LITERARIA

MONOGRÁFICA

UNIVERSIDAD DE GRANADA
UNIVERSIDAD «ANTONIO MACHADO»: BAEZA

ANTONIO MACHADO Y BAEZA
A TRAVÉS DE LA CRÍTICA

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO (Ed.)

ANTONIO MACHADO Y BAEZA
A TRAVÉS DE LA CRÍTICA

GRANADA
1992

1.ª edición, 1983 (en colección "Aula Antonio Machado").
2.ª edición corregida y aumentada, 1992.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
ANTONIO MACHADO Y BAEZA A TRAVÉS DE LA
CRÍTICA.
ISBN: 84-338-1638-1. Depósito Legal: GR/1087-1992.
Edita e Imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de
Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Printed in Spain *Impreso en España*

Para mi madre

*Me trasladé a Baeza, donde hoy resido.
Mis aficiones son pasear y leer.*

Antonio Machado

INTRODUCCIÓN

I

Cuando en 1912 llega Antonio Machado a Baeza, en un momento emocional, como se sabe, bastante delicado, no podía intuir que aquella ciudad, sus paisajes y sus gentes, «la realidad española», como bien dice Tuñón de Lara, iban a provocar en él uno de los períodos más fecundos de su actividad literaria, bien como canto de un luminoso paisaje, bien como reacción en contra de una de las dos Españas, la que mira hacia el pasado como todo futuro, afincada todavía en ciertos valores feudalizantes, o bien en otras varias direcciones. Pese a su primera visión negativa de la ciudad y de sus gentes, de las que salva a escasísimas personas, no puede negarse que la misma provocara una producción constante, señalada por más de un crítico como una de las mejores de toda su actividad poética. Así pues, no podemos afirmar tajantemente que su traslado al Instituto de Baeza, que en el plano profesional fue un paso atrás, lo fuera realmente en esa otra faceta suya, sin duda más importante. Hay que reconocer, no obstante, algo que por lo demás es obvio: Machado traía en su maleta un proyecto poético, una memoria histórica y unos materiales ideológicos que inconscientemente lo constituían, bagaje éste que en relación con ese trozo andaluz de la realidad española dio como resultado una producción verdaderamente importante.

No hay más que espigar en la bibliografía machadiana para encontrar aseveraciones en este sentido. Así, por ejemplo, José Luis Cano afirma: «Los años de Baeza han sido fecundos para el pensamiento de Machado, han sido años de soledad y de meditación y (...) en esos años se consolida definitivamente su enorme personalidad. A ellos pertenece el interesantísimo epistolario con

Miguel de Unamuno, sus estudios de Filosofía y la serie espléndida de poemas de preocupación por el destino de España»¹. O, por poner otro caso, las afirmaciones de Manuel Tuñón de Lara vertidas en su conocido trabajo *Antonio Machado, poeta del pueblo*²: «El período llamado 'de Baeza' en la vida y obra de Machado, que va de 1913 a 1919 es de los más fecundos y completos. Se produce en él el paso de la poesía de tema castellano a la de tema andaluz, el empleo de canciones y metro corto, tanto en poemas de tema popular como en otros —cuyas fuentes no son menos populares— pero que llevan una considerable carga de pensamiento. En esta época maduran sus concepciones estéticas y, sobre todo, adquiere grandes vuelos la temática de lo español». En este mismo sentido se pronuncia Aurora de Albornoz: «A fines de 1912, Machado, recién viudo, pide el traslado al Instituto de Baeza. Lo que pasó en el alma del poeta en esos terribles primeros meses de soledad y cansancio total, quedó definitivamente guardado en un grupo de extraordinarios poemas, que constituyen una cumbre de la poesía española. También la correspondencia que mantuvo en ese tiempo con algunos amigos es profundamente reveladora»³. Pero no quiero abrumar al lector con citas que, en su sentido último, vienen a coincidir. Hemos de concluir, pues, que la etapa baezana del poeta es enormemente valiosa y productiva, aunque, tal como las recoge Manuel Cáceres⁴, se hayan formulado algunas puntualizaciones al respecto. Algunos críticos, los menos, esa es la verdad, se han hecho eco del balance que el propio Machado hace de esos años en una carta dirigida a Federico de Onís, el 30 de diciembre de 1918, estando a punto de cerrarse su etapa baezana: «El clima moral de esta tierra —le escribe— no me sienta y en ella mi producción ha sido escasa». Esta escasez, que Sánchez Barbuco atribuye al momento de añoranza y dolor por la muerte de

¹ CANO, J. L., «Prólogo» a *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)*, de Francisco Lapuerta y Antonio Navarrete, Madrid, Vassallo de Mumbert editor, 1969, col. «Siglo Ilustrado», pp. 1-2.

² Barcelona, Nova Terra/Laia, 1976³ (la primera edición es de 1967), p. 99.

³ «Miguel de Unamuno y Antonio Machado», *La Torre*, año IX, núms. 35-36, julio-diciembre, 1961.

⁴ El trabajo se reproduce en estas páginas.

Leonor, su joven esposa, debe ser sopesada cualitativamente. Así pues, varias decenas de poemas, unas cuantas páginas de su cuaderno *Los Complementarios* —también, un significativo epistolario, no se olvide— equivalen a una profundización de su poética de la palabra esencial en el tiempo, es decir, representan un salto cualitativo para la poesía española. Esta es, pues, paradójicamente, la fecundidad de su escasez.

Ahora bien, no formulo esta afirmación con un valor estrecho. No presto mi atención a la crítica de este período de su vida y obra para realzar o sobrevalorar un punto geográfico. Si acepto esta denominación, etapa o período baezano de Antonio Machado, es con un sentido de delimitación estricta de un momento nuevo de su vida y de su obra, momento que podría llamarse de otra manera, pero que «cediendo un poco a la facilidad geográfica», tal como dice Tuñón de Lara, denomino así también. Tampoco proyectó mis palabras a un marco tan exageradamente amplio como al que alude Ricardo Gullón: «Fue don Antonio provinciano por necesidad y universal por vocación y destino»⁵. No. Pongamos a don Antonio en su lugar: la realidad española, aunque luego su obra ande otros mundos, máxime, cuando mantenía en sus manos el ascua del problema de España, y por poner un ejemplo anecdótico, escribiera parte de "La tierra de Alvargonzález" en París, precisamente en el París de principios de siglo.

Por otra parte, no es Baeza una simple anécdota en su vida, es, como ya he dicho, un trozo concreto del problema de España que provoca en el poeta un momento creador sobresaliente proyectado a la realidad española toda. Ahí radica precisamente su interés y su importancia. Ahí radica consecuentemente el interés de una crítica que se ha ocupado de este período.

⁵ *Relaciones entre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez*, Pisa, Istituto di Letteratura Spagnola e Hispano-Americana, Università di Pisa, 1964, p. 6.

II

Hay, pues, razones más que sobradas que justifican la necesidad del presente volumen. En primer lugar, la necesidad de ver reunidos una serie de artículos concretos sobre su etapa baezana y de proceder a la descripción y comentario de aquellos libros y folletos que se ocupan también concretamente del tema (he rechazado reproducir estos últimos por razones de extensión y, en algún caso, por su accesibilidad). Así pues, se hacía necesario recuperar una serie de artículos, aparecidos en su mayor parte en diarios y revistas, generalmente de difícil acceso, y ofrecerlos así, conjuntamente, al lector interesado. En segundo lugar, crear las condiciones de infraestructura necesaria —ayudar al menos— para volver sobre este período machadiano del que, si bien parece haberse hablado suficientemente y en algún caso con bastante acierto, se hace necesaria su revisión a la luz de los nuevos medios teóricos de que hoy disponemos en el campo del pensamiento literario, porque es cierto que Machado ha sufrido un proceso de lectura ya tópica que en mayor o menor grado ha alcanzado a muchos de los trabajos que hoy salpican su abultada bibliografía y no es menos cierto tampoco que, pese a todo, esta bibliografía no puede y no debe ser ignorada. Proceder, pues, a la reunión de materiales críticos, que se extienden de 1919 a 1990, es una condición previa que no podemos ignorar si queremos posibilitar ese proceso de relectura. En todo caso, la primera razón es ya suficiente para que este volumen se haga un hueco en la extensísima bibliografía sobre Machado y venga a completar otros trabajos que, como el de la colección «El escritor y la crítica», de la Editorial Taurus, *Antonio Machado* (1973), en edición de Ricardo Gullón y Allen W. Phillips, se ofrecen hoy al lector.

El volumen se presenta dividido en dos partes fundamentales, «Textos» y «Bibliografía crítica (selección)», a las que hay que sumar una selecta «Bibliografía machadiana». He dispuesto los textos por orden cronológico de publicación y no por campos específicos de tratamiento o actitudes críticas, para poder ver así con mayor claridad y conciencia históricas la evolución del tratamiento crítico de ese objeto fundamental de nuestro inmediato interés,

tratamiento que, pasando por dos artículos escritos en vida del poeta, en 1919 y 1926, y uno en la inmediata postguerra, en 1942, alcanza su momento más importante desde el punto de vista cuantitativo en el año 1966, año del frustrado homenaje que se le iba a rendir al poeta en Baeza, sin olvidar otros significativos momentos como los que representan 1975, año del Centenario de su Nacimiento, 1983, año de la definitiva celebración del homenaje aplazado, y 1989, año del Cincuentenario de la Muerte del Poeta, entre otros, fechas que han servido de pretexto para ocuparse con muy distinto sentido de la oportunidad crítico literaria y/o política de la vida y obra de don Antonio, lo que me reafirma en la conveniencia del criterio adoptado para esta muestra de la crítica del periodo baezano del autor de *Campos de Castilla*.

Aunque toda la crítica es coyuntural en un sentido noble de la palabra, esto es, una crítica que responde a un particular momento histórico, independientemente de la proyección que persiga, no podemos ignorar la existencia de numerosos artículos *sobredeterminados* por una coyuntura histórica, es decir, que fundamentan su existencia en particulares necesidades críticas e históricas, lo que los llena de tanta eficacia coyuntural como de escasa vitalidad crítica posterior. Pues bien, como el lector puede comprobar por sí mismo, es bastante elevada la presencia de artículos de este tipo en nuestro volumen, artículos publicados en buena medida en las volanderas páginas de los periódicos, de fuerte base impresionista, con numerosos materiales pretextuales o textuales, pero utilizados «pretextualmente», base que es orientada, respectivamente, a intereses estéticos y/o políticos determinados. Ahora bien, aunque sería legítimo hacerlo, no voy a entrar con detenimiento en la elaboración de una tipología de esta crítica, por lo que sólo me limitaré a señalar los dos pilares que, según creo, sustentan todo el arco del tratamiento crítico: evocación lírico-biográfica de Antonio Machado y Baeza y la lectura propiamente crítica, esto es, más conscientemente filológica e interpretativa, escrita sin urgencia, etc. En cualquier caso todos los artículos ofrecen interés: interés proveniente de conocer algunos datos biográficos del poeta, a veces de primera mano; de conocer, evocados, los límites de ese referente literario que es Baeza y sus contornos pai-

sajísticos; de reconocer de alguna manera la tipología de lecturas críticas machadianas de este período, lo que es todo un síntoma para conocer el estado de cierta crítica literaria española a lo largo de más de setenta años; de conocer, finalmente, algunas interpretaciones de la poesía de Antonio Machado.

Por otra parte, el criterio que he empleado a la hora de seleccionar los textos críticos ha sido el siguiente: que trataran específicamente del dominio señalado a través de artículos o publicaciones similares (editoriales, comunicaciones, etc.). Así pues, todos los artículos, a los que he tenido acceso, que cumplían esta condición han sido recogidos en estas páginas, lo que puede justificar las desigualdades cualitativas en algunos casos, aunque todos ellos contribuyan tanto al conocimiento del poeta y de su obra cuanto al de su propio comportamiento crítico. De cualquier forma esta regla también tiene su excepción en forma de apéndice, ya que he dado entrada a un fragmento de la novela de Salvador González Anaya, *Nido Real de Gavilanes*, de 1931, en la que aparece un personaje y un espacio que toman como referente a un conocido poeta, Antonio Machado, y una atrayente realidad urbana, Baeza.

En la «Bibliografía crítica (selección)» me ocupo de aquellos libros que específicamente tratan también del dominio establecido, tal como razono con más detenimiento en dicha parte del volumen.

III

Finalmente, no puedo concluir la presente introducción sin mostrar de manera expresa algunos agradecimientos y sin traer a colación algunos recuerdos personales. En primer lugar, agradezco a los autores y a los medios editoriales de los artículos, a los que he tenido acceso, pues no son pocos los autores, revistas y periódicos desaparecidos o de dirección desconocida a los que me ha sido imposible dirigirme, la autorización para reproducir sus textos. A los segundos, desde estas páginas, les hago llegar también mi agradecimiento.

En segundo lugar, quiero mostrar mi pesar por el fallecimiento en el tiempo que ha mediado entre la primera y la segunda edición de dos de los autores seleccionados. Me refiero a Aurora de Albornoz y a Guillermo Díaz Plaja. De Aurora, que ocupará ya su lugar en el cielo literario entre Machado, Unamuno, Juan Ramón, etc., guardo el eco de su cálida voz ronca por las calles de Baeza en los calurosos días universitarios, con Machado y la vida por todos los rincones y todas las esquinas.

También guardo un recuerdo entrañable del día 10 de abril de 1983, día del homenaje a Machado en Baeza, fecha en que apareció la primera edición de este libro como modesta contribución de la Universidad de Granada y de la Universidad «Antonio Machado» de Baeza, de ella dependiente, a dicho evento, contribución que fue posible gracias al apoyo recibido por parte de Antonio Sánchez Trigueros y Luis María Diosdado, profesores responsables entonces de la Universidad de Verano. Por fin pudo saldarse la deuda de uno de los «Paseos con Antonio Machado» prohibido. Desde entonces aquellos «paseos», por iniciativa mía, constituyeron una de las actividades más sencillas y menos académicas de la Universidad «Antonio Machado» de Baeza.

Muy especial, por otra parte, es el recuerdo que atesoro de las primeras veces que mi padre, Dámaso Chicharro Ferrari, me habló de Machado, de Baeza y de un joven mancebo de la farmacia de Almazán, testigo involuntario de aquella tertulia famosa (v. artículos, *passim*), en la que tanto y tan inteligentemente callaba Antonio Machado, en su entrar y salir de la botica a la rebotica. Ese mancebo resultó ser ante mi infantil sorpresa, mi abuelo paterno, Dámaso Chicharro Godíno.

No quiero concluir sin advertir al lector que para la presente edición he incorporado los artículos aparecidos entre 1983 y 1990, así como he completado la primitiva selección inicial, habiendo pasado de trece a un total de cuarenta artículos, cantidad ésta que habla por sí sola. Ni que decir tiene, finalmente, que esta edición guarda una deuda de gratitud para con Pedro Martín Guzmán, Gerente de la Universidad «Antonio Machado», por su calurosa acogida, así como para con Manuel Barrios, Director del Servicio

de Publicaciones de la Universidad de Granada por idéntica razón.

Granada, febrero de 1991
ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

I. TEXTOS

DEL NIDO REAL DE GAVILANES:
EL MAESTRO DE POETAS, DON ANTONIO MACHADO

Ha cerca de un año que abandoné la vieja ciudad baezana, en la que transcurrieron mis días estudiantiles; esos días que luego traen a nuestra mente recuerdos dulces o amargos, como la propia vida.

Yo guardo un tesoro muy rico de aquellos recuerdos, y allá en el arcón de mi magín, los siento removerse en zarabanda indescriptible; negros unos, desgarrantes, hediendo a traiciones y envidias; otros luminosos y bañados de infinitas dulcedumbres. Pero entre todos descuella el que conservo de mi maestro, del poeta filósofo que

supo cuanto es la vida hecha de sed y dolor

Todos los días lo saludaba cuando venía de explicar a sus alumnos la diaria lección. Le saludaba reverente, pues me infundía grandísimo respeto la presencia del superhombre, cantor espiritual de *las galerías sin fondo* que en el alma existen. En su rostro, pulcramente rasurado, adivinaba el gesto melancólico y añorante de los sueños de amor que le embriagaron con mieles de cantares misteriosos, entretejidos por su maga pluma, como deben tejer las hilanderas del ensueño sus telas maravillosas.

Caminaba apoyado en su recio bastón y por su indumento podríamos confundirle con un ser vulgar, si no advirtiéramos en toda su persona un algo superior, que a nuestros ojos le ennobleció y elevaba. Tal vez la mirada tristonada de sus ojos grandes y claros, nos hacía pensar en la infinidad de incorpóreas tragedias que, como *La Tierra de Alvargonzález*, habían visto sus pupilas, pene-

trantes y enigmáticas, de profundo pensador. Tragedias horrorosas, que no sólo en la consciente inconsciencia del poeta habrá podido admirar, sino también en el amplio retablo de la humana vida. Yo he leído varias veces sus poesías, que son mi único breviario —guardado por mí como el mejor de los tesoros— y su lectura que ha dejado en el alma románticos sedimentos de amargas amorosas, escepticismos mundanos y pavorosas dudas respecto a la complicada tramoya de la humana representación.

Con las sabias y pacíficas explicaciones que particularmente he recibido del Maestro, mis ojos juveniles se han abierto a una nueva y esplendorosa aurora, desconocida para mí. Sus palabras, contundentes, pletóricas de verismo y de sabias admoniciones, se adentraron por mi alma produciendo en ella una honda cisura, en la cual quedó enterrada la semilla de regeneradoras doctrinas, que yo procuraré hacerlas fructíferas, porque la eclosión de mi alma será lluvia benéfica para mi ansioso corazón.

En Baeza —el nido real de gavilanes— esa muerta ciudad señorial y romántica que vive de sus gloriosos recuerdos, discurre silenciosa, trabajadora y humilde la vida del poeta-filósofo. En mis pocos años no se me alcanza con todo su esplendor la grandeza de este hombre modesto, a quien de veras admiro: sin embargo, comprendo el valor de sus palabras que escuché religiosamente, como si oyera hablar al más autorizado y sublime de los hombres.

Mientras escribo estas líneas de gratitud, voy recordando los versos del Maestro que, poco a poco, van envolviendo a mi alma con sus redes luminosas, cual si estuviera rodeada de un halo de estrellas. Hago punto final porque

*El hada más hermosa ha sonreído,
al ver la lumbre de una estrella pálida,*

.....
*hilando de los sueños los sutiles
copos en ruelas de marfil y plata.*

Peal de Becerro.

RAFAEL LAÍNEZ ALCALÁ

(*Don Lope de Sosa*, 78, Jaén, 1919, pp. 163-164).

MACHADO Y BAEZA (*)

*Campo de Bueza,
soñaré contigo
cuando no te vea.*

Ante un viejo arco, a quien el tiempo quitó su clave y sus altas dovelas, suele haber entre nuestros intelectuales dos actitudes bien diferentes. El historiador, indaga el nombre del autor, la época en que se hizo, las personas que lo habitaron, los hechos que ocurrieron bajo él. El artista, no tendrá curiosidad por nada de ello, y abandonado a la emoción estética, sentirá la pena de aquellos brazos del arco, lanzados el uno hacia el otro, querer besarse en un anhelo angustioso, constante y nunca conseguido. El historiador, todo entendimiento, querrá saber: el artista, todo corazón, querrá sentir. El primero, cuidará solamente de lo que fue, del pasado; el segundo, de lo que es, del presente.

Pero hay una tercera posición, síntesis superior de las anteriores y única que responde a la realidad: la del que sabe y siente, la del que borra las fronteras del presente y del pasado. Si queremos saber lo que fue, busquemos las obras de los que murieron, que son una proyección de su espíritu, lo que mejor puede darnoslos a

(*) Sólo el cumplimiento de un deber de amistad ha podido vencer mis reparos a escribir estas líneas, indignas del poeta a quien se refieren y de mi entusiasmo por él. Si algún día (Dios sabe cuándo) realizo mi propósito de hacer amplios estudios sobre la *mélancolia* y *nuestros poetas* y sobre *los orígenes de la lírica española actual*, enmendaré este pecado de hoy, tratando menos breve y superficialmente la colosal figura de A. Machado.

conocer. Si queremos saber lo que es, pensemos que el presente no es sino el producto del pasado, y que sólo conociendo lo pretérito podremos conocer bien lo actual; que tanto más honda será la emoción que una obra de arte nos despierte cuanto mejor conocamos el alma de aquellos que le dieron vida.

Esa íntima relación de los hombres y de las cosas, fabricando los primeros a las segundas, actuando éstas, más tarde, sobre los hombres; revivir en una ciudad hermosa el alma de los que la edificaron, la huella que dejó la ciudad en el espíritu de los que la vivieron, es algo que hace pensar altamente y sentir con hondura.

Cuando, por primera vez, visité yo Baeza, fue necesidad imperiosa en mí conocer lo que ella pudiera decirme de la vida espiritual de Machado, que conocía por sus versos. Cuantas veces me despedí de un amigo para emprender aquel viaje escuché la misma pregunta:

—¿Está aún Machado allí?—

Acababan de aparecer las *Nuevas Canciones*; y en ellas y en las *Páginas Escogidas* que editó Calleja, poesías y notas biográficas y críticas llevaban al pie, con una fecha, el nombre de Baeza.

Machado (yo ya lo sabía) no estaba allí. Pero durante ocho años, catedrático y vicedirector del Instituto, lo estuvo.

Muchos sólo conocieron de él algo que sabrán todos los que leyeron sus libros. Él había escrito en prosa autobiográfica: «Allí (en Soria) me casé; allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre... Mis aficiones son pasear y leer». Y en verso, autobiográfico también: «Ya conocéis mi torpe aliño indumentario», y más adelante: «soy, en el buen sentido de la palabra, bueno».

Durante ocho años vieron en Baeza aquella figura que magistralmente ha descrito Cansinos-Assens, descuidada en el vestir, siempre llenas de ceniza las solapas, con el aire borroso, desvanecido y soñoliento de un hombre que nunca duerme o que no ha despertado aún. «Don Antonio», todos lo repiten, era bueno, muy bueno, *no suspendía* nunca; su descuido en el vestir era proverbial; leía mucho; paseaba interminables caminos en una soledad que sólo podía explicar la pena de su vida, que todos conocían. Y muchos, casi todos los que hablaban así, ignoraban que aquel hombre, con su presencia en Baeza y sus versos escritos en ella, trazaba

la página más hermosa de la historia de la ciudad. «Don Antonio», el buenazo e inelegante solitario, era el primer poeta de España.

* * *

Si algún día sois presa de un hondo dolor y buscáis por compañero y consolador un libro de versos, encontraréis tres clases de poesía triste.

No os servirá la poesía de Campoamor. Sabréis (ni necesidad de que os lo diga el que lo conoció) que era alegre en su vida y que tras el dolor que ponía en sus versos, se quedaba siempre riendo; y si sus versos os conmueven se os reirá también de vuestra emoción. «La tristeza es pálida», dijo Lamartine. Y tanto como la palidez artificial, abundó en el siglo XIX la artificial tristeza. Tristeza de entendimiento hay de ella a la verdadera tristeza la misma distancia que de la cabeza al corazón.

Tampoco os servirá la poesía de Nervo. Él, como tantos otros poetas (como Machado), os dirá la pena horrible de la muerte de la mujer que amó. Pero es un dolor suyo, solamente suyo. Conoceréis el nombre, los detalles, las incidencias que hacen su caso, singular y único, y no será posible que vuestra pena sea idéntica a la suya, y no podréis sentirlos comprendidos en su dolor.

Pero... leed a Machado. Nada sabréis concretamente de su dolor; está triste y no sabrías porqué, si aquellas notas autobiográficas (prólogo a sus versos) no os lo dijeren. Tendréis que adivinarlo, si alguna vez, incidentalmente, quedó escrito en una poesía. ¿Conocéis su «Viaje»? Leed y record:

*Ya en los campos de Jaén,
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,
terraplenes, pedregales.
olivares, caseríos.*

*praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla,
pasa la devanadera
del campo de primavera.*

*La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera.*

*Entre nubarrones blancos,
oro y grana.*

*la niebla de la mañana
va huyendo por los barrancos.*

*¡Este insomne sueño mío!
¡Este frío
de un amanecer en vela!...*

*Resonante,
jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.*

*En frente de mí, un señor
sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador,
el perro a sus pies tendido.*

*Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero,
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana...
¡Pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!...*

*¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!*

*¡Mano fría
que aprietas mi corazón!*

*Tren, camina, silba, humea:
acarrea
tu ejército de vagones;
ajetrea
maletas y corazones...*

Sólo así sabréis de él. Porque su dolor, guardada íntimamente la causa dentro del alma, se ha extendido a todas las cosas: a la ciudad (los edificios, las plazas, las callejas, los jardines); al campo (los caminos, los montes, los valles, los ríos): todo está triste, lo que a él le rodea y lo que os rodea a vosotros cuando sufrís y sentís el dolor suyo fundiéndose con el vuestro en la pena de lo que os circunda.

Y esta pena ha variado de manera de ser: es melancolía: ha ganado en extensión lo que ha perdido en intensidad: lo que era en el individuo un grito y un torrente de llanto, distribuido entre todas las cosas, pondrá tan sólo un débil quejido y una lágrima en cada una. *Sunt lacrimae rerum*. Hay lágrimas en las cosas; y ese llorar de las cosas será el compañero de vuestro dolor.

La melancolía, ese dolor vago, indefinido, borroso, que igualmente revela el traje que la poesía de Machado, es algo abúlico, que rehuye todo esfuerzo y que (como él nos dice) hace amar a la Naturaleza más que al Arte.

Durante ocho años, derramose el dolor de Machado en la «Tierra de olivar» de Baeza, que nos dejó en un metro hondo y sencillo de poesía popular:

I

*Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara!
¡Montes de Cazorla,
Aznaitín y Mágina!
¡De luna y de piedra
También los cachorros
de Sierra Morena!*

II

*Sobre el olivar,
se vio a la lechuza
volar y volar.
Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos.
Y la encina negra,
a medio camino
de Ubeda a Baeza.*

Y el poeta ha fundido la ciudad con el campo. Todos los baezanos conocen aquel rincón de su catedral. En un marco borroso de piedra, un lienzo de tonos oscuros y grandes dimensiones nos muestra a un colosal San Cristóbal que intenta salir a la orilla con el peso del Niño Dios en sus hombros, en tensión suprema sus músculos hercúleos, terriblemente aborascado el rostro; y más abajo, formando ángulo y en notable contraste con el santo, aquella Virgen rubeniana, de ojos azules y carne dorada, de pelo largo lleno de estrellas, de dulcísima expresión, que sonriente acaricia a las otras vírgenes que la rodean.

III

*Por un ventanal,
entró la lechuza
en la catedral.
San Cristobalón
la quiso espantar,
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.

La Virgen habló:
—Déjala que beba,
San Cristobalón.*

IV

*Sobre el olivar,
se vio a la lechuza
volar y volar.*

*A Santa María
un ramito verde
volando traía.*

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

* * *

Leed a Machado. Y cuando paseéis por Baeza, «el nido real de gavilanes», la joya incomparable del Renacimiento, evocaréis sus versos ante sus plazas, sus calles, su campo y sus mujeres: que si alguna vez conocéis a una de esas maravillosamente hermosas baezanas, que como tanta mujer española hizo axioma del cantar de Machado

*Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón,*

y la véis en la actitud en que la sorprendió el poeta, vendrán a vuestra mente sin quererlo aquellos versos suyos de «Hacia tierra baja»:

*Rejas de hierro; rosas de grana.
¿A quién esperas,
con esos ojos y esas orejas,
enjauladita como las fieras,
tras de los hierros de tu ventana?
Entre las rejas y los rosales,
¿sueñas amores*

*de bandoleros galanteadores,
fieros amores entre puñales?*

y luego, tristemente:

*Rondar tu calle nunca verás
ese que esperas; porque se fue
toda la España de Merimée.*

*Por esta calle —tú elegirás—
pasa un notario
que va al tresillo del boticario,
y un usurero, a su rosario.*

Y luego de conocer los sitios que vivió, las anécdotas que lo retratan, el campo por donde paseó, todo cuanto Baeza puede decirnos de él, sentireis la pena de que ya no esté allí, de no verlo, de no hablarle. Y después, una misma pregunta (la que yo me hago siempre) os haréis: ¿Se acordará Machado de Baeza?

Y cuando sobre la ciudad hermosa, de callejones empinados, de casas señoriales, de interminables olivares, caiga la niebla de invierno, la célebre niebla baezana, que borra los contornos de las cosas, que apaga los colores y atenúa los ruidos, vaga, borrosa, melancólica, os parecerá que el alma, toda poesía, de Machado, indefinida, vaga, borrosa, melancólica, envuelve a la ciudad, besa los campos que vieron sus tristezas...

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

JESÚS PABÓN S. DE URBINA

(*Ayer y hoy*, 74, núm. extraordinario, Baeza, febrero de 1926).

ANTONIO MACHADO, EN BAEZA (*)

Antonio Machado vivió, corporalmente, en Baeza, desempeñando, en virtud de concurso de traslado, la cátedra de Lengua Francesa del Instituto desde el día 1.º de noviembre de 1912, hasta que una real orden de 30 de octubre de 1919 le llevó al de Segovia.

Pero esto no es más que la letra muerta de un fragmento de su existencia. Los motivos que le decidieran a venir desde su Soria a esta Baeza, entre andaluza y manchega, escaparon a la Administración del Estado, que nunca cala en lo psíquico. Acaso el dolor de su esposa recién muerta; acaso el desasosiego íntimo que aquél le produjera; acaso, también, la necesidad de una fuga para su corazón oprimido entonces —y ya para siempre—, le determinasen a salir de Castilla. Pero en tal supuesto, ¿por qué pensó en Baeza? Si, como otros tantos, creyó venir a Andalucía y encontrar la apacible caricia del sol y del azul; si soñó en un Guadalquivir «corriendo el mar entre vergeles», en frescos naranjales, en abiertos jazmines, en olivares floridos, en huertos colmados de azucena ¡qué desilusión la suya, pues que le aguardaba otra ciudad guerrera, cargada de historia y de tradición, que posiblemente le recibiría —¡buena fecha la de primero de noviembre para un alma asaetada por la pena y el recuerdo!— con brumas y con llanto de aguas, con aletazos de invierno, con piedras ya grises, con hojas

(*) Sobre este artículo puede verse: PONCE LLAVERO, P., «Un primer artículo sobre Antonio Machado», en el pliego *Antonio Machado. Cincuentenario de la muerte 1939-1989. Homenaje de Poetas Baezanos*, Baeza, Asociación Cultural Baezana, 1989.

de oro lavadas de lluvia, con campanas de difuntos, lentas y persistentes!

Baeza, de momento, no pudo sino avivarle nostalgias y sumirle en soledades. Bien lo acredita la primera de sus poesías en que aparece el nombre de la ciudad.

*De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.*

*El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza,*

.....

*Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!*

* * *

Transcurrido un año desde su llegada a Baeza, se resigna y contempla el paisaje sin lamentaciones, por más que aún no encuentre en él alegría.

*Un año más. El sembrador va echando
la semilla en los surcos de la tierra.
Dos lentas yuntas aran,
mientras pasan las nubes cenicientas
ensombreciendo el campo,
las pardas sementeras,
los grises olivares. Por el fondo
del valle el río el agua turbia lleva.
Tiene Cazorla nieve,
y Magina, tormenta,
su montera Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.*

Ya conoce los nombres y las características de las montañas que, allá lejos, al otro lado del río, cierran el horizonte, y hasta le pone «la montera» al Aznaitín, porque repetidamente ha oído un refrán que dice: «Si Aznaitín tiene montera, llueve aunque Dios no quiera», de indiscutible localismo.

Sin embargo, no se aclimató en la ciudad. Pocas noticias de su vida y bien escaso es el anecdotario del poeta. Llegó a Baeza solo, instalándose en el Hotel Comercio. Muchas veces, al amanecer, le encontraban durmiendo, de bruces, sobre la mesa de su cuarto, revuelta de libros y papeles. Más tarde trajo a su madre; también pasó con él una temporada su hermano don Joaquín. Aún hay quien recuerda la estrechez económica con que se desenvolvía su hogar. Machado entregaba a su madre el sueldo íntegro, pero, al fin de los meses, había unos días de comida escasa y frugalísima. ¡Y eso que en su vestido no gastaba gran cosa —«ya conocéis mi torpe aliño indumentario»—! Se le evoca aquí con su bastón y su cojera, anda que andarás, por caminos y veredas, con su hongo viejo y su traje raído. Y un comerciante, ya hoy anciano, de quien el poeta era amigo, viéndole tan derrotado y sucio, se atrevió a insinuarle, con todo respeto, la conveniencia de que se hiciese un traje. Machado, tan correcto, tan discreto, enrojeció turbado, pero, como se le ofreciera el corte a plazos, entró pocos días después en el comercio, miró varias piezas en negro y aceptó un modesto corte de a diez pesetas metro ¡para pagarlo a plazos! Mas ¿y el sastre? ¿Quién podría hacerle el traje a plazos? ¡También el amigo hubo de solucionarle este pequeño conflicto!

¿Amistades, vida de relación? ¡Apenas nada! Pasear, mucho, eso sí. Las tardes que hacía bueno, llegaba hasta Úbeda (nueve kilómetros de ida, y otros tantos de regreso) para tomar café; y malo fuera que en el camino terminase las cerillas, porque entonces volvía a Baeza, las adquiría y otra vez recomenzaba su excursión.

Machado paseó su tristeza por todas las carreteras que irradian de la ciudad en que él tenía «una ventana».

Ciertamente, desde su casa, en la calle de Gaspar Becerra, esquina al Prado de la Cárcel, no se veía el campo, pero —él lo dijo repetidas veces— salía a *Las Murallas*, desde cuyo paseo de ronda

contemplaba extasiado el espléndido panorama de la vega, del río lejano, de los montes penibéticos, remotos y azules.

*(Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea.
Lejos los montes duermen
envueltos en la niebla.)
(¡Montes de Cazorla, Aznaitín y Magina.)*

Las Murallas, eran «su ventana».

*Desde mi ventana,
¡Campo de Baeza
a la luna clara!*

Pero además, alma viajera y enamorada del paisaje, siempre que podía y encontraab combinación —mulo, coche de caballos, diligencia, tren— iba más lejos:

A Cazorla:

*¡Oh Guadalquivir!,
te vi en Cazorla nacer...*

A Quesada:

*En la sierra de Quesada
hay un águila gigante.*

A Torreperogil:

*A dos leguas de Uheda, la Torre
de Pero Gil, bajo este sol de fuego.*

Y también:

*¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!*

A Garciez y a Jimena:

*En Garciez,
hay más sed que agua;
en Jimena, más agua que sed.*

¡Hasta la Venta de Cárdenas, en los confines de Ciudad Real!:

*Tus versos me han llegado
a este rincón manchego.*

¡Hasta a Alicún, en los de Granada!:

*En Alicún se cantaba
«Si la luna sale, mejor entre los olivos que en los
espartales».*

O bien:

*Ya había un albor de luna
en el cielo azul.
¡La luna en los espartales,
cerca de Alicún!*

* * *

No parece, en cambio, que viviera el encanto de la ciudad monumental e histórica. Baeza fue para el poeta un

*...«rincón moruno»,
...«Un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego».
...«Una ciudad antigua,
chiquita como un dedal».*

De sus gentes algo nos dijo. En «Del pasado efímero» retrató a

*Este hombre del casino provinciano
que vio a Carancha recibir un día,*

en quien alguien de la tierra ha querido reconocer a un don Agustín de la Calzada, caballero de nombrada familia, con empaque de gran señor, mas menguados recursos, ampuloso y bueno y de gran popularidad.

Por lo demás —luego aparecerán nuevos personajes—, desde esta Baeza pobre y señora

*(Entre Ubeda y Baeza
—loma de las dos hermanas:
Baeza, pobre y señora,
Ubeda, reina y gitana—).*

*Desde un pueblo que ayuna y se divierte,
ora y eructa; desde un pueblo impio
que juega al mus, de espaldas a la muerte.*

desde un pueblo que él dividía en castas:

*Los benditos labradores,
los bandidos caballeros,
los señores
devotos y matuteros.*

observaba el mundo, a la sazón en guerra, soñando en libertades y esperanzas, sin recatar demasiado en su compleja psicología.

Verdad es que no tuvo grandes contactos con él; verdad que incluso con sus contados amigos hablaba poco. Con uno de ellos —el profesor de Dibujo don Florentino Soria— paseaba mucho sin que durante horas enteras cambiasen una palabra. Con otro —don Mariano Ferrer, catedrático de Geografía— se sentaba, la mayor parte de las noches, en el salón del Casino de Artesanos, y el mutismo era absoluto.

Acaso la tertulia de la rebotica de don Adolfo Almazán, profe-

sor, además, de gimnasia, fuese la que más escuchó a Machado. El poeta concurría a ella asiduamente al anochecer, y la dejó magistralmente pintada en «Meditaciones rurales». La formaban, entre otros, el dueño de la farmacia, señor Almazán; los ya citados don Florentino Soria y don Mariano Ferrer, don José León (¿el don José de la poesía?), que en tiempos conservadores era alcalde; don Manuel Olivera, también edil conservador; el médico don Juan Martínez Poyatos; don Leopoldo de Urquía, catedrático de Filosofía; los abogados don Emilio Fernández del Rincón y don Cristóbal Torres; el notario don Pedro Gutiérrez Peña, gran tresillista (posiblemente aquel notario que en la poesía «Hacia tierra baja» va al tresillo del boticario) y, de los que aún viven, el registrador de la Propiedad don Miguel Silvestre y el secretario del Instituto, don Antonio Parra.

Mientras allí se discutía, sobre todo de política, Machado se entretenía en completar las barajas usadas —que de los cafés facilitaban al boticario para recoger con las cartas las pomadas de los almireces—, convirtiendo cuatros en cincos, doses en treses, etcétera, mediante la agregación de figuritas que él pintaba. Así, cuando los contertulios improvisaban alguna partida de tresillo, los naipes siempre se hallaban a la mano.

Quienes ponían paños al púlpito, como suele decirse, eran, sobre todo, don Emilio Fernández del Rincón y don Cristóbal Torres, político liberal antaño, pero ya nada por entonces: se trataba de un personaje atrabiliario y obcecado, inventor de fantásticas estadísticas que exponía en la tertulia, atribuyéndolas a imaginarias revistas, sempiterno discutidor y letrado sin prestigio. Tenía la virtud de sacar de sus casillas al poeta, siempre callado: le obligaba a participar en las discusiones y, cuentan, que más de una vez hubo de decirle al salir de la rebotica: «Don Cristóbal: va a dar lugar usted a que le haga el salto del tigre». ¡Y, sin embargo, mereció el honor de que Machado dedicase a su memoria la bellísima poesía «Olivo del Camino».

Quiero ahora, para terminar, detenerme en dos notas bien delicadas, en dos brotes de ternura y de amor que aflora en Machado durante su permanencia en esta tierra suya, en que se consideró extranjero.

Hay en la Catedral baezana —como en todas— un lienzo, flojo por cierto, de San Cristobalón, cuyo marco barroco, en escayola, vale más que él, pintado allá en 1736 por don Pedro Gallo, quien lo «ajustó en 450 reales, valiendo más»; y frente al Santo, una bella imagen de la Inmaculada (que la impiedad de los tiempos pasados destruyó), ante la cual arde todos los días, una lámpara que mantiene la fe. Por los altos ventanales entra el cierzo y el sol, pero el poeta quiso que entrase la lechuza y que la Virgen reprochara a San Cristobalón, por espantarla cuando bebía aceite de la luz votiva. Me refiero —¿quién no lo habrá adivinado?— a aquella delicadísima poesía en que la lechuza, reconocida

*A Santa María
un ramito verde
volando traía.*

Otra vez —¿podrá ser cierto?— parece que una llama de amor floreció en el alma de Machado, consagrada siempre a su esposa muerta, y escribió:

*Rejas de hierro; rosas de grana.
¿A quién esperas,
con esos ojos y esas ojeras,
enjauladita como las fieras,
tras de los hierros de tu ventana?*

.....

*Por esta calle —tú elegirás—
pasa un notario
que va al tresillo del boticario,
y un usurero, a su rosario.
También yo paso, viejo y tristón.
Dentro del pecho llevo un león.*

¡Qué inaudita cosa y, tal vez, qué despropósito insinuar en Machado, ahora, la posibilidad de otro amor!

¡No es posible! Vive aún quien me cuenta que, paseando una tarde por la «ventana» del poeta, éste evocaba el recuerdo de su Leonor y que —jera tan niño!— emocionado le confesó: «No soy hombre: desde que murió mi mujer no me encuentro nunca».

¡Fueron sus palabras exactas! A Machado sólo pudo quedar la facultad del ensueño, con amor infinito de campo:

*¡Campo de Baeza:
soñaré contigo
cuando no te vea!*

FRANCISCO ESCOLANO
(*El Español*, Año I, núm. 3, Madrid, 14 de noviembre de 1942).

«ELLA» EN LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO

—Carta a Juan Pasquau—

Querido Juan:

Cuando hace unos meses escribí para *Úbeda* un primer artículo acerca de Antonio Machado y nuestros campos, quería abrirme paso, con el solo empuje de un buen deseo, entre mi incapacidad y la serena grandeza de nuestro poeta. Ahora en la primavera, he vuelto a leer sus *Poesías Completas* y he trabajado enamoradamente en la tarea de señalar y agrupar los poemas en que de forma tan entrañable habla de «Ella». («Ella», ya sabes, es Leonor, la esposa niña, muerta en flor cerca del Duero). Y todo ha crecido prodigiosamente: la apreciación de su serena grandeza, la emoción que por su acento se nos transmite y ¡como nó! mi incapacidad para glosar su obra.

«Nadie nos revelará nunca el misterio de la poesía», dice Dámaso Alonso en un libro portentoso, «Vanas ilusiones, corredores que dan vueltas en el aire, palabras tan aparentemente claras que nos engañan con su luz y, en su diafanidad, nos celan el secreto íntacto». Pues comprende, que aunque se trate de la poesía de Antonio Machado, y ya con eso digo sencillez angélica; aunque sus versos se nos den tan generosamente amigos porque con ser tan dulces cantan de corazón a corazón, comprende que penetrar en su misterio es vano empeño porque él nos trae el mar de su alma con intimidad, de caracola. Yo he pensado, por eso, que con acercar la caracola a unos pocos oídos amigos, quedo en paz con mi ambición sin alas; y que con el riego de unas cuantas emociones

renovadas —la tuya, una— quedo también en paz con la inmensa gratitud que le debe al poeta mi primavera.

* * *

En los tres libros principales de la obra lírica de Antonio Machado (*Soledades, Campos de Castilla, Nuevas Canciones*) el recuerdo de la amada muerta nos endulza el camino con el hallazgo de unas cuantas violetas de fidelidad. Más adelante veremos cómo la razón poética esencial de ese dulce, constante homenaje al amor perdido, radica en su dispersa evocación. Por los caminos blancos de Baeza, cantando a Soria o recordando la primavera del Moncayo, la voz del gran lírico se dora de nostalgias y bastan unos versos —uno casi siempre— tenues, íntimos, estremecidos, para que todo el poema se llene de estremecimientos. Esta inefable sorpresa que experimenta el lector cuando yendo de la mano del poeta por un campo o por un sueño, o por un temblor cualquiera de naturaleza o alma, encuentra a Leonor veladamente invocada, es la mejor definición del «tempo» de ausencia entrañable y melancólico que es razón de alma en la poesía de Machado.

*¿Mi amor?... ¿Recuerdas, dime,
aquellos juncos tiernos,
lánguidos y amarillos
que hay en el cauce seco?*

(Esto como definición de un modo de «estar» el alma cuya calificación por nuestra parte no puede ser otra cosa que una fervorosa referencia a la voz del poeta).

*¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y pasemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,*

*voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*

¿Ves cuanta verdad? La soledad le duele dulcemente y recuerdo y paisaje se confunden en su alma

*En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreve...*

Canta lleno de lo que diríamos amargura indefinible sino fuera porque con ser tan pura, y tan honda en su alma, le sale a la canción inconteniblemente. Mira que maravilla:

*...con este dulce soplo
que triunfa del amor y de la piedra,
esta amargura que me ahoga, fluye
en esperanza de Ella...*

Y el huérfano de amor que se dirige a Dios, glorificándolo en la tristeza de su dolor a solas, alzándose en el grito augusto del alejandrino:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

se entenece en una intimidad de arte menor, dejándose mecer por la esperanza.

*Dice la esperanza, un día
la verás, si bien esperas...*

en la misma constante de dulce fe que le hizo cantar antes

Mas ella no faltará a la cita

o en estos dos versos inolvidables de clara perfección lapidaria:

*No te verán mis ojos
¡Mi corazón te aguarda!*

La sombra de la amada

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero.

En este poema soledades («Soledades», XX) que titula «Preludio» se advierte un arranque de pura factura modernista. Los versos de catorce sílabas, la rima consonante, los versos pares agudos, la palabra musical... prestan a la composición un brío orquestal que no se corresponde con el caricioso discurrir de su poesía más genuina

*El salmo verdadero
de tenue voz hoy torna
al corazón, y al labio,
la palabra quebrada y temblorosa.*

En esta misma composición, auténtica muestra de la lira de Antonio Machado, como que en ella se armonizan los elementos más puros de su alma de cantor caminante que ausculta en la paz del campo el temblor inmarcesible de su memoria, se advierte otra nota esencial de su poesía: el empleo sin exceso del epíteto. La ternura casi angélica de sus imágenes llega a nosotros con la música original que tienen las cosas cuando son bien nombradas:

*... y aparece,
en la bendita soledad, tu sombra*

No hay que forzar mucho la interpretación para comprender que la soledad es «bendita» por la sombra. Este es un fenómeno estilístico de la mejor ley que se observa plenamente en los poemas que evocan a la amada en sueños; allí son posibles las sensa-

ciones más puras por medio de los más ingenuos explicativos. Machado nos dirá:

*De toda la memoria, solo vale
el don pleclaro de evocar los sueños*

y el vocablo «pleclaro» nos da la clave de éste su dulce secreto:

*Desde el umbral de un sueño me llamaron...
Era la buena voz, la voz querida.
—Dime, ¿vendrás conmigo a ver el alma?...
Llegó a mi corazón una caricia.
—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño
por una larga, escueta galería,
sintiendo el roce de la veste pura
y el palpitar suave de la mano amiga.*

La mano amiga, la voz que llega al corazón como una caricia, el palpitar suave de la mano... encuentran otro motivo de evocación, más hondo si cabe:

*...la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueño...*

que es la misma presencia gozada en otro sueño donde la «blanca vereda», la «mano de compañera», la «voz de niña como una campana nueva» equiparan la realidad soñada a la realidad vivida que por los sueños canta:

*Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas.
Vive, esperanza, ¡quien sabe
lo que se traga la tierra!*

Sí, los sueños... las cosas han sido y nos dejan ya prendidos en su temblor para siempre

*...¿Qué has hecho?
 La muerte no respondió.
 Mi niña quedó tranquila,
 dolido mi corazón.
 ¡Ay, lo que la muerte ha roto
 era un hilo entre los dos!*

* * *

«Ella» y los caminos..

Más emoción poética alcanza a nuestro juicio, aquella dispersa evocación de que hablamos antes y que nos regala con el recuerdo de «Ella» cuando la voz del poeta, arrancándole al paisaje una música hasta él nunca expresada, con dos, con tres palabras mágicamente sencillas, transforma la maravilla del campo en una dulce consagración del alma. Se da así un contraste de inapreciable valor estético, de indecible ternura humana:

*Los caminitos blancos
 se cruzan y se alejan,
 buscando los dispersos caseríos
 del valle y de la sierra.
 Caminos de los campos...
 ¡Ay, ya no puedo caminar con ella!*

El poeta describe nuestros campos con una musicalidad tan sorprendente como definitiva. El poema («Caminos» CXVIII) es una pieza inolvidable. Han quedado ennoblecidos la ciudad y las murallas, los grises olivares, las sombrías huertas, las vides, los montes, el viento, el río... Y cuando por la gracia de una cadencia, rayana en lo sublime, se nos hace canción de todos los sentidos aquella tarde silenciosa, el último verso ¡tan entonado en la lejanía de los caminitos! nos acerca a la amada. Y el poema se nos queda temblando la hermosura

Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella.

Esto era en el año 1913. En aquel año escribía en Baeza otros versos inmortales. Tienen esa fecha el elogio al libro *Castilla* de Azorín y aquella maravilla que titula «A José María Palacio». Se repite aquí el dulce fenómeno. El milagro temático de la primavera de las tierras del Duero, soñada desde la primavera del Guadalquivir, se sublima en el recuerdo de Leonor. Pero de qué forma. Pregunta el poeta si ha llegado ya la primavera; pregunta por las ramas de los chopos y por las hojas nuevas de los viejos olmos; por las zarzas y los ciruelos en flor, por las violetas, por los ruiseñores... Sueña con la mole del Moncayo, blanca y rosa; con las abejas que liban del tomillo y del romero, con los cazadores furtivos que esconden los reclamos en sus capas luengas y...

Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra...

¿Ves, amigo mío?, «Su tierra». Y el milagro cambia de nombre y es el mismo y más hondo. Entonces es posible seguir, cada uno, el poema. Y pensar en un pedazo de tierra donde un día enterraron a una mujer muy joven. Y uno quisiera saber dónde está el Espino para ir allí con unos lirios y dejarlos sobre «Su tierra», en paz. Él nos cuenta que allí:

Sólo suena el río,
al fondo del valle,
bajo el alto Espino

Este tirón de amor que encadena el alma del poeta con el campo de Soria se hace clamor dulciamargo desde cualquier geografía que la conmueva. Como si por sentir la emoción de otros campos fuera a dar al olvido la emoción de la tierra más hondamente querida, la lira responde siempre con una fidelidad de brújula de corazón:

*Alta paramera
donde corre el Duero niño,
tierra donde está su tierra*

Y aún más expresivamente:

*¿Por qué, decidme, hacia los altos llanos,
huye mi corazón de esta ribera?
.....
Mi corazón está donde ha nacido,
no a la vida, al amor cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!*

Y esto desde su Andalucía (Sevilla, 1919) y en un soneto que alcanza un prodigioso verismo en el último endecasílabo. ¡El muro blanco y el ciprés erguido!, norte de melancolías y desesperanzas...

* * *

Esta es una sencilla historia; la historia del amor de un poeta. Para quien no conoce nuestros campos puede ser un regalo de emoción y una subida al alma de Antonio Machado. Para nosotros, amigo, es algo más y acaso más sencillo. Puede que sea la niñez y el despertar a la poesía en la misma tierra donde

*Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan...*

Orientación en las *Poesías Completas*.

Soledades (1899-1907)

- XII. Amada el aura dice...
- XXIII. En la desnuda tierra del camino...
- XXIX. Arde en tus ojos un misterio virgen...

- XXXIII. ¿Mi amor?... ¿Recuerdas, dime...
 XXXV. Al borde de un sendero un día nos sentamos...
 XXXVI. Es una forma juvenil que un día...
 XLIII. Era una mañana y abril sonreía...
 XLIX. Recuerdo que una tarde soledad y hastío...
 LIV. Está la plaza sombría...
 LXV. Desde el umbral de un sueño me llamaron...
 LXXI. La casa tan querida...
 LXXVI. Es una tarde cenicienta y mustia...
 LXXVIII. ¿Y ha de morir contigo el mundo mago...
 LXXX. La tarde está muriendo...
 I.LXXXIX. Y podrás conocerte, recordando...

Campos de Castilla (1907-1917)

- CXV. Al olmo viejo, hendido por el rayo
 CXVI. ¡Oh Soria, cuando miro los frescos naranjales...
 CXXVIII. De la ciudad moruna...
 CXIX. Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería...
 CXX. Dice la esperanza: un día...
 CXXI. Allá en las tierras altas...
 CXXII. Soñé que tú me llevabas...
 CXXIII. Una noche de verano...
 CXXIV. Al borrarse la nieve, se alejaron...
 CXXV. En estos campos de la tierra mía...
 CXXVI. Palacio, buen amigo...
 CXXVII. Ya en los campos de Jaén

Nuevas Canciones (1917-1924)

- CLVIII. Canciones de tierras altas: III, VII, VIII.

Los sueños dialogados: I, II.

JUAN RODRÍGUEZ ARANDA

(*Úbeda*, 41, mayo de 1953).

ANTONIO MACHADO EN BAEZA

Él vivía aquí, en una casa, frente al edificio de la Cárcel Vieja, que ahora es Ayuntamiento —me ha dicho una respetable, enlutada señora—. Yo le conocía. Le veíamos pasar con su traje siempre negro, manchado. Y no dejaba nunca el paraguas..., aunque hiciese sol. Vivía con su madre. Yo también conocí a su madre. Por las tardes, Antonio iba a la tertulia de la botica de Almazán. Cierta que cuando su ánimo se encapotaba, se le veía aislado a través de las vidrieras del café de «La Perla», entregado a sus soledades. Tenía una sonrisa triste, como ausente, entonces. Pero cuando se reunía con sus contertulios en la rebotica, dicen que su semblante era otro y que derrochaba mucho ingenio.

—¿Qué se decía en Baeza de Machado?

—Nadie se ocupaba demasiado de él. Si hubiéramos sabido que luego iba a ser tan famoso... Cuando se ponía «raro», se iba sin compañía, por la carretera de Úbeda adelante. Úbeda está a diez kilómetros de Baeza. Muchas tardes llegaba hasta Úbeda andando. Tomaba café y se volvía.

—¿Cuánto tiempo estuvo en Baeza?

—En el Instituto era catedrático de francés. Estaría aquí unos cinco años.

—Llegó en mil novecientos doce...

—El día que vino por vez primera cuentan que fue a presentarse al director del Instituto, a su domicilio. La criada que salió a abrirle la puerta le enteró: el señor director está en «la agonía». Machado se puso pálido. Pero es que el director estaba en un casino, al que apodaban «La Agonía» porque sus componentes, casi

todos labradores, pasaban el tiempo augurando ruinas por el mal estado de las cosechas y la falta de lluvias.

Fue el 1 de noviembre de 1912 cuando Antonio Machado tomó posesión de su cátedra de Lengua Francesa en el Instituto de Baeza. Casi acababa de enviudar. Contaba treinta y siete años. Eligió Baeza en el concurso de traslado. Seguramente quiso volver a Andalucía, buscar el «cariño de la tierra», ausente ya el cariño de la esposa muerta. Y por eso...

¿Por eso? Pobre Antonio. Oigámosle:

*Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.*

En el fondo de una habitación penumbrosa, junto a una mesa camilla quizá, están don Andrés, don José, don Juan, don Antonio... ¿Don Antonio? Volvámosle a escuchar:

*Es de noche. Se platica
al fondo de una botica:
—Yo no sé,
don José,
cómo son los liberales
tan perros, tan inmorales.
—¡Oh, tranquilícese usted!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores
buenos administradores
de su casa.*

.....
*Así es la vida, don Juan.
—Es verdad, así es la vida.
—La cebada está crecida,*

—*Con estas lluvias...*

Y van

las habas que es un primor.

—*Cierto; para marzo en flor.*

Pero la escarcha, los hielos...

Baeza, «pobre y señora», es una ciudad bajo cuya epidermis de floreciente actualidad se perciben claramente los palpitos de la Historia. Baeza, en su entraña, es pasión derrotada; pasión alerta, no obstante, en las almenas de una gloria desdentada. «Nido Real de Gavilanes» se la llamaba ya en tiempos de la Reconquista. Ahora, su prestancia se perpetúa en coágulos impresionantes. Sus monumentos son eso: custodias en que se ostenta la sangre, preciosa y muerta, del pasado; desde las que irradian el aliento detenido, embalsado, embalsamado, de todos los ayeres. Cerca de la plaza de la Catedral —suspiró lírico, pulmón en el que la ciudad se abre amorosamente a la nostalgia— está el Instituto, antigua Universidad, cuyo primer Patrono fue el beato Juan de Ávila y en cuyas aulas explicara San Juan de la Cruz... ¿Qué piensa Antonio Machado, profesor de Lengua Francesa, cada mañana, al abandonar, después de sus lecciones, las clases del Instituto y encararse con la fisonomía de la ciudad?

En sus notas autobiográficas se lee: «Me trasladé a Baeza, donde hoy resido. Mis aficiones son pasear y leer». Pasear y leer... Buen programa. Deambular lentamente por las calles, callejas y plazas de la ciudad anolada, encallada. Ensanchar luego su mirada en los campos ubérrimos de olivar, dejar que su pupila —abeja— vaya libando, sutilmente, materia poética en las perspectivas luminosas del valle del Guadalquivir; dejar que choque después en la lontananza azul de las montañas:

*Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta;
su montera, Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.*

Antonio Machado no pasa por Baeza. No pasa, pasea. Hace

que su andadura se impregne del resuello de esta tierra adelantada de Jaén, bastante lejos todavía, ¡ay!, su tierra sevillana; más lejos la tierra de Soria en que yace, en sueño intemporal, el cuerpo de Leonor. Pasea, y el alma de la ciudad, poco a poco, intima con el alma del poeta. ¿No tienen, Baeza y el poeta, una misma, cordial, ansia dolorida, una misma obsesión? A Baeza y a Machado les duele dentro el tiempo que se ha ido. El poeta y la ciudad guardan, hondo, un vacío idéntico. En las simas del alma de Baeza hay un hueco —caracola de resonancias inmortales— hermano del hueco del corazón de Machado. Por eso, para liberarse quizá de la sugestión melancólica, el profesor-poeta se «fuga» cada tarde al paisaje, en busca de los «caminos de la tarde»:

*Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan
buscando los dispares caseríos
del valle y de la sierra.
Caminos de los campos...*

En vano. En vano porque el plomo del dolor abate enseguida cualquier alacridad de la mirada, cualquier vuelo de su pensamiento:

*Caminos de la tarde...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!*

Pasear y leer. Porque, tras la andadura de cada día, está la reflexión amarga de cada noche. Machado, entre sus libros, entre sus papeles. Machado, entre sus ideas, entre sus recuerdos. En la periferia, sus viviendas y... dentro, su caverna. ¿Tiene su época la culpa de que el poeta no encuentre claramente, para su consuelo supremo, a Dios? Pero Dios —su época debe tener la culpa— se le pierde «entre la niebla». Él lo declara... Entonces, Antonio, perdido en su laberinto, busca el hilo de Ariadna de la filosofía. Y el hilo se le enmaraña. En Baeza, Antonio quiere apuntalar el edificio ingrávido de sus versos, con arbotantes más o menos lógicos. Surge «Juan de Mairena», el escritor-poeta de *El Sol*. Cercando a

Antonio, Kant, Bergson, Platón. Mientras, hondos, su dolor y su ansia inalienables:

*Sobre mi mesa. Los datos
de la conciencia inmediatos.
No está mal
este yo fundamental,
contingente y libre, a ratos
creativo, original
este yo, que vive y siente
dentro la carne mortal,
¡ay!, por saltar impaciente
las bardas de su corral.*

—Yo —repite mi buena señora enlutada— le conocía. Le veíamos pasar con su traje siempre negro, manchado. No dejaba nunca el paraguas... Tenía una sonrisa triste, como ausente...

JUAN PASQUAU

(ABC, Madrid, 17 de abril de 1959).

EL PAISAJE ANDALUZ EN LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO

Desde *Soledades* (1903), hasta las poesías escritas durante la Guerra Civil, la preocupación por el paisaje —el que le rodea o el que recuerda— es constante en la obra poética de Antonio Machado. Paisajes en cierto modo imaginarios, unas veces; vistos, otras; revividos a través del recuerdo, siempre.

Antonio Machado es poeta de vivencias. Ha visto y ha sentido Andalucía, Soria, Valencia... Y el paisaje de Andalucía, Soria o Valencia, en distintas formas y épocas, se incorpora a su mundo poético.

Después del soriano, me atrevería a decir que es el paisaje andaluz el que más influye en la visión machadiana de las cosas; el que más profunda huella deja en su poesía.

Pero no caigamos en el error de aplicar a la poesía las convencionales divisiones geográficas. No pretendamos abarcar bajo el título general de «andaluz» el mundo del «huerto claro donde madura el limonero» y el del «pueblo húmedo y frío». Es cierto que ambos paisajes se dan en Andalucía. Mas Sevilla y Baeza no tienen el mismo campo, ni las mismas casas, ni las mismas calles. Y, sobre todo, son para Machado experiencias que le dejan dentro diferentes significados. Es del interior de donde brota la poesía; no es de extrañar, por tanto, que esta diversidad de significación dé lugar a paisajes poéticos radicalmente distintos.

De Sevilla tuvo el poeta experiencias infantiles. El recuerdo sevillano siempre ha de mantenerse vivo, aún en los últimos poemas. Baeza aparece tarde; la conoció cuando sus ojos estaban ya llenos de mundo y su corazón de penas.

Antonio Machado vive en Sevilla sus primeros ocho años.

Quizá, como todos los niños, acepta el paisaje que ve sin objetivarlo, pero no por ello deja de grabarse a fuego en su memoria, con esa receptividad primaria y profunda que sólo los niños poseen, oculto en los interiores de su conciencia como una placa fotográfica que habrá de revelarse en su edad adulta.

Cuando Manuel y Antonio oyeron de su padre el anuncio de la próxima partida, tal vez sintiera Antonio su estancia dentro de un paisaje determinado, distinto, acaso, de los que luego había de encontrar. Quizá entonces, obedeciendo a un sentimiento puramente intuitivo, agudizase sus sentidos a fin de aprehender mediante ellos, para siempre, las cosas que lo rodeaban.

Al salir de Sevilla lleva consigo una serie de sensaciones que han de ser la base del paisaje sevillano que recreará más tarde: sensaciones procedentes de la niñez que van definiéndose más a medida que crece. Con ellas y su imaginación creará un paisaje propio; un paisaje totalmente poético.

En su juventud, y luego en su madurez, volverá el poeta a Sevilla. Descubrirá entonces —como todos dolorosamente descubrimos— que el recuerdo depurado por la fantasía no corresponde a la realidad: no son los colores tan vivos; no son los olores tan penetrantes. Pero no importa: él ama a su Sevilla, a la que comenzó a recrear en el recuerdo, acaso el mismo día que la abandonaba, y cuyos perfiles fueron dibujándose cada vez más intensamente.

La experiencia de Baeza, decía, es radicalmente distinta. Llega allí en 1912, poco después de haber perdido a Leonor en tierra soriana. Difíciles debieron ser para el poeta esos primeros tiempos. Al recuerdo de la esposa muerta se une la nostalgia de una tierra que sentía suya («—yo tuve patria donde corre el Duero»...). Siguiendo su vieja costumbre, pasea. Pasea solo. Mas por algún tiempo ve chopos donde hay olivos. Un día —quizá en uno de sus solitarios paseos— descubre el mar de olivos que lo rodea. Ahora los ve. Y ve el campo. Un campo que llevará ya por siempre en el recuerdo. Un campo personificado, como el viejo olmo soriano:

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

En la poesía de Machado, como en su vida, hay una estrecha relación entre Sevilla e infancia. Su infancia y la infancia en general. La ciudad es un recuerdo de niñez. Al ofrecernos una autobiografía en forma poética. Sevilla es inseparable de los primeros años:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero.*

En el «Retrato» la evocación de la infancia trae consigo necesariamente el recuerdo de la ciudad donde transcurrió. En el poema que comienza «En estos campos de la tierra mía» — fechado en Lora del Río, 4 abril 1913— la vista de tierras andaluzas revive recuerdos infantiles¹. Con frecuencia la fusión entre estos dos elementos —Sevilla y niñez— es tan completa que nos es difícil separarlos. Esa fusión de recuerdos se va haciendo más profunda con el pasar del tiempo, con la lejanía. Se logra cabalmente en uno de sus últimos sonetos:

¹ Intencionadamente quizá trata aquí el poeta, con éxito, de revivir recuerdos.

*Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
imágenes de luz y de palmeras,
y en una gloria de oro,
de hueñes campanarios con cigüeñas,
de ciudades con calles sin mujeres
bajo un cielo de añil, plazas desiertas
donde crecen naranjos encendidos
con sus frutas redondas y bermejas:
y en un huerto sombrío, el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos
que el agua clara de la fuente espeja,
un aroma de nardos y claveles
y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena:
imágenes de grises olivares
bajo un torrido sol que aturde y ciega,
y azules y dispersas serrantas
con arrebolas de una tarde inmensa...*

*Otra vez en ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.*

*Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!,
¡cual muerde el tiempo tu memoria en vano!...*

(Sonetos, VI, p. 265).

Pero se hace definitiva, sin embargo, con esa inevitabilidad de lo que se termina, en el último verso escrito por el poeta: «Estos días azules y este sol de la infancia»², verso prodigioso en el que los elementos del paisaje sevillano se incorporan indisolublemente, como el principio y el fin, a una infancia ida, vivida en esa ciudad azul y soleada, desde las playas sombrías del destierro.

Pero para Machado, Sevilla no está sólo unida a su niñez: es casi inseparable de los niños. Don Antonio se proyecta siempre sobre el mundo de infancia como un adulto que sueña de vez en cuando con su propia niñez. Nunca como un observador objetivo de los juegos de niños. Mucho menos como un niño grande.

Detrás de los niños de las plazas y parques machadianos hay siempre árboles, frutas, colores que recuerdan la Sevilla infantil:

*La plaza y los naranjos encendidos
con sus frutas redondas y risueñas.*

*Tumulto de pequeños colegiales
que, al salir en desorden de la escuela...*

(Pág. 21)

*Donde las niñas cantan en corro
en los jardines del limonar...*

(Pág. 72)

Consciente o inconscientemente tienen un cierto acento sevillano estos escenarios donde alborota la gente pequeña.

² Véase: MACHADO, J., *Últimas soledades del poeta Machado*, Santiago de Chile, 1958 (multigrafiado).

Mas ¿cómo es la Sevilla de Antonio Machado? Poco se la describe. El poeta se limita a transmitirnos impresiones: luz, color, olor... Impresiones externas de profundo sentido interior, porque Machado, acaso sin saberlo, supo muy bien que esas pequeñas cosas aparentemente superficiales son las puertas de profundas galerías del alma.

La Sevilla de Machado es una amalgama de sensaciones que inesperadamente nos envuelven y nos hacen sentir la invasión de luminosidad propia de la infancia.

(Esta luz de Sevilla).

Con los ojos llenos de colores vivos («...en el jardín cercano / la fruta de oro») y embriagados por penetrante aroma de «nardos y claveles / y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena».

Baeza impresionó al poeta desagradablemente, al principio. Desde aquel campo sueña con el soriano. La primera captación del paisaje que le rodea está guardada en el poema «Caminos» (página 143). Poema en que recoge los detalles más vivos del paisaje de la alta Andalucía. Lo que de ella mucho tiempo después ha de recordar: el río, la luna y los olivos.

Los olivos vienen a convertirse en el elemento que caracteriza este nuevo paisaje: sustituyen, en cierta forma —aunque no lo borren— al chopo castellano. La luna había aparecido ya en algunos paisajes sorianos: ahora se hace indispensable. Los ríos — Guadalquivir y Guadiana Menor— vienen a ocupar el puesto que antes correspondiera al Duero; nunca se sienten como ríos independientes y propios, sino como reflejos del castellano.

Los olivos aparecen ya en el mencionado poema «Caminos»:

*El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares...*

(Pág. 143)

El árbol está en calidad de acompañante. Del río se nos dice algo: va corriendo. Del olivo, no mucho. Lo suficiente, sin embar-

go, para hacernos sospechar que tal vez le pase como al chopo, que aparece paulatinamente como acompañante del Duero, convirtiéndose luego en indispensable.

La presencia del olivo andaluz se cumple en los poemas «Los olivos» y «Olivos del camino» (pp. 158-160 y 199, respectivamente); aquí el olivo adquiere un cierto valor simbólico. Si la encina castellana representa un poco al hombre de Castilla, en el olivo ve Machado algo del campesino de Andalucía.

Quizá los más poéticos olivos machadianos son los de aquel olivar...

*Sobre el olivar
se vio la lechuza
volar y volar.*

Olivar visto «desde mi ventana». Olivar con su lechuza. Olivares en ese «campo, campo, campo», que irán definitivamente con el poeta, de ahora en adelante, acompañando a los chopos y a las encinas. Son árboles viejos todos, como el alma del poeta, hincados en la tierra junto a ríos y caminos que pasan en un constante ir hacia la nada. Y en su vejez saben que también ellos mueren, a pesar de su aparente permanencia que los cubre de polvo blanqueando sus copas, como blanquea también la cabeza del poeta. Son sus amigos en ese enraizado quedar, en ese intento vano de afirmarse frente al cambio invencible e inmóvil.

La luna es de gran importancia en los paisajes de Baeza. Como lo es el sol en los de Sevilla.

El sol de Sevilla es alegre y se traduce en luz, en brillo. La luna de Baeza cambia, de acuerdo con los estados de ánimo del poeta, como en los paisajes románticos.

En el mencionado poema «Caminos», por ejemplo, la luna que está subiendo «amoratada, jadeante»... Sube tras un atardecer que se apaga, presagiando una noche de inquietudes. El poeta, triste, ha proyectado en la luna todos los pesares de su alma amoratada y jadeante:

*La luna está subiendo
amoratada, jadeante y llena.*

*Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
buscando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra.
Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!*
(Pág. 143)

En cambio en otros momentos («Desde mi ventana / ¡campo de Baeza / a la luna clara!») el alma parece estar un poco más en calma, más clara. Por eso el poeta, en esa ventana, se deja bañar un poco —como el campo— por la claridad lunar.

En el paisaje de Baeza hay ríos. Como en el soriano. Vienen a continuar una tradición que el poeta inició al darle al Duero una importancia fundamental dentro de la paisajística castellana. No tienen éstos, por supuesto, la importancia de aquél. Son secundarios en los campos de Baeza. Sin embargo, queremos subrayar el hecho de que una vez incorporado el elemento *río* a la poesía machadiana, no ha de desaparecer jamás de ella.

Los paisajes de Sevilla podríamos decir que se reducen a un patio. Y —proyección de él— a algunas plazas, o parques que se le parecen increíblemente. Los de Baeza, sin embargo, se salen de estos pequeños límites para dispersarse unas veces por las calles —sin duda, húmedas y frías— del pueblo húmedo y frío; otras, para salirse, sin muros, sin tapias que los contengan, por esos campos de Dios, monótonos, interminables, que se repiten siempre sin alcanzar un límite. Por esos campos verde oliva, interrumpidos sólo por algún cortijo blanco:

*Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos...*

Dije antes que el paisaje de Sevilla y el de Baeza son diferentes. Pero añadía que quizá la máxima diferencia es la que Antonio Machado pone en ellos. En los primeros guarda sus recuerdos de infancia, en los otros su angustia de solitario. Sevilla es la compañera inseparable de los días azules, hasta el punto de identificar el

azul del paisaje con el azul de los años niños. Baeza es —tiene que ser— el espejo del Antonio Machado en otoño, que ya no ve días azules sino destartalados, sombríos, grises. Los paisajes de Sevilla son la añoranza de la niñez perdida. Los de Baeza son el reflejo de un hombre que arrastra consigo sus años y que camina «solo, triste, cansado, pensativo y viejo».

AURORA DE ALBORNOZ

(*Caracola*, 84-85-86-87, octubre-noviembre-diciembre de 1959, enero de 1960).

RECUERDO DE ANTONIO MACHADO EN BAEZA

Dejan los hombres su huella en las cosas, su estremecimiento. Yo fui a Baeza buscando esa estremecida huella incfable del poeta, como en un reencuentro con el alma ausente del gran solitario.

En Baeza, Castilla —una Castilla de oro y verdor— se asoma a Andalucía; o acaso Andalucía abre su alto muro de esplendores en Baeza, este pueblo dormido, tan de lleno en la eternidad de las cosas, como si la vida misma fuera en él de huida. Tierra ésta de bendición y de tedio; tierra atada al compás de un reloj parado, de una fuente, de un andar lento de un perro que se aleja por la amarilla vereda a morir, quizá, en el borde del camino. Tierra callada, muda, absorta de soledades y de crepúsculos de esplendor final de la luz. Tierra para la siembra y para tenderse, para mirar de frente el cielo y descifrar el alto vuelo del águila. Tierra donde la sombra tiene un pájaro oculto, un negro cuervo delante de nosotros, por el largo camino.

Iba yo por el pueblo buscando la huella del poeta, su larga sombra por el suelo, por los muros, los negros olivares. Iba reconstruyendo por las calles su negra estampa de enlutado universal, de halcón vencido, de fantasma ungido de poesía, tedio, indolencia: de desdén, de altivez, de cansancio infinito. Lo veía ideal, avanzar a veces por el duro suelo empedrado de las calles, las plazas, los patios; junto al muro, bajo los anchos aleros negros de los palacios sombríos. Lo contemplaba absorto, como un mástil de desgarrada nave, de no sé que naufragio definitivo del hombre, de todos los hombres.

«Yo en este viejo pueblo paseando solo, como un fantasma».

En esa calle lunar, en este portalón, en ese muro hay un estremecimiento del poeta, está indolente ese fantasma vago y presentido. Yo le he sentido en ese escalofrío, en ese rumor del portal vacío donde un moscardón golpea el farolillo del Cristo amarillento; en ese ruido de polilla que tienen las rejas de las calles sombrías; en ese temblor de estrella que tiene el farolón apagado en la alta madrugada, cuando vibran los grillos lejanos y los altos luceros del alba. Yo he visto su fantasma en ese marmolillo de piedra que se dobla de cansancio; en ese perro flaco, galgo ya, y cervantino, que cruza solitario la plaza en la alta hora tremenda del alba; en ese murciélago que cruza el patio en el último fulgor de la noche, sobre el ancho cielo de espadañas que cubre de barandas la plaza. Lo he visto en esa inaudita alondra que se alza sobre el azul del cielo. Aquí está la evidencia del poeta, en su encontronazo con las cosas, la gente, el paisaje y su nostalgia. No tenía remedio Antonio Machado; no tiene remedio el hombre al que cercan sus fantasmas, sus pájaros sombríos.

Antonio Machado se miraba en las cosas: en la encina, en el agua, en la tierra. Se miraba en los espejos, en aquellos espejos verdeamarillos del Casino, donde el profesor bebiera su ración negra de café y de tedio cotidiano. ¡Ay esos espejos de los casinos, los cafés, las salas bajas! Esos espejos, son su verdín de alga mustia, sobre los que como en una moneda dejaría su imagen romana, consular, de desterrado. Aquel mirar los espejos con sus viejos fulgores apagados, cuando el poeta meditara «éste que soy será quien sea» porque ya no se encontraba sino vestido de sombra, de tiniebla, de cansancio; esa tiniebla, ese cansancio que de golpe se le venía encima, ante su propia faz confusa en el espejo. Aquellos huidizos cortinajes de los huecos salones de los Juegos Flores; aquellos mármoles funerarios de las escaleras, aquellos rincones de penumbra del Casino en los que don Antonio pondría su fantasma clavado, negro, como un mascarón de proa de la sombra, de la nave de sombra que le surcaba y de la que era capitán de navío.

Luego, el Instituto, con sus patios, sus pasillos con ese aire tonto de Balneario o de Sociedad Económica de Amigos del País, y, al fin, su clase, la clase de Antonio Machado, como un recinto

de silencio en esta hora del atardecer lento del verano. La puerta, al abrirla, se queja en los goznes, me deja paso. Estoy ahora solo. Un balcón se abre al patio. Entra la luz violeta de la tarde. Cruza el cielo una golondrina. Frente a mí, la mesa de profesor, una vulgar, vieja, anodina mesa de Instituto de pueblo. Detrás de ella el sillón, feo, de cartón pintado imitando cuero, con sus medallones falsos, de relieve. El negro encerado hule como un tarjetón funerario. Sobre el sillón, una litografía tremenda del Sagrado Corazón, con su marco plano, como un escapulario grande.

Sobre el blanco muro, muñecos pintados por los niños: un tío con sombrero; quizá quiera ser éste el profesor poeta atolondrado. Unos números romanos detrás, en tinta gruesa: «XXIX». Muros blanqueados. Silencio. Olor débil a madera de pino viejo, ese olor colegial de las clases vacías. Un crujir trémulo de la tarima del profesor que llena el total silencio de la clase, del patio, de la hora.

Pasa de nuevo por el instante relojario de mi emoción la vaga sombra fantasmal del poeta. Cae la tarde allá por los *campos de Baeza*. Cruza de nuevo el cuadro azul del cielo una golondrina. Pienso que somos fantasmas ciertamente, sombras de otras sombras, hilos de la gran red envolvedora que es la muerte. Que somos sombra y vago pensamiento. Tiempo que se nos va agotando en esa hora del corazón.

*Hora de mi corazón;
la hora de una esperanza
y una desesperación.*

Ya no hay tiempo, Maestro. Tú contarás tu esperanza en otros números sin tiempo, sin ese plazo fijo del vencimiento nuestro. No hay salida. Nos vamos.

*Maestro, en tu lecho yaces,
en paz con ella o con él...*

Tiene esta clase algo de camposanto; algo de capilla vacía de cementerio, algo total, triste y desvelado, en esta hora. Los niños,

en estas clases, son más tristes; los profesores, también. Desde aquí comprende uno un poco la infinita tristeza del poeta, en este cuarto blanco donde dejó su palabra subirse como la hiedra por los muros arriba, por los blancos muros encalados. Son tristes estos pueblos, inmensamente tristes y desgarrados. Le venía bien este pueblo y esta tristeza a la palurda soledad triste del poeta. Le venía bien esta clase de melancolía, este muro de pena que le cercara un día como una celda de prisión ideal. Le venía bien esta luz que le caía del cielo como un mensaje de esplendores y horizontes lejanos, de lluvias en los campos, los habares y las encinas. Le venía bien a Machado esa soledad que en Baeza tiene señorío y presencia.

Uno piensa en el destierro del poeta, desgarrado, atado al suelo, a la nómina tremenda de su diario vivir, y desde aquí, desde esta clase vacía, se nos hace más desgarradora su soledad, su estampa de cesante, de eterno caminante de veredas ideales, porque desde este rincón, desde esta clase vieja, con su estrafalaria arquitectura, con su desvencijarse, su inmediata ruina de desván o de sala baja en desuso, el mundo y su falso esplendor están infinitamente lejanos, imposibles. Queda el paisaje, el ancho horizonte. *Montes de Cazorla...*

*...Y ese olor
que arranca el viento mojado
a los habares en flor.*

Sí, queda la poesía, pero no satisface enteramente al corazón, ni enteramente libera al poeta de su hora relojaria y tonta. Desde aquí la soledad machadiana, su nueva moneda en curso, tiene la desolada angustia del destierro, de forzado, de galeote indolente y resignado. Aquí hay entrega al destino, al cansado caminar sin salida, sin retorno.

Antonio Machado se nos iba muriendo todas las tardes en esta clase. Se nos iba muriendo a chorros por este pueblo, por sus horizontes, sus campos, sus calles de los desamparados.

Salgo a la calle...

*¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!*

pasa.

MANUEL OROZCO DÍAZ

(*Caracola*, 84-85-86-87, octubre-noviembre-diciembre de 1959,
enero de 1960).

RECUERDO DE ANTONIO MACHADO EN BAEZA (1914-1918)

Quiero renovar ahora, en el homenaje al amigo y compañero Manuel García Blanco, mis recuerdos de adolescencia en el Instituto baezano de Segunda Enseñanza. Las piedras de su edificio están amasadas de vieja cultura del siglo de oro, pues antaño, universitariamente, rindieron pleitesía de hermanas menores a las de la Universidad de Salamanca, incluso en la paremiología popular, puesto que todavía decimos por aquellas tierras que «lo que no da Naturaleza, ni Salamanca ni Baeza». Todo ello es como si penetrara en una extensa galería de retratos inolvidables de maestros y amigos, entre los que se destacan dos nombres intactos en el espejo vivo de lo que a mí me sigue pareciendo presencia continuada de ayer en el diario navegar de mis afanes: don Antonio Machado y don Alfredo Cazabán.

Bondades paralelas

De este último gran maestro, que nació en Úbeda y murió en Jaén, ya he hablado y escrito en ocasiones diversas, como de un educador sin proponérselo, al que debo toda mi vocación de historiador en agraz, enamorado siempre de mi tierra nativa y al que además debo los generosos primeros estímulos de aquella urgencia literaria que hizo aflorar mis tempranos escritos en la letra impresa de un adorable periódico provinciano, que él dirigía desde su atalaya de Jaén juntamente con la prestigiosa revista denominada *Don Lope de Sosa*, sobre la que vertió tanto cariño como en una hija.

Don Antonio en Baeza

A don Antonio y en la propia Baeza, le debo la inefable preocupación entusiástica, feliz y dolorosa, y al mismo tiempo inocente, de sentirme poeta, siguiendo la huella mágica de sus versos, puestos al alcance de mi sensibilidad como a cara y cruz de una vocación estudiantil. ¿Poeta? ¿Historiador? Ahora veo lo difícil que es autodefinirse, desde esta balconada de mi despacho salmantino. Sexagenario ya, vestido de idéntico entusiasmo, tocado de nostalgias juveniles... Y Baeza, en el gran recuerdo de mis versos incipientes. Era por los años de 1914 a 1918. Recuerdo la estampa de don Antonio, con su «torpe aliño indumentario» avanzando como a pasos renqueantes, apoyado en fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, camisa blanca de cuello de pajarita y grueso nudo de corbata negra, negro el sombrero blando, mal colocado casi siempre; a veces llevaba destoçada la noble cabeza de revuelta cabellera; iba rasurado con pulcritud, pero el traje masculado por las manchas de ceniza del inevitable cigarrillo. Le veo avanzar por la calle de la Compañía, desde las Barreras, a lo largo del edificio que fue de los jesuitas y en este tiempo era cuartel de tropas y depósito de caballos sementales. Desembocaba en la sosegada plazuela de Santa Cruz, frente al soberbio edificio gótico-isabelino del Seminario Conciliar, antiguo palacio de los Benavides, señores de Jabalquinto, en la cuesta de la Catedral. A la esquina de la calle de la Compañía y de la plazuela mencionada, frontero a esa cuesta, la Casa de Capellanes de la antigua Universidad, donde están instaladas las oficinas, archivo, biblioteca y sala de profesores del instituto; había palmeras y rosales en el patio y era necesario descender hasta las aulas por un ancho pasadizo escalonado y oscuro, en cuyos vanos se recortaba la recia figura de don Antonio, un poco inclinado hacia adelante y apoyado en su cayada.

Los estudiantes sentíamos mucho respeto por este profesor serio y tierno a la vez, que sabía sonreír desde su lejanía como si estuviera atento a la presencia ausente de algo que nosotros ignorábamos aún. El ancho claustro renacentista del viejo edificio es-

taba lleno de luz y de algarabías estudiantiles, pero se colmaba de silencio con solo su presencia. El bedel acudía solícito y daba la voz de ritual; detrás del maestro entrábamos todos en el aula; era una estancia de alto techo, paredes encaladas, feo zócalo pintado de gris oscuro, con huellas de humedad. Los bancos eran viejos y sucios, la tarima no muy elevada y sobre ella, casi en penumbra, la mesa grande, un sillón y la pizarra. La grave voz de don Antonio pasaba lista lentamente, como en un chasquido de la lengua entre los pronunciados labios: «Salido, Lainez (acentuando mucho la *i*), Quijano», etc... Nos habíamos sentado ya por orden de lista: yo estaba el segundo como queda dicho.

Comenzaba la clase de francés. Leíamos algún texto en prosa. Recuerdo uno de Victor Hugo, que aquel día me tocó leer a mí. Nos corregía la pronunciación. Salía él a la pizarra para aclarar voces y especificar los diptongos. Don Antonio leía correctamente el texto con lentitud: repetíamos alguno de nosotros. Había ternura en la clase, ninguno de nosotros armábamos el runrún o el jaleo que se armaba en otras, ni tampoco nos provocaba el miedo que nos producían otros profesores. Yo leía medianamente, pero traducía bien y me encargó que tradujera «El Lago», de Lamartine. Todavía conservo el papel con las correcciones mínimas que me hizo con su propia pluma, de acero, de las llamadas de la corona, y tinta negra; yo escribía torpemente con tinta azulada. Luego aprendí de memoria trozos poéticos de famosos autores franceses, que me hacía repetir en clase. Recuerdo aún el «Mediodía» de Leconte de Lisle (Charles Marie Leconte).

Paquita de Urquía, mi compañera de curso, fue la primera que puso en mis manos un libro de poemas del maestro. Y así fue naciendo una devoción poética por su obra, algunos de cuyos versos recitaba entre mis compañeros:

*Yo voy soñando caminos
de la tarde*

Don Alfredo y don Antonio, dos maestros igualmente bondadosos por naturaleza; de los dos podría decirse como dijo don Antonio de sí mismo:

Y soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Inefables lecturas en los atardeceres en aquel gran patio de mi colegio. Era yo por entonces colegial interno, en el de San Luis y San Ildefonso, que dirigía un inteligente sacerdote. Ese colegio estaba instalado en el caserón de los antiguos Marqueses de Fontecilla, cuyos blasones lucíanse sobre la fachada al lado del balcón principal, en la vieja calle de Santo Cristo del Cambrón, al filo del Murallón de la antigua ciudad, entre la cuesta de San Gil y el Arco del Barbudo o de las Escuelas, muy próximo a este último edificio de la vetusta Universidad; todo ello en los aledaños del inigualable barrio catedralicio de Baeza...

...la nombrada, nido real de gavilanes...

por cuyo barrio veíamos pasar algunas veces la sombra silenciosa y solitaria de don Antonio, a vueltas, seguramente de sus ensueños sorianos, en esta ciudad entre andaluza y manchega, como él escribió.

La botica de Almazán

Don Adolfo Almazán era farmacéutico en Baeza y profesor de gimnasia en el instituto. La descripción de su persona y de su clase alcanzaría los matices de la caricatura. Pero su botica, situada en la calle de San Francisco, frente al mercado y al teatro que se cobijaban entre las ruinas del convento renacentista de ese santo titular de la calle, nos resultaba un lugar atractivo para los muchachos. Allí íbamos a comprar pastillas de goma, «que son pa la tos», y el famoso *palodú*, cuya raíz nos entreteníamos en masticar asiduamente, como ahora se hace con el *chicle* nortamericano.

La más de las veces íbamos a la botica a no comprar nada; sólo era para ver la reunión de los catedráticos situados al fondo de la rebotica, que era una habitación larga y estrecha, como un tranvía, con asientos al pie de las estanterías colmadas de botes

antiguos. Allí estaba don Antonio, con el sombrero puesto, sentado en el banco de la derecha y al fondo, apoyado en su cayada, con la característica postura meditativa que habíamos contemplado en varias ocasiones y lugares distintos.

Hablaban casi todos al tiempo, de política o de lo que fuera. La más de las veces don Antonio no hablaba. Ese cuadro lo ha descrito él en uno de sus conocidos poemas. Allí estaban don Antonio Parra, pulcro y atildado, secretario del instituto; don José Moreda, locuaz; el tremendo don José Coscollano, al que todos temíamos por sus exigencias de la clase y su rigor en las preguntas. Allí estaba el inflexible auxiliar de matemáticas señor Gómez Arenas, gran amigo y compañero de excursiones y paseos de don Antonio Machado. Nosotros apodábamos a Gómez Arenas, *Cuatro Pelos*, por los pocos que tenía. La rebotica era paralela a la botica y tenía entrada directa por la calle. Los días de lluvia la puerta estaba encristalada y apenas podíamos divisar lo que sucedía en el interior de aquel cenáculo, presidido por los bigotes engomados de don Adolfo Almazán, que hacía frecuentes salidas a la farmacia para responder a las preguntas de alguna cliente o de alguno de los *mancebos* de la misma.

Otra botica había a la entrada de la misma calle y en la acera contraria, la del también profesor del instituto don Ramón de los Ríos Romero, con el que me ocurrieron anécdotas estudiantiles en su clase de química, que ahora no son del caso referir...

*Se platica
al fondo de la botica*

escribió don Antonio.

Los paseos del poeta

Las reuniones en la botica de Almazán tenían lugar todos los días al atardecer, principalmente en el invierno, y más aún los días lluviosos. Pero en los buenos días soleados era cuando los colegiales internos en el de San Luis y San Ildefonso o en el interna-

do del instituto, paseábamos, los jueves, por el recinto exterior de la ciudad, desde el arco del Pópulo o de las Carnicerías hasta el Arca del Agua, bordeando gran parte del antiguo cinturón de murallones deshechos, viejas casucas y venerables palacios y conventos casi derruidos; solíamos encontrar a don Antonio solo las más de las veces, sentado bajo el olmo de la Puerta del Conde o en alguno de los bancos que, más lejos, se apoyan en la espalda de la Plaza de Toros, allí, por el Egido. El luminoso y amplísimo paisaje del alto Guadalquivir y de las sierras de Cazorla y de Mágina, de este a oeste, por los campos del sur, también lo ha descrito él. Pasábamos los colegiales, saludando, tímidos, respetuosos, y él respondía al saludo añadiendo nuestros nombres propios, como si pasara lista en clase. Todavía lo recuerdo, apoyado con sus dos manos en su cayada, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía, inmóvil, en la presencia ausente de una estatua viva... A lo lejos, en el fondo del valle, «Guadalquivir, como un alfanje roto y disperso reluce y espejea», escribió él, y nosotros lo hemos visto muchas veces, y añadió en otro poema «Tiene Cazorla nieve, y Mágina, tormenta, su montera, Aznaitín»...

En otras ocasiones, los estudiantes llegábamos antes al paseo de las Murallas y le veíamos avanzar, lento y bamboleante, como si cojeara levemente, y era entonces cuando nos saludaba con un adiós para cada uno de nuestros apellidos. Otras veces le veíamos llegar por el paseo de la estación del tranvía, esponjándose al buen sol del Arca del Agua, un paseillo de acogedores jardines y de fuente cantarina, a cuyo regazo nos acogíamos los estudiantes. Y alguna vez yo había recitado, al atardecer, entre dos luces, aquel poema suyo dedicado a Juan Ramón Jiménez por su libro *Arias Tristes* y en el que figura el verso «Sólo la fuente se oía».

Don Antonio continuaba su paseo, carretera adelante, hacia la curva de los Montalvas. Muchas veces dijeron que iba a comprar cerillas a Úbeda, que está a nueve kilómetros, entre olivares y tierras de pan llevar...

*Y la encina negra
a medio camino
de Úbeda a Baeza*

Colmena de poesía para nosotros durante muchos años, ahora la encina ya no existe, talada por unas manos vulgares, como las que talaron otra encima entre los olivares del cerro de la Carrasca, en mi pueblo, testigos ambas de otros tiempos y otros gustos.

Mis primeros versos

Entre las asignaturas que estudiábamos por entonces, era importantísima para mí la de Retórica y Poética o Preceptiva literaria y composición, cuyo texto pertenecía al catedrático del Instituto de Gerona don Francisco de P. Massá Vallosera, del que aprendí de memoria casi todos los ejemplos de figuras retóricas, algunas de las cuales recuerdo perfectamente al cabo de los años, tales como las de *epanadiplosis* y algunas de sus congéneres.

El catedrático de Baeza lo era don Francisco Javier Gaztambide, buen profesor al viejo estilo, amable con nosotros, pero al que dada su pequeña estatura, su atildado porte, barba negra derramada en abundante abanico, le recordábamos siempre colgado del brazo de su simpática esposa, mucho más alta que él y que se preocupaba ella misma por el buen resultado de nuestras notas de final de curso. Creo que se apellidaba De las Barras de Aragón. Don Javier Gaztambide se interesó pronto por la afición que yo demostré en clase y fuera de clase por el estudio de su asignatura, y me encargó que escribiera modelos originales de todas las figuras retóricas y de sus formas, desde el pareado hasta la octava real, que yo le presenté a final de curso de un cuaderno prolijamente manuscrito. Incluso hice un soneto, que tuve la debilidad de mostrar a don Antonio Machado. Aquellos mis primeros versos hicieron las delicias de don Javier Gaztambide, que al firmar la papeleta me premió con la nota máxima. También les gustaron mis versos a su esposa y a los amigos de la casa...

Pero ¿y a don Antonio? Para ése, mis versos fueron otro cantar.

—¿Usted también hace versos? —me preguntó un día, al finalizar la clase. Sentí que me ponía colorado.

—Vamos, estoy dispuesto a escuchar alguno —me dijo sonriente.

Acaso el profesor Gaztambide, en las tertulias de la sala de profesores o en las de la botica de Almazán, le habría hablado de ellos. Y entonces se me ocurrió leerle el último soneto perpetrado por mi musa estudiantil, el que hacía referencia a Eloisa y Abelardo, y que declaraba en pésimos cuartetos el fuego que devoraba el pecho de su joven autor.

Riendo esta vez francamente, la única vez que le he visto reír: apoyado en su bastón, chascando la lengua en gesto característico, burlones los ojos sagaces, preguntó:

—¿Y era muy grande el incendio, amigo Laínez?... Pero no escriba sonetos —añadió más cariñosamente— si no le es muy necesario el hacerlo. Sonetos, ni de Cervantes —afirmó rotundo—; se han inventado para castigo de los malos poetas.. Y si el pensamiento y la técnica no se ponen de acuerdo espontáneamente, mejor es abstenerse de escribir sonetos. Acaso como ejercicio...

No he olvidado nunca esta lección, de clase fuera de clase, tan humana y tan cordial.

—¿Cuál es su poeta favorito? —inquirió después para apaciguar mi ostensible azoramiento. Yo repuse rápido:

—Rubén Darío.

—Siendo Rubén Darío un altísimo poeta, aún hay más, amigo Laínez —prosiguió—; mañana le traeré a usted el último libro de un gran poeta, de un verdadero poeta.

Y al día siguiente cayó en mis manos, casi como una bomba literaria para este aprendiz de poeta provinciano, cuyas desordenadas lecturas le habían llevado a trasegar una fuerte mezcolanza lírica de poetas dispares, un libro novísimo, *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez, que acababa de salir por aquellos días. El nombre del poeta era entonces completamente desconocido para mí, que no había pasado de Salvador Rueda, de Rubén Darío y pocos más.

Luego que le hube leído con asombro, fui a su casa a devolverlo. Don Antonio vivía en un entresuelo del Prado de la Cárcel, oficialmente Pasaje del Cardenal Benavides, esquina a la calle de Gaspar Becerra y frente por frente de la cárcel antigua, bellissimo edificio del mejor plateresco andaluz, que ahora es el Ayuntamiento de la ciudad. Me recibió su madre, una viejecita menuda y

avispada, vestida de negro, manteleta o pelerina de lana negra y peinada a la moda del alto y redondo tupé de aquellos años. Recuerdo que la habitación, luminosa y modesta, con balcones a la calle, estaba amueblada con sillas y mecedoras de rejilla, muy típica por entonces en muchas casas andaluzas.

Lo que acabo de contar sucedió por 1917, que es el año en que aparece una edición de las obras completas de don Antonio, y el mencionado libro de Juan Ramón Jiménez, que ahora se llama *Diario de poeta y amor*. Por cierto que a cargo de este raro poeta me sucedieron posteriormente, ya en Madrid, otras anécdotas ligadas a mi devoción por su obra, y sobre todo una muy graciosa entre Zenobia y yo, que ya las he referido muchas veces y hasta se han publicado en algún artículo de Emilio Salcedo.

La diligencia de Acribite

Dos años antes, en 1915 y en el mes de junio, acabado el curso académico, mi primo Manuel Alcalá, también estudiante en Baeza, y yo fuimos una mañana a tomar la diligencia de Bacza a Cazorla, que nos dejaría en Peal. Grata fue nuestra sorpresa cuando encontramos ya instalados en el coche a don Antonio Machado y al señor Gómez Arenas, su compañero de viaje. A mí me tocó ir sentado al lado de don Antonio. Subieron, además, un viajante de comercio y algunas mujerucas con sus envoltorios y varias aves atadas por las patas, que colocaron debajo de los asientos. El coche era destartelado, viejo y de un color amarillo descolorido: los caballos, dos pobres jamelgos. Pero lo que más recuerdo, porque hice varios viajes con él, es la figura grotesca e iracunda del cochero, Acribite de apodo, rubio, coloradote y completamente calvo, incluso de las cejas, bebedor hasta el exceso, que látigo en ristre, desde el pescante, lanzaba sus blasfemias estruendosas y sus pintorescos dicerios contra los caballejos, en los que salía a relucir, en nada elegantes metáforas, la más próxima genealogía de tan famélicas bestias.

Carretera adelante, pasamos junto a la «encina negra», entre nubes de polvo y chascar de latigazos. Hacía mucho sol. Los vai-

venes del carricoche nos traqueteaban a los viajeros unos contra otros. Ninguno hablábamos. Las mujerucas suspiraban de vez en cuando. Don Antonio fumaba sus cigarrillos una y otra vez. Gómez Arenas, levantada la cabeza, miraba a lo alto como si buscara el infinito que tantas veces nos dibujó en la pizarra. Apenas nos detuvimos en Úbeda, frente a la posada de Inés y junto a una tabernilla frontera a la gran Explanada, donde Acribite cambió algunas palabras con el tabernero y se atizó dos copazos de aguardiente carrasqueño. Seguimos por Torreperogil hacia el Puente de la Cerrada, siguiendo la polvorienta carretera de los llanos de Grajca. Don Antonio escribía después:

*... el carricoche lento
al paso de dos pencos matalones
camina hacia Peal...*

De este modo ha quedado mi pueblo incorporado a la geografía sentimental de Machado. Las demás incidencias del viaje quédense para otra ocasión.

Los estudiantes de Granada

También recuerdo ahora que por aquellos años, acaso en la primavera de 1916, un día, al filo de las doce, vi un grupo de forasteros acompañados por el arcipreste de la catedral baezana, don Tomás Muñiz de Pablos, que contemplaban la fachada del Seminario, antiguo Palacio de Jabalquinto o de Benavides, ya mencionado, cercano al Instituto; me incorporé al grupo de turistas lleno de curiosidad y escuché a un grave señor una interesante lección de historia del arte baezano. Supe después que el grupo lo formaban los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada. Y el catedrático era don Martín Domínguez Berrueta, ilustre salmantino y magnífico profesor, al que tanto deben los estudios artísticos de la juventud granadina de aquel tiempo.

Entre los muchachos que le acompañaban en aquella ocasión

iba Federico García Lorca, al que pocos años más tarde conocería yo en Madrid. Aquel día ellos marcharon hacia la catedral, y yo, venciendo mi curiosidad, me volví al Instituto, porque no quería perderme la clase de don Antonio.

Al día siguiente mi compañera, Paquita de Urquía, me dio noticia de los viajeros, que los acompañó toda la tarde, y que en el Casino Antiguo, o de los señores, don Antonio había recitado fragmentos de «La tierra de Alvargonzález» y Federico había tocado el piano con mucha gracia; interesante episodio éste, que yo me perdí entonces por ser alumno interno del Colegio de San Luis y no serlo del Internado del Instituto, cuyos alumnos mayores también acompañaron a los excursionistas. Lo que sí recuerdo claramente es que pocos meses después las hermanas Urquía (Paquita y María del Reposo) me regalaron el primer libro en prosa de Federico, que hacía referencia a sus impresiones del viaje, uno de cuyos capítulos se publicó en el semanario *Ayer y hoy*, dirigido entonces por el inteligente escritor y luego malogrado amigo Fernando Martínez Segura y Checa. No he de referir ahora mi constante colaboración en los periodiquillos baezanos de aquel tiempo, en los que a veces firmaba con seudónimo y otras con mi propio nombre o con el de alguno de mis compañeros de colegio.

Puedo pensar ahora que de tantos estudiantes de Baeza, mis contemporáneos, fuimos pocos los que nos dimos cuenta entonces de la alta personalidad de don Antonio. De mis compañeros creo que fui el único, salvo Paquita de Urquía, hija del director del instituto, cuya familia tuvo gran amistad con don Antonio Machado. De los alumnos más antiguos que yo sé destaca el buen escritor Adolfo Chércoles Vico, mi coprovinciano y hoy abogado de lustre en Córdoba, que supo también admirar a don Antonio.

Chércoles estimuló mis primeros versos en la revista *Don Lope de Sosa*, y don Antonio dio su visto bueno para un poema mío que Cazabán publicó en *La Regeneración*, de Jaén, con erratas y todo, dedicado a Baeza:

*Baeza la noble,
Baeza la hidalga,
tus piedras son himnos
que tu gloria cantan...*

Colofón bibliográfico

Y aunque pudiera contar muchas más cosas de aquellos días estudiantiles, creo que con lo apuntado basta y sobra para que mi compañero García Blanco sepa de la vieja devoción que mantengo aún desde esta Salamanca inadjetivable por aquella otra noble ciudad de Baeza, la que perfiló mis derroteros literarios entre la poesía de Antonio Machado y la historia de Alfredo Cazabán.

No he de acabar estos renglones sin recoger aquí los nombres de Miguel Pérez Ferrero (*Vida de Antonio Machado y Manuel*, Madrid, 1947) y de José Chamorro («Antonio Machado en la provincia de Jaén», Instituto de Estudios Giennenses, *Boletín*, núm. 16), de cuyas obras, así como de las conferencias y escritos de Adolfo Chércoles, no son estas líneas más que un sencillito complemento. También en la revista *Lucidarium*, 1917, de los estudiantes de Granada, que dirigía el mencionado catedrático don Martín Domínguez Berrueta, de noble memoria siempre para el que esto escribe, quedan huellas que confirman mis recuerdos de aquella época.

Pero permitidme que evoque ahora las primeras cuartillas mías escritas por aquellas calendas, breve glosa a la poesía de don Antonio Machado, y que posteriormente vieron la luz en la revista *Don Lope de Sosa* (1919) llevando al frente un buen retrato del excelso poeta. Gracias sean dadas a la memoria de nuestro don Alfredo Cazabán, que se preocupó de solicitar mis cuartillas y de allegar la interesante fotografía del poeta. Y así guardo en mi agradecimiento el rutilante brillo de estos dos nombres...

RAFAEL LAÍNEZ ALCALÁ

(*Acta Salmanticensia*, Serie de Filosofía y Letras, tomo XVI).

MACHADO, EN BAEZA

El profesor iba al encerado para explicar un diptongo, o pasaba la vista con curiosidad sobre lo más explosivo que existe cuando está en manos de un artista adolescente el soneto. Los catorce versos habían sido compuestos en honor de Abelardo y Eloísa y se hablaba, claro es, de «fuego devorador».

—¿Y es muy grande el incendio, amigo Láinez?... (Marcaba mucho el acento en la i). Mire, un consejo: no escriba sonetos si no le es muy necesario...

Láinez era Rafael Láinez Alcalá, hoy catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Salamanca, que escribe: «Le veo con su «torpe aliño indumentario», apoyado en fuerte cayada, grandes zapatos, amplio abrigo, cuello de pajarita, grueso nudo de corbata. Los estudiantes sentíamos mucho respeto por este profesor serio y tierno».

Octubre de 1917. Hacía diez años que había publicado *Soledades, galerías y otros poemas*, mostrando su preferencia por una poesía emocional, íntima, lírica:

Yo voy soñando caminos de la tarde...

Después de clase, pasaba un rato en la tertulia de Almazán, farmacéutico y profesor de gimnasia del instituto.

*Se platica
al fondo de la botica.*

Y, al día siguiente, otra vez:

—Señor Gutiérrez.

—Presente.

—Sobre la muerte, señores, hemos de hablar poco. Sois demasiado jóvenes...

A pesar de su tristeza, sabía sonreír; y si algún agorero amenazaba su tarde, escribía en su cuaderno: «Dadme cretinos optimistas».

—¿Ha comprendido usted, señor Martínez?

—Creo que sí.

—Pues escriba en la pizarra: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa». Ponga esto en lenguaje poético.

Solía vérsle en el Paseo de las Murallas, o al fondo de una plazuela, o junto a un edificio gótico, cuando no paseando por la carretera donde contestaba el saludo de los discípulos llamándoles a todos por sus nombres como si pasara lista.

Aquel catedrático y poeta vivía con su madre en un entresuelo del Prado de la Cárcel, frente por frente de la prisión, hoy Ayuntamiento. Llevaba a clase un librito que dejaba sobre la mesa. Algún alumno espío el título. Era el *Diario de un poeta recién casado*, de un autor nuevo e ignórado: Juan Ramón Jiménez.

Don Antonio Machado, en Baeza, daba su clase, leía, caminaba.

*Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta,
su montera, Aznaitín...*

A veces llegaba hasta Úbeda que está a nueve kilómetros.

—¿Por qué va tan lejos?

—Dice que va a comprar cerillas.

ANTONIO DE OBREGÓN

(ABC, Madrid, 10 de octubre de 1963).

PARÁBOLA DE SAN CRISTOBALÓN Y LA LECHUZA
(La ciudad de Baeza va a rendir un homenaje a
Antonio Machado)

Suceso mínimo de la tarde doliente: «Por un ventanal / entró la lechuza / en la Catedral». ¡Cómo llueve en los campos de Baeza! Es el invierno de 1913... Cuando el profesor de lenguas vivas del Instituto tome asiento esta noche en la tertulia del fondo de la botica, los labradores allí presentes estarán frotándose las manos de puro gusto: «¡Y van / las habas que es un primor...!» Se platicará en el casinillo de lo lindo al calor de los braseros. Se hablará de política, por supuesto: «Yo no sé / don José / cómo son los liberales / tan perros, tan inmorales». «¡Oh!, tranquilícese usted, / pasados los carnavales / vendrán los conservadores, / buenos administradores / de su casa. / Todo llega y todo pasa»...

Concurrirá de seguro el profesor a la tertulia de rebotica cuando anochezca. ¿Hastío de la vida provinciana? («Tic-tic, tic, tic... Ya pasó / un día como otro día, / dice la monotonía / del reló»). No faltará al pequeño «cónclave», pero el caso es que, ahora, al empezar la tarde, ha penetrado en la Catedral. ¡Santo Dios! Ha entrado en la iglesia Antonio Machado. ¿A qué? De seguro, tras los visillos, algún alma ingénuo se escandaliza. Tiene el pobre una fama... («En Santo Domingo, / la misa mayor, / Aunque me decían / hereje y masón, / rezando contigo, / ¡cuánta devoción!»).

El poeta en la Catedral. La fe del profesor de lenguas vivas de Baeza es una fe sin perfil, desflecada, vaporosa, rota, porque —él lo ha dicho— «se le perdió Dios entre la niebla». En el silencio umbroso del templo, sin embargo, le duelen al poeta sus más íntimas, sus más recatadas heridas. Porque de su devoción queda, al menos, la cicatriz. Como tantos de su generación, don Antonio

conserva el cucuco de la creencia, aunque la fe se le haya ido evaporando. En ese vacío, en esa ruina, hay musgo de melancolías; en ese hueco gime las nostalgia de Dios. ¿No padece él una fatiga intelectual? Cansancio de sus libros. («Sobre mi mesa / «los datos de la conciencia inmediatos»). ¿No le acosa, a veces, la visión inquietante, el tema ineludible? («Soñé a Dios como una fragua / de fuego, que ablanda el hierro...»).

Antonio Machado piensa, piensa o sueña, cuando... «por un ventanal, / entró la lechuza / en la catedral».

* * *

Para beber del velón del aceite de Santa María entró la lechuza en el solitario recinto. Pero San Cristobalón, efigiado en uno de los cuadros de las altas naves, «la quiso espantar». Y «la Virgen habló: Déjala que beba, San Cristobalón».

La religiosidad es una brisa para la fronda secreta. Aún cuando la fe se haya trocado en «olmo seco», la sugestión de Dios vuelve. Y, a veces, agita avasallante, ineluctable. El poeta lo siente. De todos los rincones de la catedral llega, ahora, la «revancha» de Dios. Desde los retablos patéticos en que se yergue el ímpetu penitencial de los ascetas —crucifijo y sayal— y el escorzo ingrávigo de los ángeles. Desde las capillas ancladas en quietudes infinitas en que bisbisean sus oraciones las enlutadas viejas anónimas. Desde el órgano que, en la hora vespéral, modula tremente su lamento de león herido... Y, ¿qué hará él, el poeta? ¿Rezará? ¡Ay, que a él, el rezo le parece el peso muerto, embalsamado, de una espiritualidad que se pudrió entre la cera y las rosas! ¡Qué va a hacer él, Señor! ¿Elevará su canto como el órgano en efusión de homenaje? Dolor. No sabe, no puede, no acierta, porque el verdadero Dios concreto, perfilado, personal, se le escamoteó entre la bruma, y sólo le queda el Dios evanescente, ilusorio: la divinidad desteñida en vacuas inmanencias: «El Dios que todos llevamos, / el Dios que todos hacemos, / el Dios que todos buscamos / y que nunca encontraremos».

No obstante, ¡qué bien se está allí! La brisa divina sigue agitando su fronda y su otoño. ¿Por qué San Cristobalón, celoso, lo quie-

re espantar a él, Antonio Machado, desde su cuadro vetusto? Casi sacrilego —escéptica lechuza— entró atraído por el velón de aceite de Santa María. Alma solitaria, quiso abreviar suavidad para su invierno, quiso lustrarse en el óleo de la lámpara oferente. Irreverencia. Pero... ¿no ves, San Cristobalón, cómo se tornasola el alma del profesor de lenguas vivas? Zozobra, dulzura, dubitación, melancolía, esperanza. ¡Esperanza! («Hoy es siempre todavía») ¿No adviertes, gigante, niño grande, que este hombre —niño perdido— busca errátil, vagabundo de altos poemas sin rumbo, pastor de tristezas, apacentador de bellezas sin Estrella? ¿No sospechas que él, sin darse cuenta quizá, también busca el Camino? No te escandalices, gigante, niño... ¿Oíste? ¡La Virgen habló!: «Déjala que beba, San Cristobalón».

* * *

«Sobre el olivar / se vio a la lechuza / volar y volar. / A Santa María / un ramito verde / volando traía».

Alta noche. Lluve en Baeza. La melopea de las altas canales bate el empedrado de las calles angostas. Ya en el lecho, el labrador de la tertulia de la rebotica se soliviará gozoso: «Cierto: para marzo, en flor. / Pero la escarcha, los hielos...» Mientras, el poeta habrá vuelto a encararse con sus libros («Este Bergson es un tuno; / ¿verdad, maestro Unamuno?...») Es difícil saber cómo anda de fe, de religiosidad, el labrador de la tertulia. La de él, la de Antonio Machado, es precaria. Sólo que esta tarde fue a abreviar silencios en la Catedral y...

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.*

Algunas hojas verdes le han salido. Por eso se vio volar a la lechuza sobre el olivar: «A Santa María, / un ramito verde / volando traía».

(Antonio Machado, hermano bueno, hermano mayor, hermano triste, ¡cómo nos acaricia el deseo de tu poema —no escrito— al Dios que muestra su Presencia y su Figura más allá... y más acá de tu niebla, de la niebla!).

JUAN PASQUAU

(*ABC*, 16 de junio de 1965).

EN BAEZA CON ANTONIO MACHADO

Homenaje a Antonio Machado en Baeza: descubrir un monumento en su memoria: repetir los paseos, en los que se recreaba casi siempre solitario. De fijo que entre quienes le rinden ese homenaje, suscitado «por una idea privada», le habrán conocido algunos en persona y otros evocarán su figura por lo que de él saben. La comisión organizadora tampoco es corta. Realizar el propósito de rendir honor al poeta con dos manifestaciones: una solemne —los monumentos, incluso los más sencillos, implican solemnidad, sobre todo, en el momento de inaugurarlos—, y otra, diremos más poética, pasear imaginariamente con él, sólo puede despertar el aplauso. Aducir razones que lo abonen nos parece innecesario.

Tres ciudades adquieren importancia fundamental en la vida y en la obra de Antonio Machado. Son: Soria, Baeza y Segovia. Su natal Sevilla y Madrid quedan más esfumadas. A la etapa de Antonio Machado, en Baeza, le dedicamos un capítulo entero en la biografía que le consagramos con su hermano Manuel. Y de Baeza nos habló, muy largamente, el primero cuando preparábamos esa biografía.

Llegó a Baeza Antonio Machado con la herida abierta por la muerte de su esposa, Leonor, acaecida en Soria. Cuando sonó la hora de su cambio de destino y partió, Baeza había obrado de bálsamo en el poeta.

En Baeza, Antonio Machado, aparte de explicar su clase en el Instituto de Segunda Enseñanza —era catedrático de Francés—; paseó mucho, estudió aún más, y acudió a la tertulia de una far-

macia, la de Almazán, en la que reunían los amigos del farmacéutico.

El paseo predilecto de Antonio Machado era ir hasta un banco, el mismo siempre, mirador u observatorio privilegiado, desde donde podía abarcar con la mirada la Sierra de Baeza, la de Magina, los Montes de Jaén y la Sierra de Cazorla. Cuando Antonio Machado no paseaba solitario, que eran, lo repetimos, las más de las veces, le acompañaba su mejor amigo en la ciudad, don Cristóbal Torres, de quien el poeta decía que era una persona muy inteligente, abogado sin pleitos, que vivía de unos cuantos olivos heredados de sus mayores. Sus conocimientos y amistades no le estimaban en su verdadero valer. Pero a él le tenía sin cuidado. Lo que más le gustaba era andar y conversar, y sus juicios eran muy perspicaces y atinados. Antonio Machado le refería las largas excursiones que hiciera por tierras de Soria y don Cristóbal le animaba para que las hiciese desde Baeza. Por fin llegó la ocasión, con la visita de Joaquín Machado a su hermano. Cuatro fueron los excursionistas: Antonio, Joaquín, don Cristóbal Torres y el farmacéutico Almazán. De Baeza van a Úbeda y de allí, en una tartana, a Cazorla. En Peal de Becerro se les agregó otro excursionista: un juvenil discípulo del curso de Antonio, admirador precoz del poeta, y aprendiz de poeta él mismo. Era Rafael Láinez Alcalá.

En Cazorla, abandonaron la tartana los viajeros y emprendieron la subida a las fuentes del Guadalquivir. Una tormenta se desencadenó sobre ellos, pero hallaron abrigo en un refugio cercano.

Marca la etapa de Antonio Machado en Baeza su licenciatura en Filosofía. Gran aficionado a las lecturas filosóficas, habla que éstas son las únicas lecturas que mitigan el dolor de la pérdida de su esposa y la obsesión que le produce su desgracia. La literatura no le calma y, en cambio, sí leer a Platón. Entonces se decide pasar las pruebas oficiales en la Universidad de Madrid, donde va al comienzo de cada verano a examinarse. Cuentan entre sus jueces don Manuel Bartolomé Cossío, amigo entrañable de la familia Machado, y un joven profesor cuya fama ha empezado a traspasar las fronteras, José Ortega y Gasset. Más que juzgarle ambos catedráticos, así como otros, lo que hacen es seguir una deleitante

charla sobre los temas filosóficos con Antonio. Y el poeta se licenciaría en Filosofía.

Queda otro rasgo de la existencia de Antonio Machado en Baeza: el de tertulio de la rebotica de Almazán. La farmacia se hallaba en la calle de San Francisco. Toda la vida de la población discurría en esa calle. Se encontraban los personajes más importantes, que se detenían a saludarse y cambiar impresiones; paseaban por ella las chicas casaderas, y en ella discutían asimismo sus negocios los labradores y tratantes.

Era raro el día que Antonio Machado no acudía a la tertulia, especialmente en invierno, pero más que hablar, se limitaba a escuchar y a calentarse en la estufa, que, al parecer, era magnífica.

A veces, aunque raras, se rompía un tanto la monotonía, como ocurrió cuando el profesor Domínguez Berrueta llegó desde Granada con sus discípulos en una excursión cultural. Entre esos alumnos había uno que se llamaba Federico García Lorca. Domínguez Berrueta se lo presentó a Antonio Machado, diciéndole: «Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música. Falla le ha enseñado lo que sabe».

Y Federico García Lorca le dijo a Antonio Machado: «A mí me gustan la música y la poesía».

Hubo velada para agasajar a los forasteros. Antonio Machado leyó «La tierra de Alvargonzález», publicada en su libro *Campos de Castilla*, y Federico García Lorca tocó al piano: «Danza de la Vida Breve», de su maestro Falla, y después, aires del folklore español. La velada dejó un gran recuerdo...

Tienen mucho que evocar quienes para rendir el alto y merecido honor a Antonio Machado paseen con él imaginariamente en Baeza, ciudad de delicadezas arquitectónicas, que tan profunda huella dejó en el poeta, y que, a la postre, le hizo incorporar a sus versos el hermoso paisaje andaluz, al que hubo de hacer un sitio el paisaje de Castilla, que antes ocupaba toda su sensibilidad y su inspiración. El olivo y el olivar fueron también cantados:

*Sobre el olivar
se vio a la lechuza
volar y volar.*

*Campo, campo, campo.
Entre los olivos
los cortijos blancos.
Y la encina negra
a medio camino
de Úbeda a Baeza.*

MIGUEL PÉREZ FERRERO

(ABC, Sevilla, 19 de febrero de 1966).

[EL HOMENAJE A MACHADO DE 1966, SEGÚN UN TESTIGO OCULAR] (*)

Ha sido enviado de España este relato de un testigo ocular de la violencia empleada por la policía de Franco, el 20 de febrero pasado, con ocasión del homenaje al poeta Antonio Machado, a un cierto número de direcciones extranjeras. Naturalmente, después de la acostumbrada violencia, las habituales multas de miles y miles de pesetas. También, las habituales distorsiones o minimizaciones o, qué duda cabe, el silencio de los grandes medios de comunicación. En cambio, se publican muy rápidamente, con comentarios tranquilizadores, las fotos de un autorizado fascista español en traje de baño en las aguas de Palomares junto al embajador de Estados Unidos. Sus sonrisas y sus pantalones de baño son otra contribución a la terapia hipnótico-sedativa de todos los hombres libres (Nota de la Redacción).

Para el día 20 del presente mes de febrero, con el permiso de la autoridad, se había fijado el homenaje al gran poeta español Antonio Machado, muerto en 1939 en el sur de Francia, poco tiempo después de su forzado exilio. El homenaje iba a consistir en la inauguración de un monumento, un busto de bronce, de Pablo Serrano, en la pequeña ciudad de Baeza (Jaén), donde Machado había enseñado francés en un instituto situado en un bello espacio de la ciudad, con agradables calles por las que el poeta solía pasear frecuentemente.

El homenaje llevaba el título de «Paseos con Antonio Machado». La Comisión Organizadora, algo compleja, estaba compues-

(*) Texto traducido del italiano por A. Ch. Ch.

ta por el juez de Baeza y por escritores y artistas residentes en Madrid.

Algunos días antes de su celebración se publicó a toda página en el semanario *Triunfo* de Madrid una foto del busto acompañada de un artículo de Moreno Galván. También se publicaron otros artículos de adhesión a dicha celebración en algunos periódicos, así como otros testimonios públicos de solidaridad con el proyectado homenaje.

Pero el día de antes apareció en algunos diarios una breve nota, de fuente desconocida, que anunciaba la supresión de la celebración. En aquel momento, la mayor parte de las personas que había decidido asistir al acto había partido ya desde diversos puntos de España: Alicante, Sevilla, Córdoba, Valencia, Barcelona, Bilbao, Madrid. La Guardia Civil esperó la llegada de los asistentes en las entradas de las diversas carreteras, cerrándolas. Dejó pasar a los turistas en un primer momento tras haber tomado nota de su documentación. Muchos, una vez apeados, continuaron el viaje en fila india. En estas condiciones llegaron a Baeza el día 20 cerca de 2.500 personas. Mientras, otros no consiguieron romper el cordón policial. El diario *Jaén* de aquel día anunciaba que «hoy Baeza homenajeará a Machado». Se inició el desfile hacia el lugar de reunión. Era una larga fila silenciosa de admiradores del poeta. Antes de llegar al punto de encuentro había algunos policías armados (llamados vulgarmente «grises» por el color de su uniforme) que impedían el acceso.

Algunos participantes se adelantaron para pedir explicaciones, explicaciones que los policías no dieron. Llegó un teniente y otros refuerzos. El ambiente era muy tenso. El teniente dijo solamente que el homenaje había sido suspendido y que tenía orden de impedir el paso a quienes quisieran reunirse en dicho lugar. Él ignoraba las razones de esa orden. Se le pidió que hiciera llegar a cualquier autoridad (el alcalde u otro) el deseo unánime de obtener una aclaración. Pero el teniente no aceptó y amenazó con hacer que cargaran sus hombres.

La gente se agrupó y manifestó su abierta decisión de esperar la llegada de cualquier autoridad que dicra una clara explicación.

El teniente retrocedió un paso e hizo una señal: los policías se alinearon y sacaron sus porras. El teniente citó un apartado referente al incumplimiento de la Ley de Orden Público y anunció que a la tercera señal la policía cargaría sobre la gente. Algunos se mostraron impasibles, dispuestos a mantener la anterior decisión. La policía, entonces, cargó. Los «grises» vacilaron ligeramente, pero el oficial tomó la pistola y gritó: «¡Cargad! ¡Cargad!». Un policía de la Brigada Político-Social tomó también su pistola, fuera de sí: «¡Cargad! ¡Cargad!».

Todo el resto fue violencia y brutalidad. La multitud gritaba: «¡Asesinos! ¡Asesinos!». Muchos cayeron bajo los golpes: se oían gemidos, gritos y muchos niños lloraban aterrorizados. Los «grises» persiguieron, implacables, a los pocos que al comienzo echaron a correr y golpearon brutalmente a los que se paraban enfrentándose para ayudar a los que se habían caído.

La gente, en masa, tras una carrera de dos kilómetros, llegó a la Plaza en un clima de cólera, exasperación y terror. Algunos se refugiaron en un bar, pero los policías los sacaron violentamente a la calle de nuevo, siendo recibidos con una violencia todavía más terrible: golpes, insultos y todo tipo de brutalidad. Muchos fueron detenidos y después comenzaron las redadas, la caza del hombre por todas partes: nuevas detenciones.

El pueblo asistió atónito a este horror. Los «grises» gritaron «A los coches», empujando a todos con violencia y siendo ayudados por los «sociales». Aquellos que no disponían de coche para alejarse de Baeza fueron sacados de cualquier modo. Un grupo huía por la carretera. Los que llegaron a Úbeda (una ciudad próxima) vieron que en el cuartel de la Guardia Civil los oficiales esperaban órdenes para dirigirse a Baeza.

De este modo acabó el homenaje a Antonio Machado en Baeza (Jaén), el 20 de febrero de 1966.

Fueron detenidas 27 personas. Entre ellas, Moreno Galván (autor del citado artículo), Pedro Caba (médico), Eduardo Urculo (pintor), Alfredo Flores (abogado), J. A. Ramos Herranz (ingeniero), Pedro Bicenta (maestro), Carlos Álvarez (poeta), etc.

Este es el relato de un testigo ocular. La prensa española no ha publicado nada sobre estos hechos.

Las Agencias extranjeras han dado bien poca información. La mayor parte de las noticias, a través del propio ministro. Algunas de ellas son ignominiosas, como las redactadas por una agencia americana que tergiversaba los hechos, presentándolos como un enfrentamiento entre dos grupos, lo que había obligado a la policía a intervenir para mantener el orden.

De los 27 detenidos, 16 fueron puestos en libertad por la noche: 11 fueron retenidos y conducidos a Jaén, donde fueron puestos en libertad al día siguiente tras haber pagado una multa que oscilaba, según los casos, de 5.000, 10.000 y 15.000 pesetas a las 25.000.

(*Il Ponte*, Firenze, XXII, 3 de marzo de 1966).

ANTONIO MACHADO, DE TODOS

Por muchas vueltas que se quieran dar a unos cuantos escritos suyos, no es posible atribuir a la figura de Antonio Machado una significación política de facción. Esto lo dice un crítico nada sospechoso, como es Guillermo de Torre. No es un nombre para mantener banderías. Y en su recuerdo, admiración y homenaje coincidimos todos. Nadie quiere renunciar a él. Si Baeza le quiere poner un monumento, se suma Soria, y estas dos ciudades se disputarían, con Segovia y Madrid, el honor de guardar sus restos que reclaman tierra española.

Pero en cuanto se suscita su homenaje, no falta quien quiera utilizar la bandería ni quien tema que ésta se alce. ¿Por qué? ¿Es que no vamos a ponernos de acuerdo para honrar al poeta que todos tenemos por nuestro? Dice Eugenio Montes en su conferencia sobre Antonio Machado, en Roma, que bien está que cada cual por su parte haya enaltecido su recuerdo cuando no ha habido posibilidad de hacerlo juntos.

Es imprescindible, naturalmente, que al considerar su biografía y su circunstancia histórica hasta la hora de su muerte se tenga en cuenta que Antonio Machado tuvo sus ideas y sus padecimientos a causa de ellas. Ello da una dimensión humana a su figura, que no tiene nada de aséptica ni separada en torre de marfil entre las pasiones y los enfrentamientos de su tiempo. Pero quedarse sólo con ello es un anacronismo y también, naturalmente, un muy justificado movimiento de recelo ante cada intento de homenaje, en el que no solamente han de retracerse quienes no suscriben tales ideas y en la autoridad que ve dibujado un perfil, más o menos importante, de subversión.

Vale la pena que el tema sea considerado sin reticencias, beligerancias ni exclusiones. Sería una prueba de madurez histórica e intelectual y la única manera de que Antonio Machado, el del torpe y entrañable aliño indumentario, ocupara en España la presidencia espiritual que todos con nuestras citas y devoción le hemos otorgado.

Al hablar así, reflejamos un sentimiento del que no es ésta la única constancia. En el salón de actos de nuestro Club, al que han acudido y al que seguirán siendo invitados cuantos puedan dar testimonio con sus palabras de la diversidad española, en el marco de un común patriotismo, tenemos las imágenes de hombres muy representativos de épocas diferentes y de distintos matices. Como un símbolo de la integración que propugnamos y que desearíamos ver generalmente fomentada.

(Editorial de *Pueblo*, Madrid, 3 de marzo de 1966).

FUE TODA ESPAÑA QUIEN GRITÓ EN BAEZA: LIBERTAD (*)

Aún estaba en el aire el eco de las últimas manifestaciones de Madrid: 7.000 madrileños, según cálculos prudentes, gritando: «¡Yankis, no!» y reclamando libertad y democracia para España. Sólo habían pasado quince días y ya se concentraban, en Baeza, 3.000 intelectuales en torno a un nombre: un nombre símbolo de «la España del cincel y de la maza» de «la España de la rabia y de la idea», como la llamó él.

Se juntaron 3.000. Pero, ¿en qué condiciones? El homenaje a Machado fue prohibido por el Gobierno. No obstante, se celebró. Fraga desplegó sus marrullerías con objeto de crear confusión y paralizadoras esperanzas en una celebración ulterior. Sin embargo, la gente tomó el camino de Baeza desde los puntos más diversos del país. En torno a Baeza, la Guardia Civil cortó las carreteras e impidió el paso de vehículos, amenazó. Pese a todo, la inmensa mayoría de los viajeros llegaron a Baeza.

Y en Baeza realizaron su impresionante manifestación. (Cuando la Policía Armada le cerró el paso, ya estaba hecha en lo fundamental. Lo fundamental era llegar a Baeza, concentrarse en Baeza.) Y su grito repetido fue el mismo grito —síntesis que lanzan millares y millares de españoles, de muy distintas procedencias sociales, en las manifestaciones que se suceden: *Libertad*.

Eran hombres y mujeres de toda España y, en realidad, expresaban un anhelo nacional: el deseo de libertades, de democracia,

(*) El presente editorial se acompaña de una extensa y minuciosa exposición de los hechos acontecidos en Baeza.

que se aviva y se extiende en todos los sectores populares, que se propaga en otros que no lo son y que, en una u otra medida y con enfoques diversos para el porvenir, va ganando, incluso, a hombres y núcleos que, antes, unos apoyaban a la dictadura y otros la consideraban como un mal menor.

La conciencia y la fuerza de la clase obrera y de los sectores más avanzados y este clima general es lo que explica manifestaciones como las de Madrid y Baeza. Eso es lo que sintetizan sus gritos multitudinarios exigiendo libertades, democracia.

Por todo ello, no creemos excesivo afirmar que ha sido España, no sólo la de las zonas de avanzada, sino toda la España opuesta a la dictadura, la que ha gritado *Libertad* en Baeza.

Y cuando en un país sin libertades reconocidas, los obreros, los estudiantes, los intelectuales, el pueblo en suma, se toma por su mano la libertad de exigir las una y otra vez en la calle, es que algo, en él, está creciendo inconteniblemente, es que algo comienza a llamar a sus puertas.

El Gobierno temía la significación y las consecuencias del homenaje a Machado, y, al mismo tiempo, no se atrevió a prohibirlo con la contundencia y la espectacularidad de otros tiempos. Siguiendo sus órdenes, la Policía Armada intentó impedir la manifestación con el menor ruido posible y, si al fin recurrió a brutalidades, los detenidos fueron puestos en libertad a las pocas horas por temor a la protesta que se levantaría.

Ganar tiempo, que se haga el silencio. Tal es el ansia de la dictadura. Pero el tiempo se achica implacablemente, como aquella piel de zapa, y las calles de España se llenan de voces. Lo de Baeza se reproducirá y con mayores dimensiones. Hay posibilidades para ello.

La leyenda bíblica nos habla de aquel gran grito de un pueblo que derribó las murallas de Jericó. El grito español de libertad, cada vez más alto y multitudinario, acabará por derribar las murallas que se le oponen.

(*España Republicana*, XXVIII, 610, La Habana, 1 de mayo de 1966).

NEGRA FIDELIDAD EN BAEZA

El recuerdo del poeta vibra en el corazón de todos los españoles de corazón.

Tan vivo es el recuerdo hacia Antonio Machado como muerta está la memoria de los intelectuales que uncieron su nombre al carro sucio del vencedor. ¿Quién se acuerda de Eugenio de Ors, Fernández Flores y el Caballero Audaz? Los paniaguados del régimen y los tortillas que cocina, a duras penas, en Madrid las escuela oficial de periodismo. No tienen más figuras que José María Pemán que, incluso, escurre el bulto político con su criticismo monarquizante, y el excéntrico, arribista y demagogo Luis Romero que es una especie de «ye-ye» del periodismo y la literatura interfranquista.

Por eso cuando lo más joven e impoluto del movimiento cultural de España ha querido rendir un homenaje en Baeza (Jaén) al vate liberal muerto en exilio, el Régimen ha cargado irasciblemente con la guardia civil de su miedo, su envidia y su impotencia.

Varios miles de personas (estudiantes, artistas, obreros, escritores, editores) se dieron cita emocional en lo alto de una colina que domina el breve y humano paisaje urbano de Baeza. Una colina soleada olivera y pastoril. Allí iba a evocar la lira egregia del poeta y el áureo cordón sentimental que la une a los mejores anhelos de Belleza, Justicia, Verdad y Libertad del pueblo que tanto amó, y por el que fuera tan amado.

El gobierno de Franco intentó dar un pasito liberalizante autorizando el acto, pero al ver el esplendor popular y los vuelos antidictatoriales que tomaba el asunto hizo marcha atrás suspendién-

dolo *in extremis* y enviando a las «calaveras de charol» (como dijo García Lorca, discípulo, admirador y amigo de Machado) para hacer saber a lo mejor de la intelectualidad española de hoy que el Régimen sigue fiel a sus principios de antaño. Aquellos principios y fines que expresó impecablemente el grito histérico e «histórico», dado en el paraninfo de la Universidad salmantina por un general patán, manco y tuerto, «Mucra la inteligencia y la libertad».

En este aspecto tenía razón Millán Astray. La inteligencia y la libertad son hermanas siamesas que están estrechamente unidas para la vida y para la muerte.

París, febrero, 1966

C. LIZCANO

(*Comunidad Ibérica*, IV, núm. 21, 1966, p. 4).

BAEZA EN LAS LETRAS [Editorial]

Baeza de Machado

Se ha extendido la costumbre de que las diputaciones dediquen una fecha anual a celebrar el *Día de la Provincia*, como galardón, exaltación y estímulo para una localidad de su territorio. Este año el *Día de la Provincia* jiennense ha tenido lugar en y para Baeza.

Hoy, decir Baeza es decir Antonio Machado, que allí vivió y enseñó un septenio:

Heme aquí ya, profesor,

.....
en un pueblo húmedo y frío...

Como recuerda el bajorrelieve que desde este *Día de la Provincia* queda manifiesto en el patio académico de la antigua universidad. Rosita Yarza y José María Scoanc leyeron versos de don Antonio; Luis López Anglada dijo el poema de Manuel Alcántara «A un poeta que murió fuera de España» (y es espléndido que los versos de Alcántara —tan machadianos— para don Antonio hayan ganado el premio «XXV años de Paz»); Eugenio Montes vino de Roma a Baeza para poner el orden lúcido de su prosa al costado y al pie de la poesía ordenada y clásica de don Antonio.

Este homenaje provincial ha sido —y las honradas gentes que en Baeza lo han hecho y asistido lo saben bien— muy distinto de la bullanguería organizada que había desordenado, semanas atrás, las calles y caminos de Baeza, con estupor de los naturales del país ante tan raros sujetos y modales forasteros...

Forasteros en Baeza

A propósito de forastería, acusamos recibo de la alusión con que *Ínsula* nos obsequia, y que traemos en facsímil a nuestra portada. Hace *Ínsula* referencia al artículo sobre Machado en el número 338 de *La Estafeta Literaria*, donde Juan Aparicio aludía de pasada al paso de don Antonio por «un campo de concentración francés, vigilado por senegaleses». Dice *Ínsula* que los dos únicos testigos del éxodo doloroso del poeta fueron el escritor Corpus Barga y José Machado —ya fallecido—, hermano de Antonio. Según lo cual, el único testigo superviviente es Corpus Barga. Y el relato de Corpus Barga —a quien damos las gracias otra vez por haberlo dirigido a *La Estafeta Literaria* como primicia de su publicación en España— ocupa los espacios más destacados de nuestro número anterior.

A esas páginas del número anterior remitimos a los lectores, para que vean por sí mismos si es verdad la conclusión de *Ínsula*: que, durante su estancia en Collioure, Machado «recibió la ayuda necesaria».

Nosotros opinamos que no. Y ahí está el relato de Corpus. Lean ustedes, piensen, imaginen, pónganse en el trance:

Aunque Antonio Machado fuera «lo que Paul Valéry en Francia», tardó casi un día entero de automóvil en ganar la frontera. Pasó la noche con su madre, su hermana y su cuñado en un vagón de ferrocarril —es de suponer que en una *vía muerta*— de la estación de Cerbère. «Dejamos en la *tienda de antigüedades* a Antonio Machado y a su madre.» (El subrayado es nuestro. Probablemente, Corpus Barga no cae en la cuenta de la estremecedora atrocidad que hay en esos vocablos.) «Antonio y su madre tuvieron que acostarse en la misma cama. La dueña del hotel dijo que sería por dos días nada más, como se dice siempre...»

Todo esto que hoy entrecomillamos nos lo ha escrito Corpus Barga, y sin comillas lo hemos publicado en el número 343. Todo esto, ¿no clama, hasta hacer sangre, contra eso de que Machado «recibió la ayuda necesaria»? ¿Es que los de *insula* toman a don Antonio por un mendigo o por un polizón que va que arde con tales *ayudas*? Lo que *Ínsula* recoge y extracta y selecciona y procla-

ma, ¿es «la verdad pura y simple»? ¿O trasluce la verdad inmunda de que a un primerísimo poeta español —muy superior a Paul Valéry, tal vez— intentan utilizarlo todavía como fue utilizado y desamparado en sus últimos años?

Mientras *Ínsula* se siente satisfecha —pues para eso es «ínsula»—, la generalidad de los españoles reprimimos la indignación que nos provoca, hasta la náusea, lo que le pasó a don Antonio, poeta general de España, entre el 30 de enero y el 22 de febrero de 1939.

Baeza en las letras

«Decir Baeza es decir Antonio Machado», hemos escrito al principio. Y así nos asociamos al *Día de la Provincia* de este año en Jaén.

Pero nos asociamos todavía más a Baeza recordando, en esta doble plana principal de *La Estafeta Literaria*, otras constancias de Baeza en la literatura española.

Nuestro amigo Pedro Ortiz Armengol, que viene trabajando desde hace mucho en acopiar materiales para una *Guía geográfico-literaria de España* y que sueña y se empeña en esa empresa, nos manda sus fichas. Por ellas, con este incompleto fichero de *Baeza en las letras*, puede verse que en la ciudad «nido real de gavilanes» no sólo está, ni está solo, Machado. Cada lugar de España, vida nuestra, es tierra con alma, suelo de cultura, patria esclarecida, residencia de lo eterno.

(*La Estafeta Literaria*, núm. 344, 21 de mayo de 1966).

BAEZA EN LAS LETRAS (*)

Antonio Machado se traslada en 1912 desde el instituto de Soria al de Baeza para olvidar su dolor por la muerte de Leonor en la ciudad castellana. Pero le es imposible separarse del recuerdo; haber dejado Soria lo agudiza. Sus primeros contactos poéticos son sumamente dolorosos; también aquí hay río, montes, árboles, caminos, pero ya no está ella.

*De la ciudad moruna
tras las murallas viejas
yo contemplo la tarde silenciosa
a solas con mi sombra y con mi pena*

.....
*Caminos de los campos
¡ay, ya no puedo caminar con ella!*
(«Caminos».)

Tiene treinta y siete años: su Andalucía natal y sus olivares no logran borrarle sus hondos amores dejados en Soria, el Duero y Castilla.

«A José María Palacio», una de las más bellas poesías de nuestra lengua, está fechada en Baeza el 29 de abril de 1913. Del mismo año —seguramente de finales del mismo— es el conocido «Poema de un día. Meditaciones rurales», que muestra un Machado reconciliado con la existencia, divagando con humor y bondad, una tarde de lluvia, junto al fuego:

(*) Selección del fragmento dedicado a Antonio Machado y Baeza. A. Ch. Ch., editor.

*en un pueblo húmedo y frío
destartalado y sombrío
entre andaluz y manchego.*

Definición escueta de Baeza a principios de siglo; inigualable descripción de la vida de un profesor en un medio entre provinciano y rural, en su habitación poblada de libros y de sueños de la que sale para su paseo o su tertulia.

España en paz está fechada en Baeza en noviembre del 14. Es la salutación a la mentalidad española, hecha de desdén y orgullo, entre las codicias de los imperialismos rivales; los del bárbaro teutón, el avaro francés, el triste moscovita, la frontera británica...

Podemos situar en su ambiente a este Machado que va a vivir en Baeza siete años, desde 1912 a 1919, y que irá gustando poco a poco —sobreponiéndose a su sufrimiento— la vida del lugarón manchego-andaluz. Contra Baeza escribe una conocida carta a Unamuno en el año 1913.

Su habitación está en la casa número 10 de la calle de Gaspar Becerra, esquina a la calle o pasaje del Cardenal Benavides, entonces llamada calle de la Cárcel. Al pasar el portal se hallan dos arcos: el de la izquierda da entrada a un patinillo, el de la derecha a unas escaleras que suben hacia un primer piso en cuyo rellano se abren varias puertas. La habitación del poeta es la que tiene un balcón sobre la calle del Cardenal y da vistas a la magnífica fachada de la antigua cárcel, hoy ayuntamiento y monumento nacional.

*En mi estancia, iluminada
por esta luz invernal
—la tarde gris tamizada
por la lluvia y el cristal—
sueño y medito...*

Es la celda del catedrático de francés de Baeza, donde glosa sin decirlo a aquel Jorge Manrique, que también es otro poblador de Baeza; donde trabajan corrigiendo los ejercicios de los chicos;

donde recibe las visitas —bajo forma de libro— de Unamuno o de Bergson; de donde sale al ocio del paseo o a la tertulia en la rebotica.

En la calle de San Francisco, número 13, donde actualmente está la farmacia de Baras, estaba por los años de Machado la botica del señor Almazán, profesor de gimnasia en el instituto de Segunda Enseñanza, y a estos efectos, colega de Machado. El boticario Almazán, sin duda un higienista, se había habilitado de profesor de Cultura Física y reunía en su tertulia catedráticos y notables del lugar.

Algo más arriba, en la misma calle y acera, está en 1960 la botica de García Leaniz, alumno de Machado y amigo después.

El instituto estaba, y está, en la calle del Beato Juan de Ávila. En este edificio, que antiguamente fue la Universidad, dio Machado clases de Francés como catedrático titular y de Literatura como profesor agregado.

El «Casino de Señores» de la calle de San Pablo, 20, con su patio hoy encristalado, con su salón provinciano, es el escenario de esos imperecederos retratos:

*Este hombre del casino provinciano
que vio a Carancho recibir un día
tiene mustia la tez, el pelo cano.*

Es el lugar donde crecen don Guido y las eternas conversas taurinas contra las cuales don Antonio Machado estrenó su pluma. Es la España «zaragatera y triste».

En el salón del principal, lectura de «la Tierra de Alvargonzález» a un grupo de estudiantes de Granada, entre los cuales estaba García Lorca, 1917.

Desde Baeza, Machado recorre casi toda la Andalucía. Desde allí puede contemplar la sierra de Cazorla, donde nace el Guadalquivir y a cuyas fuentes hará una excursión; las cumbres de Mágina y Aznaitín, detrás de las cuales está Granada. Recorriendo todo el gran valle llegará hasta Andalucía la baja: Sanlúcar, el Puerto, Rota.

Pero Baeza se le va entrando en el alma y aparece amorosa-

mente en su obra después de la crisis de la llegada. El poema «Los Olivos» vale por un definitivo apunte de la Andalucía alta, la del olivar.

Nuevos poemas de la Baeza ganada: «Olivo del camino», esos maravillosos «Apuntes» publicados en *Nuevas Canciones* (1924), donde Baeza y su campo le inspiran con tanta fuerza como antaño Soria:

*Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara!
¡Montes de Cazorla,
Aznaitín y Mágina!
¡De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena!*

Y el nocturno de la Virgen y la lechuza agradecida, que termina con esa unánimesca seguridad de que verá a Baeza cuando ya no esté en ella.

Machado es trasladado a Segovia en 1919. De ese año es uno de los *Proverbios y Cantares* donde Baeza es ya

*una ciudad antigua
chiquita como un dedal,*

Y en otra canción:

Baeza, pobre y señora.

Renacentista, venida a menos. Venida a menos, pero renacentista.

PEDRO ORTIZ ARMENGOL
(*La Estafeta Literaria*, núm. 344, 21 de mayo de 1966).

ANTONIO MACHADO, EN BAEZA

I

Las incidencias producidas en la ciudad de Baeza, con motivo de la inauguración de un monumento a Antonio Machado, atraen la curiosidad hacia esta etapa del vivir del poeta. Fue esta ciudad sede de su modestísimo quehacer profesional de catedrático de francés en un instituto de Segunda Enseñanza entre 1912 y 1919, seguramente porque la sórdida escasez de estos centros no pudo ofrecer, legalmente, el refugio de una cátedra en Sevilla, a donde recoger su desalentado corazón, una vez que su querida esposa Leonor, se quedó pequeña y helada bajo una losa del cementerio de Soria. No hubo para el poeta, en su deseo de recuperarse en la tierra nativa —para decirlo en la jerga administrativa— otra «vacante» que la de Baeza; como hubo de esperar, por el mismo motivo, la obtención de una en Madrid hasta cumplir casi los sesenta años. El poeta se acercaba, al llegar a Baeza, a la cuarentena. Había publicado ya *Soledades* (1903), *Soledades, galerías y otros poemas* (1907), y en el año de su llegada a Baeza, *Campos de Castilla*. Quiere decirse que la plenitud de su inspiración se ha producido ya, y que el proceso de encuentro consigo mismo le ha permitido dejar atrás la musiquilla fácil del modernismo, de la que, como es lógico, se contagió en su mocedad. De estos años es el *Retrato*, que el poeta traza de sí mismo, que, a mi juicio, es una auténtica despedida de lo que pudiera permanecer en él de la influencia de Rubén Darío: ¿qué son, si no «los afeites de la actual cosmética» y qué es eso de «un ave de esas del nuevo gay-trinar», más que ridiculización de los clichés modernistas? ¿Qué son las «romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a la luna?»

(XCVII, 102)¹, lo que da valor a una espada no es la cincelada empuñadura, sino el brío de quien la blandió. Esta es la clara y bien conocida lección de este poema.

El momento poético es, pues, para Antonio Machado, de reconsideración y síntesis. Nacen Juan de Mairena y Abel Martín, los desdoblamientos reflexivos del poeta. Los denuestos e ironías contra el modernismo ¿no son los mismos que constituyen la doctrina antibarroca de Juan de Mairena? Oponer el concepto de tiempo a la estética barroca, nos lleva de la mano a la oposición «tiempo-instante» con que yo he caracterizado el noventa y ocho frente al modernismo. En el culteranismo y el conceptismo ve Juan de Mairena «dos expresiones de la misma oquedad», «cuya concomitancia se explica por un creciente empobrecimiento del alma española» (p. c. 373). En la misma idea —poco valorada a mi juicio— de Ortega y Gasset: «Léase —dice— con un poco de buen sentido nuestro parnaso del siglo XVII, e inténtese, partiendo de él, reconstruir el tipo de alma que lo ha fraguado. El que haga esta experiencia acabará echándose las manos a la cabeza sobrecogido de espanto»².

Sería interesante calar en este menosprecio de lo barroco, en función de un nihilismo que lo calificó en el siglo XVII y que Antonio Machado encuentra en la España del siglo XX. Pero un alma meridional ¿podrá ser totalmente insensible a su encanto? Recuérdesse:

*El pensamiento barroco
pone virtus de fuego
hincha y complica el decoro.
Sin embargo...*

¹ Citaremos por la edición que encierra sus *Poetas Completas*, hasta este momento, es decir, Espasa-Calpe, 1928. La primera sígla indica el poema; la segunda, la página.

² La frase figura como epigrafe y, por tanto, como punto de partida del tercero de mis ensayos acerca de *El Espíritu del Barroco*, Barcelona, 1940, rep. en *Ensayos elegidos*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1965.

—*¡Oh, sin embargo,
hay siempre un ascua de veras
en su incendio de teatro!*

(CLIV, 296)

La autenticidad puede latir, pues, bajo la escenográfica apariencia. Atención:

—*¿Más el arte? Es puro juego.
que es igual a pura vida,
que es igual a puro fuego.
Veréis el alma encendida.*

(CLIV, 298)

Por lo demás, volviendo al tema, los defectos que Mairena achaca al barroco («pobreza de intuición», «culto a lo artificioso y desdén de lo natural», «culto a la expresión indirecta, perifrástica», «carencia de gracia», «culto supersticioso a lo aristocrático») podrían aplicarse, uno por uno, a la estética del modernismo. Pues, ¿no es el modernismo la manera de ser barroca la literatura del siglo XX?

II

La etapa de Baeza dura siete años. Ve, ahora, a Castilla, desde afuera, con nostalgia y melancolía (recuérdense sus poemas a Azorín, a Giner, a Xavier Valcarce). Y por un proceso de interiorización implanta, desnuda, el alma en la entraña ibérica, entre deprimido y desalentado. Fuera, los campos de Europa, ruge la guerra. El París de los cursos de Bergson, ¿se ha terminado? («Yo pienso en la lejana Europa que pelea / el fiero Norte envuelto en luchas otoñales», CXLV, 237). Replegado en su «rincón moruno, mientras repiquetea / el agua de la siembra bendita en los cristales» (*id. id.*). Contempla cómo se hunden imperios y coronas, «en la Hesperia triste / promontorio occidental, / en este cansino rabo / de Europa por desollar»...

*...y el hombrecillo que fuma,
y piensa y ríe al pensar.
cayeron las altas torres,
en el basurero están,
la corona de Guillermo,
la testa de Nicolás.*

(CLIV, 294).

III

La geografía andaluza de esta etapa vital de Antonio Machado no se ajusta al cuadro riente de su mocedad sevillana («el huerto claro donde madura el limonero»). Cuando viniendo de Madrid, dejamos La Carolina, para tomar hacia el Sudoeste, la tierra se hace quebrada y abrupta. Las sierras de Cazorla y de Mágina («Monte de Cazorla Aznaitín y Mágina», CLIV, 254), respaldan por el sur, respectivamente, a Úbeda y Baeza.

Las notaciones de paisaje, separan perfectamente estos horizontes de los de la llanada cordobesa:

*Tus sendas de cabras
y tus madroñeras,
¡Córdoba serrana!
La del Romancero,
Córdoba la llana,
Guadalquivir hace vega,
el campo relincha y brama.*

(CLIV, 256)

Este campo sobresaltado, adorna su tierra roja —de un rojo intenso— con dos notas de parco cromatismo el gris de los olivos («viejos olivos sedientos / bajo el claro sol del día / olivares polvorientos / del campo de Andalucía», CXXXII, 193) y el negro de las encinas («y la encina negra / a medio camino / de Úbeda a Baeza», CLIV, 254). Paisaje agrio, el mismo que en el otro cabo de la serranía, en Quesada, nos ha caligrafiado, con cruda policro-

mía, Rafael Zabaleta. Paisaje de encrucijada orográfica, calcinado bajo el sol y cuarteado por el frío. Los pueblecitos atisbados al paso, como Torreperogil («a dos leguas de Úbeda, la Torre / de Perogil, bajo este sol de fuego / triste burgo de España», XXXII, 195) insultando su miseria con el contraste de una espléndida arquitectura eclesiástica («¡Dios está lejos! / Esta piedad erguida / sobre este burgo sórdido, sobre este basurero / esta casa de Dios... ¿qué guarda dentro?», CXXXII, 196), y como centro urbano, sede del vivir, pequeño ombligo del mundo «en una ciudad antigua / chiquita como un dedal» (CLIV, 295), «de la ciudad moruna / tras las murallas viejas» (CXIII, 173), «en un pueblo húmedo y frío / destartelado y sombrío / entre andaluz y manchego» (CXXVIII, 182), Baeza, en suma, donde Antonio Machado va a vivir su soledad. Allí llega, en un vagón de tercera (CX, 127; CXXVII, 180), mal vestido y triste, patéticamente solo, añorando el viaje en común («Y alegría / de viajar en compañía / ¡Y la unión / que ha roto la muerte un día», CXXVII, 181: «camino de los campos / ¡ay, ya no puedo caminar con ella!» CXVIII, 173).

Esta desolación de una Andalucía que no es la de su niñez, ni tampoco la Castilla de su primera plenitud, esa zona fronteriza en la que se entrega —¡con qué melancolía!— a su quehacer profesional («humilde profesor / de un instituto rural», CXXVIII, 185).

*Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber
aprendiz de ruiñeñor).*

(CXXVIII, 182).

Ya no existe el «gay-saber» —el modernismo— ni tampoco la palabra refleja y secundaria («a distinguir me paro las voces de los ecos», XCVII, 102: «decir para quien oiga: es voz, no es eco», CXLV, 238). El poeta reconcentra su soledad en el ambiente sórdido y lugareño.

IV

Nos imaginamos al poeta, saliendo, a mediodía, lentamente,

de sus clases, bajo el cielo claro. Contempla un momento la fachada del Seminario, antología del gótico plateresco y barroco, coronada de una loggia italianizante. No le gusta esta mezcla. Mira frente a la puerta la amplia calzada de cantos rodados que se empina hacia las Casas Consistoriales Altas, con el escudo quinientista, bicéfalo y fanfarrón. A la derecha, la Catedral, todavía más sobria, enhiesta y arcaizante. Por allí anda, revolando, la lechuza («Por un ventanal entró la lechuza / en la Catedral», CLIV, 266).

Don Antonio, desde la explanada, mira en derredor y luego, lentamente, con su andar fatigado, inicia el regreso hacia los arcos de las ruinas de San Francisco, junto a la fachada plateresca de las Escribanías públicas.

Baeza, «nido real de gavilanes»³, es menos palaciana que Úbeda, a donde se llega en pocos momentos en traqueteantes vehículos. La vieja universidad ya no existe, transformada en el modesto edificio provincial, donde don Antonio da sus clases «de fransé». ¿Anda por ahí ya Juan de Mairena y sus discípulos?

¿Saben las gentes que le sañudan la clase de espíritu que pasea por ahí su melancolía?

A Úbeda va algunas veces, en terribles y polvorientos carricoches traqueteantes («el carricoche lento / al paso de dos pencos matalones», CXXXII, 195); «por el camino, a tumbos hacia las estaciones / el ómnibus completo de viajeros banales / y en medio un hombre mudo, hipocondríaco, austero...» (CXXXVI, 215), más amplia, palaciana y rica. ¡Pero Baeza!

¿Cuál es el medio social —¡no hablemos del intelectual!— que la ciudad ofrece a este hombre desalentado y triste? El cafetín, el casinillo, la rebotica. Esta Andalucía menor y rural, vista «de vuelta» de los años de París, de los años de Madrid, se le antoja el patético alcaloides de una España sin remedio. Asiste a las tertulias («Es de noche. Se platica / al fondo de una botica. / Yo no sé / don José / cómo son los liberales / tan perros, tan inmorales», CXXVIII, 187); pero también «bosteza la política banales / dicitorios al

³ Con este título proverbial de la ciudad, apareció una novela de Salvador González Anaya, que centra en ella su acción narrativa. Por modo incidental, aparece en una de sus páginas la figura de Antonio Machado, vecino eventual de Baeza.

gobierno reaccionario / y augura que vendrán los liberales / cual toma la cigüeña el campanario», CXXXI, 191). Escéptico total, el poeta, recoge la fraseología de la rebotica y del casino provinciano. Una terrible sensación de tedio le invade (CLIV, 294). El alma está paralizada, como las casas:

*En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.
Pero, ¿tu hora es la mía?
Tu tiempo, reloj, ¿el mío?*
(XXVIII, 183)

Pienso que sea esta etapa de Baeza, donde asciende a su plenitud la idea del tiempo.

*El tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;
socava el alto muro, la piedra agujerea;
apaga la mejilla y abrasa la hoja verde;
sobre las frentes cava los surcos de la idea.*
(CXLIX, 243).

«Pero el poeta afronta el tiempo inexorable / su fortaleza opone al tiempo», así continúa el poema, estableciendo el tema clave de la estética machadiana: lo temporal —el poema «contado» («canto y cuenta es la poesía», CLXI, 320)— para asegurar su medida humana, su más honda autenticidad, su esencial condición verdadera.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

(*Atlántida*, 23, 1966, pp. 541-545).

ANTONIO MACHADO EN BAEZA

Antonio Machado fue al instituto de Baeza el año 1912, aún no cicatrizada la herida moral que produjera en su sensibilidad la dramática muerte de su joven esposa Leonor, de la que el poeta estaba fatalmente enamorado. Sólo hacía unos meses que los dos celebraran la aparición del libro *Campos de Castilla*, que consagraba definitivamente al poeta. Allí estaban en las tierras de Soria, cuando recibieron las críticas de Unamuno, de Ortega, de Azorín. Tan preocupada estaba la madre por la soledad de Antonio (al que siempre consideró el niño que era) que la dama dejó su casa de Madrid y se fue con él a Baeza.

La romana Baeza, vieja ciudad de la provincia de Jaén, rodeada de olivares y con edificios nobles del Renacimiento, fue para Antonio un remanso de tranquilidad. Era también el contraste del suave paisaje andaluz, con la áspera y seca Castilla la Vieja, con la «Soria pura».

Nos dice el biógrafo de los Machado, Pérez Ferrero, que en Baeza «habitaba Antonio una casa de la calle de la Cárcel, cuyas ventanas daban al Ayuntamiento. Un hermoso edificio del siglo XVI». También nos habla de la tertulia a que acude Antonio en la rebotica de Almazán, instalada en la céntrica calle de San Francisco. Una calle que era la Gran Vía de Baeza. Por San Francisco paseaban los personajes de la villa, las mozas casaderas y los negociantes que venían a Baeza, cabeza de Partido, para hacer sus negocios. La rebotica de Almazán es un buen observatorio de la vida de Baeza, tanto por lo que desde ella se ve, como por lo que allí se comenta, que es todo cuanto ocurre y algo más.

Antonio Machado forma tertulia con los amigos del farmacéu-

tico y con su personal amigo el abogado de secano don Cristóbal Torres. A veces, los dos abandonan la tertulia y se van a caminar por los olivares, para seguir una interminable conversación sobre lo divino y lo humano. Por su parte, Antonio lee mucho y se prepara en Baeza para alcanzar en Madrid una licenciatura en Filosofía, que le aprobó el joven profesor Ortega y Gasset.

Algunos días, Antonio sale solo de las murallas decrepitas y opresoras de la villa jaense. Se va por el olivar hasta un banco rústico donde se sienta a leer, pensar y escribir alguna nueva composición. Desde allí vuelve a decirnos su biógrafo, «abarca con la mirada la sierra de Baeza, la de Mágina, los montes de Jaén y la Sierra de Cazorla», donde él sabe que nace el Guadalquivir. Un día escribirá de aquella tierra:

Campo, campo, campo.

*Entre los olivos
los cortijos blancos.*

*Y la encina negra.
a medio camino
de Úbeda a Baeza.*

Hasta el retiro de Baeza llega un día el grupo de mōzos estudiantes, acompañados de su profesor Sr. Berrueta, que pretenden saludar al poeta Antonio Machado. El profesor presenta especialmente a un joven de piel aceitunada, cabellera frondosa y ojos alucinados. Pérez Ferrero describe así la presentación: «Este señorito se llama Federico García Lorca. Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música, Falla lo quiere mucho». Para otras cosas demostraría pronto su buena disposición el joven granadino.

Ahora, en este mes de febrero (27 aniversario de la muerte de Antonio Machado en Collioure, Francia) cuando huía con su madre de los últimos horrores de la guerra civil, un grupo de poetas, artistas e intelectuales españoles, de toda España, se propusieron celebrar un modesto pero sentido homenaje a la memoria de Antonio Machado, en el olivar de Baeza.

El proyecto consistía en instalar allí entre los olivos y sobre un

modesto pedestal, un busto del poeta, esculpido por el gran escultor aragonés, de fama internacional, Pablo Serrano. Después y en pleno campo, se leerían poemas alusivos y algunas composiciones del propio poeta. Pero cuando los autobuses que de Madrid, Barcelona y otras provincias, se dirigían a Baeza, con los fervorosos admiradores de Antonio Machado, fuerzas de la guardia civil, con órdenes tajantes, habían ocupado las carreteras de acceso a la villa y obligaban a volverse a los vehículos. Alguien había confundido la poesía con las intenciones políticas que no habían tenido los organizadores.

Las gentes se bajaban de los autobuses y emprendían el viaje a pie hacia Baeza, lo que daba una cierta fuerza patética a la manifestación. Los que tenían coches particulares se dedicaban a dar viajes a Baeza llevando a cuantos podían. Así se reunieron en la pequeña villa de Jaén más de dos mil personas, entre las que había periodistas y fotógrafos españoles y extranjeros. Todos estaban dispuestos a tomar parte en la sencilla ceremonia de colocar el busto de Antonio Machado en el olivar. Pero esto tampoco fue permitido por las autoridades de Baeza. La fuerza pública recibió orden de disolver aquella multitud y no permitir ninguna clase de ceremonia. No fue posible, ya que se impidió por la fuerza el acceso de la gente hacia el olivar, de los pascos de Machado. Después de algunos choques y de repartir la fuerza bastantes porrazos, los organizadores desistieron de celebrar el aniversario. El busto de Antonio Machado fue traído de nuevo a Madrid por su autor que se propone llevarlo al cementerio francés de Collioure, donde descansan los restos de Machado hasta que sea posible —dice su autor— que Antonio Machado, ibérico símbolo, pueda volver a España, a su España, convertido en polvo, «pero polvo enamorado» de su Castilla.

JUAN ANTONIO CABEZAS

(*Lectura*, CLX, 1966).

ANTONIO MACHADO EN BAEZA (*)

Tras la muerte de su esposa Leonor, Machado dejó Soria y marchó a Madrid a gestionar su traslado a otro Instituto de provincia. Por Real Orden del 15 de octubre de 1912 fue nombrado para la cátedra de lengua francesa del Instituto de Baeza, con un sueldo anual de tres mil quinientas pesetas. Con el nombramiento en su bolsillo subió otra vez al tren. Reanuda su marcha por los caminos de España. Viaja de Madrid a Baeza: es un nuevo viaje, «otro viaje»: «Ya en los campos de Jaén / amanece. Corre el tren / por sus brillantes raíles / devorando matorrales». Siempre se instalaba en un coche de tercera para convivir con el pueblo, oír sus gracias y decires: «La luz en el techo brilla / de mi vagón de tercera»¹.

¿Por qué eligió Baeza como destino? Cuentan sus amigos que deseaba retornar a Andalucía, su región natal, pero estaba al mismo tiempo ansioso de soledad. «Quería una ciudad silente, serena, en la que esconder su dolor. Era también su propósito tener un medio fácil de comunicación con Madrid, de contacto rápido con sus parientes y amigos»².

Y en «Baeza, Castilla —una Castilla de oro y verdor— se asoma a Andalucía; o acaso Andalucía abre sus altos muros de esplendo-

(*) Puede verse su libro *Itinerario de Antonio Machado (De Sevilla a Collioure)*, Madrid, Editora Nacional, 1968.

¹ A. M., «XXX. Otro viaje».

² CHAMORRO, J., «A. M. en la provincia de Jaén», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, Jaén, 1958.

res en Baeza, este pueblo dormido, tan lleno de eternidad de las cosas, como si la vida misma fuera en él de huida»³.

En la ciudad se hospedó en el hotel Comercio, pomposo nombre de una fonda vulgar. Desempaquetó su equipaje, se aseó y fue a presentarse ante el director del instituto. Habló con el portero de la casa de estudios, dando a conocerse como el nuevo profesor de francés. El bedel le dijo:

—El señor director está en la agonía.

Antonio se puso intensamente pálido.

—Hombre, cuánto lo siento. Quisiera hacer algo por él, o por lo menos ver a sus familiares. Verdaderamente he llegado en un momento aciago.

—Pero si al señor director no le pasa nada. Le digo que está en «La Agonía» que es un casino que se llama así.

«La Agonía» era un casino así nombrado porque sus socios, casi todos labradores, se pasaban el tiempo anunciando ruinas y desastres por el mal estado de las cosechas y la falta de lluvias⁴.

Muy pocos días pasó en el hotel Comercio. Alquiló un entre-suelo en el Prado de la Cárcel, oficialmente Pasaje del Cardenal Benavides, esquina a la calle de Gaspar Becerra, frente a frente a la cárcel antigua, bellissimo edificio del mejor plateresco español, convertido luego en Ayuntamiento. De su fábrica, realizada por Vandelvira en 1559, se destaca la hermosísima fachada: «Desde su balcón veía todas las mañanas esta hermosa composición monumental tan agradable y plácida»⁵.

Ya se halla instalado, ya es prisionero «de la ciudad moruna / tras las murallas viejas. / Yo contemplo la tarde silenciosa, a solas con mi sombra y con mi pena».

El 1.º de noviembre el nuevo profesor tomó posesión de su cátedra: «Heme aquí ya, profesor / de lenguas vivas» (ayer / maestro de gay-saber, / aprendiz de ruiñeñor)».

El instituto ocupaba el edificio universitario fundado en tiempo de Felipe II y terminado en el siglo XVI. En esta Universidad

³ OROZCO DÍAZ, M., «Recuerdo de A. M.», en *Caracola*, n.º 84-87. Málaga.

⁴ PASQUAU, J., «A. M. en Baeza», en *ABC*, Madrid, 17/IV/1959.

⁵ CHAMORRO, «A. M. en...».

enseñó San Juan de la Cruz y fue su primer patrono el beato Juan de Ávila, que redactó sus estatutos.

El recinto es magnífico, con severa y grandiosa fachada que concluye en friso que luce un medallón de mármol que representa a la Santísima Trinidad, advocación bajo la cual fue puesta la casa de estudios. En su interior nuevas bellezas, en especial el patio central, con una galería alta y otra baja. Hay palmeras y rosales en el patio y es necesario descender hasta las aulas por un ancho pasadizo escalonado y oscuro. Gran tradición pesaba sobre el instituto, heredero de la vieja Universidad, emparejada nada menos que a la de Salamanca, por lo cual dicese por esas tierras: «lo que no da Naturaleza ni Salamanca ni Baeza...»⁶.

Reanudó su vida de docente, monótona y parecida a la que llevó en Soria. Primero, dictar su cátedra: desde su casa avanzaba hacia el colegio «con pasos renqueantes, apoyado en su fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, camisa blanca de cuello de pajarita y grueso nudo de corbata negra; negro el sombrero blando, mal colocado casi siempre; a veces llevaba destocada la noble cabeza de revuelta cabellera; iba rasurado con pulcritud, pero el traje masculino por las manchas de ceniza del inevitable cigarrillo»⁷.

«Y por su indumento —anota uno de sus alumnos— podríamos confundirle con un ser vulgar si no advirtiéramos en toda su persona un algo superior, que a nuestros ojos le ennoblece y elevaba. Tal vez la mirada tristona de sus ojos grandes y claros nos hacía pensar en la infinidad de incorpóreas tragedias que como «La tierra de Alvargonzález», habrán visto sus pupilas penetrantes y enigmáticas, de profundo pensador. Tragedias horrosas, que no sólo en la consciente inconsciencia del poeta habrá podido

⁶ LAÍNEZ ALCALÁ, R. «Recuerdo de A. M. en Baeza», en *Srenae, Acta Salamanticensia*, Salamanca, 1962. (Estuvimos en Baeza en septiembre de 1962. Ibamos, con atraso, a dictar una conferencia en la Universidad de Granada, por lo cual sólo pudimos demorar unas pocas horas en la hermosa ciudad, llena de solera y tan machadiana de alma).

⁷ LAÍNEZ. «Recuerdo de...».

admirar, sino también en el amplio retablo de la humana vida»⁸.

Como en Soria, cumplía con sus deberes de profesor, diciendo regularmente su lección y asistiendo a los claustros de profesores. Hacíase querer de sus alumnos: nos cuenta uno que de sus recuerdos de Baeza el más vivo era el de aquel maestro, «cantor espiritual de las galerías sin fondo».

De sus clases recuerdan otros alumnos que a veces se pasaba la hora entera hablando de poesía «con voz opaca y los ojos entornados». Rara vez se reía ante alguna diablura (hay alumno suyo que asegura sólo le vio reír una vez). Su risa parecía entonces una tos. En los exámenes aprobaba con facilidad y si el alumno le presentaba un ensayo literario o un poema, se entusiasmaba⁹.

A los pocos meses de su llegada, Machado era no sólo el poeta admirado sino también el profesor querido.

Aunque siempre «misterioso y silencioso», pronto se adentró en la vida ciudadana de Baeza. En realidad era retraído, pero no huraño; tímido, pero de un trato social correcto. Por eso se incorporó fácilmente y fue bien recibido en «el mundillo baezano».

Monótona y tediosa vida aquella de que nos habla en «Meditaciones rurales»¹⁰, uno de sus poemas claves:

Heme aquí ya, profesor...

.....
En un pueblo húmedo y frío,

destartalado y sombrío,

entre Andaluz y Manchego,

Fuera llueve un agua fina...

Aburrimiento, monotonía, tedio en el poblachón moruno:

En estos pueblos, ¿se escucha

el latir del tiempo? No.

⁸ LAÍNEZ ALCALÁ, R., «El maestro de poetas, don A. M.», en *Don Lope de Sosa*. Jaén. N.º 78, VI/1919.

⁹ LAÍNEZ, «Recuerdo de...».

¹⁰ A. M., «CXXVII. Poema de un día. Meditaciones rurales».

*En esos pueblos se lucha
sin tregua con el reloj
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.*

.....

Llega la noche con sus sombras: «Anochece; / el hilo de la bombilla / se enrojece, / luego brilla, / resplandece / poco más que una cerilla».

La lluvia amaina. Decide salir de la pensión, marcharse a su tertulia: «Mi paraguas, mi sombrero, / mi gabán... el aguacero / amaina... / Vámonos, pues».

Márchase entonces a la rebotica que funcionaba en la farmacia de Almazán. Su propietario —don Adolfo— era farmacéutico en la ciudad, profesor de gramática y gimnasia en el Instituto. Se cree que inspiró a Machado su principal apócrifo, *Juan de Mairena*, profesor de gimnasia que daba gratuitamente clases de retórica.

Su botica, situada en la calle de San Francisco, frente al mercado y al teatro, instalados en lo que fue el convento franciscano, era la sede de la peña más importante. La reunión se celebraba en la rebotica, habitación paralela a la botica con entrada directa de la calle. Era una habitación larga y estrecha como un tranvía, con asientos al pie de las estanterías llenas de botes y frascos. En el centro del cóncave estaba don Antonio, con el sombrero puesto, sentado siempre en el banco de la derecha, apoyado en su cayada, en postura meditativa. («Su mirada era tan profunda / que apenas se podía ver...»).

Se hablaba allí de todo, pero los temas esenciales eran el tiempo, la lluvia, la sequía. Se tocaba también la política, hablándose, como es habitual entre hispanos, mal del Gobierno: «Bosteza de política banales / dicerios al gobierno reaccionario, / y augura que vendrán los liberales, / cual torna la cigüeña al campañario»¹¹.

¹¹ A. M., «CXXXI. Del pasado efímero».

Animase la reunión: «Es de noche. Se platica / al fondo de una botica».

Dialogan don Antonio Parra, secretario del Instituto; don José Moreda, el profesor José Coscoliano, el auxiliar de matemáticas Gómez Arenas, Florentino Soria, J. Ferrer, el edil conservador Manuel Olivera, el médico Juan Martínez Poyatos, el catedrático de filosofía Urquía, el abogado Emilio Fernández del Rincón, el registrador Miguel Silvestre, el notario Pedro Gutiérrez Peña, gran tresillista: «Por esta calle / tú elegirás / pasa un notario / que va al tresillo del boticario, / y un usurero, a su rosario».

Integraban el grupo don Cristóbal Torres —político liberal, el más amigo del poeta— y don José León, que cuando mandaban los conservadores era alcalde. Mientras todos charlaban, Machado permanecía casi siempre en silencio, entreteniéndose en completar los mazos usados de las barajas que en los cafés regalaban al boticario. A veces salía de su mutismo y su rostro se transfiguraba: entonces derrochaba ingenio en su conversación fluida, llena de chispa madrileña.

La peña reuníase casi todos los atardeceres y, sin falta, los días de lluvia. Los estudiantes, desde la calle, a través de la puerta encristalada, trataban de ver lo que sucedía en la rebotica y admirar —aunque de lejos— al poeta, su ídolo.

En la ciudad moruna fue el mismo eterno caminante de la urbe soriana. Trajinaba sin cesar por la ciudad, por sus suburbios, por su campiña. La gente lo veía pasar con su bastón y su cojera. «anda que andarás», por caminos y veredas con su hongo y su traje raído.

Terminada su tarea profesional deambulaba, como en Soria, por calles y callejas. Marchaba por la calle de la Compañía, desde las Barreras, a lo largo del edificio que fue de los jesuitas. Desembocaba en la plazuela de Santa Cruz, frente al edificio gótico isabelino del Seminario Conciliar, antiguo palacio de los Benavides, señores de Jabalquinto, en la cuesta de la Catedral. En la esquina de la calle de la Compañía y la plazuela de Santa Cruz estaba el edificio del Instituto.

Iba por las calles su negra estampa de «enlutado universal, de halcón vencido, de fantasma ungido de poesía, tedio, indolencia:

de desdén, de altivez, de cansancio infinito». Avanzaba por el duro suelo empedrado de las calles, las plazas, los patios, junto al muro, bajo los anchos aleros negros de los palacios sombríos ¹².

Paseaba casi siempre solo. Cuando iba acompañado marchaban con él Cristóbal Torres, el profesor de dibujo Florentino Soria, el auxiliar de matemáticas Gómez Arenas. En los paseos cortos se sentaba bajo el olmo de la puerta del Conde o en alguno de los bancos que se apoyan en la espalda de la Plaza de Toros, allá por el Ejido. Otras veces caminaba por el paseo de la estación de tranvías, tomando «el buen sol del Arca del agua», en un parque de alegres jardines y cantarina fuente.

Pero esas caminatas eran sólo de entrenamiento. El eterno caminante se fijó pronto una meta más alejada: la ciudad de Úbeda, que visitaba semanalmente. Queda de Baeza nada menos que a nueve kilómetros. No coinciden las opiniones sobre el móvil determinante de estas andanzas. Sostienen unos que iba a comprar cerillas, otros que a tomar café. Para nosotros iba a la ciudad vecina por el simple gusto de caminar, matar el tedio, quedarse solo, totalmente solo con sus soledades. Enfilaba la carretera solitario, tristón, meditabundo. Arrieros y caminantes lo veían sentado junto a una gran encina, a la vera del camino, en El Encinar. Y a la encina, su compañera y amiga, le cantó: «Y la encina negra / a medio camino / de Úbeda a Baeza».

Andando llegaba a su meta, paseando luego por la ciudad, «prodigio de equilibrio arquitectónico», forjada por grandes señores del Renacimiento, que habían estado en Italia y tratado con excelsos artistas. Visitaba el barrio del Alcázar, los rodaderos y las murallas de San Lorenzo, la morisca Puerta de Granada. Entraba en los monumentales edificios: el Hospital de Santiago, la basilica del Salvador, el Palacio de las Cadenas, las iglesias de Santa María la Mayor, San Nicolás, San Isidoro y San Pablo. Recorría calles y plazas, contemplando las casas de «portadas blasonadas, enriquecidas a veces con filigranas maravillosas del gótico postriero, o con esplendideces del mejor de los platerescos renacentistas y que casi triunfan con audacias barrocas ¹³. Como final de su

¹² OROZCO DÍAZ, «Recuerdo de...».

¹³ CHAMORRO, «A. M. en la provincia».

gira tomaba asiento bajo los soportales de alguno de los cafés de la Plaza de Toledo. Allí bebía su negro pocillo, iniciando luego el retorno a Baeza.

A veces la excursión era nocturna:

*Ya había un albor de luna
en el cielo azul...*

.....
*Entre Úbeda y Baeza
—loma de las dos hermanas—
Baeza, pobre y señora,
Úbeda reina y gitana*¹⁴.

La monotonía de su vida baezana sólo se rompió en raras ocasiones; por ejemplo, cuando una mañana arribó al «nido real de gavilanes» una delegación de estudiantes granadinos encabezada por el profesor Martín Domínguez Berrueta, gran amigo de Machado, que les brindó cálida acogida. Domínguez Berrueta le presenta a uno de sus alumnos:

—Este señorito —le dice señalándole al mozalbete de piel aceitunada— se llama Federico García Lorca. Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música. Falla lo quiere mucho y le ha enseñado lo que sabe. Si disponemos de un piano, le diremos que toque, y usted oirá lo bien que suenan las notas.

En el casino, por la tarde, se celebra una reunión en agasajo de los visitantes con asistencia de varias familias; Lorca se acerca a don Antonio y le dice:

—A mí me gustan la poesía y la música—. Machado recita con «voz oscura y cálida» fragmentos de «La tierra de Alvar González», que es premiada con una ovación. Lorca se sienta al piano y toca «Danza de la vida breve», saludada con aplausos atronadores. Interpreta luego sus piezas «Poemas del Albaicín» y «Zambra gitana». Por último, aires andaluces, leoneses, montañeses.

¹⁴ A. M., «CLXVI. Viejas canciones, II».

¹⁵ PÉREZ FERRERO, M., «Vida de Antonio Machado y Manuel», p. 120; Ian Gibson: «Federico en Baeza», en *ABC*, Madrid, 6/XI/1966.

Un año después Lorca leería, en los atardeceres granadinos, en los jardines del Generalife, las *Poesías completas* de Machado. Escribió como atrio en el ejemplar un poema:

*Dejaría en este libro
toda mi alma.
Este libro que ha visto
conmigo los paisajes,
y vivido horas santas.*

.....
*Dejaría en el libro
este, toda mi alma* ¹⁶.

Al poeta no le gustaba nada Baeza, como se deduce de varios de sus poemas y de una carta a Unamuno: «A primera vista —le escribe— parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es infinitamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa, y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid» ¹⁷.

Así se explica que durante su estancia en la ciudad no haya dejado en ningún momento de gestionar un nuevo traslado en 1915 a Salamanca para sustituir a un profesor cuya jubilación esperó ansiosamente. Al año siguiente proponiendo, sin éxito, a un catedrático de Cuenca permutar sus cátedras. En esa misma época presentóse asimismo al concurso abierto para el Instituto de Alicante, con la ilusión de pasar después a otra ciudad.

Pero, el tan ansiado traslado sólo lo obtuvo en octubre de 1919, tras siete años de permanencia en la ciudad, siendo su nuevo destino Segovia. El 29 de ese mes dictó su última lección. Partió

¹⁶ GALLEGO MORELL, A. «Cuando Federico leyó a M.», en *La Estafeta Literaria*, Madrid, 15/XI/1949.

¹⁷ A. M., «A Miguel de Unamuno», Baeza, 1913 (?), en A. M., *Obras, poesías y prosas*, p. 913, edición reunida por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Editorial Losada, Buenos Aires, 1954.

luego, abandonando a sus buenos colegas, amigos y alumnos y alejándose para siempre de Baeza, prometiendo recordar su campaña, lo único que había amado allí: «¡Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!»¹⁸.

JULIO CÉSAR CHAVES

(*La Nación*, Buenos Aires, 24 de diciembre de 1966).

¹⁸ A. M., «CLIV. Apuntes, IV».

ANTONIO MACHADO EXÉGETA DEL GUADALQUIVIR

Por algo insólito e insospechado, por un curioso acontecimiento fluvial que conmovió a Sevilla, podemos decir, abiertamente, que el alma poética del profundo y universal Antonio Machado se engendró y nació una tarde de sol sevillana, a orillas del lírico Guadalquivir.

Estamos en Sevilla; en el último cuarto del siglo XIX, es una tarde clara de primavera. No hay ni una nube bajo el cielo terso, y el sol rebrilla fuerte y esplendoroso sobre la blanca ciudad de la Giralda, reventando reflejos cegadores contra la cal, los azulejos y las aguas tranquilas y onduladas del gran río.

«El Guadalquivir —escribe el novelista M. García Viñó¹—, en esta tarde de primavera con la que ahora soñamos, está siendo muy visitado. Por todas las calles que dan a sus márgenes, fluye una multitud de personas, que vienen de los más apartados rincones de la ciudad: bellas damiselas que, al correr con sus piecitos menudos, mueven el polisón, como si fuese la cola de un pajarillo travieso... Elegantes caballeros de ceñida levita y flor en el ojal... En los rostros de todos se dibuja una sonrisa de agradecimiento al destino por la improvisada fiesta. Pero ¿que ha ocurrido? Pues, sencillamente, que unos delfines, equivocando su camino y a favor de marea, se han adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla, al pie mismo de la Torre del Oro.

«En torno a ésta —continúa G. Viñó—, se agrupa la alboroz-

¹ GARCÍA VIÑÓ, M., «El paisaje poético de A. Machado», *Archivo Hispalense*. Sevilla, 1956, n.º 77.

da juventud, que contempla a los extraños visitantes, como si se tratase de pacíficos ánares de un estanque de parque provinciano. Entre ellas, se encuentra Ana Ruiz. Entre ellos, Antonio Machado y Álvarez. Ambos han dejado de contemplar a los delfines para mirarse mutuamente. Es la primera vez que se ven, *pero es como si se hubiesen visto siempre, como si siempre se hubiesen amado*.

«Muchos años después —concluye el novelista sevillano—, un hijo de esta pareja, gran poeta ya y gran hombre —Antonio Machado Ruiz—, diría refiriéndose a esta insólita visita de los delfines, que era un importante acontecimiento de su vida, pese a ser anterior a su nacimiento. Y tan importante. Pues si bien fue algunos años después, el 26 de julio de 1875, cuando nació Antonio Machado hombre, fue en la *tarde de sol* sevillana, a orillas del Guadalquivir, cuando, en aquella mirada, en aquella verdadera cópula espiritual de los dos jóvenes enamorados, se engendró el alma del poeta. El alma de un poeta nacida entre reflejos de sol y estelas de delfines, entre naranjos y acacias, en la apacible serenidad de un paisaje sevillano».

El propio poeta, pasados los años, nos contaría por boca de ese castizo personaje creado por él mismo, con el seudónimo de Juan de Mairena, este extraordinario suceso:

«Otro acontecimiento también importante de mi vida es anterior a mi nacimiento. Y fue que unos delfines, equivocando su camino, y a favor de la marea, se habían adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla. De toda la ciudad acudió mucha gente, atraída por el insólito espectáculo, a la orilla del río; damitas y galanes, entre ellos los que fueron mis padres, que allí se vieron por vez primera. Fue una tarde sol, que yo he creído, o he soñado, recordar alguna vez».

Como Bécquer, el otro poeta sevillano universal, Machado, de niño, cada atardecer, salía de la Casa o Palacio de las Dueñas —entonces, casa de vecindad—, donde había nacido, y se iba al río de Sevilla, al Guadalquivir, para llenarse y embeberse de esa luz purísima y misteriosa que es la poesía —la verdadera y profunda poesía—, que luego, en Madrid, París, Soria, Baeza y Colliure —su última y eterna morada—, había de conmoverle la vida.

También Machado, como el poeta de las *Rimas* y las *Leyendas*, soñaba en su primera juventud, ser marino; así lo afirmó, posteriormente, en su magistral poema *A Julio Castro*, cuando dice:

*Desde las altas tierras donde nace
un largo río de la triste Iberia,
del ancho promontorio de Occidente
—vasta lira, hacia el mar, de sol y piedra—,
con el milagro de tu verso, he visto
mi infancia marinera,
que yo también, de niño, ser quería
pastor de olas, capitán de estrellas...*

La vida de Antonio Machado, como su propia obra, fluctúa entre dos paisajes distintos, pero afines, atravesados por sendos ríos, el Duero y el Guadalquivir; dos ríos de honda trascendencia histórico-literaria para España; dos ríos diferentes —el Duero, adusto y guerrero; el Guadalquivir, lírico y apacible—, pero que tienen la particularidad de haber elevado el espíritu sensible del gran poeta de España, que ha sabido cantarlos —a ellos y a sus paisajes—, con el mismo lirismo, la misma nostalgia y el mismo profundo sentimiento poético, habiendo sabido, magistralmente, no sólo fundirse, sino identificarse íntima y espiritualmente con ellos.

Indudablemente, ya que Machado fue un poeta andaluz transplantado a tierras de Castilla, dedicó más poemas al Duero que al Guadalquivir, ya que en aquellas pardas tierras castellanas vivió más tiempo que en las luminosas tierras andaluzas; ya que en ellas sintió sus primeras impresiones y conmociones espirituales y anímicas, y en ellas, indudablemente, escribió la mayor parte de su obra poética; sin embargo, en 1912, viudo ya, y embargado por el dolor, cuando pide el traslado, como catedrático de francés, al Instituto Técnico de Baeza, aunque se siente extranjero en los campos de su tierra, no obstante, llega a descubrir el paisaje y el ambiente alegre y encendido de Andalucía, y es entonces cuando brotan de su pluma, un tanto agria y filosófica, aunque plena de lirismo y sensibilidad, los poemas más bellos y acertados que le

hayan dedicado a la Andalucía que baña el Guadalquivir, desde aquellos geniales que ya lucen e ilustran a las ya obras antológicas de nuestros mejores poetas del Siglo de Oro.

El primer machadiano, dedicado al Guadalquivir, no aparece aún ni en sus *Obras completas* ni en las modernas Antologías; es un romance irregular, escrito en versos endecasílabos y heptasílabos, con acentos en las sílabas quinta y décima; segunda y sexta, y fue publicado en 1903, en la revista madrileña *Helios*; en donde colaboraban las mejores firmas del momento; muchas serían figuras destacadas de la llamada *Generación del 98*, como Miguel de Unamuno, Ramón Pérez de Ayala, Francisco Navarro Ledesma, Antonio y Manuel Machado, Jacinto Benavente, Ángel Ganivet, Juan Ramón Jiménez y Gregorio Martínez Sierra, entre otros.

«Antonio Machado —afirma su mejor biógrafo, Miguel Pérez Ferrero²—, trabaja bastante para *Helios* o, al menos, dedica buena parte de los poemas que va componiendo a la flamante publicación. A lo largo de las salidas, va dejando en ellas: *El poeta visita la casa donde nació*; *El poeta recuerda a una mujer desde el puente del Guadalquivir*; *El poeta encuentra esta nota en su cartera*. Y estas palabras inconexas: *Tristezas*; *Galerías...* Manuel Machado también colabora».

Interesantisimo sería hacer un profundo estudio sobre esta importante revista literaria, que fue una *realización perfecta*, en su género, al decir de M. Pérez Ferrero, que lanzó a tantos creadores y poetas y que durante cierto tiempo marcó los rumbos de la cultura española.

El poema de Machado en *Helios*, lleva, como ya hemos apuntado, el atrayente título, *El poeta recuerda a una mujer desde un puente del Guadalquivir*, y posee impreso ese vago sentimiento amoroso andaluz y romántico, con una marcada influencia becqueriana³:

*Sobre la clara estrella del ocaso
como un alfanje, plateada, brilla*

² PÉREZ FERRERO, M., *Vida de Antonio Machado y Manuel*, Madrid, 1973.

³ Revista *Helios*, n.º IV, Madrid, julio 1973.

*la luna en el crepúsculo de rosa
 y en el fondo del agua ensombrecida.
 El río lleva un rumoroso acento
 de sombra cristalina
 bajo el puente de piedra, ¡Lento el río,
 que me canta su nombre, el alma mía
 quiere arrojar a tu corriente pura
 la ramita más tierna y más florida,
 que encienda primavera
 en los verdes almendros de tu orilla!
 Quiero verla caer, seguir, perderse
 sobre tus ondas limpias.
 Y he de llorar... Mi corazón contigo
 flotará en tus rizadas lejanías.
 ¡Oh, tarde como aquella, y río lento
 de sombra cristalina!...
 Sobre la clara estrella del ocaso
 la argéntea luna brilla.*

El año 1913, el poeta, una breve pasada, vuelve por Sevilla. Algo le detuvo, siquiera fuese unas horas, en el alegre pueblo sevillano de Lora del Río, deslumbrante de cal y de sol, que abre las puertas de la Sierra Morena sin separarse de las orillas del Guadalquivir perezoso con márgenes de olivos y palmeras, de naranjos y adelfas florecidas. ¡El río en Lora! Cuán diferente de aquél otro de ásperas riberas que durante años intensos había de presidir la vida del poeta. Quizás, este contraste entre el río de su recuerdo y el que ahora vuelve a contemplar —a cuyas orillas, pese a todo, él mismo ha nacido—, le hiciera escribir el bello poema, que comienza *En estos campos de la tierra mía*, a cuyo pie figura el lugar y la fecha donde fue escrito: «Lora del Río, 4 de abril de 1913».

Sugestivo y profundo es este poema, definitorio del nuevo rumbo poético de Machado, donde se aclara su tan discutido e incluso negado andalucismo. En esta composición da el poeta una extraordinaria y panorámica visión de Andalucía; y en él, aunque

el poeta declara su impotencia para cantar lo que quisiera y considerándose extranjero en su tierra.

*En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero...*

.....
*en estos campos de mi Andalucía.
¡Oh tierra en que nací!, cantar quisiera.*

Sin embargo, nos ha dejado una clara impresión de Andalucía, de las Andalucías —como bien ha escrito el poeta Luis Jiménez Martos⁴—, fiel al arte objetivo en que fiaba. La Andalucía de Antonio Machado se vierte en apuntes que valen por composiciones en muchos versos. El campo de Baeza, el Guadalquivir —sintetizado inolvidablemente su curso, Sierra Morena, la vida en el pueblo... Y más: Sevilla:

*Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente...*

Córdoba, en un precioso adjetivo, *labradora*: la noche de Málaga; Granada en la elegía a Federico García Lorca.

Machado, aunque trasplantado a Castilla, no era tipo de esta tierra; por eso, a partir de su etapa en Baeza, donde experimenta la necesidad de su campo, se imbuje del espíritu y la visión de Andalucía, más de la Alta que de la Baja, surgiendo en él un sentimiento regionalista, sureño, andaluz; y es en este año, cuando los elementos que anteriormente había empleado en su obra —las encinas, los alcornoques, las pardas gentes castellanas—, son sustituidos ahora por huertos, patios de mármol, cipreses, limoneros y, singularmente, por una viva y directa alusión al Guadalquivir, el río andaluz que fue su refugio y consuelo en el momento en que huía del dolor.

⁴ JIMÉNEZ MARTOS, L. «Antonio Machado y Andalucía», *ABC*, de Sevilla.

Así aparece un Machado andalucista íntimo, o como diría Sáinz de Robles, *recitado*, «patético, carne viva del anhelo, pozo hondísimo de la emoción, delicadísimo aroma de las soledades y eco conmovido de los silencios: un andalucismo cuyo valor es consonante con el neto de Castilla».

El poeta siempre guardó, o mejor, conservó, en su subconsciente la pura emoción de esa Andalucía pura, donde ha nacido: de esa Baja Andalucía —que él, clara y netamente, diferencia de la Alta—, agitada continuamente por una inquietud romántica; esta Andalucía le ciega, o como afirma Pérez Ferrero, «le aturde con sus centellicos deslumbrantes», porque, pese a trasiegos y vaivenes, se manifiesta apenas el alma es sacudida por algunas de aquellas remotas vibraciones de la infancia. Ha bastado simplemente al poeta un contacto fugaz con este pueblo sureño, bajoandaluz, Lora del Río, tan representativo de la Andalucía de hace medio siglo, para que todo aquel borroso conjunto de visiones y recuerdos perdidos entre las vueltas del subconsciente salte a primer plano para hacerse luminosa realidad en el poema:

*Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
imágenes de luz y de palmeras,
y en una gloria de oro,
de lueños campanarios con cigüeñas,
de ciudades con calles sin mujeres
bajo un cielo de añil, plazas desiertas
donde crecen naranjos encendidos
con sus frutas redondas y bermejas:
y en un huerto sombrío, el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos
que el agua clara de la fuente espeja,
un aroma de nardos y claveles
y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena,
imágenes de grises olivares
bajo un tórrido sol que aturde y ciega,
y azules y dispersas serranías
con arreboles de una tarde inmensa...*

Este es ya el verdadero y profundo Antonio Machado: el poeta se ha encontrado a sí mismo, al contacto directo con el paisaje del sur, bañado por el milenario Guadalquivir; y con él, se identifica plenamente, Antonio Machado ha descubierto personal y poéticamente Andalucía.

En 1912, encontramos ya a Machado en Baeza, como profesor de su instituto; él mismo nos lo confirma:

*Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber),
aprendiz de ruiñeñor
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego...*

El poeta, cuando llega a esta ciudad andaluza, cuenta treinta y siete años; viene huyendo de Soria, testigo mudo, primero, de sus amores y alegrías, y, después de su pena y de su dolor insondable, por la muerte de Leonor. Siete años pasó Machado en Baeza; siete años de enorme soledad y meditación, en los que se consolida definitivamente su personalidad poético-filosófica; siete años en los que lee y escribe intensamente: siete años en los que afianza su amistad con Unamuno; siete años, en los que fragua y consolida su vocación filosófica, naciendo el autor de los *Proverbios, Cantares y Parábolas*, y lo que es más importante, engendrándose el futuro autor sentencioso y certero de *Juan de Mairena y Abel Martín*; siete años, finalmente, en los que Machado produce lo mejor, lo más intenso, lo más trascendente de su obra, cual esa espléndida serie de poemas de preocupación por el destino de España. «El drama de España —como bien escribió el poeta José Luis Cano—, la lucha entre la España que muere —la intolerante y reaccionaria España— y la España que nace —la España progresista, la España del futuro—, está reflejada con enérgico acento en cada uno de estos magníficos poemas».

Soberbio, emocionante, magistral es su poema «El mañana efímero», escrito en 1913, donde el poeta da su visión de una España nueva, implacable y redentora:

*Mas otra España nace,
La España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.*

En Baeza, se forma la conciencia nacional de Machado; y, aunque no abandona la sobriedad, sus poemas se hacen más tiernos, más humanos, con una expresión más suave, amable y melancólica. Baeza cambió el rumbo del poeta; aquí, encontró la paz espiritual que su espíritu ansiaba; por las tardes, en compañía de su *dulce soledad*, misterioso y silencioso, camina a las murallas de la ciudad; se sienta al pie de la Cruz de Baqueta, y desde allí, sueña y medita, y pasa las horas contemplando el maravilloso paisaje, abarcando con su mirada, los montes de Jaén y las sierras de Cazorla, la sierra de Baeza, el Aznaitín y Mágina; y allá en la lontananza, el Guadalquivir, magnificente y bellissimo, que aún lleva en sus aguas la claridad sonora y limpia de sus fuentes y cascadas, y que serpea por el valle en amplias curvas de ballesta; y el poeta, con voz pura, casi truncada por el dolor, veía de este modo al gran río:

*...Por el fondo
del valle el río el agua turbia lleva,

Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta;
su montera, Aznaitín. Hacia Granada
montes con sol, montes de sol y piedra,*

y aún más, ensimismado en la contemplación de este poético río, exclamaría:

*Quién se quedara hecho torre,
cerca del Guadalquivir.*

ya que el poeta, absorto ante el río, traía a su mente esa dulce y amorosa memoria de aquel otro río, adusto y guerrero, de antiguas y fuertes resonancias medievales —el Duero—, que le recordaba la figura delicada, menuda y entrañable de Leonor.

Tal vez, el primer poema que Machado concibió en Baeza es el titulado «Caminos», escrito, quizás, en noviembre de 1912, ya que se publicó por vez primera en *La Lectura*, en mayo de 1913. En este poema, da Machado la original impresión del paisaje baezano, antes de conocer a fondo el pueblo y su ambiente. El poeta sale de la ciudad, por el paseo de las Murallas, silenciosas y decrépitas, y contempla el paisaje del valle del Guadalquivir, que tantas veces volverá a asomarse a su poesía. La vista sobre el valle es impresionante y el poeta, *a solas con su sombra y con su pena*, desde lo alto del paseo, situado tras de las pétreas murallas de la moruna Baeza, en aquella *tarde silenciosa*, de una manera exacta y asombrosamente conseguida, va describiendo el Guadalquivir, y observa que

*El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza.*

*Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas,
Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea.*

*Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla,
niebla de otoño, maternal; descansan
las rudas moles de su ser de piedra
en esta tibia tarde de noviembre,
tarde piadosa, cárdena y violeta...*

Es impresionante leer y releer este profundo poema en lo alto del Paseo y observar cómo, efectivamente, «el río va corriendo, / entre sombrías huertas / y grises olivares...» y cómo «reluce y espejea, como un alfanje roto...»; y allá, al fondo, el fértil valle del

Guadalquivir, los altos montes nevados de las sierras de Cazorra, Aznaitín y Mágina, que forman la otra pared del valle, lejanas y nebulosas: «Lejos, los montes duermen / envueltos en la niebla».

¡Cuánta poesía machadiana sabrá la Cruz de Baqueta! Así se lo pregunta José Chamorro Lozano⁵, con acento lirismo: «¡Quién pudiera desvelar ese mudo secreto que has guardado para los siglos! Allá, sentado el poeta con su bastón moviendo la tierra del paseo y haciendo caprichosos dibujos en los que el nombre de su amada alguna vez era trenzado. Allí se ha forjado una nueva poesía, la que estaba dentro del andaluz soterrado que ahora vibra al contacto con el sol, con la tierra jugosa, con la brisa sutil de las atardecidas primaverales cargada de aromas de las sierras que festonean con sus altas crestecías el inmenso paisaje. Por allí serpentean los *caminos blancos*, los *olivros grises*, los *altos llanos*. Allí había de cantar con su entusiasmo y su gozo estético con aquellos versos:

*Desde mi ventana
¡Campo de Baeza
a la luna clara!*

*¡Montes de Cazorra
Aznaitín y Mágina!*

*¿De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena?*

Alguna vez se acordará de aquellas horas serenas, de aquel balsámico ambiente que con su equilibrio tanto bien hizo a su corazón y a su alma:

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

⁵ CHAMORRO LOZANO, J., «Los Machado y el Guadalquivir», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*. Año VI. núm. 26.

En la composición titulada «Noviembre, 1913», Machado vuelve de nuevo a evocar el paisaje de Baeza y de su río, y sube, nuevamente, ansioso, por el paseo de las Murallas, para absorberse en su contemplación. Ha pasado *un año más*, dice el poeta, desde que escribió su anterior composición; sí, ha pasado un año más, y él aún se siente embargado por el dolor que le produjo la muerte de su esposa, y contempla el valle del Guadalquivir, con sus campos de siembras y olivares, y lo ve, con gran sentimiento, teñido de tristeza; incluso, hasta el Guadalquivir, allá serpenteante, en el fondo, lleva sus aguas turbias y cenicientas. Es el prisma del dolor, que Machado nos lo dice, nos lo manifiesta, a través de las cosas:

NOVIEMBRE, 1913

*Un año más. El sembrador va echando
la semilla en los surcos de la tierra,
Dos lentas yuntas aran,
mientras que pasan las nubes cenicientas
ensombreciendo el campo,
las pardas sementeras,
los grises olivares. Por el fondo
del valle el río el agua turbia lleva.
Tiene Cazorra nieve,
y Mágina tormenta,
su montera, Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.*

Pero el tiempo, que todo lo borra, va amortiguando el fuerte dolor del poeta, que se va adaptando ya al alegre y colorista paisaje andaluz, en el que vive inmerso, contrastado con el recio y severo paisaje castellano.

Nota curiosa y poco conocida es la circunstancia en que Antonio Machado y Federico García Lorca se conocieron; fue, precisamente en Baeza, el año 1916, a donde fueron de excursión los estudiantes de Letras de la Universidad de Granada. El peripatético profesor, don Martín Domínguez Berrueta, catedrático de Teoría

de las Artes y amigo de Machado, le presentó a su alumno preferido, Federico García Lorca, diciéndole: «Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música. Falla le ha enseñado lo que sabe».

Y Federico García Lorca le dijo a don Antonio: «A mí me gustan la música y la poesía».

Hubo velada, con ribetes literarios, para agasajar a los excursionistas. Antonio Machado leyó «La Tierra de Alvargonzález», publicada en su reciente libro *Campos de Castilla*, y Lorca tocó al piano, la «Danza de la vida breve», de su maestro Falla, y, después, aires del folklore español. Solamente la muerte desgraciada del *cantor de los gitanos* rompió la amistad de estos dos geniales poetas...

En la primavera de 1915, Antonio Machado, en compañía de varios amigos, realiza su primera excursión, memorable, al nacimiento del Guadalquivir. Iba, como él mismo nos dice, en

... *carricoche lento*
al paso de dos pencos matalones...

Seguramente, el interesante poema que comienza *A dos leguas de Úbeda...*, inserto en sus *Poesías Completas* con el número romano II, y a continuación del dedicado a «Los olivos»⁶, está escrito este año, tal vez el mismo día que el poeta hizo su excursión a la sierra de Cazorla, para contemplar las fuentes del Guadalquivir. Desde Baeza, pasando por Úbeda, llegan a Torreperogil; divisan el Convento de la Misericordia, con «¡Los blancos muros, los cipreses negros!», y después, entre olivares y olivares, carretera adelante, hacia Peal de Becerro, de *campos ubérrimos*; allí, en plena Sierra de Cazorla, fecha el 28 de mayo de 1915, un delicado poema, de título juanramoniano aunque de acento muy personal, titulado «Mariposa de la Sierra», y que dedica al poeta de Moguer, con motivo de la publicación y éxito de su reciente libro *Platero y yo*; tan bello es este poema, que no nos resistimos a insertarlo:

⁶ *Poesías completas*. Espasa-Calpe. S. A. Madrid. 1928.

MARIPOSA DE LA SIERRA

A Juan Ramón Jiménez, por su libro
Platero y yo.

*¿No eres tú, mariposa
el alma de estas sierras solitarias,
de sus barrancos hondos
y de sus cumbres agrias?
Para que tú nacieras,
con tu varita mágica
a las tormentas de la piedra, un día,
mandó callar un hada,
y encadenó los montes
para que tú volaras.
Anaranjada y negra,
morenita y dorada,
mariposa montés, sobre el romero
plegadas las alillas, o voltarias,
jugando con el sol, o sobre un rayo
de sol crucificadas.
¡Mariposa montés y campesina,
mariposa serrana,
nadie ha pintado tu color; tú vives
tu color y tus alas
en el aire, en el sol, sobre el romero,
tan libre, tan salada!...
Que Juan Ramón Jiménez
pulse por ti su lira franciscana.*

Sierra de Cazorla, 28 de mayo de 1915

Mucho gustaba a Machado contemplar el maravilloso paisaje del valle del Guadalquivir, desde el ya mencionado paseo de las Murallas; y también, el impresionante que se divisa desde el lado contrario: desde lo alto de los puertos, desde donde aparece el valle del Guadalquivir, cubierto de verdes y grisáceos olivares, y

bordeado el extremo opuesto por la loma de Úbeda, largo promontorio que cierra el valle, con las ciudades de Baeza, Úbeda y Torreperogil en lo alto.

«Y termina el otro lado de los puertos —como acertadamente han escrito A. Navarrete y F. Lapuerta⁷—, el valle hondo y estrecho del Guadalquivir, niño, entre apretadas sierras de pinos. El río discurre hacia el norte, desde su nacimiento en término de Quesada, por este primer valle de pinares; da un giro de 180 grados en el tranco de Beas y vuelve hacia el Sur por el valle ancho de Úbeda y Baeza».

Machado, que durante su estancia en Soria, también, había hecho una excursión al nacimiento del Duero, se encuentra ahora en esta Sierra andaluza cuyo parecido con la castellana le resulta familiar, y se siente identificado con ambos ríos:

*Soria de montes azules
y de yermos de violeta,
¡Cuántas veces te he soñado
en esta florida vega,
por donde se va,
entre naranjos de oro
Guadalquivir a la mar!*

Años más tarde, en 1917, realiza Machado una nueva excursión al nacimiento del Guadalquivir. Con la visita de su hermano Joaquín, pintor, y animados por don Cristóbal Torres, abogado y amigo del poeta en Baeza, se deciden ir a las fuentes del gran río; a esta expedición se agregan el farmacéutico don Adolfo Almazán, en cuya rebotica se reunía Machado, en amena tertulia; la expedición va de Baeza a Úbeda, y de allí, a Cazorla en una vieja tartana, que abandonan para subir a donde nace ese ilustre río, *gran rey de Andalucía*, según la expresión de Góngora. El poeta hace la ascensión profundamente emocionado, tal vez recordando la excursión anterior, o las que hiciera a los montes de Soria, para

⁷ LAPUERTA, E. y NAVARRETE, A. *Baeza y Machado*. Col. «Siglo Ilustrado». Madrid, 1969.

contemplar el Duero. En Peal de Becerro se les agrega otro excursionista: un juvenil discípulo del curso de francés de don Antonio; admirador precoz del poeta, y aprendiz de poeta él mismo; era Rafael Laínez Alcalá.

Estas tierras pródigas y olivareras son vigorosamente descritas por Machado:

*Seguimos. Olivares. Los olivos
están en flor. El carricoche lento
al paso de los pencos matalones,
camina hacia Peal. Campos ubérrimos.*

Llegan los excursionistas al Santuario de Tiscar, donde escribió el poeta una hermosa composición a la Sierra de Quesada y a su Virgen, que, actualmente, podemos leer esculpida en una roca del Santuario.

Ya en las fuentes del gran río, les sorprendió una tormenta, aunque hallaron abrigo en un refugio cercano que pertenecía a los ingenieros. «Así vive inmerso el poeta —como afirma Pérez Ferrero⁸—, en el paisaje andaluz, cuando no está inmerso en las abstracciones filosóficas de los libros que llevan a su ánimo la calma. Pero experimenta que la asimilación emocional de la Naturaleza viva, que se le ofrece, apenas se produce en su sensibilidad poética. Los recuerdos constituyen, todavía, la determinante de su estro».

Años más tarde, y en recuerdo de esta excursión, un tanto accidentada, escribirá el poeta estas bellísimas y certeras soleares, insertadas en sus *Obras Completas*, en la sección de «Proverbios y Cantares», con el número romano LXXXVII, y rezan así:

*¡Oh Guadalquivir!
Te vi en Cazorla nacer;
hoy, en Sanlúcar morir.*

*Un borbollón de agua clara
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!*

⁸ *Op. cit.*

*Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?*

El nacimiento del Guadalquivir, en plena sierra —seguimos a Antonio Navarrete y Francisco Lapuerta⁹—, está situado en un agrio paraje, al pie del pico del Cabañas, el más alto de la Sierra, con 2.036 metros sobre el nivel del mar. Es una hondonada donde brota, literariamente, *un borbotón de agua clara*, junto a unos pinos añosos, diseminados en las riberas del río.

El lugar está exactamente descrito. Pero la intención de Machado va mucho más allá de la simple descripción de un paisaje. El poeta está, a la vez, contemplando el río en su desembocadura, esto es, en su muerte, y recuerda su nacimiento. El contraste entre el *borbollón de agua clara* del río recién nacido y el *río de barro salobre*, cerca de la muerte, se enlaza con la imagen de Jorge Manrique:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...*

Antonio Machado, devoto ferviente del poeta de Parcdes de Nava, da por supuesta esta clásica metáfora manriqueña, que él tantas veces utiliza, y piensa en su nacimiento y en su infancia, ya lejanas, —*como yo cerca del mar*—, diría el poeta, y se sienten cerca del océano de su vida, cerca de su muerte: igual que cuando define al Guadalquivir como *río de barro salobre*, que con la misma propiedad gramatical puede referirse al río y al poeta; porque el poeta y el río son una misma cosa.

Es muy frecuente en Machado el empleo de la metáfora del mar como el fin de la vida: la muerte, ya que, como es sabido, el poeta asimiló clara y definitivamente la idea ultraterrena de Jorge Manrique, del que en su poema «Glosa», incluido en el libro *Soleidades*, dijo que

⁹ *Op. cit.*

*Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.*

Baste citar estos tres versos de Machado, típicamente manriqueños, para darnos una certera idea de esta asimilación entre poetas:

Como tus largos ríos, Castilla, hacia el mar...

La vida baja como un ancho río...

Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera...

En esta segunda excursión a Cazorla descubre Machado el maravilloso paisaje de esta alta Andalucía, plena de clasicismo, con sus venas románticas soterradas, y él la siente en su profunda serenidad. Las altas cumbres nevadas de sus tierras y sus profundos barrancos le inspiran muchos poemas iguales que los que escribió para encumbrar las tierras que baña el Duero, en vasto y genial poema épico «La Tierra de Alvargonzález.

A mediados del año 1917, Machado va a recorrer de nuevo las tierras de sus mayores, la Baja Andalucía; es una excursión que comienza en Córdoba y terminará en Sanlúcar de Barrameda: así lo afirma Miguel Pérez Ferrero: «Antonio va al Puerto de Santa María... En lugar de regresar inmediatamente, Antonio aprovecha la visita para recorrer Andalucía la Baja. Tierras de su bisabuelo: Sanlúcar, Rota, Chipiona... con la luz tan clara y tan alegre, que da tristeza a quien no lleva dentro su misma alegría»¹⁰. Se va inundando, nuevamente, de efluvios del Guadalquivir, al que ve en Córdoba, *la llana y la del Romancero*; en Sevilla, donde quiere volver a visitar la casa donde nació y recordar su infancia, «pero la casa está cerrada, y el administrador no se muestra propicio a enseñársela», sin embargo, brotan de su corazón, esos elogios para la ciudad que le vio nacer:

¹⁰ *Op. cit.*

*...Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada, hacia el mar, la vela...*

y llega hasta Sanlúcar, donde el Guadalquivir, en ósculo poético, se funde con la mar; y con acento de romance, le pregunta al gran río, ya en el final de su recorrido:

*Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?*

Después de su emocionante recorrido por estas tierras sureñas de Córdoba, Sevilla y Cádiz, donde el poeta se hace geógrafo delicado, vuelve a Baeza, donde escribe sus *Apuntes para una Geografía emotiva de España*, en los que nuevamente evoca al Guadalquivir, fluyendo por aquellas tierras. Estos poemas nacieron también, después de haber ido el poeta a la fuentes del río, ya que del primero de ellos existe una versión distinta, autógrafa, fechada en 1919, y que la insigne novelista Concha Espina publicó en su interesante y polémico libro *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*.

Leamos estos poemas:

I

*¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!*

La versión que Concha Espina publicó de este poema es la siguiente:

*¡Torredonjimeno!
¡Torreperogil!
¡Quién se quedara hecho torre,
cerca del Guadalquivir!*

«Esta versión —nuevamente recurrimos a F. Lapuerta y A. Navarrete ¹¹—, a nuestro juicio más bella que la incluida en las *Obras Completas*, fue modificada por el poeta, tal vez en un afán de exactitud geográfica, ya que Torredonjimeno no está situado, como Terreperogil, junto al valle del Guadalquivir, sino un poco más al sur, sin que desde el pueblo se divise el valle».

En la canción que en las *Obras Completas* lleva el número romano VII, se hace nueva alusión al Guadalquivir con claro estilo lorquiano y un marcado acento descriptivo, perfilado *A la manera de Juan de Mairena*:

*Lejos, por los espartales,
más allá de los olivos,
hacia las adelfas
y los tarayes del río,
con esta luna de la madrugada,
¡Amazona gentil del campo frío!...*

Machado en Baeza, gana amigos entrañables que le distraen con sus conversaciones rurales, a veces, literarias, como la reunión que sostenía en la rebotica de don Adolfo Almazán. Aunque en Baeza le acompaña también su madre y parece que ha llegado la calma al ánimo del poeta, los recuerdos de Leonor y de Soria insisten sin cesar. Un día, nostalgia se hará verso en el poema *A José María Palacio*, y en otro momento, situado frente al Guadalquivir, viendo *Los caminitos blancos / del valle y de la sierra*, exclamará en un lamento largo y desolado:

¡Ay, ya no puedo caminar con ella!

Incluso llega a superponer sus recuerdos sobre la realidad; los montes de Aznaitín, con el Moncayo; su tristeza con la imagen de Leonor:

*¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?*

¹¹ *Op. cit.*

*Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*

«No obstante la herida del poeta —concluyen A. Navarrete y F. Lapuerta—, los años de Baeza suponen en Machado un remedio a su melancolía. Escribe intensamente, se afana por la filosofía del momento; mantiene correspondencia con Unamuno y sigue el movimiento literario de España. Desde Baeza dedica versos a Rubén Darío, Azorín, Ortega..., y es en estos años, como ya hemos dicho, cuando se consolida definitivamente su enorme personalidad filosófico-poética.

Su discípulo, el poeta Rafael Laínez, dejó en la importante revista jiennense *Don Lope de Sosa*, un importante y acabado retrato del maestro de poesías, como él lo califica; leámoslo: «Entre todos los recuerdos de Baeza descuella el que conservo de mi maestro, del poeta filósofo que supo cuanto es la vida hecha de sed y dolor. Todos los días lo saludaba cuando venía de explicar a sus alumnos la diaria lección. Le saludaba reverente, pues me infundía grandísimo respeto la presencia del superhombre, cantor espiritual de *las galerías sin fondo* que en el alma existen. En su rostro, pulcramente rasurado, adivinaba el gesto melancólico y añorante de los sueños de amor que le embriagaron con mieles de cantares misteriosos, entretejidos por su maga pluma, como deben tejer las hilanderas del ensueño sus telas maravillosas... En Baeza —nido real de gavilanes— esa muerta ciudad señorial y romántica que vive de sus gloriosos recuerdos, discurre silenciosa, trabajadora y humilde la vida del poeta-filósofo. En mis pocos años no se me alcanza con todo su esplendor la grandeza de este hombre modesto, a quien de veras admiro; sin embargo, comprendo el valor de sus palabras que escuché religiosamente, como si oyera hablar al más autorizado y sublime de los hombres».

El año 1919, después de permanecer siete cursos académicos en el *Instituto Rural* de Baeza, marcha don Antonio a Segovia. Las

rencillas personales del claustro de profesores, a las que siempre se mantuvo imparcial, y a la irresistible atracción de Castilla, inducen a Machado a trasladarse. Pero de su corazón no se borrarán los días vividos en la antigua ciudad andaluza. Allí deja amigos, una mesa y una lámpara en la intimidad de su tertulia y... el amplio y fértil valle del Guadalquivir:

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

Pero no termina aquí la geografía lírica y emotiva que Machado dedica al Guadalquivir; más poemas, rotundos y delicados, habría de escribir el autor de *Campos de Castilla*, al río rey y señor de Andalucía.

En este libro, y en el poema titulado *Recuerdos*, escrito en elevados versos alejandrinos, fechado en el tren, camino de Soria, en abril de 1912, evoca, de nuevo, líricamente al Guadalquivir:

*¡Oh Soria, cuando miro los frescos naranjales
cargados de perfume, y el campo enverdecido,
abiertos los jazmines, maduros los trigales,
azules las montañas y el olivar florido;
Guadalquivir corriendo al mar entre vergeles...*

Con marcado acento becqueriano y contrastando paisajes, quizás, en la misma Sevilla, su ciudad, donde no pudo ver su casa paterna, afirmará su aguda nostalgia, en unos ambientes que él ya no conoce; así, escribe en *Los sueños dialogados*:

*De aquel trozo de España, alto roquero,
las sombras de los muertos encinares,
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido,
una mata de áspero romero.*

Pero, corren los años 1926-27; años importantes en la vida literaria de Antonio Machado que juntamente con su hermano Ma-

nuel, comienza una nueva etapa, trascendental: la del teatro, apareciendo en escena, cada año que pasa, una importante obra teatral firmada por ambos.

Al escribir conjuntamente para el teatro, afirma Pérez Ferrero, «sus estros se funden y forman una unidad armónica, que no acusa discrepancias de forma ni de concepto».

Ellos siguen un teatro clásico, dentro de una línea dramática y melódica, conjugándose, admirablemente, el romanticismo con el modernismo, destacando siempre por un perfecto dominio del idioma, empleando, elevadamente el verso tradicional español.

Aunque los dos hermanos están separados, Antonio en Segovia y Manuel en Madrid, sin embargo, en los fines de semana, se reúnen y terminan su primera obra teatral, con la que obtienen un éxito clamoroso, triunfal: *Desdichas de la fortuna, o Julianillo Valcárcel*, estrenada en Madrid, por la gran actriz María Guerrero y su hijo, Fernando Díaz de Mendoza.

En sus obras emplean los Machado un atrayente escenario: los campos andaluces y todas sus obras, también, se ambientan en las orillas del Guadalquivir. Acertadamente escribe J. Chamorro: «Parece como si el río fuese eje diamantino de su prodigiosa máquina literaria. En sus obras teatrales se vuelve a vivir en el tejido de sueños y en la teoría de realidades de los versos de ambos hermanos. Ellos escriben con conocimiento y con verdad; con fantasía de buena ley y con observación aguda. Y como se dice en un juicio muy acertado en la introducción de algunas de sus obras, este teatro de los Machado rezuma la quintaesencia de lo andaluz popular y aristocrático»¹².

En *Juan de Mañana*, estrenada en 1927, por Josefa Díaz y Santiago Artigas, encontramos un enjundioso romance descriptivo, con cierto sabor manriqueño, en el que el Guadalquivir hace pensar a los poetas:

*Viendo esta mañana el río
entre tarayes y adelfos
correr hacia el mar, cruzando*

¹² *Op. cit.*

*dehesas y cazaderos,
por estos campos de lujo,
ancho, inútil y sereno,
pensé en mi vida. Hacia el mar
mis horas ociosas llevo
de señorito andaluz
rico, galán y torero.
alegre porque lo dicen,
cazador que tira al vuelo
o al paso, no mal jinete,
buen bebedor y maestro
en el arte de pasar
la vida y matar el tiempo,
mimado de la fortuna
como estos campos me hicieron.*

Unos de los personajes de la obra, Esteban, habla del río:

*Fuimos al río. Tu yate
ya no estaba allí. Las señas
eran claras. Y a Sanlúcar
—ya más de las doce eran—.*

También Beatriz, otro de los personajes, dice angustiada, este verso sentencioso:

*Con ella por el sombrío
campo te vi cabalgar
hasta la orilla del río.
Quise y no pude gritar.*

Mientras los dos hermanos siguen triunfando en la escena española, afirma Pérez Ferrero, «escriben la más fina, acaso, de todas sus producciones teatrales, a la que ponen por título *Las adelfas* que con ser, tal vez, la más lograda obra teatral de los poetas, los resultados del estreno y las representaciones que siguieron no compensaron sus méritos. La cortés acogida no era, evidentemente, la recepción que correspondía a la obra».

Las adelfas, estrenada en 1928, es la comedia machadiana más vinculada al Guadalquivir. Es esta comedia una verdadera estampa de la más pura Andalucía; en ella se rezuma el sabor campero y sus autores demuestran un gran conocimiento del paisaje que baña el Guadalquivir. Leamos el párrafo de situación del tercer acto:

«El horizonte de esta decoración debe estar muchísimo más alto de lo que acostumbran a ponerlo los pintores escenógrafos. Por encima de los macizos de adelfas ya citados se debe ver una gran extensión de campo —toda ella pintada en la decoración del fondo— con el adelfar, que se pierde a lo lejos, acompañando siempre la cinta de plata del río, y diseminados aquí y allá pueblecillos de la campiña de Córdoba. A la derecha del espectador, y ocupado próximamente el tercio de la decoración del fondo, se verá la casa —no de frente—, con grandes ventanas, que en el momento de llegar la noche deben iluminarse. El cielo en ese momento debe tener un color azul oscuro muy intenso y en él brillan las estrellas. Es una noche de pleno verano. Como es precisamente la noche de San Juan, se deben ver las tradicionales hogueras, diseminadas por el campo. Finalmente, sobre el macizo de la izquierda se verá un trozo de laguna, misterioso y sombrío. En el fondo de esta glorieta se pondrá un banco».

Perfecto escenario bajoandaluz, bañado por el Guadalquivir, en la misma campiña cordobesa, donde los Machado sitúan la acción de su obra; aquí, los poetas hacen una marcada concesión al sentido popular de esa Andalucía romántica, de centelleos deslumbrantes.

Preciosa es esta composición consonantada, marcadamente descriptiva, donde aparece un juego de colores, como en el arcoiris:

*Vea usted: verdecito el llano
porque es prado; azul el río;
amarillos los trigales;
bermejos los naranjales,
y cándido el caserío.*

El mayor éxito como autores dramáticos, lo obtienen los Machado en 1929, con su importante comedia *La Lola se va a los puertos*, estrenada en el madrileño teatro de Fontalba, y cuyo papel principal lo encarnó la genial actriz Lola Membrives.

La Lola se va a los puertos —como acertadamente escribió M. Pérez Ferrero¹³— es la comedia de la Andalucía del cante hondo, con un localismo que, en lugar de limitar su vuelo, la universaliza, pero sin hallarse en ningún momento sobrecargada de pintoresquismo, ni dé esos tintes de *españolada* que facilitan la exportación o, cuando menos, una circulación más amplia.

«Es *La Lola se va a los puertos* la exaltación de la Andalucía que canta y que llora, que pena de amor y que goza con su propia belleza. Es, en definitiva, la expresión escenificada de un cantar andaluz, *hondo*, emitido con el acento justo para conmover sin sensiblero desbordamiento».

El río, el eterno y lírico Guadalquivir, no podía faltar en esta obra, quintaesencia de la más pura Andalucía, y aparece como testigo y referencia de los actos de los personajes. Lola, la protagonista principal, ensalza al río, en este sentido romance, de tono inquisitivo:

... Y brotan
 en el pecho de la gente
 cuando ríe o cuando llora.
 El caso es saber sentir:
 lo demás tiene muy poca
 importancia. ¿Usted no ha visto,
 en la Sierra de Cazorla,
 nacer el Guadalquivir
 entre piedras, gota a gota?
 Pues así nace un cantar,
 como el río y baja a Córdoba
 y a Sevilla hasta perderse
 en la mar tan grande y honda.

¹³ *Op. cit.*

El gracioso Heredia, típico personaje andaluz, anima a don Pepito que se pasee por las orillas del Betis, que, de seguro, le inspirará sus mejores coplas:

*Don Pepito, oígame usted:
está la noche serena.
Dése usted una vueltecita
del Betis por la ribera;
y ya que hizo usted una copla
regular, haga una buena.*

Otras obras teatrales estrenarán los Machado en el curso de los años 1930-31: *La prima Fernanda*, y *La Duquesa de Benamejí*, hasta la última que firmaron juntos, y que ya no pudo ver Antonio, que había muerto: *El hombre que murió en la guerra*, estrenada en el Teatro Español, encarnando el principal personaje el gran actor Ricardo Calvo, el más constante y leal amigo de los hermanos Machado.

Mas, sigamos buscando al Guadalquivir en la profunda obra pórica de Antonio; en su libro *Nuevas Canciones* (1917-1930), entre los breves y certeros poemas titulados *Apuntes*, describe el poeta al Guadalquivir a su paso por Córdoba *la llana*; a Machado le atrae la visión fascinadora de la ciudad junto al río:

VIII

*¡La del Romancero,
Córdoba la llana!...
Guadalquivir hace vega,
el campo relincha y brama.*

Y en las poemas denominados *Galerías*, en el señalado con el número romano II, dibuja el poeta un paisaje fuertemente andaluz, bañado por el Guadalquivir:

II

*El monte azul, el río, las erectas
varas cobrizas de los finos álamos,
y el blanco del almendro en la colina,
¡oh nieve en flor y mariposa en árbol!
Con el aroma del habar, el viento
corre en la alegre soledad del campo.*

También en *Canciones de Tierras Altas* evoca Machado al Guadalquivir, desde la alta meseta castellana; leamos este breve romancillo irregular:

*Soria de montes azules
y de yermos de violeta,
¡cuantas veces te he soñado
en esta florida vega .
por donde se va
entre naranjos de oro,
Guadalquivir a la mar.*

Y en sus *Proverbios y Cantares*, tan filosóficos y certeros, alude nuevamente al Guadalquivir, con claro sentido nostálgico y manriqueño:

*¿Cuál es la verdad? ¿El río
que fluye y pasa
donde el barco y el barquero
son también ondar de agua?
¿O este soñar del marino
siempre con ribera y ancla?*

En el *Cancionero apócrifo* incluye Machado sus bellísimas y profundas *Canciones a Guiomar*, nombre misterioso que fue el último gran amor del poeta; el que endulzó los últimos años de su agria existencia; el poeta sueña a su amor en un alto jardín cerrado, sobre el Guadalquivir:

*En un jardín te he soñado
alto, Guiomar, sobre el río,
jardín de un tiempo cerrado
con verjas de hierro frío.*

Sin embargo, a pesar de su honda tristeza, Machado es un poeta andaluz, sureño, y, a veces, el hálito de la alegría de su tierra le contagia y se sube hasta su garganta, haciéndole decir y escribir estas canciones, plenas de belleza y de marcado acento popular; ya el poeta se va acercando, en su geografía lírica y sentimental, a Sanlúcar de Barrameda, y la gracia salada de esta tierra hace decir al poeta, entre doradas copas de manzanilla:

*Las cañas de Sanlúcar
me gustan a mí
porque me quitan las penas.
Échame un ferrocarril.*

*Manzanilla en el barco
jugo de la tierra,
que va mareando.*

Antonio Machado, como Arguijo, Herrera, Lope de Vega, Góngora, Bécquer, Campillo, García Lorca, Gerardo Diego, Concha Lagos y tantos y tantos poetas que han visto, o mejor, han vivido, ese momento sublime en que el Guadalquivir se funde, se abraza, en ósculo celeste y misterioso, con la mar, allá, en Bonanza..., queda absorto, contemplativo, extasiado, fuera de la realidad. Solamente los hondos ecos de una guitarra lejana han despertado al poeta, lo han sacado de su arrobamiento, y él, abriendo su grande y poético corazón, canta a Sanlúcar y al Guadalquivir en estas sentidas y profundas coplas, con dejos de *soleá*:

*Una noche de verano
en la playa de Sanlúcar,
oí una voz que cantaba:
antes que salga la luna.*

*Antes que salga la luna,
a la vera de la mar,
dos palabritas a solas
contigo tengo de hablar.*

*¡Playa de Sanlúcar,
noche de verano,
copla solitaria
junto al mar amargo!*

*¡A la orillita del agua,
por donde nadie nos vea
antes que la luna salga!*

DANIEL PINEDA NOVO

(*Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, XVI, 66, octubre-diciembre de 1970).

AL CUMPLIRSE EL XXXV ANIVERSARIO DE SU MUERTE, RECUERDO DE ANTONIO MACHADO POR ESTAS TIERRAS

De la ciudad moruna nacen vidas nuevas que gustan del pasado y del presente, agradecen a Dios haberles dado la vida en la paz de una tierra donde se respira el aire perfumado de nostalgia al besar los campos y las calles, las torres y las plazas...

En el sabor de ambiente rural y de culta trascendencia durante siete años sintió la pena y la delicia el insigne poeta Antonio Machado; en su Baeza profesional, meditó sobre su existencia y su fina sensibilidad le hizo dejar su alma en sus mejores poemas. ¡Cuántas veces miraría por las angostas callejas del barrio de la Catedral y gozaría de su hechizo!... Y... sobre sus verdes campos, a solas, con el recuerdo de Soria y de su amada... De su poesía, que era escrita con el cristal del pecho que ha sufrido y con el alma de un mirar al mundo a su manera. El alma de un poeta es como la flor que nace para captar miradas, pero a la inversa; siendo la flor quien mire la belleza de lo más insignificante que, para la sensibilidad, es lo más íntimo. En este mes de febrero este sensible poeta dejó de mirar la tierra. Él se iba. Años atrás escribiría: «Tan pobre me estoy quedando / que ya ni siquiera estoy / conmigo, ni sé si voy / conmigo a solas viajando». Hablaba de pobreza, de amor, de su intimidad, pero no veía la riqueza de su espíritu. Pensaba y escribía «eso» camino de Baeza. Aquí, en la ciudad moruna, como él llamaba, tenía pocos amigos, muchas amistades. Era un señor que escribía poemas. Mas lo mismo que él moría, otros nacíamos y hoy al recordar su muerte queremos testimoniar que no estaba solo en su viaje, que tras él las nuevas vidas lo recordarían, no con fetichismo como alguien aseguraba, sino con el respeto que se le debe a quien da todo sin recibir nada. Baeza se enorgullece de

haber tenido entre sus brazos de madre antigua a quien glosó sus campos, sólo con decir: «Campo de Baeza, / soñaré contigo, / cuando no te vea». Él mismo decía que amaba más que a nada a la naturaleza. Los nuevos retoños somos hijos de ella. Glosemos aquí con pobreza humilde a quien sin vivir materialmente de ella sentía por la misma todo el amor que su sensible espíritu derrochaba.

De sus sencillos poemas (digo sencillos porque nacían de su sencillez) unos hombres nos enriquecíamos culturalmente, pues son fuentes que manan de lo intuitivo y lo íntimo. Otros, ante un juramento para testimoniar la fidelidad hacia su pueblo fortificaban con hombría su discurso dando fuerza con el verso machadiano «Se hace camino al andar».

Machado, poeta, y por un tiempo habitante de esta Baeza romántica que hoy en estas fechas desea dar su testimonio de recuerdo a quien sólo escribía cosas del alma y pascaba tras las murallas viejas, tendrá siempre la herencia de su poesía y el testimonio de admiración de aquellos que aprendimos de sus notas, el sentido del espíritu y la delicadeza de un no material que se propaga con su obra.

Dios lo tenga en un estado donde pueda mirar el valle y la colina, y Dios dé también poetas para cantar su tierra y hombres de fe que los dirijan para poder vivir la paz y respirar la vida de la que podemos gozar la gente de Baeza.

ANTONIO CHECA LECHUGA

(Jaén, 21 de febrero de 1974).

BAEZA DE DON ANTONIO

Los tibios rayos de un sol invernizo inciden oblicuos en las ventanillas del viejo armatoste que baja bufando por la meseta camino del sur. Pocos viajeros. Castañeta el diente contra el diente. Los finos y gastados travesaños del duro asiento de madera acanalán las carnes. Pasear por el amplio vagón, todo a una andada, para desentumecer los huesos o asomarse al viento helado de las plataformas no resulta mucho más confortante. Junto a la ventanilla, de cristal opacado por la suciedad, silencioso y solo, fuma que fuma, el viajero va a medias recostado en su rincón, a medias apoyado en el inseparable bastón; en sentido opuesto al de la marcha. Su traje es un negro riguroso; también el sombrero, gris perla, un tanto deformado por el uso, tiene una ancha cinta oscura. Viste camisa blanca, gemelos en los puños, y su mirada es aborta, como perdida. En medio de su ancho rostro —la piel juvenil, bueno el color— el tiempo ha bordado algunas tristes arrugas prematuras.

Transcurren las horas; algunos pasajeros han mudado desde que el tren partiera de Madrid y apenas si ha cruzado unas palabras con sus convecinos: «Buenos días»... «Sí, no hace mal tiempo»... «Adiós»... Y así, pitillo tras pitillo, volviendo a caer la ceniza sobre su solapa cada vez que el tren para o arranca al llegar a una estación, para él desconocida. Y la mano izquierda siempre apoyada en el bastón; la derecha, recostada sobre la izquierda, y el rostro, impenetrable. Un par de veces ha tosido, ha vuelto a sacudirse, con gesto lento y repetido, los desperdicios de tabaco. Luego, apoyado en el libro que antes relejera, ha extraído de un bolsillo del chaleco un oscuro lapicero, un arrugado papel del amplio

bolso de su chaqueta, y ha garabateado, entre tanto movimiento, sobre él algunas notas.

Después, otra vez igual: tieso el bastón, la corbata descompuerta, previsora la petaca y la mirada acariciando el campo huido. ¿Huye también con su soledumbre el melancólico y adusto viajero, cuya madurez ya apunta en sus sienes plateadas? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? ¿Quién es?

*Yo, para todo viaje
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—,
voy ligero de equipaje.
Si es de noche, porque no
acostumbro a dormir yo,
y de día, por mirar
los arbolitos pasar,
yo nunca duermo en el tren,
y, sin embargo, voy bien
¡Este placer de alejarse!
Londres, Madrid, Ponferrada,
tan lindos... para marcharse.
Lo molesto es la llegada...*

Sí, el viajero está a punto de llegar... adonde no piensa con su parco equipaje, perezoso el paso y los bolsillos repletos de papeles. Finales de octubre. Estación de Baeza. Año 12. El tren reanuda su marcha. Unos cuantos viajeros en el andén. Cae la tarde y cae la primera venda de los ojos del hombre-viajero-catedrático-poeta.

—¿Y dice usted que Baeza no es aquí?

—No, señor, no. Aún queda. Para Baeza tome usted el tranvía de la Yedra.

—¿Muy lejos?

—Algo menos de tres horas.

Ni un gesto, ni una queja. Don Antonio Machado Ruiz, catedrático numerario de Lengua Francesa del Instituto de Soria desde el 1 de mayo del año 7 hasta el 15 del presente mes, camina

lentamente hacia el tranvía, sin despegar el labio, pero íntimamente defraudado. Otra cuenta que añadir al rosario de los más íntimos dolores recientes. Sube el lentísimo tranvía eléctrico, acomoda como mejor puede su silencio contrariado y otra vez la melancolía tiznando el corazón de ausencias irremediables:

*Allá en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*

Esa tristeza en los ojos, ese silencio, ese dolor irremediable que desde hace meses le taladra el pecho, pensó el poeta ir a esconderlo lo más lejos posible de lo cerca; lo más pronto a ese Madrid, al que tan unido se siente y que desde hace años necesita más de vez en vez. Y lo lejos es menos si hay ferrocarril. Ya está: ni Castilla ni Andalucía: Baeza (que eso viene a ser, de alguna forma, esta población sólo geográficamente perteneciente a la alta Andalucía). Y resulta que el viudo-catedrático-poeta se ha equivocado —como la paloma aquella— al elegir en el concurso. Quién sabe si no tendría la culpa de todo aquel político rencoroso que hizo instalar años antes la estación de Baeza donde Baeza población nunca estuvo. De haber sabido que caía aún más lejos de lo que aparentaba (más lejos de Madrid), posiblemente nunca hubiera venido aquí desde Soria. Que al Machado poeta le interesa la cercanía con Madrid se probará años más tarde; cuando vuelva a trasladarse irá a Segovia, cátedra que representará dos días por semana

en la capital de España. Ya está el porqué de su venida a Baeza. Y llega el tranvía a la ciudad desconocida y lejana. Habrá que buscar un aposento donde pasar la noche. Mejor, lo primero, visitar al director del instituto. Y va. Ya habrá tiempo sobrado de conocer la ciudad.

Toma de posesión

Anochece. Tiene el director la vivienda en el mismo edificio de la antigua universidad, hoy, y ya entonces, instituto. Llama a la puerta de la casa con mano tímida, castigada ya por el desencanto de la estación. Al poco aparece Gregoria, una de las chicas que sirven en la casa.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Diga usted.

—¿Está el señor director? —pregunta el poeta bajo el dintel.

—El director está en la agonía —dice la chica con una voz sin matices.

Y el catedrático, convertido en un hombre de nuevo desguazado, titubea, palpa la puerta, mira a la rapaza y concluye pesaroso.

—¡Vaya por Dios! ¡Cuánto lo siento!...

Hay unos segundos de silencio tenso. Al fin, la chica aclara:

—No. Es que aquí llaman al Casino de Artesanos «La Agonía», porque van muchos labradores y siempre se están quejando a causa de la lluvia. Vaya a «La Agonía», que allí es donde está don Leopoldo...

Al día siguiente, 1 de noviembre, ya pasado el susto que le proporcionara Gregoria, don Antonio Machado y Ruiz tomó posesión de la «cátedra de Lengua Francesa de este Instituto, para la que ha sido nombrado, en virtud de traslado, por Real Orden de quince de octubre último, con el sueldo anual de tres mil pesetas de entrada y quinientas por razón del primer quinquenio», ante el director, don Leopoldo de Urquía y Martín, y don Antonio Parra, secretario.

En esta Baeza de hoy —de piedras labradas con aquella arro-

gancia que los siglos exigían a los poderosos—, venida a mucho menos de lo que fuera, de calles engorronadas y estrechas, a cuyas ventanas asoma la tradicional reja andaluza con humos carcelarios; ciudad grapada por el hierro...

Rejas de hierro; rosas de grana. / ¿A quién esperas, / con esos ojos y esas ojeras, / enjauladita como las fieras, / tras de los hierros de tu ventana...?

En esta Baeza, arañada por el viento que llega de las sierras, donde cae la tarde lenta, con un atisbo de sol que viene a refugiarse en los soportes de la plaza, de los ochocientos mil olivos, las trece mil almas, la antigua catedral...

*Por un ventanal
entró la lechuga
en la catedral...*

...los diecisiete municipales, los dos cines, los trescientos pares de mulas, las cuatro parroquias, los cuarenta bebedores y las tres imprentas; en esta Baeza de ahora, digo, cada niño, cada moza y cada viejo conoce que un día, cuando el siglo apenas contaba doce años y hasta mucho después de que el europeo dejara de batiarse el cobre a cañonazos, habitó estas calles, oteó las nieblas, enseñó francés y cantó la pena universalmente, y la lluvia bienhechora («Llueve, Señor, llueve, llueve!»), y la encina negra, y el olivo pan (el único productor del mundo que después de recibir por todo sueldo una periódica palotea, llega a viejo sin descansar), que haría de Baeza mucha mayor fama que toda las viejas historias y fueros, amontonados con legítimo orgullo.

Un error

Hay a la entrada del aula donde enseñara («Heme aquí ya, profesor, de lenguas vivas...») una placa de bronce que reza: «Antonio Machado en Baeza: 1912-1919». Y un monolito en el patio

del instituto con su nombre y un ramo de laurel (y la fecha de su nacimiento equivocada en tres años). Si atravesas hoy las puertas del instituto a las once de la mañana, oírás una sirena... ¡Quién se lo hubiera dicho a don Antonio! Pero esto es mejor oírlo por diferido que en directo; hay momentos en que uno tiene la impresión de estar en una fábrica en lugar de en una cátedra.

Y hay un inconcluso proyecto de monumento, bien reciente y de amarga historia aquí, allá, sobre la muralla; donde al poeta le gustaba sentarse, como a esos hombres maduros que quedan al frente, asomados a ese ventanal de amplio horizonte donde el olivo, obediente, monótono y sempiterno, caracolea sobre los montículos. Aquí, don Antonio, calado el sombrero para que no se lo llevase el viento, volvió a tomar su gastado lapicero para escribir aquellos versos continuamente nuevos, eternamente ciertos, que comienzan:

*De la ciudad moruna,
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa
a solas con mi sombra y con mi pena.
El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.
Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea...*

Y es que allá, a lo lejos, se ve la rota espada del río, tajando el valle más allá de los olivos, más acá de las crestas agrias; se le puede ver luchar a brazo partido con los cerros para poder seguir su viaje hacia Sevilla.

Eso, hoy; que el ayer humano fue distinto. Esto es lo que oiréis:

—Era un hombre raro; siempre solo...

—Apenas si hablaba con nadie...

—Vino como azotado de melancolía...

Y don José Fernández Checa, ochenta y cinco años, «luz cua-

tro reglaz, miruzté»..., y poeta a la altura de sus luces, quien calla el 80 por 100 de lo que sabe, se aprendió de memoria la mitad de los poemas de Machado, y que al fin se arranca en un retrato por lo fino:

—Le gustaba mucho el campo. A veces lo encontraba por las tardes, al regresar a casa, sentado en una peña con su «bló». Era callado y antiestético.

Y otro, de espíritu vulgar, que apenas se señala:

—Iba siempre muy desaliñado, muy sucio. Tenía unas botas...

«...Hay dos clases de personas —dijo una vez el poeta—: las que miran a la cara y las que miran a las botas.»

—Solía sentarse en los bancos peores para que nadie fuera a molestarle.

—Pasó desapercibido, ésa es la verdad. Un profesor de tantos ¡Quién iba a imaginar!...

*¡Ojos que a luz se abrieron
un día para, después,
ciegos tornar a la tierra,
hartos de mirar sin ver!...*

¡Qué triste resulta siempre esa reiterada exculpación tardía! Tan humana, tan frecuente, tan simple como el ojo del egoísmo. ¡Cómo iba a imaginárselo nadie!... El hallazgo era prácticamente imposible. Aquella Baeza de principios de siglo no iba a ser más ni menos que el resto del país. Era...

*...Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahur, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora embiste,
cuando se digna usar de la cabeza...*

Don Antonio, en Baeza, es la humildad en carne viva; sube, baja, otea la tertulia de Almazán, medita y escribe hasta la madrugada en la soledad de su cuarto. Con poco dormir para quien tanto sueña despierto, basta; con modesto vestido para quien nada

siente necesidad de ocultar, es suficiente; con pocas palabras para quienes no van a comprender, sobran. Y él, que no siente necesidad de «manejar la pluma como la espada», como Quevedo: que podría demostrar que es más historiador (del alma humana) que polemista, al contrario de lo que él mismo piensa del padre Las Casas; que podría dar casi tantos consejos como Don Quijote a Sancho, quizá sin que nadie encontrara la raíz como él halló la de Cervantes en el «Diálogo de Mercurio y Carón»; él, que era buen laico y buena persona, al contrario que Vicente Espinel; él, que era sabio sin ostentaciones, aunque nunca fuera soldado ni pretendiese el trasfondo político que le han calcado a sus versos humanos. Él, maestro de lo trascendente, cantor de lo sublime con las palabras más sencillas y universales que pudo encontrar; él, que nunca sirvió para alcahuete de nadie ni puso jamás precio a sus palabras o a sus silencios; ese gigante que nunca ejercerá de «agradable forzoso», como él mismo comentara otra vez de Cervantes. Y don Antonio, el filósofo, el profesor solitario que acarrea en la solapa restos de ceniza (del fuego que lleva en el alma), toma su café, medita, escucha la tertulia y canta a los seres más comunes:

*...Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor;
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.*

*Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas...*

Claro que en Baeza le comprendieron quienes debían comprenderle: sus compañeros.

Se hospeda el poeta durante casi los dos primeros años en la habitación número 15 del primer piso del hotel Comercio. Hoy está prácticamente igual, salvo ligeras reformas en la planta baja, con un cierto sabor dieciochesco en las rinconeras. Estaba (y está) en el número 21 de la calle San Pablo, entonces bajo la regencia de su propietario y fundador, don José Fernández, padre político de ese amable don Manuel Domínguez, que es el actual dueño. El balcón del cuarto del poeta da a la fachada, frente con frente del palacio de los Salcedo; alzando la persiana por encima de los barrotes se divisan hacia poniente las sierras de Mágina. Don Antonio siempre tenía una luz encendida en la habitación; apenas dormía. Y como la bujía eléctrica no fuera suficiente, periódicamente se le veía entrar con un paquete de velas en la mano. Algunas mañanas, a través de una rendija, se le pudo ver dormido sobre los codos, rendido de trabajar toda la noche, hasta que al fin el sueño le podía.

Se hospedaban en el hotel, en aquel tiempo, los jueces que llegaban, el notario, algunos profesores y el raro viajero que se perdía. Era la única hospedería que había en toda Baeza. Y allí vivían sus compañeros don Mariano Ferrer Izquierdo, don Javier Gaztambide y su mujer y don José Corcollano.

Discusión

Una tarde se enzarzaron los profesores en una ardua discusión. Doña Elisa Fernández no acierta a recordar el tema ya, pero tampoco importa demasiado. Entonces regresó el poeta de su larga caminata...

—¡Oye, tú, Machado, explícanos esto!...

Y don Antonio, sin soltar el impenitente bastón, comenzó a pasear de un lado a otro del comedor y a hablar, a hablar tan bien que, cuando hubo terminado, todos, puesto en pie, comenzaron a aplaudirle entusiasmados.

—Era un sabio. ¡Un sabio! —concluyó doña Elisa, y vuelven sus ojos a sumirse en el sopor de la tarde.

Don Antonio sigue abismado en sus cosas. Aparentemente ajeno, pero presente en cuanto ocurre. El poeta sigue trazando la línea recta que ha ideado en su vida: escribir y sentir genial, universalmente. Bien sabe don Antonio que nadie lo hará por él. O dicho de otra forma:

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino
se hace camino al andar...*

Año 1914. Ya ha venido su madre, doña Anita. Ya se han mudado del hotel Comercio a la casa que hace esquina a Prado de la Cárcel y calle de la Cárcel; frente con frente del actual Ayuntamiento. Cuatro mil quinientas pesetas al año no dan para dos hospedajes.

La vivienda tiene tres pisos y un cumplido, austero patio interior con una fuente compartida. Demasiado amplia y demasiado fría para dos personas solas, así que habitarán únicamente el primer piso. Precisamente acaban de vender esta vivienda hace un año en pesetas 650.000; aún no han venido a ocuparla los nuevos dueños. Allí don Antonio y doña Ana habitaron casi la pobreza. En su habitación tenía el poeta por mesilla un cajón de tabla «de aquellos en que embalaban el tabaco».

Algunos días, cuando el profesor volvía del instituto a la hora del almuerzo, doña Ana le anunciaba con aquella santa conformidad suya:

—Antonio, hoy sólo hay patatas para comer.

Y cuando su madre las servía, exclamaba de pronto el poeta:

—¡Patatas! ¡Qué ricas!... ¡Si saben a langostino!

*...Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.*

Siete años de vida en Bacza; pero de una Baeza más de don Antonio, ya que de nadie. Aquí será donde el poeta encuentre el mágico unguento con que adobar su alma atormentada de dolores. Y mientras la pena serena, el hombre ha madurado definitivamente a la par que el filósofo profundo, al amor del campo, los olivos, bajo las ramas de la encina negra que las hachas insensibles derribaban hace poco y el pensamiento unamuniano:

*...Siempre te ha sido, joh rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural...*

Claro que también don Antonio participa en la vida ciudadana. Lo que ocurre es que lo hace a su manera, sin ruidos, haciendo sabiamente ese mutis perfecto que nunca deberá ser aplaudido sin dejar de ser tal. Hay una prueba irrefutable de que el mundo de Machado no es un espacio sellado por muros espesos.

Una imprenta

Corre el año 1915. En la ciudad hay un sinfín de publicaciones que nacen y mueren con una extraordinaria rapidez; según el movimiento pendular de los partidos que las originaban. El único nexo entre publicaciones tan dispares era la imprenta Alhambra —establecimiento de rancia tradición empresario-cultural, que sobrevive—, donde todas se hacían. Salían a la luz desde *El Liberal de Baeza*, órgano de este partido, cuyo costo era de 20 céntimos el número, hasta *Diógenes*, semanario independiente, o *El Clamor de Baeza*, diario satírico, dirigido por un «consejo de redacción» que hacía gala de una ironía mordaz, como la de aquel suelto, que tan bien viene al caso, que decía: «No es cierto, como se venía asegurando, que el segundo premio de la lotería de Navidad se haya repartido entre los catedráticos de este instituto, los cuales no necesitan de este auxilio, puesto que la Divina Providencia vela por ellos...».

Y se publicaban *El Hombre Libre* y *El Pópulo*, ambos semanarios titulados independientes; *La Vara Verde*, que apareció en 1907 con el subtítulo de «Sinapismo político-satírico», y el semanario reformista *Idea Nueva*, que apareció en 1914. Ejemplares de todos estos periódicos tiene en su hemeroteca particular don Andrés Rodríguez Jurado, hombre cuidadoso y amable, que ha tenido la gentileza de brindárnoslos para un detenido repaso.

Así fue, cómo en el número de *Idea Nueva* correspondiente al 11 de febrero de 1915 descubrimos con grata sorpresa un trabajo bajo la rúbrica del poeta. Apenas dos cuartillas de un precioso artículo semiinédito, digno de figurar en toda sala de redacción periodística que se precie de tal. Sin duda, este semiinédito constituye el elogio más arrobador que acerca de la prensa se haya escrito.

La rebotica

Por lo demás, la tertulia en la rebotica de Almazán seguía el rumbo de todas las tardes. Aún sobrevive un contertulio de aquellos días, con más de ochenta lúcidos abriles a la espalda, mal que pese a aquellos «sabios» doctores que desahuciaron sin remedio a don Antonio Marín Cabrero cuando tenía veinte años.

La tertulia era diaria. De tres a siete de la tarde. Llegaba el poeta, colocaba ambas manos sobre el bastón vertical, descansaba la barbilla sobre las manos y así permanecía largo rato sin pronunciar más allá de una docena de palabras.

—¿...?

—¡Tiene usted que casarse, don Antonio!

—¿...?

—Así no está usted bien, terciaba otro.

¿...?

—¿Por qué no se casa usted con...? —señalaba un tercero.

Don Antonio Machado callaba, oía a unos y a otros, y, todo lo más, regalaba al fin a sus contertulios con su bonachona sonrisa de cuarentón. Esto solía ocurrir cuando Almazán no estaba pre-

sente; porque con quien indicaban al poeta que debía de casarse era, precisamente, la hermana del boticario-anfitrión.

Al cabo tornaba el diálogo entre puyas y chascarrillos políticos a la monotonía de siempre:

*Es de noche. Se platica
al fondo de una botica.
—Yo no sé,
don José,
cómo son los liberales,
tan perros, tan inmorales.
—¡Oh, tranquilícese usted!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores...
Así es la vida, don Juan.
—Es verdad, así es la vida.
—La cebada está crecida.
—Con estas lluvias...*

Y allí, en torno, están los olivos grises con su sed acuciante, delgado el fruto y las hojas plati-verdes emborronadas de polvo. Y allí viene, por los caminos de la besana, cansado en la atardecida, el humilde labriego con su yunta de mulas, que sorprende al poeta pensativo sentado en una piedra, como aislado del mundo:

—¡Buenas tardes tenga usted!
—¡Buenas tardes!

Y el regreso. Los cafetitos tras el ventanal de «La Perla»; y la caminata del día siguiente hasta Ibros, o, a mitad del camino a Úbeda, el poeta que regresa los cuatro kilómetros andados ¡para buscar cerillas!

La borrosa humildad del sabio que:

*Nunca perseguí la gloria.
Ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón...*

El hombre que se declara bueno, en el buen sentido de la palabra, porque conoce bien la virtud:

*...El bueno es el que guarda, cual venta del camino,
para el sediento, el agua; para el borracho, el vino.*

El filósofo que ausculta la vida de la mano de Bergson y Unamuno, con su mínimo lapicero, hasta encontrar la verdad:

*Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.*

Y el español medular de crítico instinto, honesto, insobornable:

*Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

Y el médico del espíritu racial que, con mano firme, diagnosticará:

*—Nuestro español bosteza.
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?
—El vacío es más bien en la cabeza.*

Y Leonor, lejos de desvanecerse en la distancia, sigue cada día más presente en su corazón laborioso y reverdecido, porque:

*Los muertos mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!...*

Y el día de la marcha hasta Segovia, y el adiós conmovido

—¡en sólo nueve palabras!— de quien ha recibido mucho más de lo que pensara aquel día en que, viudo, triste y contrariado, puso por vez primera sus pies en la lejana estación:

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

No se puede decir más con menos: es un adiós cósmico a la naturaleza, que no a la ciudad ni a los hombres. Bueno, sí, se puede decir en manso tono y verso largo, hasta que la piel, tensada, pulse el vello encabritado de todo nuestro cuerpo. Es el adiós postrero, intuido con una sencillez emocionante:

*...Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

JOSÉ MARÍA MOREIRO

(Ya, Madrid, 19 de enero de 1975).

RECORDACIÓN DE ANTONIO MACHADO (*)

Ámbito de Baeza

Cuando Machado recalca en Baeza está todavía caliente su tragedia. Leonor ha muerto como consecuencia del ataque de hemoptisis que sufrió en París. Para el poeta ya nada tiene significado. Únicamente el tiempo gravita lentamente sobre él como algo de lo cual resulta imposible evadirse. Cuando el tiempo se adensa y nos lastra obligándonos a entender la vida con un sentido de resignación, la trayectoria por la que nos determinamos ha de constituir una seria ruptura tanto en la vida afectiva como en la intelectual. En Soria, Machado había descubierto una nueva luz. En Baeza, Machado descubrirá una nueva y distinta intimidad, un nuevo ensimismamiento, una abstracción que le permite leer a Unamuno a solas y recordar de vez en cuando al tino de Bergson o escribir doloridamente a Juan Ramón Jiménez: «Yo trabajo todo lo que puedo, repuesto por voluntad desesperada de una honda crisis que me llevaba al aniquilamiento. Cuando perdí a mi mujer, pensé pegarme un tiro... No creas que soy un agriado por la soledad. No, ¡santa soledad!...» ¿Qué poeta absoluto podría abominar de la soledad y no encontrar en Baeza el más apetecible de los retiros, la más oportuna distanciaci3n de su terrible trance? Ese «poblach3n andaluz» —como despectivamente le llamó Unamuno, siempre tan radical en sus apreciaciones— era un paisaje

(*) Selecci3n del fragmento de inter3s para el prop3sito del libro. A. Ch. Ch., editor.

nuevo perfectamente asequible al rigor de sus lecturas y relecturas. Entre estas últimas habría que incluir a Jorge Manrique y a Gonzalo de Berceo, sus clásicos predilectos.

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA
(*Pueblo*, Madrid, 23 de julio de 1975. Suplemento «Los miércoles de...»).

ITINERARIO VITAL DE ANTONIO MACHADO (*)

Baeza

Baeza —La Baeza de hoy— no ha aumentado gran cosa su población con respecto a la que tenía en 1912. De los siete mil habitantes de entonces ha pasado solamente a trece mil. Nos alojamos en el hotel Comercio, el mismo que habitó Machado al llegar, por vez primera, a Baeza y tomar posesión de su cátedra en el Instituto: la vieja Universidad del siglo XVI.

*Héme aquí ya, profesor
de lenguas vivas...*

.....
*...en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.*

De la farmacia de don Adolfo Almazán, a cuya tertulia de la rebotica acudía don Antonio todas las tardes, no queda ni rastro: la calle de San Francisco, en la que, sin embargo, se conservan las ruinas en restauración del convento e iglesia, y el Mercado, que fue teatro, ha visto crecer edificios de nueva planta en sustitución de aquellos otros de fachadas tan peculiares y añejas, como el de la botica de Almazán. En cambio, la casa que habitó Machado con su madre, en la esquina de las calles de la Cárcel y Prado de

(*) Selección del fragmento de interés para el propósito del libro A. Ch. Ch., editor.

la Cárcel, permanece exactamente igual. Frente a ella, el Palacio Municipal —antigua cárcel—, soberbia joya arquitectónica del XVI, que Antonio Machado contemplaba desde del balcón —primer piso izquierda— de su cuarto de trabajo. Y permanece, claro, la catedral y el ventanal por donde entró la lechuza. Y el San Cristobalón, que

*la quiso espantar,
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.*

Pero donde la impronta machadiana nos cala con mayor fuerza es, sin duda, por las afueras de Baeza —la Sierra de Cazorla enfrente—, mientras contemplamos

*entre los olivos,
los cortijos blancos.
Y la encina negra,
a medio camino
de Úbeda a Baeza.*

JACINTO LÓPEZ GORGÉ

(*Blanco y Negro*, LXXXV, 3.299, 26 de julio de 1975).

POR LOS CAMINOS DE ANTONIO

En los días del estío he andado los caminos de Antonio. Digo los de Baeza y Úbeda, hacia el río, hacia su agreste cárcava, por Torreperogil. Olivos, encinas, cerros que se comban al sol tibio, campesinos que andan, lentos, tras la recua, cigüeñas en las espadañas... Como entonces. Como cuando él los andaba, tristeado y nostálgico, solitario y cansino. Poeta caminero fue siempre el buen andaluz; inquieto, su sosiego. ¿Qué buscó en los caminos y en los ocasos este noble varón fatigado? ¿Qué quería encontrar, qué quería perder? Esa luna que sube, «amoratada, jadeante y llena», sobre la carretera que el polvo cubre y los olmos mustios guardan, ¿qué alumbra? ¿Un hombre que hace camino al andar o una sombra que deshace cuanto huella?

*«Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan...*

.....
*Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!»*

No puede caminar con ella porque el Señor se la ha arrancado. Y era lo que él más quería. Clama su corazón, brama en el desamparo. ¿Su corazón? «Un corazón solitario / no es un corazón» ¿Qué es entonces eso que todavía alienta en su pecho y le hace ir y venir, como ajeno, catedrático bondadoso, hombre vencido, poeta profundo?

Anda Antonio, sí, por los valles y sierras guadalquivireños, como ayer a orillas del Duero. ¿Gozando en su andadura? «... Tú,

que has placer en el volar de un ave, / y en el humano caminar disgusto», escribió para él Fernández Ardavín. Y él mismo: «Amargo caminar, porque el camino / pesa en el corazón»; y poniéndose la careta de Abel Martín:

*«jagrios caminos de la vida fea,
que también os doráis al sol poniente!»*

«La vida fea», dice el poeta con verbo que se ingenuiza, que se aniña. Como niño se ve, «por los caminos, sin camino»; como niño que en la noche festera se extravía entre la gente y el aire polvoriento y la candela chispeante y, atónito, comprueba cómo su corazón se puebla de pena y de música; y crece, de pronto: «borracho melancólico», se llama, y «guitarrista lunático» y «pobre hombre en sueños». Sin transición. Al vaivén del péndulo interior que pasa de la luz a la sombra en el tiempo de un segundo.

Por los caminos de su Andalucía va Antonio: cuelgan de su memoria imágenes luminosas, palmeras, un huerto, un limonero, un cielo añil, encendidos naranjos, múltiples aromas —el nardo, el clavel, la albahaca, la hierbabuena—, una fuente espejeante... Su infancia toda. Pero también, como lacias guedejas de un santo procesional, las peñas grises, los fantasmales encinares de Castilla, el amor trunco. Tanto, que acaba siendo nada: porque la memoria se tornó autodevorante, aniquiladora:

*Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.*

Fácil es aceptar que le gane el desaliento. «Vueltas y revueltas. Ya no puedo más». Monstruo de su laberinto; araña en su tela, mejor, enredada, presa en sus propios hilos. Quiere quedarse quieto, parar.

¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!

Pero está rectificando, puntualizando lo que antes le había salido más preciso:

¡Torredonjimeno!
¡Torreperogil!
Quién se quedara hecho torre,
cerca del Guadalquivir.

Claro que Torredonjimeno, más al sur, forzada la geografía; por eso vuelve el poeta sobre lo hecho. Pero la variante es aquí lo de menos. Lo de más es su afán de clavarse en mitad del campo suyo, de plantarse en él, de inmovilizarse. Espartales, olivos, tarayes, adelfas, sean sus compañeros, sus centinelas, desde ahora. Instante crucial, encrucijada decisiva. Pero su destino trashumante acabará imponiéndose, arrastrándole otra vez hacia Castilla. «¡Campo de Bacza, / soñaré contigo / cuando no te vea!» Porque el poeta tiene desgarrado el pecho. De Despeñaperros hacia arriba andará sintiendo los tironazos dulces y crueles del sur suyo; hacia abajo, la llamada de unos lugares y unas gentes que le colmaron y le marcaron en un momento decisivo de su vida, la llamada también de esa niña cuya tierra está en el alto Espino. Troceado Antonio, amor tajado —amortajado— el suyo de español hasta los tuétanos, que un día —malhaya— irá a expirar bajo otro cielo, «triste, cansado, pensativo y viejo».

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas....

pudo decir. Por unos y otras, ¿cuántos le hemos seguido, cuántos le seguirán? Antonio es de esos poetas cuya quemadura no se advierte a flor de piel. (Algo parecido ocurre con Gerardo). Pero a poco que uno hurgue —reflexione— verá su impronta aquí y allá, su poderoso aliento conformador, su pisada de peregrino tenacísimo. Que sigue alejándose, acercándose:

*Soñé que tu me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.*

*Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera....*

Oíd su campana ahora, en este amanecer que se agrisa y se conmueve y se queja al conjuro de su memoria infrangible.

CARLOS MURCIANO

(*La Estafeta Literaria*, núms. 569-570, 1-15 de agosto de 1975).

TRES PAISAJES EN LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO (*)

Entre la variada flora de Machado, otro árbol recibe la autonomía de encabezar más de un poema de gran aliento: el olivo.

Si la encina se muestra como presente en todas las tierras de España, pero aposentada con manifiesta predilección en Castilla, el olivo puede considerarse como el árbol típicamente andaluz:

LOS OLIVOS

*¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!
¡El campo andaluz, peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado
de olivar y de olivar!
¡Son las tierras
soleadas,
anchas lomas, lueños sierras
de olivares recamadas!*

.....
*¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos*

(*) Selección del fragmento de interés para el propósito del libro. A. Ch. Ch., editor.

cual bordados alamares!
¡Olivares coloridos
de una tarde anaranjada;
olivares rebrunidos
bajo la luna argentada!
¡Olivares centellados
en las tardes cenicientas,
bajo los cielos preñados
de tormentas!...
Olivares, Dios os dé
los eneros
de aguaceros,
los agostos de agua al pie;
los vientos primaverales,
vuestras flores racimadas:

y las lluvias otoñales,
vuestras olivas moradas.
Olivar, por cien caminos,
tus olivitas irán
caminando a cien molinos.

.....

¡Venga Dios a los hogares
y a las almas de esta tierra
de olivares y olivares!

Esta tierra es la de Andalucía oriental, las tierras altas de Jaén, como puede verse en la misma poesía, con referencia a localidades bien determinadas: Baeza, Úbeda, Torreperogil, Peal de Becerro...

El libro de *Nuevas canciones* (1917-1930), predominantemente aforístico y sentencioso, en forma de coplas y gráciles cancioncillas, se abre con un extenso poema, *Olivo del camino*, traspasado de emoción diríamos agrícola, más que paisajística, y henchido de alusiones clásicas de la mitología grecorromana, en relación preferencial con las deidades campestres. En realidad es una paráfrasis moderna de la fábula mitológica de Deméter y Demofón, pre-

sidida por el olivo, árbol sagrado de Minerva (invocada como la sabia Atena o Atenea); quizá sobrecargado de erudición helenista:

OLIVO DEL CAMINO

*Parejo de la encina castellana
crecida sobre el páramo, señero
en los campos de Córdoba la llana
que dieron su caballo al Romancero,
lejos de tus hermanos
que vela el ceño campesino —enjutos
pobladores de lomas y altozanos,
horros de sombra, grávidos de frutos—,
sin caricia de mano labradora
que limpie tu ramaje, y por olvido,
viejo olivo, del hacha leñadora,
¡cuán bello estás junto a la fuente erguido,
bajo este azul cobalto,
como un árbol silvestre, espeso y alto!*

*Hoy, a tu sombra, quiero
ver estos campos de mi Andalucía,
como a la vera ayer del alto Duero
la hermosa tierra de encinar veía.*

*Olivo solitario,
lejos del olivar, junto a la fuente,
olivo hospitalario
que das tu sombra a un hombre pensativo
y a un agua transparente,
al borde del camino que blanquea,
guarde tus ramas, viejo olivo,
la diosa de ojos glaucos, Atenea.*

*Busque tu rama verde el suplicante
para el templo de un dios, árbol sombrío,
Deméter jadeante
pose a tu sombra, bajo el sol de estío...*

.....

(...)

Andalucía

El paisaje de Andalucía, en segundo término, ha dejado notables panoramas en la poesía de Machado. No debemos olvidar que el poeta había nacido en Sevilla, un día de julio de 1875; su conocido autorretrato lírico empieza de esta manera:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero...*

Y en un soneto muy posterior, en que evoca a su padre, vuelve a surgir la memoria de aquel patio andaluz:

*Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—...*

Pero la Andalucía Baja de Sevilla o Córdoba deja menos huellas en los poemas machadianos que la Andalucía Alta de Jaén y las fuentes del Guadalquivir. De la primera sólo quedan lejanos y fugaces recuerdos infantiles. La segunda va unida al ejercicio del profesorado en el «instituto rural» de Baeza, en su doliente viudez de hombre maduro y en la plenitud de sus facultades creadoras. Sus largos paseos florecen en alguna cancioncilla con ritmo de *soleá*: «Campo, campo, campo. / Entre los olivos, / los cortijos blancos»... «¡Campo de Baeza, / soñaré contigo/ cuando no te vea!».

Pero su espíritu suele evadirse de esta realidad física y volar hacia otros predios más íntimos. A pesar de reconocerse en su tierra andaluza, el pensamiento y el sentimiento siguen en Castilla.

*Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,*

*voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*

*(...en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...)*

Hay un contraste, intenso y repetido, entre los dos paisajes. Asciede suave y moduladamente para terminar, más de una vez, con la alusión patética:

*En Córdoba, la serrana,
en Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada, hacia el mar, la vela;
y en el ancho llano
por donde la arena sorbe
la baba del mar amargo,
hacia la fuente del Duero
mi corazón ¡Soria pura!
se tornaba... ¡Oh fronteriza
entre la tierra y la luna!*

*¡Alta paramera
donde corre el Duero niño,
tierra donde está su tierra!*

Esta reiterada confrontación, diríamos entre la patria del cuerpo y la del espíritu, llega a madurar en uno de los mejores sonetos de la lengua castellana, catorce endecasílabos que no pueden leerse sin un profundo estremecimiento:

*¿Por qué, decísme, hacia los altos llanos
huye mi corazón de esta ribera,
y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?*

*Nadie elige su amor. Llevóme un día
mi destino a los grises calvijares*

*donde ahuyenta al caer la nieve fría
las sombras de los muertos encinares.*

*De aquel trozo de España, alto y roquero,
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido,
una mata del áspero romero.*

*Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!*

Julián Marías ha establecido que en la etapa soriana de la poesía de Antonio Machado lo personal, histórico y filosófico se sobrepone a la contemplación del paisaje, mientras que en Andalucía surge lo popular¹. Lo cual es cierto si nos atenemos principalmente a la levedad y abundancia de las estrofas folklóricas en el momento andaluz, pero no tanto al comprobar la continuación de los sentimientos personales, según venimos ejemplificando.

También podemos observar algún esbozo de paisaje sin otro acompañamiento que el regusto por la sonoridad toponímica y los perfiles abruptos del horizonte. Es lo que vemos en los «Apuntes para una geografía emotiva de España», compuestos a la manera de Juan de Mairena, su *alter ego*, y con gran despliegue de las formas populares del cantar andaluz:

I

*¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!*

II

*Sol en los montes de Baza.
Mágina y su nube negra.*

¹ Vid. MARÍAS, J., «Antonio Machado y su interpretación poética de las cosas», ensayo recogido en el libro *Aquí y ahora* (Buenos Aires, Espasa-Calpe, Argentina, 1954, Col. Austral, n.º 1.206). Del mismo autor también se encontrarán agudas interpretaciones en torno a la poesía machadiana en el libro más reciente, *Literatura y generaciones* (Madrid, Espasa-Calpe, 1975, Col. Austral, n.º 1.578).

*En el Aznaitín afila
su cuchillo la tormenta.*

III

*En Garcéz
hay más sed que agua;
en Jimena, más agua que sed.*

IV

*¡Qué bien los nombres ponía
quien puso Sierra Morena
a esta serranía!*

V

*En Alicún se cantaba:
«Si la luna sale,
mejor entre los olivos
que en los espartales».*

VI

*Y en la Sierra de Quesada:
«Vivo en pecado mortal;
no te debiera querer;
por eso te quiero más».*

Geografía emotiva: he ahí la dimensión exacta de todo paisaje machadiano, según su acertada autodefinición.

(...)

Recapitulación

Hemos realizado una rápida excursión por los tres paisajes de la poesía machadiana, íntima y recoleta, pero, a la vez, ávidamente nutrida en la contemplación de las bellezas naturales. Hemos llegado a ellos a través de una flora y unos elementos físicos, percibidos con acuidad y penetración.

Estos tres paisajes son como una síntesis lírico-amorosa de las tierras de España. Castilla - Andalucía - Valencia. Simbolizadas en tres árboles: la encina, el olivo y el naranjo. Síntesis apurada, puesto que pueden encontrarse en la poesía de Machado rasgos de otros panoramas, si bien más difuminados, y una flora muy variada, como ya vimos. Ni tampoco hay exclusión en el paradigma de los árboles, pues la encina hincra sus raíces en todo el terreno peninsular —aquella encina negra, «a medio camino de Úbeda a Baeza»—, el olivo abunda en el secano de Valencia o junto a los viñedos de la Mancha; y el naranjo o el limonero brotan asimismo entre los recuerdos sevillanos del poeta. No hay oposición, sino armonía y concordia. Sus composiciones celebran un vasto panorama que se extiende desde las fuentes del Duero a las del Guadalquivir, con un abrazo transversal, tendido de mar a mar: desde el Mediterráneo de Ulises —tentado estoy por decir de Ulises Ferragut, pensando en el *Mare Nostrum* de Blasco Ibáñez— hasta el mar cantado por Camoens, donde Guiomar, la segunda y postrera musa del poeta, se asoma por el finisterre lusitano. Y en el centro, Madrid, mesón y compendio de todos los españoles. Así lo saludó Machado en un homenaje al escritor Grandmontagne:

*En este remolino de España, rompeolas
de las cuarenta y nueve provincias españolas
(Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente)...*

.....

La imagen del *rompeolas* madrileño es un hallazgo de nuestro poeta, que había de repetir en las horas amargas de la guerra civil, ante el paisaje épico de un Madrid tundido y lacerado, pero animoso y resuelto:

*¡Madrid, Madrid! ¡qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrar, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas.*

Todo el paisaje de la poesía machadiana es una efusión cordial y amorosa: *geografía emotiva de España*, como él mismo gustaba repetir. Con plena justicia debemos proclamar a don Antonio Machado, por excelencia, el poeta de España.

ALBERTO SÁNCHEZ

(*El Ingenioso Hidalgo*, XIV, otoño, 1975).

COLABORACIONES DE ANTONIO MACHADO EN LA PRENSA DE BAEZA

La presencia y andadura de Antonio Machado en tierras jae-
neras ocupa una muy hermosa bibliografía. Muchos y completos
estudios¹ nos lo han traído en reencuentro, como testimonio de

¹ Apuntamos una serie de libros y estudios sobre el tema, a los que remitimos al lector interesado. Catálogo, desde luego no exhaustivo, en el que referenciamos los trabajos de más fácil localización y a los que hemos tenido acceso directo, o la más amplia de las referencias:

- ALBORNOZ, A. dc. «El paisaje andaluz en la poesía de A. M.», en *La Torre*, núms. 45-46. Puerto Rico.
- «El paisaje andaluz en la poesía de A. M.», en *Caracola*, núms. 84-87. Málaga.
- APARICIO, J., «Baeza en las letras» (según fichas de Pedro Ortiz Armengol), en *La Estafeta Literaria*, núm. 344, Madrid, 21-V-1966.
- CHAMORRO LOZANO, J., «A. M. en la provincia de Jaén», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, Jaén, 1958.
- «Los Machado y el Guadalquivir», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 26, Jaén.
- CHAVES, J. C., «A. M. en Baeza», *La Nación*, Buenos Aires, 24-XII-1966.
- *Itinerario de don A. M.*, Editora Nacional, Madrid, 1968.
- ESCOLANO, F. «A. M. en Baeza», en *El Español*, Madrid, 14-XI-1942.
- LAÍNEZ ALCALÁ, R., «El maestro de poetas don A. M.», en *Don Lope de Sosa*, núm. 78, Jaén, VI-1919.
- «Recuerdo de A. M. en Baeza», en *Sreane*, Salamanca, 1962.
- LAPUERTA, F. y NAVARRETE, A., «Baeza y Machado», *Colección Siglo Ilustrado*, Madrid, 1969.
- LAPUERTA, F., «La Sierra de Quesada y la Duquesa de Benamejí», en *Feria y Fiestas de Quesada*, Quesada, 1974.
- MAC VAN, A., «A. M.», en *The Hispanic Society of América*, Nueva York, 1959.

presencia desde su estancia como profesor de francés en Baeza: tan definitiva en su obra, reposo para el dolor y el estudio. No obstante esa abultada bibliografía, no acertábamos a comprender cómo su pluma quedaba ausente de las publicaciones —al menos, las más liberales— baezanas o de la Capital.

Cierto, que sus escritos en periódicos no son muy abundantes, por lo que conocemos, y que las más repetidas de sus colaboraciones sean en los grandes diarios de la época como *El Sol*, *El Imparcial* o *La Vanguardia*; mas, y no obstante, o, precisamente, en su afán de educador popular, no dejó de escribir en la pequeña e íntima prensa de provincias o pueblos en los que ejerciera su magisterio, incluso aún no residiendo en ellas, así, las de *La Voz de Soria*, *La Prensa de Soria*, *El Porvenir Castellano* o *El Heraldo Segoviano*. Por ello, nos resultaba chocante en extremo, que en sus siete años de estancia en el «nido real de gavilanes» (1912-1919), no publicase escrito alguno en la prensa foránea, lo que daba una visión más redoblada de su imagen aislada, no ausente —qué interesantes sus cartas a Unamuno y Juan Ramón del pueblo o en su soledad. ¿Cómo podía no interesarle en absoluto la ciudad con la que estaba, no obstante los distanciamentos que denunciara?

La amorosa capacidad investigadora de Aurora de Albornoz, incluía en la hasta ahora más amplia recopilación de escritos del

VARIOS, «A la memoria de A. M.», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 11-12, Madrid, 11-12-1949.

MANRIQUE DE LARA, J. G., «A. M.» *Grandes escritores contemporáneos*, Unión Editorial, Madrid, 1968.

MOSTAZA, B., «El paisaje en la poesía de A. M.», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 11-12, Madrid, 11-12-1959.

OROZCO DÍAZ, M., «Recuerdo de A. M. en Baeza», en *Caracola*, núms. 84-87, Málaga.

PASQUAU, J., «A. M. en Baeza», en *ABC*, 17-IV-1959.

PÉREZ FERRERO, M., *Vida de A. M. y Manuel*, Espasa Calpe, S. A., Colección Austral, Buenos Aires, 1952.

PINEDA NOVO, D., «A. M. exégeta del Guadalquivir», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 66, marzo 1974.

RODRÍGUEZ-AGUILERA, C., *A. M. en Baeza*, A. P. editor, Barcelona, 1967.

TUÑÓN DE LARA, M., *A. M.*, Pierre Seghers, Editeur, Paris, 1960.

— *A. M. poeta del pueblo*, Editorial Nova Terra.

poeta sevillano², un texto editado en Baeza en mil novecientos quince y en el semanario *Idea Nueva*³, y que después, su autor lo reproduciría en el número 664 del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Asimismo, la propia Aurora de Albornoz, en una interesantísima publicación posterior⁴ *Antonio Machado. Antología de su prosa*, daba noticia de otro texto de Antonio Machado, que, a nuestro juicio, somos los primeros en reeditarle, y que ella no incluye en su edición por considerarlo como otros, «que no aportaban nada esencial a la prosa, o a las ideas de Machado, o cuando se trataba de escritos de circunstancias, sin trascendencia alguna —como—... el breve artículo de ocasión, sobre la prensa titulado: «Para el primer aniversario de *Idea Nueva*».

Mas, si bien a todas luces nos parece solicitado, y sin entrar en discusión con el magisterio machadiano de A. de Albornoz, no lo creemos tan ocasional el referido escrito⁵; como tampoco nos parece tan ausente A. Machado de las publicaciones baezanas, ya que, los dos artículos que reproducimos a continuación, nacieron impresos de *La Salamanca Andaluza*, respectivamente, el once y el veintitrés de febrero del referido año de mil novecientos quince; fechas tan próximas, para no poder afirmar tajantemente la ocasionalidad de los mismos, aunque no se nos oculta en ambos la raíz de su escritura. Y, a pesar de todo ello, y el concepto que de

² ALBORNOZ, A. de. *A. M. Obras. Poesía y prosa*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1964.

³ Semanario reformista, cuyo primer número aparece en 11 de febrero de 1914, y el último que conocemos, el 102, es de febrero de 1916. Comenzó a editarse en la linarense imprenta San José y, posteriormente, hasta su desaparición, en la imprenta Alhambra de Baeza. Su precio era en Baeza de 0.50 ptas. y de 2 ptas. fuera al mes. Figura desde su fundación como administrador gerente don Joaquín Ruiz Rus; aunque, en realidad su director y propietario era don José Cejudo Vargas.

El Semanario constaba de cuatro páginas de 45 × 33 cm. en papel normal de edición, a excepción del número extraordinario tirado en 16 páginas de 33 × 22 y en papel cuché.

⁴ Editorial Cuadernos para el Diálogo. Madrid.

⁵ Agradecemos a don Agustín Saiz el trabajo que nos prestara de búsqueda, en el archivo de Baeza de las Srtas. Garzón Cejudo.

los liberales de la ciudad tenía, preferimos pensar, por ciertos indicios aún no publicables, una mayor presencia machadiana en la prensa de Baeza. No obstante, y como anécdota, consignemos que la Imprenta Alhambra estaba ubicada en la calle donde residía el poeta y a un paso de su casa: Prado de la Cárcel. Aunque, en conclusión, la realidad nos la digan nuevas colaboraciones descubiertas en nuestra prensa, lo que, ciertamente, es improbable dado la dolorisima casi total desaparición de ellas.

En el primero de los dos artículos que reproducimos, nos aparece líneal y sencillo en todo su pensamiento el autor de *Soledades*: directo, claro y sentido, con testimonio de ciudad. En el segundo, muy conocido, y uno de sus más bellos textos en prosa, aparece todo el dolor y el amor del discípulo ante la muerte del maestro. Recordemos, asimismo, su poema fechado en Baeza con motivo de tan aguda noticia: «Elogios», tan acertadamente lo rotula, en vez de llamarle elegía, firmado el veintiuno de febrero: de seguro, escrito de un tirón el mismo día que diera la prosa a la imprenta de Baeza. Recordemos el latir primero del verso:

*Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más...*

Queden, en definitiva, estos textos de A. Machado en Jaén, como testimonio de su centenario.

I

PARA EL PRIMER ANIVERSARIO DE *IDEA NUEVA*

«El aniversario de la fundación de un periódico, debe celebrarse por cuantos sientan amor a la letra impresa. Bien hacen us-

tedes, señores redactores de *Idea Nueva*, en consagrar un número extraordinario al fausto día en que cumple un año esa publicación. Sí, la aparición de un periódico en una pequeña ciudad que carecía de prensa propia, es acontecimiento de mucha más transcendencia que la visita de un personaje o la fiesta onomástica de un cacique.

Desde hace algunos años, se acostumbra en España a hablar mal de la prensa. Yo no me he sumado nunca a los maldicentes. Estoy plenamente convencido de que, en nuestra patria, es el periódico el único órgano serio de cultura popular. La prensa contribuye a crear la vida ciudadana, es un espejo, acaso el más fiel, de la conciencia colectiva. Sin la Prensa, dada la constitución de las modernas sociedades. Nuestra vida languidecería en un *privatismo* torpe, inmoral, egoísta. La ignorancia de cuanto atañe al interés de todos, consecuencia inmediata de la falta de Prensa, disolvería pronto las naciones en cábilas, las ciudades en tribus. Sólo los partidarios más o menos conscientes, más o menos embozados, de un retroceso a la barbarie pueden ser enemigos del periódico.

En los pueblos donde más abundan los centros de enseñanza, las bibliotecas públicas y circulantes, donde los libros se venden por millares, es decir, en aquellos pueblos donde el periódico, la hoja diaria y volante cumple una misión secundaria desde el punto de vista cultural, es, no obstante, amado y respetado el periódico. En nuestra España donde nadie lee un libro, donde las Instituciones docentes distan mucho de ser focos de potente irradiación espiritual, no faltan malsines de la prensa periódica, gentes que reciban toda nueva publicación de esta índole como a huésped inoportuno, como a intruso fisgoneador que viene a fiscalizar, a molestar, a sacar, tal vez, a la luz de la calle, los trapos sucios de la casa. Ni falta quien invoque la alta cultura, la instrucción superior, para desdeñar la modesta labor del periodista. Es ésta una forma vanidosa que adoptan los espíritus beocios para disfrazar su odio a la letra de molde. Los hombres consagrados a los estudios más hondos y a las más graves disciplinas del saber son, por lo regular, grandes lectores de periódicos, no desdeñan la hoja volante que recoge la palpitación del día. Pero abundan los fariseos de la cultura que se jactan de no leer periódicos, dándo-

nos a entender que, consagrados a la ciencia, no tienen lugar para lecturas superfluas. Desconfiad de ellos; suelen ser hombres a quienes estorba lo negro. El peor de los analfabetismos, no es ciertamente, el del siervo de la gleba, encorvado sobre el terruño de sol a sol para ganar el sustento: hay un analfabetismo con birrete y borlas de doctor infinitamente más lamentable.

Admiremos la gran prensa, esos portentosos rotativos que nos aportan diariamente noticias de todos los rincones del planeta: pero amemos también y respetemos a esos modestos periódicos provincianos que cumplen humildemente y, a veces, a costa de grandes sacrificios, una misión santa: la de velar por los intereses comunes a cuantos vivimos, apartados de las grandes urbes, por estos rincones de la patria española.

En esta bella ciudad, entre moruna y manchega, en cuyas piedras venerables se lee un pasado glorioso, en esta noble Baeza, de vieja tradición intelectual, hacía falta un periódico y ustedes, mis queridos amigos, han sabido crearlo.

Mi más cordial enhorabuena en este aniversario y, con ella, la expresión de mi gratitud y de mi simpatía».

Antonio Machado

Idea Nueva, Baeza, 11-2-75. Página 9

II

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

«Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la *Institución*, al maestro querido. Cuando aparecía don Francisco corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos a volandas hasta la puerta de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte, he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño; él tenía ya la barba y el cabello blancos.

En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o

los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era socrático: el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos —de los hombres o de los niños— para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. Muchos profesores piensan haber dicho bastante contra la enseñanza rutinaria y dogmática, recomendando a sus alumnos que no aprendan las palabras, sino los conceptos de textos o conferencias. Ignoran que hay muy poca diferencia entre aprender palabras y recitar conceptos. Son dos operaciones igualmente mecánicas. Lo que importa es aprender a pensar, a utilizar nuestro propios sesos para el uso a que están por naturaleza destinados y a calcar fielmente la línea sinuosa y siempre original de nuestro propio sentir, a ser nosotros mismos, para poner mañana el sello de nuestra alma en nuestra obra.

Don Francisco Giner no creía que la ciencia es el fruto del árbol paradisiaco, el fruto colgado de una alta rama, maduro y dorado, en espera de una mano atrevida y codiciosa, sino una semilla que ha de germinar y florecer y madurar en las almas. Porque pensaba así hizo casi tantos maestros como discípulos tuvo.

Desdeñaba don Francisco Giner todo lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual, el inerte y pintado caparazón que acompaña a las cosas del espíritu y que acaba siempre por ahogarlas. Cuando veía aprender en sus clases del doctorado —él tenía pupila de lince para conocer a las gentes— a esos estudiantones huecos, que van a las aulas sin vocación alguna, pero ávidos de obtener a fin de un año un papelito con una nota, para canjearlo más tarde por un diploma en papel vitela, sentía una profunda tristeza, una amargura que rara vez disimulaba. Llegaba hasta rogarles que se marchasen, que tomasen el programa A o el texto B para que, a fin de curso, el señor X los examinase. Sabido es que el maestro no examinaba nunca.

Era don Francisco Giner un hombre incapaz de mentir e incapaz de callar la verdad; pero su espíritu fino, delicado, no podía adoptar la forma tosca y violenta de la franqueza catalana, derivada necesariamente hacia la ironía, una ironía desconcertante y cáustica, con la cual no pretendía nunca herir o denigrar a su prójimo, sino mejorarle. Como todos los grandes andaluces, era don

Francisco la viva antitesis del andaluz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena. Carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, desdeñaba el aparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no contemplativo y extático, sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Íñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor. Toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura.

...Y hace unos días se nos marchó, no sabemos a dónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que viven la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente —perdonadme esta fe un tanto herética—, sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos, y que muchos cuyas estatuas de bronce enmohece el tiempo, han muerto aquí y, probablemente, allá, aunque sus nombres se conserven escritos en pedestales marmóreos.

Bien harán, amigos y discípulos del maestro inmortal, en llevar su cuerpo a los montes del Guadarrama. Su cuerpo casto y noble merece bien el salmo del viento en los pinares, el olor de las hierbas montaraces, la gracia alada de las mariposas de oro que juegan con el sol entre los tomillos. Allí, bajo las estrellas, en el corazón de la tierra española reposarán un día los huesos del maestro. Su alma vendrá a nosotros en el sol matinal que alumbra a los talleres, las moradas del pensamiento y del trabajo».

Antonio Machado

Idea Nueva, Baeza, 23-2-1915

MANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA

(Boletín del Instituto de Estudios Giennenses, XXII, 90, diciembre de 1976).

EL PERÍODO POÉTICO MACHADIANO DE BAEZA (1912-1919) (*)

I. *Introducción*

Aunque la bibliografía existente sobre la poesía de Antonio Machado es extremadamente copiosa, sin embargo, ésta se ha centrado en nuestras fronteras casi exclusivamente sobre el primer período que se extiende desde *Soledades* hasta la primera edición de *Campos de Castilla* (1912), correspondiente a la época de Soria. Asimismo, pensamos que el período de Baeza no ha sido valorado suficientemente por la crítica, teniéndose sólo en cuenta la etapa plenamente estetizante de nuestro poeta; si bien ello obedece a razones de substrato ideológico y a unas condiciones socio-políticas de todos conocidas.

A pesar de todo, son numerosos los trabajos aparecidos en los últimos años, que han puesto las cosas en su sitio y han realizado un análisis integral de la obra machadiana, valorando justamente cada período. Nuestro breve estudio, teniendo en cuenta las limitaciones de espacio en que nos movemos, pretende ser una modesta aportación a dicha tarea.

Por otro lado, no debe olvidarse que la obra de Machado es una continua evolución —por cierto, cada vez más comprometida—,

(*) Los textos machadianos manejados han sido los siguientes:

Poesías Completas. Madrid, Espasa Calpe, Selecciones Austral, 1975.

Los complementarios y otras prosas póstumas. Buenos Aires, Losada, 1968, 2.ª edición.

Abel Martín. Cancionero de Juan de Mairena. Prosas varias; Buenos Aires, Losada, 1968, 3.ª edición.

y que en cada etapa está el germen de la siguiente. Por tanto, el querer aplicar los mismos patrones estéticos a todos sus poemas no tiene razón de ser, pues éstos obedecen a unas determinadas circunstancias y cumplen unos fines perfectamente coherentes con el pensamiento del autor en ese momento.

Se puede observar en la poesía de Antonio Machado una trayectoria que va del «yoísmo» al «tú esencial». Este cambio no es repentino, sino que proviene de un profundo proceso de maduración. Así, de la subjetividad inicial de *Soledades*, pura exaltación del «yo» del poeta, de su tristeza y soledad —todo ello expresado con técnicas modernistas—, pasamos a un progresivo acercamiento al paisaje, al mundo que le rodea —abandonando un poco su «yo» íntimo—, a un mayor interés hacia los otros; todo lo cual se manifiesta ya en *Campos de Castilla*.

Esta evolución pudo estar motivada por varias causas, entre las que se podrían citar las siguientes:

—Su amor por Leonor, que le hace salir de su anterior tristeza y soledad.

—Un profundo y antiguo deseo de cambio, en el que pudo haber influido su relación con Unamuno, y que se manifiesta ya en una carta dirigida a éste en 1903, en la que dice lo siguiente: «...empiezo a creer, aún a riesgo de caer en paradojas que no son de mi agrado, que el artista debe amar *la vida* y odiar *el arte*» (El subrayado es nuestro). Ante esta dicotomía «vida / arte», patente en el período inicial de *Soledades*, constituido por una poesía idealista, artificiosa, mera expresión del arte por el arte —y que, como bien señala Antonio Chicharro¹, sirve a los intereses de la ideología dominante—, nuestro poeta se inclina ya, en 1903, por la realidad concreta, por la vida. En otra carta dirigida a Unamuno en 1904, dice Machado lo siguiente: «Yo, al menos, sería un ingrato si no reconociera que a usted debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto. Y hoy digo: es verdad, hay que soñar despierto». Es éste el momento en que Machado comienza a abando-

¹ CHICHARRO CHAMORRO, A., «Villaespesa y Antonio Machado frente a frente: Rapsodias y Soledades». Comunicación presentada en el Simposio sobre «Villaespesa y el Modernismo» Almería, 13 y 14 de octubre de 1977, pp. 75-87.

nar su solipsismo inicial, aunque hay que reconocer que es precisamente esa profunda y vibrante intimidad personal la que da emoción y universalidad a sus primeros versos. Lo cierto es que Machado nunca dejará de ser intimista. Así, en un artículo de 1904 sobre *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez, dice: «Lo más íntimo es lo más universal...», aunque también añade que no puede tolerar «...que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo», y a continuación se pregunta: «¿no seríamos capaces de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante?».

Otra causa que pudo estar presente en el ánimo del poeta a la hora de cambiar sus planteamientos estéticos y vitales, es la influencia que debió de ejercer en él la visión «noventayochista» de Castilla y de España. En un artículo publicado en Soria en 1908, titulado «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz», dice Machado lo siguiente: «Tras un largo período de profunda inconsciencia [...] perdimos los preciosos restos de nuestro imperio colonial [...] Acaso el golpe recibido nos pondrá en contacto con nuestra conciencia. Por lo pronto, nuestro patriotismo ha cambiado de rumbo y de cauce. Sabemos que ya no se puede vivir del esfuerzo [...] ni de la fortuna de nuestros abuelos [...] Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante, de una tierra donde todo está por hacer. He aquí lo que sabemos [...]».

Vemos cómo ya por estos años aparece Machado preocupado por el tema de España, preocupación que será constante a lo largo de su vida.

Finalmente, también pudo influir bastante su estancia en Soria, su encuentro con el paisaje castellano, que le hace salir de su subjetivismo individualista; sin olvidarnos, por supuesto, de que en estas tierras pronto conoce a la que será su esposa.

De la influencia que pudieron ejercer Soria y su paisaje en nuestro poeta hay varios testimonios. Así, en una carta dirigida por Unamuno a José María Palacio en 1912, dice lo siguiente: «Es todo un poeta Machado, y Soria le ha suscitado un fondo del alma que acaso de no haber ido ahí dormiría en él».

Por otro lado, en el prólogo de 1917 a *Campos de Castilla*, dice

Machado lo que sigue: «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé, allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano. Ya era, además, muy otra mi ideología». Posteriormente, en una entrevista publicada en *La Voz de España* de París, en 1938, se confiesa Machado hombre muy sensible al lugar en que vive, y añade: «La geografía, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huella en mi espíritu [...] Soria es lugar rico en tradiciones poéticas. Allí nace el Duero, que tanto papel juega en nuestra historia. Por si ello fuera poco, guardo de allí el recuerdo de mi breve matrimonio con una mujer a la que adoré con pasión [...]. Y «viví» y «sentí» aquel ambiente con toda intensidad. Subí al Urbión, al nacimiento del Duero. Hice excursiones a Salas, escenario de la trágica leyenda de los Infantes. Y de allí nació el poema de Alvargonzález».

Es en *Campos de Castilla* donde el subjetivismo romántico y el intimismo solipsista de la primera época se transforman en una mayor apertura hacia el mundo externo, hacia «el otro».

El nuevo rumbo de la poesía de Antonio Machado fue recompensado con un éxito inmediato. Es en este momento cuando su poesía va a adquirir una mayor difusión. *Campos de Castilla* es el libro de Machado que Unamuno valorará más. Ortega y Gasset lo elogió inmediatamente, no así Juan Ramón Jiménez.

Al morir Leonor, el poeta se encuentra de nuevo solo y hay un pequeño lapso de tiempo en que su lírica se vuelve más íntima, más subjetiva, expresando el inmenso dolor del poeta; para volver, poco después, a tratar el tema nacional con gran acritud y violencia, quizá influido, en parte, por la ausencia de Leonor.

Desde el punto de vista de su compromiso personal, Machado camina de un republicanismo burgués a una posición socialista en sus últimos años, si bien este socialismo no es militante, pues Machado no perteneció a ningún partido político; lo que no le impidió estar siempre «a la altura de las circunstancias».

Enmarcando a Machado dentro de su época, se está desmitificando en los últimos tiempos un tópico muy arraigado: el de su pertenencia a la llamada «Generación del 98», denominación que

acuñó por vez primera Azorín en una serie de artículos publicados en *ABC*, en febrero de 1913 (es de señalar que no incluye a Machado en dicha generación).

Al triunfo de dicho concepto contribuyó en gran medida, por los años treinta, Pedro Salinas, el cual, siguiendo el método de Petersen para la determinación de «las generaciones literarias», llegó a la conclusión de la existencia de dicha generación². También tuvieron gran influencia en la difusión y aceptación del término los libros de Laín Entralgo y Jeschke sobre «la generación de 1898», los cuales incluyen a Machado como poeta de esta generación.

Sin embargo, como dice Aurora de Albornoz³, hay entre los miembros del grupo radicales diferencias, de las que ellos mismos son conscientes. Así, por ejemplo, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu negaron, en numerosas ocasiones, su adscripción a tal generación e incluso la existencia de la misma.

Por otro lado, Unamuno, en un artículo de 1918 titulado «La hermandad futura», dice: «Sólo nos unían el tiempo y el lugar, y acaso en común dolor: la angustia de no respirar en aquella España, que es la misma de hoy. El que partiéramos casi al mismo tiempo, a raíz del desastre colonial, no quiere decir que lo hiciéramos de acuerdo». El propio Machado, en una entrevista publicada en *La Voz de Madrid* de 8 de octubre de 1938, rechazaba su encuadramiento en la Generación del 98: «Soy posterior a ella —dice—. Mi relación con aquellos hombres —Unamuno, Baroja, Ortega, Valle-Inclán— es la de un discípulo con sus maestros. Cuando yo nacía a la vida literaria y filosófica, todos aquellos hombres eran ya valores cuajados y en sazón».

Aquí hay un error de situación cronológica por parte de Machado, al colocar en este grupo a Ortega, que era más joven que él y todavía no muy conocido.

² SALINAS, P., «El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus» y «El concepto de generación literaria aplicado a la del 98», incluidos en *Literatura española, siglo XX*. Madrid, 1972, pp. 13-25 y 26-33.

³ ALBORNOZ, A. de, *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*. Madrid, 1968, pp. 17 y 18.

El caso es que, debido a los factores arriba señalados, Machado ha pasado a los Manuales de Literatura como un poeta de esta generación. Sin embargo, creemos que esto es un equívoco que hay que deshacer, por varios motivos: 1.º) Porque la existencia de tal generación está puesta en duda. 2.º) Porque por estas fechas la obra de Machado no ha cuajado plenamente. Mientras que los hombres del 98 publican sus libros más noventayochistas entre 1897 y 1912, Machado, con considerable retraso cronológico respecto al resto del grupo, no publica su único libro noventayochista —*Campos de Castilla*— hasta 1912. 3.º) Porque los rasgos atribuidos a los del 98 sólo coinciden parcialmente con los de Machado.

Respecto al momento histórico que representa el año 1898, podemos decir que hay una crisis de Estado y de una manera de concebir la vida. Los viejos valores se hunden. Según Tuñón de Lara⁴, hay toda una serie de crisis:

- a) Crisis del sistema.
- b) Crisis económica.
- c) Crisis política.
- d) Crisis social.

A los del 98 les unía la puesta en tela de juicio de los valores tradicionales, el tema de España. También hay una rebelión contra las normas estéticas imperantes. José Luis Abellán⁵ califica acertadamente al «noventayochismo» como un espíritu regeneracionista, por los fines, y modernista, por los medios.

Se redescubre el paisaje, sobre todo el castellano, con una exaltación estetizante de éste. Se da una búsqueda de lo esencial español, de lo castizo (Unamuno). Baroja dice, en 1902: «Yo parezco poco patriota y sin embargo lo soy [...]. Tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir...».

⁴ TUÑÓN DE LARA, M., «Antonio Machado, hombre de su tiempo», en *El Europeo*, núm. 581, 1 de marzo de 1975, pp. 32-33. Vid. su libro *Antonio Machado, poeta del pueblo*. Barcelona, 1975. 2.ª edición.

⁵ ABELLÁN, J. L., «Machado y el 98», en *Cuadernos para el Diálogo*, número extraordinario XLIX, noviembre de 1975, pp. 92-97.

Otro factor que une a los del 98 es su ruptura con el pasado inmediatamente anterior. Los del 98 son, sin embargo, un movimiento elitista, pequeñoburgués, que pretende romper la hegemonía ideológica del bloque oligárquico, pero que niega el protagonismo popular. La unidad durará poco tiempo y los miembros de la generación tomarán caminos divergentes. A ello alude Unamuno en su artículo publicado en *Nuevo Mundo* sobre «La hermandad futura», ya citado anteriormente.

El propio Machado se refiere explícitamente a lo mismo en su poema: «Una España joven», publicado en 1915: «...Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda, / la malherida España, de carnaval vestida / nos la pusieron [...] / Fue ayer; éramos casi adolescentes [...] cuando montar quisimos en pelo una quimera / Mas cada cual el rumbo siguió de su locura; / agilitó su brazo, acreditó su brío/ ...»⁶.

Hay un rasgo específico de Machado que le separa del grupo noventayochista: su formación institucionista. Con todo esto no queremos negar que la obra de Machado tenga algunos rasgos noventayochistas, sobre todo *Campos de Castilla* en su edición de 1912, sino tan sólo recalcar que Machado, a lo largo de su trayectoria poética, va a abandonar esta influencia, cosa que se realizará plenamente en el período de Baeza.

II. *Los años de Baeza*

La estancia de Machado en Baeza comprende el período cronológico que va de octubre de 1912 a la primavera de 1919. Como vemos, este período es muy extenso. Tan sólo será superado por su estancia en Segovia, que durará hasta 1931.

El año de 1912 es especialmente significativo para Machado. El primero de agosto muere su esposa Leonor e inmediatamente va a Madrid el día 8 de agosto a pedir el traslado, y es trasladado a la primera vacante que se encuentra: Baeza. Hay que señalar este

⁶ Según Tuñón de Lara, fue publicado este poema en el núm. 1 de la revista *España*, el 29 de enero de 1915. Véase en *Antonio Machado, poeta del pueblo*, p. 322.

detalle, porque desmiente la opinión de los que piensan que Machado se trasladó a Baeza por elección propia, buscando esa inercia de la que después se lamentara. Su traslado a Baeza fue casual, como pudiera haberlo sido a cualquier otra ciudad de España.

El 1 de noviembre toma posesión de la cátedra de Lengua Francesa del Instituto General y Técnico de Baeza. Era entonces director del instituto don Leopoldo de Urquía, viejo amigo de la familia Machado y profesor de Filosofía, de ideas krausistas. Es posible que don Leopoldo, a través de su amistad con Machado, influyera en su interés por la filosofía, que se acrecentara durante su estancia en Baeza.

Cuando Machado llega a Baeza, reciente la muerte de su Leonor, tiene 37 años. Cuando abandona esta ciudad, tiene 44 años y se siente cansado.

La muerte de Leonor deja en Machado un vacío terrible del que apenas se repondrá. Para él, su mujer lo significaba todo, y los días más felices de su vida los pasará junto a ella. En una carta a Unamuno, Machado nos muestra su íntima tragedia: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya [...] Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto» (Baeza, ¿1913?).

Su desesperación llega a ser tan grande que piensa en el suicidio. En otra carta a Juan Ramón Jiménez, de 1912, el poeta se expresa en estos términos: «Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro (*Campos de Castilla*) me salvó, y no por vanidad ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad. Hay que defender a la España que surge del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegar todo». Estas palabras son harto expresivas de cómo Machado antepone a su íntima tragedia el ser útil para los demás.

La muerte de Leonor inspira a Machado toda una serie de poemas elegíacos, en los que se expresa con una honda emoción

difícilmente igualada. En su recuerdo, Soria y Leonor se confunden. Por eso, Machado nunca se olvidará de aquellas tierras en las que alcanzó la felicidad. En su poema «Recuerdos», perteneciente a *Campos de Castilla*, da el adiós definitivo a la tierra donde conoció a su esposa:

«Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano / [...] En la desesperanza y en la melancolía / de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva / Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía / por los floridos valles, mi corazón te lleva» (En el tren. Abril de 1912).

Machado siempre recordará Soria, que, como ya hemos visto, influirá grandemente en su trayectoria poética. Así, en una carta dirigida al periódico soriano *El Porvenir Castellano* el 19 de agosto de 1922, dice lo que sigue: «Nada me debe Soria, creo yo, y si algo me debiera, sería muy poco en proporción a lo que yo le debo: el haber aprendido en ella a sentir Castilla, que es la manera más directa y mejor de sentir a España».

Durante un tiempo, reside Machado en Baeza en el hotel Comercio. Una placa rememora esta estancia: «Aquí vivió Antonio Machado. Año 1912». Después se trasladó con su madre, doña Ana Ruiz, a una casa que hace esquina, en la calle Prado de la Cárcel. Por eso, cuando Machado en sus «Apuntes», pertenecientes a *Nuevas Canciones*, dice: «Desde mi ventana, / ¡campo de Baeza, / a la luna clara!» (Apuntes I), es evidente que ese paisaje lo está evocando, pero no viendo, pues desde su casa es imposible esa visión.

Por la mañana Antonio Machado daba clases de francés en el Instituto, y por la tarde leía o iba de tertulia a la rebotica del farmacéutico don Adolfo Almazán. A partir de 1917, da también clases de literatura, después de obtener su licenciatura. Para esas clases hizo un resumen del manual de Fitzmaurice-Kelly.

Una vez en Baeza, Machado se enfrenta con su soledad y con el tedio de una ciudad provinciana, cosa que se refleja en su poema «Caminos», uno de los primeros que escribió en esta ciudad. El poema comienza con un violento hipérbaton que nos sitúa al poeta:

*De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena...*

El intimismo y la subjetividad de los poemas iniciales afloran de nuevo en este poema y, en general, en todos los pertenecientes al «ciclo de Leonor».

Existe un paralelismo gramatical en los dos primeros versos:

Preposición	artículo	sustantivo	adjetivo
<i>De</i>	<i>la</i>	<i>ciudad</i>	<i>moruna</i>
<i>tras</i>	<i>las</i>	<i>murallas</i>	<i>viejas</i>

Ante este sentimiento de soledad pesimista, se refugia a continuación el poeta en el paisaje, que da una nota de color y de alegría. El paisaje, en estos primeros años de Baeza sirve a Machado de evasión, de refugio.

*El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza...*

El poema está lleno de luz y colorido, que inundan los sentidos. Utiliza para ello sabiamente la adjetivación; hay series binarias de adjetivos: *alfanje roto y disperso*; y también ternarias: *tarde piadosa, cárdena y violeta*, *luna amoratada, jadeante y llena*, etc. Por otra parte, el paisaje se ve teñido, en ocasiones, por los propios sentimientos de poeta: así, la tarde podrá ser *silenciosa o piadosa*, la niebla *maternal*, etc.

Machado no se refiere a una tarde cualquiera, sino a «esta tibia tarde de noviembre». Con esto consigue algo característico de toda su obra poética: «la eternización de la momentaneidad» que diría Unamuno.

Al final, el poema se interrumpe bruscamente con una lamentación, que parece brotar de lo más hondo del poeta:

*...¡Ay, ya no puedo caminar con ella!*⁷
(*Caminos*. ¿Noviembre de 1912?)

A continuación de esta composición, viene todo un grupo de poemas que podemos titular *Post mortem de Leonor*, y entre los que se encuentran, por ejemplo: «Allá en las tierras altas»; «Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería»; «Soñé que tú me llevabas»; «Una noche de verano»; etc. Casi todos estos poemas, si no todos, fueron escritos, según Sánchez Barbudo, entre 1912 y 1913⁸. Son poemas dotados de un contenido hondo, amargo, estremecido; y entre ellos una breve esperanza: «...No todo se lo ha tragado la tierra» («Dice la esperanza: un día»). Estando Machado en un momento de profundo dolor, es lógico que busque algún consuelo. Hay momentos en que tiene esperanza de recobrar a Leonor algún día, esperanza que, por otra parte, constituye el origen de un intento de acercamiento a Dios. Es esta, según Aurora de Albornoz, la segunda etapa en el pensamiento religioso de Machado⁹.

En la primera carta dirigida a Unamuno desde Baéza, y ya citada, dice: «En fin hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad». Después de la muerte de Leonor, Machado lo que busca intensamente es un Dios cristiano que garantice la inmortalidad, aunque no lo encontrará. Es éste el momento de máxima religiosidad de Machado, lo que no quiere decir que fuese católico, como ya veremos.

En su poema «Una noche de verano» (CXXIII en *PC*), Machado refleja la muerte de su querida Leonor en una calurosa noche de agosto. Adopta un tono mesurado a lo largo del poema, que se interrumpe, al final, con una exclamación que recorta el verso:

Una noche de verano
—estaba abierto el balcón

⁷ Para la fechación de los poemas seguiremos a SÁNCHEZ BARBUDO: *Los poemas de Antonio Machado. Los temas. El sentimiento y la expresión*. Barcelona, 1976, 3.ª edición.

⁸ *Op. cit.*, p. 247.

⁹ *Op. cit.*, p. 233.

*y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró*

.....
*¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!*

(Apareció el poema en 1917).

Sin embargo, esa expresión recatada, ese pudor expresivo que hemos visto en el poema anterior, se transforma en una reacción desgarradora, imprecadora, en el siguiente poema, uno de los más religiosos de Machado:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

(CXIX, apareció en 1917).

Para esta composición, Machado elige la cuaderna vía en su versión modernista no monorríma. Adopta el tono de una oración. Invoca cuatro veces a Dios, una en cada verso. A pesar de la longitud del verso, su ritmo se hace rápido a causa del desbordamiento emocional del poeta.

En este poema aparece la palabra *mar* con un significado simbólico y sobre el que se ha discutido mucho. Es evidente que *mar* no se refiere siempre a la muerte, sino a otras muchas cosas. Así, para José Luis Abellán el mar no sólo significa la muerte, sino también la vida, de la que es origen. Para Aurora de Albornoz, el mar se refiere, en estos poemas, a lo desconocido. José Antonio Balbontín identifica el mar con el caos. Lain Entralgo identifica mar con muerte, pero unida ésta a un posible despertar. Kessel Schwartz lo ve como un poder potencial, tal como la vida, la muerte, Dios, etc.

En otra poema de esta misma serie Machado evoca con añoranza el paisaje soriano, enmarcado, dentro de él, el recuerdo de Leonor. Realidad y sueño evocador se confunden. El poeta, al mismo tiempo que camina, piensa y sueña. Veamos cómo se con-

traponen sueño ideal, al comienzo del poema, y realidad vivida, pero no deseada, en los versos finales. El poeta refleja lo que está pensando, lo que está soñando:

*Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
sus curva de ballesta
en torno a Soria, entre plumizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*
(CXXI, mayo de 1913).

Machado se encuentra triste, solo, y sueña con pasear otra vez junto a Leonor por las tierras sorianas. Usa una estrofa muy de su gusto: la silva arromanzada. Acertados efectos expresivos son utilizados por Machado en este poema. En el sexto verso, al final, dice: «en sueños...». Vemos cómo los puntos suspensivos prolongan esa sensación del sueño, esa suave flotación en que está sumergido el corazón del poeta. El tema del sueño es muy importante en la poesía machadiana, sobre todo en su primer período intimista. Aquí todavía no lo ha olvidado, aunque su poesía se orientará después hacia «el otro», cosa que se realizará plenamente en Baeza.

Pero sigamos con nuestro poema. El tránsito del sueño a la realidad es violento. Sin ninguna pausa, pasamos de lo evocado-soñado (deseado) a lo vivido. En los cuatro últimos versos se nos muestra el poeta melancólico, caminando solo, sin la presencia de Leonor, como una sombra errante sin rumbo fijo. Hay, al final, una acumulación de adjetivos —enumeración asindética—, que

muestran la situación en que se encuentra nuestro poeta: *solo, triste, cansado, pensativo, viejo*.

Observemos que en éste, como en otros poemas, Machado superpone afectivamente el paisaje soriano a la contemplación inmediata del campo andaluz. Para Machado, el primer paisaje plenamente vivido y sentido acaso sea el castellano, el soriano. Por eso, cuando vuelve a su tierra, a Andalucía, se siente como extranjero e incapaz de cantar el paisaje que tiene ante sus ojos. Entonces se refugia en el paisaje de su infancia sevillana, de sus recuerdos:

«En estos campos de la tierra mía / y extranjero en los campos de mi tierra / —yo tuve patria donde corre el Duero— / en estos campos de mi Andalucía, / ¡oh tierra en que nací!, cantar quisiera./ Tengo recuerdos de mi infancia, tengo imágenes de luz y de palmeras / ... (CXXV, 4 de abril de 1913).

A partir de 1912, Leonor se incorpora a la mitologización del paisaje soriano. Machado en estos momentos se siente desarraigado y el paisaje andaluz sólo le sirve para evocar mejor el de Soria. Con el tiempo, Machado superará la mitificación Soria-Leonor y podrá cantar ya libremente a los campos de su Andalucía.

En otro poema, también de 1913, volvemos a encontrar el tema del sueño:

«Soñé que tú me llevabas / por una blanca vereda, / en medio del campo verde, / «...» Sentí tu mano en la mía, tu mano de compañera, / «...» ¡Eran tu voz y tu mano, / en sueños, tan verdaderas!... / Vive, esperanza, ¡quién sabe / lo que se traga la tierra!» (CXXII).

En este poema aparece, una vez más, la fusión entre el paisaje y la figura soñada de Leonor. Su voz y su mano se le hacen al poeta como verdaderas.

Toda esta serie de poemas muestra que la añoranza de su esposa se vincula al tema del camino: «¡Ay, ya no puedo caminar con ella!», «dame tu mano y paseemos», «Soñé que tú me llevabas», etc. Es decir, Machado echa de menos esta ausencia porque ya no puede caminar con ella, como antes lo hacía. De nuevo, el tema del camino ¹⁰ aparece ligado a la poesía de Machado y esta

¹⁰ Vid. OROZCO DÍAZ, E., «Antonio Machado en el camino. Notas a un

vez en una etapa fundamental de su vida. Al final del poema que comentamos, hay una exclamación en tono esperanzado, expresión que recorta rotundamente el tono mesurado de los versos anteriores. Otra vez aparece esa esperanza de inmortalidad, de evidentes huellas unamunianas, que se repetirá en poemas posteriores.

Casi todos estos poemas vemos cómo empiezan con un tono remansado, y, después, hacia el final, el ritmo se aviva, entrecortándose la expresión con una profunda queja. Se podría establecer un ligero paralelismo entre el poema comentado y «Yo voy soñando caminos...», perteneciente a *Soledades*. Aquí encontramos otra vez ligados el tema del sueño y del camino:

«Yo voy soñando caminos / de la tarde «...» / ¿Adónde el camino irá? / Yo voy cantando, viajero / a lo largo del sendero.../ (XI, *Soledades. Galerías. Otros poemas*).

El poema CXXIV vuelve a evocar a Leonor, después de una colorista visión paisajística: «Al borrarse la nieve, se alejaron / los montes de la sierra. / La vega ha verdecido / al sol de abril «...» / con las primeras zarzas que blanquean, / con este dulce soplo / que triunfa de la muerte y de la piedra, / esta amargura que me ahoga, fluye / en esperanza de Ella...» (Apareció en 1917).

En el poema «A José María Palacio», esa emoción patente, pura y sencilla de los poemas anteriores («Soñé que tú me llevabas», «Una noche de verano», etc.), permanece entrevelada, como en clave. Tras una serie de alusiones al paisaje y a la naturaleza: «Palacio, buen amigo, / ¿está la primavera / vistiendo ya las ramas de los chopos?», aparecen unos versos finales que no entenderíamos si no conociéramos los datos biográficos del poeta: «Con los primeros lirios / y las primeras rosas de las huertas, / en una tarde azul, sube al Espino, / al alto Espino donde está *su* tierra...» (CXXVI, Baeza, 1913. El subrayado es nuestro).

El Espino es el cementerio de Soria donde fue enterrada Leonor. Por medio de ese «su tierra», se le escapa al poeta el profundo

dolor que durante todo el poema, aparentemente sólo evocación de la primavera, ha ido conteniendo.

Hay continuas rememoraciones de las tierras de Soria, porque en este paisaje sigue vigente la presencia de Leonor. Luego, cuando supere esta gran crisis, se centrará plenamente en el hombre y el paisaje andaluces.

El último poema de este grupo que hemos denominado «*Post mortem* de Leonor», es el titulado: «Otro viaje», que sigue en la misma línea de poemas anteriores:

«Otro viaje de ayer / por la tierra castellana / —¡pinos del amanecer / entre Almazán y Quintana!— / ¡Y alegría / de un viajar en compañía! / ¡Y la unión / que ha roto la muerte un día! / ¡Mano fría / que aprietas mi corazón!». Quizá lo más bello del poema esté en esta redondilla final, donde juega el poeta acertadamente con la repetición anafórica:

*Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.*

(CXXVII, apareció con fecha de 1915).

Todos estos poemas, ya estudiados, obedecen a la terrible impresión que causó a Machado la muerte de su esposa. Este abatimiento se manifiesta también en la primera carta escrita a Unamuno desde Baeza, ya citada, y en la que nos presenta un duro retrato de la ciudad: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica (que Soria) y no hay un átomo de religiosidad. Se habla de política —todo el mundo es conservador— y se discute con pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar algún

juicio por jurados. Una población rural encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio. A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es íntimamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada nuevo, porque necesita uno la indignación para no helarse también...».

En esta carta vemos a Machado lamentarse de la pobreza espiritual de esta ciudad, del analfabetismo, de los señoritos que se arruinan en el juego. Para él, la tierra de Soria es más espiritual que Baeza, su nuevo destino. La adaptación al medio se le hace dura, y esto, unido a su terrible pena por la muerte de Leonor, hacen que Machado ponga su atención en aspectos más negativos que en Soria, tierra donde alcanzó la felicidad.

Presenta Machado como una enorme paradoja el que haya tantos centros de enseñanza en esta ciudad y en contrapartida tantos analfabetos; el que sea tan rica y haya tantos mendigos. Todos estos males eran muy corrientes en la Andalucía de la época. Los campesinos trabajaban casi en condiciones infrahumanas para los cuatro terratenientes que poseen la tierra y ganan poco. Existen enormes latifundios. Por otro lado, hay una hipocresía espiritual mantenida por una especie de superstición religiosa. No hay plena vivencia del Evangelio. En otro lugar de la carta, dice: «...¿cómo vamos a sacudir el lazo de hierro de la Iglesia católica que nos asfixia? Esta Iglesia espiritualmente huera, pero de organización formidable, sólo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso. El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano [...]. Hablar de una España católica es decir algo bastante vago [...] la religión del pueblo es un estado de superstición milagrera [...] Es evidente que el Evangelio no vive en el alma española, al menos no se le ve en ninguna parte...».

Dentro de esta misma carta hay un párrafo muy interesante donde se ataca a esa poesía hueca, vana, que huye de la vida y de

la realidad: «...comprendo también su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos. A esos jóvenes los llevaría yo a la Alpujarra y los dejaría un par de años allí. Creo que esto sería más útil que pensionarlos para estudiar en la Sorbona. Muchos seguramente desaparecerían del mundo de las letras, pero acaso alguno encontraría acentos más hondos y verdaderos...».

La vida de Antonio Machado en Baeza se manifiesta en una serie de poemas, entre los que resalta «Poema de un día (Meditaciones rurales)», justamente valorado por la crítica. Aquí se refleja la vida de un profesor de Instituto en una ciudad de provincias, durante la tarde. Machado se contempla a sí mismo («Heme aquí ya, profesor») dentro del pueblo al que califica certeramente en los siguientes versos: «Heme aquí ya, profesor / [...] en un pueblo húmedo y frío, / destartalado y sombrío, / entre andaluz y manchego». Machado penetra con visión transparente en la realidad del pueblo. Es un día de invierno, frío, en un pueblo que es medio andaluz y medio castellano. Le llaman «la Salamanca andaluza». Sus habitantes tienen un carácter austero, recio, más propio de Castilla que de Andalucía. La soledad de sus plazas, en invierno, recuerda a las de cualquier ciudad castellana. Hay muestras de andalucismo en la blancura de sus casas, en las flores en el balcón, en su acento; pero nada es estentóreo, llamativo. La sobriedad es su principal característica.

Y sigue el poema: «Fantástico labrador / pienso en los campos. ¡Señor, / qué bien haces! Lluve, llueve / tu agua constante y menuda / sobre alcaceles y habares, / [...]. Te bendecirán conmigo / los sembradores de trigo; / los que viven de coger / la aceituna; / los que esperan la fortuna / de comer, / [...]». Machado se hace eco en estos versos de los deseos de los labradores, que se pasan la mayor parte del año pendientes de la lluvia benéfica que regará los campos y de la que dependerá su vida y la de los suyos. Son estos labradores y su angustia, los que darán nombre a la tertulia del casino de «La Agonía». Toda su riqueza estará en manos de la traidora rueda de la Fortuna. Sánchez Barbudo ve en estos versos, en los que se dirige Machado al labrador y a la lluvia, un suave tono irónico. Quizá no haya llegado todavía el poeta a esa plena

identificación con el hombre que trabaja la tierra. Tengamos en cuenta que este poema es de 1913. Hacía muy poco tiempo que Machado había llegado a Baeza.

En los versos siguientes, Machado expresa magistralmente la monotonía y el tedio que hay en estos pueblos durante la tarde. Lo va a recoger, precisamente, con el sonido del reloj. Juega con la repetición, que adopta el sonido metálico del reloj: «En mi estancia, iluminada / por esta luz invernal / —la tarde gris tamizada / por la lluvia y el cristal—, / sueño y medito. / Clarea / el reloj arrinconado, / y su tic-tic, olvidado / por repetido, golpea. / Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído. / Tic-tic, tic-tic... Siempre igual, monótono y aburrido. / Tic-tic, tic-tic, el latido / de un corazón de metal. / En esos pueblos, ¿se escucha / el latir del tiempo? No. / En estos pueblos se lucha / sin tregua con el reló, / con esa monotonía / que mide un tiempo vacío / ...» ¿No hay en estos versos algo de monólogo interno? El poeta sueña y medita. En este silencio, interrumpido tan sólo por el tic-tic del reloj, recuerda otra vez a su esposa muerta: «Pero ¿tu hora es la mía? / ¿Tu tiempo, reloj, el mío? / (Tic-tic, tic-tic...). Era un día / (Tic-tic, tic-tic) que pasó, / y lo que yo más quería / la muerte se lo llevó. / ...» Después, vuelve otra vez a los campos y a la lluvia: «Fantástico labrador, / vuelvo a mis campos, ¡Señor, / cuánto te bendecirán / los sembradores del pan! / ...» La lluvia es benéfica para todos: «Señor, ¿no es tu lluvia ley, / en los campos que era el buey, / y en los palacios del rey? / ...».

Se hace de noche y es necesario encender la luz. Busca sus gafas, las encuentra, y alcanza libros nuevos. Abre un libro de Unamuno y se entusiasma con su filosofía. En un arrebato de sinceridad, profesa su lealtad al rector de Salamanca: «Anochece; / el hilo de la bombilla / se enrojece. / luego brilla, / resplandece / poco más que una cerilla. / Dios sabe dónde andarán / mis gafas... entre librotos, / revistas y papelotes, / ¿quién las encuentra?... Aquí están. / Libros nuevos. Abro uno / de Unamuno. / ¡Oh, el dilecto, / predilecto / de esta España que se agita, / porque nace o resucita! / Siempre te ha sido, ¡oh rector / de Salamanca!, leal / este humilde profesor / de un instituto rural!». Adopta Machado en esta composición un tono conversacional, irónico. A pesar de ser un poema descriptivo, no por ello pierde su lirismo.

Después, se dirige a Unamuno y se identifica con su filosofía, concibiéndola como algo vivo, en movimiento:

«Esa tu filosofía / que llamas diletantesca, / voltaria y funambulesca, gran don Miguel, es la mía. / Agua del buen manantial, siempre viva, / fugitiva; / poesía, cosa cordial / ¿Constructora? / —No hay cimiento / ni en el alma ni en el viento— / Bogadora, / marinera, / hacia la mar sin ribera. / ...».

Ese pensamiento fluyente, temporalista, del que habla Machado, y que se identifica con el irracionalismo unamuniano, consistente en un predominio del sentimiento sobre la razón, aparece expresado claramente en su *Poética*: «El pensamiento lógico, que se adueña de las ideas y capta lo esencial, es una actividad des-temporalizadora. Pensar lógicamente es abolir el tiempo, suponer que no existe, crear un movimiento ajeno al cambio, discurrir entre razones inmutables. El principio de identidad —nada hay que no sea igual a sí mismo— nos permite anclar en el río de Heráclito, de ningún modo aprisionar su onda fugitiva. Pero al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo, porque piensa su propia vida que no es, fuera del tiempo, absolutamente nada...». (*Poética*, 1931).

En los versos siguientes, Machado resume su ruptura con Bergson, de cuya filosofía tanto tiempo había estado impregnado. Se dirige a Unamuno con el tono conversacional e irónico del que hablábamos antes: «Enrique Bergson: *Los datos / inmediatos / de la conciencia*. ¿Esto es / otro embeleco francés? / Este Bergson es un tuno; / ¿verdad, maestro Unamuno? / Bergson no da como aquel / Immanuel / el volatín inmortal; / este endiablado judío / ha hallado el libre albedrío / dentro de su mechinal./...».

El poema sigue una línea temporal, marcada por el empleo de verbos: «Heme, llueve, clarca, anochece, amaina, es de noche», etc. La acción transcurre desde la tarde hasta la noche, cumpliendo así un ciclo temporal completo. Machado no se refiere a una tarde cualquiera, sino a una tarde gris y lluviosa de invierno, en un cuarto iluminado «por *esta luz invernal*». De esta manera, y con el uso de las formas actuales del verbo, logra el poeta la fijación y la eternización de un determinado momento de su vida (el subrayado es nuestro).

Después de amainar la lluvia, se hace de noche, y don Antonio, cogiendo su abrigo, su sombrero y su paraguas, acude a la tertulia de la rebotica de Almazán. Se habla de política, del campo y del tiempo. En estas charlas, Machado solía permanecer callado, oyendo a los demás: «Mi paraguas, mi sombrero, / mi gaban... El aguacero / amaina... Vámonos, pues. / Es de noche. Se platica / al fondo de una botica. / —Yo no sé, / don José, / cómo son los liberales / tan perros, tan inmorales./ ...». (CXXVIII, Baeza, 1913).

Machado se despide de sus contertulios, y volvemos a la sensación de monotonía, marcada por el tic-tic del reloj. Después de hallar sobre su mesa *Los datos* de Bergson, el poeta vuelve a sus meditaciones.

Poco a poco, Machado va adaptándose al ambiente rural de la ciudad, y su paisaje le servirá de evasión. En el poema «Noviembre 1913» se nos da toda una visión paisajística, un verdadero cuadro de colores que impresiona la retina: ceniciento, pardo, gris, blanco, dorado. Machado está en un excelente mirador, un lugar de privilegio desde donde se tiene una visión total, de amplios horizontes: las murallas de Baeza. Desde aquí traza un rápido cuadro, pero donde no se le escapa nada. Todo lo que podemos ver desde ese lugar, aparece aquí reflejado, condensado: «Un año más. El sembrador va echando / la semilla en los surcos de la tierra. / Dos lentas yuntas aran, / mientras pasan las nubes cenicientas / ensombreciendo el campo, / las pardas sementeras, / los grises olivares. Por el fondo / del valle el río el agua turbia lleva. / Tiene Cazorla nieve, / y Mágina, tormenta, / su montera, Aznaitín. Hacia Granada, / montes con sol, montes de sol y piedra» (CXXIX).

La búsqueda de Dios de Machado, su religiosidad, tienen una manifestación en su poema «La saeta»: «¡Cantar del pueblo andaluz, / que todas las primaveras / anda pidiendo escaleras / para subir a la cruz! / ...». Pero Machado no quiere cantar a ese Jesús agonizante, sino «al que camina, al que guía»¹¹: «¡Oh, no eres tú

¹¹ OROZCO DÍAZ, E., *op. cit.*, p. 230. Su opinión coincide con la de Sánchez Barbudo. Para éste, *el mar* significa aquí el mundo, donde no hay caminos, donde

mi cantar! / ¡No puedo cantar, ni quiero / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar!» (CXXX, se publicó por primera vez en 1914).

Uno de los poemas que José M.^a Valverde denomina «anticasticista»¹² es el titulado: «Del pasado efímero». En éste nos presenta Machado un completo retrato del señorito rural, un poco labrador, que juega al monte y que: «Sólo se arruina ante el azar prohibido, / sobre el verde tapete reclinado / o al evocar la tarde de un torero, / la suerte de un tahúr, o si alguien cuenta / la hazaña de un gallardo bandolero, / o la proeza de un matón, sangrienta...». Este señorito, que es creación de los años de Baeza, encarna todos los defectos de la sociedad. A través del señorito rural y andaluz, entendido como forma de conducta. Esta crítica se repetirá en sus últimos años: «Cuando una gran ciudad —como Madrid en estos días— vive una experiencia trágica, cambia totalmente de fisonomía, y en ella advertimos un extraño fenómeno compensador de muchas amarguras: la súbita desaparición del señorito. Y no es que el señorito, como algunos piensan, huya o se esconda, sino que desaparece —literalmente—, se borra, lo borra la tragedia humana, lo borra el hombre. La verdad es que, como decía Juan de Mairena, no hay señoritos, sino más bien «señoritismo», una forma entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse a veces en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos

se hace camino al andar. Ese Cristo no sería inmortal, sino sólo el Hombre. (*Op. cit.*, pp. 291 y 292).

Para Orozco. «no es el valor de lo milagroso lo que quiere cantar el poeta [...] tampoco al Cristo vencedor de la muerte [...] lo que quiere cantar el poeta es al Cristo que anda y camina —y traza camino— por este inmenso mar del mundo, por donde el hombre ha de caminar sin camino» (*op. cit.*, p. 231).

Ambos coinciden, en parte, con Aurora de Albornoz, para quien el Cristo de «La saeta» es un Cristo triunfante, pero no inmortal. Dice: «no es el resucitado; es el que obra el milagro para despertar la fe adormecida, y que crece —y hace creer— que la fe obra milagros. Su triunfo, me parece, es el triunfo del hombre» (*op. cit.*, pp. 261 y 262).

Todos estos autores difieren, sin embargo, de Laín Entralgo, para quien el mar es la muerte, pero tras esa muerte está la resurrección.

¹² Vid. VALVERDE, J. M.^a, *Antonio Machado*. Madrid, 1975, 1.^a edición.

planchados, las corbatas o el lustre de las botas [...]. El señoritismo ignora, se complace en ignorar —jesuíticamente— la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular...». («Madrid, Baluarte de nuestra Guerra de Independencia», agosto de 1936). Como bien dice Paulo de Carvalho-Neto¹³, Machado considera que en la disyuntiva de elegir el pueblo y los «señoritos», debe optarse por aquél.

Sus últimas palabras sobre este hombre, que está vacío por dentro, son rotundas:

«Este hombre no es de ayer ni es de mañana, / sino de nunca:
de la cepa hispana / no es el fruto maduro ni podrido, / es una
fruta vana / de aquella España que pasó y no ha sido, / esa que
hoy tiene la cabeza cana» (CXXXI, se publicó el 6 de marzo de 1913). El poema «Los olivos» es una réplica de su otro poema «Las encinas». En éste, canta Machado a los encinares y demás árboles castellanos. En «Los olivos», el paisaje castellano es ya sustituido enteramente por el andaluz. Otra vez, el tema va a indicar ese amor por la naturaleza que siente Machado. Sus descripciones son coloridas y sensoriales:

*¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!...
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!
¡Olivares coloridos
de una tarde anaranjada;
olivares rebruñidos
bajo la luna argentada!...*

Y enmarcados en el paisaje, están los hombres que trabajan la tierra: «¡Olivar y olivaderos, / bosque y raza, / campo y plaza / de

¹³ *La influencia del Folklore en Antonio Machado*. Madrid, 1975, p. 43.

los fieles al terruño / y al arado y al molino, / de los que muestran el puño / al destino, / ...».

Durante su estancia en Baeza, se produce en Machado la identificación monista: hombre = pueblo = trabajo. Distingue claramente entre el pueblo, que vive de su trabajo, y aquéllos que no trabajan. Este es el momento de manifestación de sus «ideas cordiales», sus «universales del pensamiento».

En la segunda parte de este poema, ya aparece claramente esa concepción del hombre protagonista, al que identifica con la tierra: «La tierra da lo suyo; el sol trabaja; / el hombre es para el suelo: / genera, siembra y labra / y su fatiga unce la tierra al cielo. / ...» (CXXXII ¿1914?).

La observación de la realidad andaluza se convierte en Machado en una preocupación por el tema de España en general; pero en Baeza, el tono noventayochista de esa preocupación va a ceder en favor de un mayor compromiso político.

Por otro lado, es lógico suponer que influyan en Machado los acontecimientos históricos de estos años, a los que él, como hombre de su tiempo, no podía permanecer ajeno:

—Estallido de la Primera Guerra Mundial (1914).

—Mayor protagonismo de los intelectuales en la vida política del país. Formación en 1914 de la Liga de Educación Política.

—Crisis creciente del sistema político de la Monarquía.

—Papel cada vez mayor de las organizaciones obreras.

—El año 1917 es especialmente importante: se hunde el sistema político canovista del turno de partidos; se crean las Juntas Militares de Defensa; se produce un enfrentamiento de clases, que desemboca en la huelga general de agosto y, finalmente, la revolución rusa, que sorprenderá al mundo.

En el «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido», va a mostrar Machado la efigie del aristócrata andaluz. En esta elegía vemos una clarante huella de las *Coplas* de Jorge Manrique:

*Alguien dirá: ¿Qué dejaste?
Yo pregunto: ¿Qué llevaste
al mundo donde hoy estás?*

¿Tu amor a los alamares
y a las sedas y a los oros,
y a la sangre de los toros
y al humo de los altares?...

(CXXXIII, aparecida en 1917).

Hay en este poema cierta gracia andaluza, que anuncia la línea folklórica que luego seguirá en *Nuevas Canciones*. La veta folklórica le viene a Machado de familia. No olvidemos que su padre, don Antonio Machado y Álvarez, era un insigne folklorista, autor de una *Colección de Cantes Flamencos* y de varias obras más. Por otro lado, su tío, don Agustín Durán, fue autor de un *Romancero General*. De Carvalho-Neto demuestra ampliamente la influencia que tendrá A. Machado y Álvarez en la concepción del folklore de su hijo; influencia que alcanza incluso a Unamuno¹⁴. Según este autor, es de la idea machadiana sobre el folklore de donde arrancará su concepto de «Pueblo». Para Machado, todos debemos aprender del pueblo. Considera que el pueblo es superior a las clases privilegiadas. En su discurso *Sobre la defensa y la difusión de la cultura*, dirá lo siguiente: «Escribir para el pueblo —decía mi maestro—, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe [...]. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de gay-saber no creo haber pasado del folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular»... (Valencia, 1937).

Más adelante dice: «Entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular [...] la aristocracia española está en el pueblo, escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores...».

¹⁴ *Op. cit.*, pp. 83-97. De su tío, don Agustín Durán, dirá Machado: «Cierto que yo aprendí a leer en el Romancero General que compiló mi buen tío don Agustín Durán; pero mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron...». (Prólogo a *Campos de Castilla*, 1917).

Además de padre y tío, también influyeron en Antonio Machado —según De Carvalho-Neto— sus abuelos paternos: Don Antonio Machado y Núñez y doña Cipriana Álvarez Durán de Machado, los cuales asimismo cultivaron el Folklore.

A continuación, declara que el pueblo no está constituido por «la masa», sino por «hombres»: «Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres...». («El poeta y el pueblo», Valencia, 1937).

En «El mañana efímero» traza Machado una visión desoladora de la historia contemporánea de España: la España arcaica y rural. Este es otro de los poemas «anticasticistas» de Machado: «La España de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía, / devota de Frascuelo y de María, / de espíritu burlón y de alma quieta» / ...». La España frustrada, que vive de su pasado y de sus tradiciones, continuará aún durante mucho tiempo: «Esa España inferior que ora y bosteza, / vieja y tahir, zaragatera y triste; / esa España inferior que ora y embiste, / cuando se digna usar de la cabeza, / aún tendrá luengo parto de varones» / [...]. «El vano ayer engendrará un mañana / vacío y ¡por ventura! pasajero, / la sombra de un lechuzo tarambana, / de un sayón con hechuras de bolero; / el vacuo ayer dará un mañana huero» / ...

Al final, hay en ciernes una esperanza para el futuro: «Más otra España nace, / la España del cincel y de la maza, / con esa eterna juventud que se hace / del pasado macizo de la raza» / ... (CXXXV, se publicó en 1913).

Entre sus *Elogios* destaca el titulado: «Desde mi rincón», dedicado a Azorín por su libro *Castilla*. Aquí le echa en cara a Azorín su conservadurismo: «¡admirable Azorín, el reaccionario / por asco de la greña jacobina!—; / » ...Y al final del Envío, un toque de atención que adquiere el carácter de manifiesto: «¡Oh, tú, Azorín, escucha: España quiere / surgir, brotar, toda una España empieza! / ¿Y ha de helarse en la España que se muere? / ¿Ha de abogarse en la España que bosteza?» / ... (CXLIII, Baeza, 1913).

En el *Elogio* a su maestro Giner de los Ríos, un sólo verso justifica toda una vida: «lleva quien deja y vive el que ha vivido» («A don Francisco Giner de los Ríos», Baeza, 21 de febrero, 1915).

Entre estos *Elogios* hay insertos dos poemas dedicados a Espa-

ña: «Una España joven» y «España, en paz». El primero más vago y abstracto y el segundo más concreto.

En 1914 estalla la Primera Guerra Mundial y Machado se hace eco de ella en el poema «España, en paz», desde su «rincón moruno» (Baeza). En este poema expresa los males de la guerra y saluda efusivamente la neutralidad española: «yo te saludo. ¡Salve! Salud, paz española, / si no no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo» / ... (CXLV, Baeza, 10 de noviembre de 1914).

En Baeza escribió Machado parte de un cuaderno que se titulará *Los Complementarios*, aunque éste no era su título original. De este cuaderno tan sólo usará 37 hojas en Baeza, continuándose en Segovia. El título en sí acarrea bastantes problemas y también su contenido. Se mezclan en este cuaderno la prosa y la poesía. La mayor parte de las anotaciones en prosa tienen un contenido filosófico.

Sus ideas acerca de «la sentimentalidad colectiva» están ya desarrolladas en *Problemas de la lírica*, perteneciente al citado cuaderno: «El sentimiento no es una creación del sujeto individual, una elaboración cordial del Yo con materiales del mundo externo. Hay siempre en él una colaboración del Tú, es decir, de otros sujetos [...]. Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien Nuestro. Sin salir de mí mismo, noto que en mí sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro aunque su voz sea para mí la voz mejor timbrada. Que lo sea también para los demás, éste es el problema de la expresión lírica...». (Madrid, 1.º de mayo de 1917).

En su libro *Nuevas Canciones*, escrito a partir de 1917, produce ya Machado sus últimos versos en Baeza. Se inicia con estas composiciones una nueva etapa en la que se emplea cada vez más por Machado la asonancia y «la rima pobre». El poema adquiere el ritmo y la concisión de la copla andaluza. Junto a esta línea folklórica, que se manifiesta en el empleo de metros cortos y en la creación de poemas con la forma de la canción tradicional, se dan en este mismo libro otra serie de líneas, como puedan ser, por ejemplo, la gnómico-filosófica («Proverbios y Cantares»), que anuncia ya el pensamiento de Abel Martín y Juan de Mairena; o la puramente evocativa («Canciones de tierras altas»).

Una vez que Machado está fuera de Baeza, intenta cantar al paisaje andaluz —a modo de despedida—, dotado de una mayor serenidad anímica que, como sabemos, no tenía en años anteriores. Como imagen típica del paisaje andaluz toma Machado al olivo, parejo de la encina castellana: «Parejo de la encina castellana / crecida sobre el páramo, señero / en los campos de Córdoba la llana / que dieron su caballo al Romancero, / lejos de tus hermanos / [...] ¡cuán bello estás junto a la fuente erguido, / bajo este azul cobalto, / como un árbol silvestre, espeso y alto! / Hoy, a tu sombra, quiero, / ver estos campos de mi Andalucía, / como a la vera ayer del Alto Duero / la hermosa tierra de encinar veía». / ... (CLIII, hay una primera versión de 1920).

Dentro de este libro, sus «Apuntes» presentan una serie de estampas líricas preferidas para las antologías infantiles. Se trata de nueve poemillas breves, muy condensados, que tienen como forma estrófica la solcá y el romancillo. Algunos de estos poemas poseen cierto candor: «Por un ventanal / entró la lechuza / en la catedral. / San Cristobalón / la quiso espantar, / al ver que bebía / del velón de aceite / de Santa María. / La Virgen habló: / Déjala que beba, / San Cristobalón» (CLIV, III).

El recuerdo de Baeza quedará para siempre en Machado: «¡Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!» («Apuntes», CLIV, IV. Ya publicados en 1920).

En 1917 tiene lugar la revolución rusa. Más tarde, en 1919, aparece reflejada en «Proverbios y Cantares»: «¡Qué gracia! En la Hesperia triste, / promontorio occidental, / en este cansino rabo / de Europa, por desollar, / y en una ciudad antigua, / chiquita como un dedal, / ¡el hombrecillo que fuma / y piensa, y ríe al pensar: / cayeron las altas torres: / en un basurero están / la corona de Guillermo, / la testa de Nicolás!» (CLXI, LXXXIII, Baeza, 1919).

III. *Conclusión*

El período de Baeza es esencial en la temática machadiana. Es en estos años cuando el proceso creador del poeta va a adquirir una mayor variedad de matices. La creación machadiana en esta época podría clasificarse en tres vertientes:

- A) La que se refiere al tema de España.
- B) La que refleja el paisaje andaluz.
- C) La llamada «poesía filosófica».

En Baeza, Machado sustituirá la poesía de tema castellano por la de tema andaluz. Utiliza metros cortos y estrofas típicas de la poesía popular andaluza, como la copla o la soleá (*Nuevas Canciones*). Se producirá en esta época una mayor maduración de sus ideas estéticas.

Durante su estancia en Baeza, Machado irá desarrollando un mayor sentido de responsabilidad hacia «los otros» y que le llevará hacia posiciones políticas. Entre los rasgos noventayochistas de éste pueden señalarse los siguientes: la visión crítica y pesimista de España; la exaltación del paisaje castellano; las lamentaciones por el estado del país, etc.; pero todo esto es superado ya en Baeza. Distingue a Machado de los hombres del 98 su amor al pueblo, que le hace abandonar la ideología pequeño-burguesa y negativamente crítica de éstos, y asumir un papel de resuelto compromiso. En este amor y respeto al pueblo, Machado debió de ser influido, no poco, por su padre.

Otro de los factores que despegan a Machado del esteticismo del 98 es la exaltación del trabajo y su asimilación al pueblo.

Es al final del período de Soria y comienzos del de Baeza, cuando Machado empieza a superar la visión noventayochista del hombre y del paisaje. A través del paisaje castellano llega al hombre. Y en «Campos de Soria», el hombre domina ya el paisaje; pero no se trata de un hombre cainita, terrible, como en los primeros poemas de *Campos de Castilla*, sino del hombre de la tierra contemplado como una posibilidad de superación.

En Baeza, Machado abandonará totalmente la poética inicial de *Soledades*, y se dirigirá desde entonces hacia el hombre, hacia la colectividad. Es el momento de:

*¿Tú verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.*

(«Proverbios y Cantares», CLXI, LXXXV).

Machado refleja en estos años el paisaje, pero no en una exaltación estetizante, sino asociado al hombre.

El período de Baeza ha sido fecundo para el pensamiento de Machado. Han sido años de soledad y meditación. En ellos se produce esa ruptura con la filosofía bergsoniana. Aquí en Baeza adquirirá su filosofía una total madurez.

Durante la época de Baeza aparece ya en germen la problemática de gran parte de *Juan de Mairena*. Y en el prólogo al libro *Helénicas* de Manuel Hilario Ayuso, dirá Machado: «...una abeja consagrada a la miel —y no a las flores— será más bien zángano, y el hombre consagrado a la poesía y no a las mil realidades de su vida, será el más grave enemigo de las musas».

Es también el pensamiento de:

*Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.*

(«Proverbios y Cantares», CLXI, LXVI).

Finalmente, su penetración en la vida y en el carácter de los hombres de Baeza va a constituir un reflejo de esa Andalucía decadente, manejada por señoritos y por una aristocracia vacía; y un grito esperanzado hacia una España mejor, trabajadora: «la España de cincel y de la maza».

JUAN CARLOS ORTIZ LOZANO

(*Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Granada, Universidad de Granada, 1979, tomo II, pp. 581-603).

EL AULA DE MACHADO EN BAEZA

Antonio Machado se incorpora a su cátedra de Lengua Francesa en el Instituto General y Técnico de Baeza el día 1 de noviembre de 1912: tiene treinta y siete años, ocupa en el escalafón el número 436, cuenta con cinco años y seis meses de servicios, disfruta un sueldo de 2.500 pesetas. Y pronto, en su «Poema de un día», se ofrece al lector en su nuevo destino:

*Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de rui señor),
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.*

Antonio Machado, en meses-víspera de la guerra europea, comienza diariamente a dar su clase en un aula de la planta baja, en el primer patio de la vieja Universidad de Baeza, en cuyo edificio se ha instalado el nuevo Instituto. El aula tiene un zócalo de madera y su clásico entarimado —también el aula, como el pueblo, es húmeda y fría—, se ilumina con la luz del patio que entra por la ventana. Libros y material docente se guardan en las dos rinconeras del aula, un mapa de Europa preside la clase y tres filas de banco-pupitres y con las bisagras vistas se alincan a todo lo largo. La pizarra y la tiza componen con las pantallas de plato el resto de la decoración: se adivinan en la pared manchas de humedad aquella mañana en que el fotógrafo F. Baras Padilla, el fotógrafo

de Baeza, salva para la historia la estampa del aula de Machado que el poeta anotaría para sus versos. Porque a esta aula no se refiere su recuerdo infantil con la monotonía de la lluvia tras los cristales y el cartel con la representación de un Caín fugitivo y la mancha carmín junto a Abel. Lo que sí está representada en el mapa de Europa es la costa francesa del Mediterráneo: por allí está Collioure, pero estamos en 1913. El día 1 de octubre de 1916 se inaugura el curso académico; entonces, en Universidades e Institutos el curso se inauguraba un mismo día, y vuelve al patio de la vieja Universidad el fotógrafo Baras y ordena en grupo a los flamantes profesores, con sus mucetas de licenciados y con sus flamantes birretes de doctor junto a los representantes oficiales de etiqueta; y asomando la cabeza desde la segunda fila está Antonio Machado, el profesor de francés y vicedirector, desde el 3 de diciembre de 1915, del Instituto de Baeza.

En Baeza, escribe Machado una parte importante de su producción lírica. Pero la decisiva huella que deja Baeza en su obra es que hasta su experiencia baezana sólo alienta tras su escritura exclusivamente el poeta lírico y allí le nacen otras inquietudes. No está contento en su nuevo destino, aunque tras sucesivos ascensos la Administración le suba el sueldo, primero a 4.500 pesetas anuales —con el número 399 del escalafón— y, posteriormente, a 5.500 y número 325 de un escalafón que tampoco le gusta, ni le apasiona esa obligación de enseñar los versos franceses a sus españolitos alumnos. Desde Baeza pregunta en sus versos por Soria: si tienen hojas nuevas los viejos olmos, si hay ciruelos en flor, si quedan violetas, si hay ruiseñores en las riberas. Es la curiosidad y el constante vivir con el alma en otro sitio de los noventaiochistas: Ganivet, desde Helsingfors, pregunta también por los ruiseñores de Granada. Baeza, para ese humilde profesor de un instituto rural, es una ciudad moruna. Desde Baeza, Machado se estremece con la Castilla de Azorín, que hasta su rincón le llega, y piensa en la primavera soriana, se desvive por otros paisajes, se siente extranjero en los campos de su tierra. No es sólo Leonor ni su recuerdo. Es la luz, es la montaña, es el estar siempre en otro sitio: en Soria, el limonero de Sevilla; en Baeza, el Moncayo, el Urbión, las cigüeñas imaginadas sobre los campanarios de la ciudad cas-

tellana. ¿Es que se aburre Machado en Baeza? La prosa típica del diccionario geográfico de Madoz asoma muchas veces a los textos de Machado: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un instituto, un seminario, una escuela de artes, varios colegios de segunda enseñanza...» Pero sus aburrimientos y sus desganas se los desbarata todos los años un catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes, que desde la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada irrumpe acompañado de un grupo de alumnos en el patio del instituto en busca del poeta y profesor de Lengua Francesa. Don Martín Domínguez Berrueta llega con los alumnos en su viaje de estudios de fin de carrera: «Berrueta — escribirá Machado— recorre con sus alumnos los pueblos de España; más que en las aulas, tiene su cátedra en el tren, en los coches de postas, camino de las viejas urbes, donde él, con los suyos, busca una viva emoción del arte patrio y adonde lleva su palabra, su ciencia y la noble curiosidad de sus alumnos. Todas las primaveras, coincidiendo con el paso de las cigüeñas y la vuelta a las golondrinas, hemos visto aparecer por esta vieja ciudad de Baeza a Berrueta, con su alegre grupo de universitarios granadinos». Así llegué yo también a Baeza y a Úbeda, en 1945, con los «Orígenes», de Menéndez Pidal, frescos y recuerdos recientes del «Appendix probi» o de la «Chanson de Roland». Machado era un puro recuerdo: el aula del Instituto olvidada, la farmacia de Almazán, pura nostalgia de su rebotica, el lugar machadiano del camino de Baeza a Úbeda sin que supiesen localizarlo, y era pura aventura la búsqueda de la casa de la calle del Prado de la Cárcel o el hotel Comercio; parecía como si esos recuerdos los archivase únicamente en su memoria Rafael Lainez Alcalá, que recordaría siempre la figura del poeta con la fachada a la espalda del palacio de Jabalquinto. Pero en 1916, quien llegó a Baeza, a ese patio del instituto, a esa aula de Machado, formando parte del grupo de estudiantes que dirigía hacia Castilla el maestro Berrueta, fue Federico García Lorca, que hizo alardes ante Machado de sus aficiones a la música y a la poesía, y que interpretó al piano, en el casino, la «Danza de la vida breve», de Manuel de Falla; Antonio Machado leyó ante el grupo «La tierra de Alvar González», y María del Reposo Urquía —nombre real, no figura de ficción de la prosa de

Azorín— tocó en el mismo piano la «Romanza sin palabras», de Mendelssohn. Desde Granada, Federico García Lorca escribiría a María del Reposo como «apreciable y lejana amiga». Le ha impresionado su figura menuda y simpática. También sobre Antonio Machado ejerce idéntica fascinación.

A partir de ese día, a Machado le pareció su aula del Instituto algo menos húmeda y fría, acaso más luminosa. Pero no por eso mejoró su atuendo indumentario. María del Reposo, una de las hijas del director del Instituto, comenzó a revolotear por sus versos. Hacia atrás, permanecía inalterable el recuerdo de Leonor, luego irrumpirá el vendaval de Guiomar, pero entonces la realidad era esa: un tablero de pizarra para enseñar los verbos franceses y a leer con los alumnos en una antología escolar. Y allí, en su rincón moruno, piensa en la guerra de Europa, mientras repiquea en los cristales el agua bendita de la siembra, y mientras el hombrecillo fuma, y piensa y ríe al pensar. Machado se aburre en el casino. En Soria salva el olmo del camino; en Baeza, el olivo «bajo este azul cobalto». Y Machado aprovecha estas visitas de estudio de escolares que llegaban de Granada para ponderarles la importancia de aquel Instituto, cuyo patio era el mismo patio de la vieja Universidad, del siglo XVI. Entonces era un Instituto de Enseñanza Media, lo fue antes de Segunda Enseñanza, y más atrás, Colegio de Humanidades. Pero entre 1538, y hasta 1824, fue Universidad, fundada por el beato Juan de Ávila, con bula para sus estudios generales concedida por Pío V; Universidad que firmó pactos de hermandad, en relación con convalidación y admisión de grados, con la Universidad de Salamanca. En un aula de aquel patio de la vieja Universidad, Machado enseña francés. ¿Fue un buen profesor? ¿O fue mejor excursionista y poeta? Porque desde allí salió un día a cantar el nacimiento del río Guadalquivir, y desde allí recordó el nacimiento del Duero; excursiones reales y soñadas, vivencias y desvivencias presentes constantemente en todo su hacer poético. Allí, en Baeza, mantiene viva la presencia de Leonor Izquierdo, que enhebra con las nuevas manos que tocan al piano a Mendelssohn. No es un instituto más, no es un aula más en la biografía del poeta: deja huella en sus versos y en su vida. El palacio de Dueñas, en Sevilla, le queda muy

lejos; el huerto donde madura el limonero se le ha convertido en un clisé ruberiano; su Andalucía —aunque no le gusta— es ésta de Baeza, con olor de olivo y aceite más que de naranja en flor, cuarterona entre castellana manchega y andaluza, con el Káiser Guillermo y sus bigotes en las revistas ilustradas, y según le cuenta a Unamuno en carta con una sola librería, «donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos».

Por eso, al restaurar ahora la Universidad de Granada, de nuevo, los estudios en la vieja Universidad de Baeza, afronta el devolver, ante todo, al aula de Machado, su sabor de época, a la par que incluir cada año en la programación de los cursos de su Universidad de Verano un día en homenaje al poeta, al igual que venía haciendo la Universidad de La Rábida con el poeta de Moguer. Allí, en aquel patio de la vieja Universidad, también se fotografió Machado una mañana con sus compañeros de claustro; José Luis Cano reproduce la fotografía en su biografía ilustrada del poeta: cuello almidonado, obligado bastón, el mismo sombrero que se le fue reblandeciendo de año en año como si estuviese abandonado en el estudio de Dalí, abrigo con cuello de terciopelo, del que se sacudió para la fotografía algunos restos de caspa. En la cartera de notas del poeta anotaría hoy estos datos: desaparecen de su vieja aula los modernos radiadores de la calefacción y los odiosos tubos fluorescentes que algún director de instituto activo y sin sensibilidad ordenaría colocar para hacer desaparecer del aula de Machado su carácter de húmeda y fría que tenía cuando Rafael Laínez Alcalá figuraba entre sus alumnos: «Solíamos encontrar a don Antonio solo las más de las veces, sentado bajo el olmo de la Puerta del Conde, o en alguno de los bancos que, más lejos, se apoyan en la espalda de la plaza de toros, allí por el Ejido... Todavía lo recuerdo, apoyado con sus manos en su cayado, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía, inmóvil...; otras veces, los estudiantes le veíamos llegar por el pasco de la estación en tranvía, esponjándose al buen sol del Arca del Agua.» Es decir, buscaba el olmo, soñaba con sus tierras sorianas. O, como desde Segovia, iba a recordar el olivo. El caso es no estar donde está. Así pensaba Mairena, así se inquietaba el poeta sentado en la rebotica de

la farmacia Almazán. Y todo era porque en su derredor reinaba la mediocridad. O, como le confiaba a Unamuno con lenguaje del siglo XVI: «Malos tiempos corremos, de infinita vulgaridad». La que hizo colocar hasta hoy radiadores pintados de plata y tubos fluorescentes en el aula de Machado, en Baeza, desde la que salió un día, fiambra en mano, a convertir en borbollón de verso el nacimiento del Guadalquivir en Cazorla.

ANTONIO GALLEGO MORELL

(Ya, Madrid, 22 de junio de 1980).

LA ERRANTE Y AZAROSA VIDA DE UN BUSTO DE MACHADO PROHIBIDO HACE QUINCE AÑOS Y ARRINCONADO EN UN DESVÁN

La cabeza en bronce de Antonio Machado que hace dieciséis años hizo Pablo Serrano para un homenaje en Baeza, que no pudo celebrarse, se encuentra hoy arrinconada en un desván de la casa madrileña del fiscal Jesús Vicente Chamorro. Durante un año, Pablo Serrano trabajó el gesto expresivo y reconcentrado de Machado, «y cuando estaba en la fundición, un empleado me pidió el soplete, 'si me lo permite', dijo, 'yo también quiero darle un poco de calor'». Pero, ahora, esta polvorienta cabeza de noventa kilos de peso y ochenta centímetros de altura, aguarda impávida el momento oportuno para dejar su escondite y salir a la luz. Desde que en 1966 se prohibiera el homenaje al poeta, organizado por intelectuales y artistas, la escultura ha sufrido una errante y azarosa existencia semiclandestina.

El 20 de febrero de 1966, fecha del homenaje, la cabeza viajó a Baeza mimosamente resguardada en un *dos caballos* que conducía Fernando Ramón, el arquitecto que había creado el fanal de hormigón que recogería el busto del poeta. Una pareja de la Guardia Civil custodiaba el monumento desde las primeras luces del día y la fuerza pública impidió el acceso a Baeza de los coches y autocares repletos de intelectuales y estudiantes que acudían al homenaje. Cuando los más osados se dirigieron a pie hacia el monumento, atravesando olivares y tierras de labor, los servidores del orden cargaron contra el público y, tras gritos y carreras, la caravana de vehículos se apresuró a salir de los contornos de Jaén.

También *la cabeza* tuvo que regresar a Madrid, flanqueada por

los automóviles de los organizadores del frustrado acto, entre ellos el fiscal Jesús Vicente Chamorro y el propio Pablo Serrano. «El alcalde de Baeza sugirió que dejáramos allí la cabeza y que ellos la pondrían más adelante, pero nosotros queríamos entregarla directamente a Baeza y recitar unos versos, así que los primeros años estuvo escondida en mi estudio», explica Fernando Ramón, «junto a unas placas que íbamos a poner en su casa, en el instituto y en el paseo donde el poeta solía pasear al atardecer y donde, precisamente, se había enclavado el monumento». Desde 1970 a 1971, el busto del poeta presidió la librería Antonio Machado, de Madrid. «Pero, Machado, fue un hombre popular, amigo de vivir al aire libre, en medio del paisaje», señala Jesús Vicente Chamorro. «Y la cabeza dejó la librería y, según acta notarial quedó depositada en mi casa hasta que se encuentre un lugar digno para su ubicación definitiva». Y ahí permanece, entre trastos y papeles viejos, reclusa en el cuarto de los termos. «Nosotros la cuidamos con mucho amor, ¿eh?», puntualiza Vicente Chamorro. «Pero estará ahí, como el símbolo de que la cabeza de Machado aún no tiene sitio en este país».

Historia surrealista

Aquel homenaje frustrado parece hoy lejano y pintoresco. Su historia, un tanto surrealista, de desenlace más bien esperpéntico, resulta inconcebible desde la España actual. «La prohibición del acto fue una incongruencia feroz, un espectáculo bochornoso y humillante que a los asistentes nos llenó de cólera e impotencia», recuerda el escritor José Manuel Caballero Bonald. «En aquellos años, Antonio Machado empezaba a ser usado por el régimen como poeta químicamente puro, sin connotaciones políticas. Años antes, parte de su obra había estado censurada, sobre todo la parte de Juan de Mairena. Pero en los años sesenta, algunos prebostes del franquismo pensaron que el Machado poeta podía ser hábilmente asimilable». De ahí que en un principio el homenaje fuera bien acogido e incluso alentado por el alcalde de Baeza y después precipitada y temerosamente suspendido.

«La autoridad competente tuvo miedo de que Baeza se les llenara de rojos y se politizara. Pero fue, precisamente a partir de la prohibición cuando el homenaje se politizó de veras». La prensa nacional enmudeció ante el homenaje abortado y los hechos de Baeza sólo se conocieron por el *boca a boca* de los asistentes. Por el contrario, la prensa internacional se hizo eco de los sucesos, y así, mientras *Le Monde* informaba de las multas impuestas a algunos de los detenidos, un periódico suizo afirmaba que «si no lo hubiésemos visto con los propios ojos, nos parecería una fábula que se prohíba en España un homenaje a Antonio Machado».

Las universidades y las instituciones culturales más relevantes habían aceptado apoyar el acto. En la Comisión de Honor figuraban, entre otros, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, José Luis Aranguren, Buero Vallejo, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Salvador Espriu, Paulino Garagorri, Blas de Otero y Dionisio Ridruejo. Las contribuciones económicas procedían de todos los estamentos y profesiones, desde catedráticos y magistrados a estudiantes y albañiles. Pero dos días antes de la convocatoria, los periódicos dieron la noticia de que el homenaje se aplazaba «a causa del mal tiempo».

La propuesta de Chamorro

El origen del homenaje fue una inocente propuesta del fiscal Vicente Chamorro. «Cuando me enteré de que un compañero mío de carrera, Manuel Gómez Villaboa, era juez de Baeza, se me ocurrió que se le podía rendir un sencillo homenaje al poeta en aquella ciudad en la que Antonio Machado vivió siete años enseñando francés. Y así se lo insinué a Villaboa, pero sin pensar que iba a ser algo inmediato». Más tarde en 1965, «en un viaje de vacaciones que hice con mi mujer por Andalucía, pasamos por Baeza y mi amigo Villaboa me presentó al alcalde y recordó mi sugerencia». Dada la condición de fiscal de Chamorro, el alcalde de Baeza, Fernando Viedma, dio muestras de entusiasmo ante el proyecto y prometió toda clase de facilidades para celebrar el homenaje, «yo me encargué de lograr apoyos en Madrid, y propuse que

Pablo Serrano hiciera la cabeza de Machado y que Fernando Ramón diseñara el entorno».

Pablo Serrano y Fernando Ramón, por su parte, no sólo aceptaron hacer el trabajo de forma gratuita, sino que se sintieron fascinados y enfebrecidos por el proyecto. A ellos se les unió un amplio grupo de intelectuales que más tarde formaron la comisión organizadora: Aurora de Albornoz, Valeriano Bozal, José Manuel Caballero Bonald, Jesús López Pacheco y el ginecólogo Hernández Jiménez, además del juez de Baeza, el titular de la cátedra de francés del instituto en el que también Machado fue profesor y los dos arquitectos municipales.

Así surgió un homenaje que se iba a llamar *Paseos con Antonio Machado*, «porque no queríamos hacer un monumento oficialista y frío, sino pasear con él por el mismo itinerario que tantas veces pisó el poeta, tras las murallas viejas de Baeza, frente a los campos de olivos que tanto amaba». El pintor Joan Miró regaló a los organizadores un cartel anunciador del acto y los actores Fernando Rey, Fernando Fernán Gómez y Francisco Rabal grabaron un disco especial recitando a Machado. «Pero las discrepancias surgieron al querer que el homenaje fuera acéfalo, que allí no hubiera más cabeza que la de Machado y que el acto no tuviera presidencia oficial».

Tal propósito fue considerado insultante y subversivo por un régimen eminentemente jerárquico y autoritario. «No había una pretensión política concreta, pero éramos conscientes de que, en Madrid, se nos empezaba a mirar como conspiradores, teníamos el teléfono intervenido y temíamos que el acto se prohibiera en cualquier momento».

El predominio de intelectuales de izquierdas en la comisión organizadora y la popularidad creciente del homenaje impulsó a las autoridades a cortarlo. Aquel arrebato popular no podía frenarlo una orden de suspensión, y así lo expuso Vicente Chamorro a las autoridades gubernamentales.

Miembros de la comisión organizadora se trasladaron a Baeza dos días antes del homenaje para arrancar la autorización del alcalde. «La conversación fue violenta, porque, al parecer, él recibía órdenes del gobernador y éste, a su vez, las había recibido de Ca-

milo Alonso Vega, ministro de Gobernación». La excusa oficial fue que las obras del monumento no estaban terminadas, pero el propio arquitecto Fernando Ramón declaró en acta notarial que estaba en condiciones de ser inaugurado». La negociación duró hasta la madrugada del día 19 de febrero, víspera del homenaje, «porque queríamos que coincidiera con el aniversario de su muerte en Colliure (Francia) el 22 de febrero de 1939».

Descuido en el vestir

En Baeza se habían concentrado cerca de 3.000 personas, en las que la autoridad competente entonces notaba, sobre todo, «el descuido en el vestir». Entre ellos estaban, para homenajear a Antonio Machado, Agustín García Calvo, Raimon, Alfonso Sastre y otros intelectuales de la oposición, junto a universitarios, miembros del Club de Amigos de la Unesco, curas y monjas y sectores de la burguesía andaluza. «A los que lograron llegar a la plaza les dijimos que estaba suspendido, pero que quien quisiera se acercara al paseo en silencio. Entonces, una chica sacó una barra de carmín y escribió *Granada* en un papel que luego pinchó en el paraguas, ya que estaba lloviendo». Muy pronto, todos los paraguas aparecieron decorados con alusiones a su origen: *Valencia, Barcelona, etcétera*.

Una vez disueltos los manifestantes y detenidos algunos de los más conocidos opositores al régimen, el alcalde de Baeza redactó un bando singular para explicar a sus convecinos «la invasión del pueblo el pasado domingo por gentes de dudosa catadura moral y política, algunos delincuentes, amorales, etcétera, que vinieron a sueldo a soliviantar a nuestra pacífica ciudad». Idéntica visión se deslizó en los informes oficiales que llegaron al Ministerio de Justicia para determinar la culpabilidad del fiscal Chamorro en el acto, castigado más tarde a trasladarse de Madrid a Cuenca por su conducta. En tales informes se señala que muchos de los convocados se caracterizaban «por sus raros atuendos y descuido en el vestir». Pero lo más grave era que el acto «obedecía a consignas comunistas», porque habían llegado telegramas de adhesión de

Moscú y Praga, aunque también los habían enviado desde Nueva York, Londres, París, etcétera.

Remedo de homenaje

En mayo de 1966, para quitar el mal sabor de boca dejado por los amigos de Machado, se hizo un remedo de homenaje oficialista en Baeza, con un funeral por el alma del poeta, una corrida de toros y un discurso de Eugenio Montes que en un principio se pensó que lo hiciera Blas Piñar. Del verdadero homenaje a Antonio Machado nunca más se supo. El fanal de hormigón continúa vacío en Baeza, y el poeta no ha visto cumplido su deseo de ser *torre del Guadalquivir*. Cuatro copias de la cabeza se exhiben hoy en importantes museos del mundo, entre ellos el de Arte Moderno de Nueva York. «Nos ofrecieron llevar a Colliure el original, pero pensamos que basta ya de exilios, la cabeza de Machado se quedará en España». Lo insólito es que ahora que, en palabras de Jesús Aguirre, duque de Alba, el ejemplo civil de Machado ofrece una lectura para la paz, no haya sitio público para el poeta. El único busto de Machado que existe en España, en Segovia, lo hizo Emiliano Barral antes de la guerra.

INMACULADA DE LA FUENTE

(*El País*, 12 de abril de 1981).

HOMENAJE A MACHADO

(Baeza: 20 de febrero del 66 al 10 de abril del 83)

La plaza de Baeza. Hagamos un silencio. La historia cuenta que entre los hechos gloriosos ocurridos en esta antigua ciudad de Baeza, se da el alzamiento de los comuneros contra el absolutismo monárquico. En esta misma plaza, bajo estos mismos soportales, no pudo reunirse otra mayor multitud que la de hoy, domingo, 20 de febrero, congregada. Allí asoman las blusas oscuras, los rostros curtidos de sol y arrugas, las cabezas cubiertas con boinas y sombreros negros, de nuestros campesinos. Todo el pueblo ha acudido a la plaza. Han dejado sus casas y se han echado a la calle. Junto a ellos, sus mujeres. Y los niños. Bajo los soportales, llenando bares y cafés, la multitud. ¿Cuántos viajeros han acudido a Baeza? Resulta difícil precisarlo. Son varios millares, a nadie le cabe duda de esto. Pero ¿cuántos? Quizá al ponerse en marcha sea más fácil calcularlos.

En hileras de diez, quince o más personas suben las calles de la ciudad, pasan ante el edificio convertido en museo, doblan hacia la derecha, salen por el arco de las viejas murallas, enfilan hacia el paseo en cuyo centro hay profundas zanjas, contemplan el paisaje: un abismo a la izquierda, campos a la derecha, montes y olivos al fondo, agua encharcada todo el camino. Cincuenta, cien, más filas de personas que ocupan de uno a otro lado de la carretera. Están ascendiendo muchos la cuesta y otros apenas si han hecho que ponerse en marcha. A ambos lados, y mezclados en ocasiones con la multitud, los campesinos. Y los niños sobre la loma, contemplando el impresionante espectáculo. Se avanza en silencio, sin perder la compostura, pero a la expectativa. Se sabe

de la presencia de las fuerzas policiacas. ¿Dónde se esconden éstas, qué esperan, qué piensan hacer?

¡Cuántos años atrás, Machado, silencioso, solitario, haría este mismo paseo! ¿Intuía él, en su mirada profunda, en su esperanza de una nueva España, esta situación, este grandioso homenaje que hoy, hombres de toda condición y llegados de múltiples lugares de España, iban a rendirle?

«Campo de Baeza, / soñaré contigo, / cuando no te vea» escribió hace cuarenta años el poeta. Y el campo de Baeza, despierto, tenso, vibraba ahora en la emoción de este cálido, entrañable, emotivo homenaje...

Después —campo, campo, campo y entre los olivos, los cortijos blancos— vino la represión, la carga, el ataque al pueblo, las detenciones...

Y los hombres del mundo entero saben que el pueblo de España fue fiel a la memoria, a la obra, al legado de Antonio Machado, al poeta de la libertad, al poeta que cantó los campos de Castilla, los campos de Andalucía, tierra parda, los hombres del pueblo; que denunció la España llamada a perecer, que se opuso a las fuerzas miserables que ahora le han negado este homenaje, convirtiendo así el homenaje en una mayor gloria para el poeta y para los hombres que se lo rindieron. Estos hombres, llegados a Baeza en representación de todo el país, estos hombres que gritaron «dictadura, NO; libertad, SÍ», cantaron, sin miedo a las pistolas, a las metralletas, a los golpes: «Machado con el pueblo, el pueblo con Machado».

17 años después

Hoy, 17 años después, reanudamos el homenaje a Machado. Un homenaje que no puede ser hurtado al pueblo; con el pueblo como protagonista junto a don Antonio Machado.

A mí sólo me queda el resquemor de unas preguntas: ¿Por qué no se habla de los actos del próximo domingo en Baeza? ¿Por qué no se habla del homenaje a Machado? ¿Quién intenta silenciar este homenaje? ¿Por qué un homenaje con sordina?

¿Es que la libertad también considera peligroso al «bueno» de Don Antonio?

MANUEL ANGUIITA PERAGÓN

(Jaén, Jaén, 8 de abril de 1983).

NOTICIA DE UN HOMENAJE (Baeza, febrero de 1966 - abril de 1983)

Hoy, 10 de abril de 1983, se va a celebrar en Baeza un viejo homenaje a don Antonio Machado, inicialmente previsto para el día 20 de febrero de 1966, homenaje que ha levantado alguna polémica, debido a los distintos puntos de vista existentes sobre la oportunidad o inoportunidad de su celebración y sobre el momento y modo de su definitiva realización. No es mi deseo en esta ocasión entrar en polémica, por lo que no voy a pronunciarme sobre aspectos de detalle, ciertamente significativos. Ahora bien, esto no impide que reconozca aquí y ahora un principio fundamental: el homenaje tenía que volver a celebrarse en alguna ocasión, porque hay sobradas razones para ello. La razón más sobresaliente es que, fuera de revanchas, existe una deuda pendiente tanto con la memoria de Antonio Machado como con una significativa parte del pueblo español. Pero, como he dicho, no es mi intención detenerme en aspectos de detalle de nuestro presente inmediato, sino, por el contrario, avivar el rescoldo de nuestra memoria histórica y depositar mi atención en lo que ocurrió en aquella fecha de 1966, así como extraer algunas reflexiones sobre el sentido del viejo homenaje frustrado. Volvamos, pues, nuestra mirada a aquella mañana de febrero, de la que por cierto fui un testigo más.

El homenaje en cuestión era uno más de la serie «Paseos con Antonio Machado», serie de homenajes organizada por una comisión de personalidades del mundo de la cultura española vinculadas con la oposición democrática al régimen político de aquellos años (Machado, no hay que insistir mucho en ello, se había convertido a lo largo de la postguerra, en un poeta-símbolo para

la sociedad española y, por tanto, en un objeto de disputa para las distintas tendencias ideológicas existentes; de ahí que coexistieran en más de una ocasión «dos» tipos de homenajes, uno de base oficialista y otro de base democrática, en última instancia igualmente políticos, tal era la situación histórica, tal era la sobredeterminación política que todo lo calaba). El hecho de que se eligiera Baeza como sede de uno de aquellos homenajes apenas si necesita comentario: Machado había vivido en dicho rincón andaluz de 1912 a 1919, ciudad a la que había llegado a los pocos meses de quedar viudo, llegada que se produjo, más que por una meditada decisión, por una necesidad lógica de abandonar las tierras castellanas tras el fatal desenlace. Sin embargo, y pese al carácter casual de aquel nuevo destino y pese a su inicial visión negativa del «poblachón» andaluz y de sus gentes, los años machadianos de Baeza constituyeron una de las etapas más productivas de don Antonio, cuantitativa y cualitativamente hablando. Por esta razón, Baeza es un lugar machadiano por excelencia que, con buen criterio, la comisión organizadora no olvidó. Así, lo expone Cesáreo Rodríguez-Aguilera en su libro *Antonio Machado en Baeza* (Barcelona, A. P. Editor, 1967): «'Paseos con Antonio Machado' se tituló el homenaje a celebrar en Baeza el día 20 de febrero de 1966. Se trata —dice la hoja de la convocatoria— de pasear con Antonio Machado —con su recuerdo vivo— por el mismo camino que, en sus años de Baeza, hacía casi a diario, tras las murallas viejas. De llegar con él —con su recuerdo vivo— hasta el punto en el que, acaso, se sentaba a contemplar, meditando, la tarde piadosa, cárdena y violeta, sobre el ancho paisaje. Y paseando con él —con su recuerdo vivo— en torno a Baeza, se trata, también, de acompañarlo en todos los pasos de su clara vida».

Este homenaje, en el que se iban a colocar algunas placas en distintos lugares machadianos de la ciudad y un busto en un estratégico lugar del Paseo de las Murallas y en el que, lógicamente, se iban a recitar algunos poemas de don Antonio, no pudo llevarse a cabo por prohibición gubernativa de última hora, tan de última hora que la interesante base monumental, proyectada por el arquitecto Fernando Ramón, ya había sido construida y se encontraba dispuesta para recibir el magnífico busto esculpido por

Pablo Serrano. La reacción oficial previa al homenaje tuvo distintas fases, sobresaliendo en un primer momento la subrepticia suspensión y la prohibición directa y violenta finalmente. Digo subrepticia suspensión, porque en los días anteriores al acto había aparecido en la prensa una supuesta nota de la comisión organizadora aplazando el homenaje por razones climatológicas, tal como expone A. Puig en el exordio del libro citado: «Si bien en Barcelona pudieron realizarse tal como estaban proyectados estos actos, no ocurrió lo mismo con el Homenaje en Baeza. En los días inmediatos a la fecha señalada se suscitaron problemas, discusiones, órdenes contradictorias que provocaron el desconcierto, tales como una nota aparecida en la prensa —que ciertamente no provenía de la Comisión Organizadora— anunciando la suspensión de los actos por razones climatológicas. Pero la organización, que no detuvo su marcha, pues no hubo suspensión oficial, hasta la misma mañana del día señalado, había logrado congregarse a muchos asistentes que se reunieron en Baeza. Se calcularon unos mil los que intentaron llegar hasta el lugar donde debía colocarse el busto de Machado en el bloque de cemento ya construido. Ni tan sólo aquel acto silencioso de la presencia de los que habían acudido a la convocatoria fue permitido, y todo acabó lamentablemente en un ambiente tenso y áspero».

Efectivamente, Baeza se fue llenando desde la tarde y noche del sábado 19 tanto de madrugadores asistentes al acto como de policía. A la mañana siguiente y pese a los controles de los accesos a la ciudad, un numeroso público iba y venía por las monumentales plazas de Baeza, esperando la tensa hora del comienzo del homenaje. La base monumental, un bloque de cemento abierto en sus caras, como he dicho, estaba preparada para recibir la pieza escultórica de Pablo Serrano, pieza que desde entonces ha sufrido un curioso exilio interior. A la hora del comienzo del homenaje, un inmenso público se agolpaba en los alrededores de dicho monumento. La policía apenas si esperó el tiempo necesario para desalojar sin violencia física al numeroso grupo de asistentes y cargó contra ellos. Hubo carreras, golpes y detenciones, o sea, los efectos propios de una brutal represión.

De este día nos ha quedado noticia poética —bien sabemos

cómo la literatura hubo de cumplir en más de una ocasión una función subsidiaria, informativa en este caso, durante estos años, dada la situación de las libertades en nuestro país— a través de un poema de Gabriel Celaya, asistente al acto y miembro de la Comisión de Honor del Homenaje, que publicó al año siguiente, 1967, en su libro *Lo que faltaba* y que tituló expresivamente «20-2-66» (en el mismo libro había publicado otro poema, «Versos de Baeza», en el que el tema central es la unión que provoca la figura de Antonio Machado). Leamos el poema:

*En la mitad de la calle, ya no queda nadie.
Son los Guardias de la Porra quienes la limpian y barren.
Todo el mundo se esconde en los portales,
y yo, como soy tonto, les pregunto: «¿Qué pasa?»
Dos amigos me cogen de golpe por la solapa,
me meten en un rincón, a empujones, y mal,
y me explican cosas raras en voz baja.
Es difícil de entender, porque no hablan en inglés,
y aunque citan a Machado, no emite la BBC.
Es difícil de aceptar, escondido en un portal,
que otros aguanten lo malo de la vergüenza mortal
mientras algunos, cobardes, nos tratamos de salvar
de los palos arbitrarios y el diluvio general.*

Pese a todo, no se logró arrancar de la memoria de los organizadores la futura celebración del acto. Ya en 1967, en el libro antes mencionado de Rodríguez-Aguilera, éste escribió: «El homenaje fue suspendido. Los organizadores nos hemos prometido que tenga lugar cuando sea posible, en la forma proyectada». Así, según parece, se va a realizar.

Ahora bien, como resulta obvio, no podemos perder de vista que, aunque el homenaje de hoy se ajuste al programado para 1966, las diferencias entre éste y aquel momento histórico son tan importantes que de alguna manera se nos va a escapar de las manos a un sector de los asistentes el sentido último de dicho homenaje. De ahí que la repetición «textual» del homenaje, como ya

he dicho, perfectamente legítima, pueda haber generado diversas reacciones.

Para comprender el sentido último del homenaje frustrado de 1966 (esta prohibición violenta alcanzó, pese a todo, un notable eco entonces y, es de suponer, unos efectos contrarios a los perseguidos por la prohibición en sí), no hemos de perder de vista que la sociedad española atravesaba un momento crítico, un momento de acelerada evolución en todos sus frentes, salvo en el aparato político del Estado a pesar de algunas medidas legislativas de todos conocidas. Este momento crítico está alcanzando por entonces a lo que se ha dado en llamar la «cultura de la resistencia», modelo de actuación cultural y política que fue inicialmente «respuesta» a la penetración directa del aparato político del régimen en todos los órdenes de la vida social y, consecuentemente, en el cultural. Pues bien, este modelo cultural, auspiciado por muchos de los asistentes a aquel homenaje —la prohibición gubernativa del acto muestra por sí misma esta realidad— y sometido a los vaivenes del posibilismo y de la urgencia política, comienza a dejar de tener la eficacia que en los años cincuenta había demostrado poseer y en este sentido empieza a ser cuestionado por sus propios productores. Por tanto, cabe suponer, lo que se pretendía reconocer en Machado entonces no era un Machado símbolo civil y símbolo de un quehacer literario, o al menos no lo era como en los años anteriores, ya que la ideología estética que había hecho suyo a Antonio Machado (como a Miguel de Unamuno) estaba entrando en una crisis ciertamente irreparable. El Machado que se invoca en aquel momento es más el Machado símbolo civil que el Machado poeta, o ambos al mismo tiempo pero desde posiciones bastante menos nítidas que las sustentadas hasta entonces: el momento era fecundamente contradictorio.

Tras esta apresurada recuperación de nuestra memoria histórica, sólo cabe preguntarse: ¿Qué homenajeamos hoy en Antonio Machado?

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO
(*Ideal*, Granada, 10 de abril de 1983).

VIAJE ALREDEDOR DE UNA CABEZA

La ciudad de Baeza (Jaén) celebrará a mediodía de hoy el homenaje al poeta Antonio Machado que fue prohibido por la fuerza el 20 de febrero de 1966. Se descubrirán placas en la fachada de la casa donde vivió el escritor, en el aula del instituto donde enseñó lengua francesa y en el paseo de Antonio Machado, así como la inauguración de un monumento con una cabeza del poeta realizada por el escultor Pablo Serrano. El autor de este artículo, testigo del frustrado homenaje, recuerda el ambiente y el desarrollo de aquella jornada (El País).

En un país distinto podría haber sido una excursión artística o un rito de devotos, íbamos, sin embargo, con el convencimiento de asistir a un acto de servicio. Y acabamos gritando entre los olivares las mismas consignas de reivindicación que en el *campus*, al menos, podía oír el rival y el desinteresado.

Yo recuerdo que en febrero de 1966, el mundo inmediato parecía poder descoyuntarse a cualquier hora, y no pocos teníamos la corazonada de una hecatombe próxima (literalmente, el sacrificio se estaba produciendo; para la algarabía aún tendríamos que esperar 25 meses); 1965 había sido un año clave para los estudiantes de mi generación, tan crucial para nosotros como 1956 lo fue para la que hoy nos precede en saber y poder.

El primer trimestre del curso 1965-1966 había dado lugar en Madrid a los más graves sucesos universitarios desde la anterior década, y no es fácil olvidar la desconcertante, y no del todo ingrata, sensación de *desafectos* que teníamos muchos de los estudiantes que íbamos a Baeza a participar en el homenaje a Antonio Machado.

Se acababa de expulsar ignominiosamente, entre otros, a los dos únicos profesores que en nuestra facultad de Filosofía y Letras atraían y convencían. Agustín García Calvo y Aranguren, y a la mayoría de los que habíamos participado en una masiva y tensa *encerrona* de protesta en la facultad de Económicas se nos había abierto expediente académico.

Como bastantes otros, yo estaba en febrero de 1966 en situación de *exclaustrado* de los recintos universitarios madrileños, y por eso, viajar a Baeza parecía no sólo un desafío más a los castigadores, sino la extensión geográfica de un estado de extraterritorialidad política.

Imagino que de aquellas jornadas de Baeza habrá reminiscencias muy distintas, según las circunstancias de cada peregrino. Las mías son así. El Club de Amigos de la Unesco fletaba autobuses para acudir al acto, y yo, en compañía del poeta Antonio Martínez Sarrión y de Terenci Moix, que a la sazón vivía una bullente temporada madrileña, viajé en uno de los que, saliendo de Madrid el sábado día 19 por la mañana, permitían pernoctar en Baeza antes del homenaje del domingo.

En el autocar me encontré con varios compañeros de la Complutense, y hubo cantos amortiguados y eslóganes durante el trayecto. Sarrión, que en aquellos días era vecino y comensal mío, viajaba poseído por una sensación, supongo que no menos desconcertante: la de ser funcionario público camino de un acto *ilegal*.

Terenci estaba taciturno, tocado con una hermosa boina; se había rapado la cabeza días antes, en un gesto de amor contrariado que había impresionado hondamente al destinatario de acción tan radical.

Confraternidad

Al llegar, a última hora de la tarde, a Baeza, anduvimos un buen rato por sus bonitas calles, observados, con una mezcla de curiosidad y presentida fatalidad, por los habitantes. Nosotros dormíamos en una pensión local, pero los más pudientes y los

maestros estaban en el cercano parador nacional de Úbeda, y allí acabamos yendo después de cenar.

Ese rato de confraternidad en el hermoso palacio restaurado fue para nosotros, sobre todo a la vista de lo que sucedió 12 horas más tarde, lo más emocionante y cálido del viaje. Sastre, Celaya, Moreno Galván, Raimon, por citar sólo algunos de los que entonces eran indiscutibles héroes de una lista civil de escritores y artistas, estaban en Úbeda y, de forma improvisada, se organizó una reunión en uno de los salones del parador, donde se recitaron poemas de ocasión y Raimon interpretó canciones cuyas estrofas todos conocíamos.

Creo que Gil de Biedma, en un bello poema referido a una concentración y personajes diferentes, expresa muy bien lo que sentimos los más jóvenes: «Predominaba un sentimiento de general jubilación. / Abrazos, / inesperadas preguntas de amistad / y la salutación de algún maestro / —borrosamente afín a su retrato / en la *Antología* de Gerardo Diego— / nos recibieron al entrar».

La mañana del 20, encapotada y gélida, disipó en parte el gozo de la noche anterior —antes de que lo hicieran del todo los porrazos—. Temprano se empezó a formar la comitiva en el centro del pueblo. Estábamos allí los que habíamos llegado —en autobús o en automóvil— el día anterior, ya que la Guardia Civil había acordonado los alrededores de Baeza, y los muchos vehículos que, desde Madrid, desde Alicante, Zaragoza o Bilbao, habían viajado por la noche para estar en el pueblo de mañana eran interceptados. Grupos dispersos de viajeros intentaron, a pie, reunirse con los que nos dirigíamos desde el interior de Baeza al sitio señalado para el homenaje: el camino rural, *tras las murallas viejas*, donde don Antonio solía pasear.

De hecho, el momento de más intensa participación colectiva de la jornada fue ese recorrido por las estrechas calles de Baeza, del que dan constancia las históricas fotografías que acompañan esta rememoración, fotos que, encontradas recientemente en un cajón de casa, creo haber tomado yo mismo. Se sabía que la Policía Armada había ocupado posiciones en el lugar del homenaje, y pocas esperanzas había de llegar a ver colocada la cabeza de bronce de Machado, esculpida por Pablo Serrano, que, se corría

en voz baja, había viajado a Baeza camuflada en el portamaletas de un coche.

Gritos y carreras

Pese a la diversidad de grupos *interiores* y *exteriores* y las dificultades de acceso, se fue formando una marea unitaria, que llegó finalmente a su destino. Un parsimonioso teniente de la Policía Armada mandaba las fuerzas que impidieron el paso y exhortaba a los *recalcitrantes* a dispersarse.

En el campo abierto, con la muda presencia de los árboles por únicos testigos, los consejos, primero; las secas amenazas, los gritos de rigor y, al fin, las carreras para huir de la *carga*, cobraron una dimensión irreal y de espanto. *Todo* podía suceder impunemente en aquel impasible paisaje.

La cabeza de don Antonio nunca apareció; la cabeza de los manifestantes recibió los golpes policiales, y hubo una desbandada. Vi trozos de pancarta en los bancales, y hasta un par de paraguas dejados en la carrera.

En el viaje de vuelta se cantó mucho menos. Algunos aún guardamos la postal con el dibujo que hizo Miró para anunciar el acto.

VICENTE MOLINA FOIX

(*El País*, 10 de abril de 1983).

BAEZA EN ANTONIO MACHADO: HOMENAJES

El recuerdo, a veces imborrable, es lo menos que se debe dar a un ser desaparecido ante el débito de la muerte. Por desgracia, a veces, ese recuerdo se ve implicado en unos intereses creados que no pasan de ser el orgullo hipócrita e intencionado de una sociedad preparada para hacer aquello que más conviene al interés del momento. Cabe un mal de fondo en muchas ocasiones que repercute en críticas asalariadas y en derechos premeditados. La verdad es que, cuando un ser deja de existir, sólo debe buscarse en él la parte positiva, la parte clara que motiva ese recuerdo que hace al hombre piense lo que deja a la Historia para aprender de un pasado; en este caso, cultura y sentimiento, inspiración y poesía.

Antonio Machado muere en Collioure, el 22 de febrero de 1939, hace 44 años, su vida, tránsito y movimiento de un lado para otro, Sevilla le ve nacer, Madrid por azar lo acoge, Soria inmortalizó su corazón partido por el amor y la muerte, Baeza es el remanso de paz espiritual para sus divagaciones poetizadas; Segovia, Madrid, Valencia, Barcelona, Francia, Collioure... y... la nada de un caminar mundano, de un caminar poético:

*Caminante, no hay camino
se hace camino al andar.*

Y, verdaderamente, hace su camino, camino literario, inmortal y sencillo, habla, piensa y escribe, con el corazón; en sus escritos va no la metáfora oculta que hace comprender a una sola «selecta minoría» como dijera Juan Ramón Jiménez. Machado escribe con el alfabeto dulce y sencillo para que lo entienda el pueblo,

para que lo entiendan los que sufren, aquellos que saben amar y aprender aún en su propio monólogo:

*Quien habla solo espera hablar a Dios un día...
...Y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
me encontraréis a bordo ligero de equipaje
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

Así ocurrió; ya hace 44 años que descansa de esta vida oscura y misteriosa. Sevilla pidió sus restos como hijo predilecto, Soria los reclama, Madrid los necesita para un panteón de personas ilustres, Baeza... es la más pobre, no tiene panteón ilustre, no es hijo de su suelo, no le unió vínculo de amor carnal, pero le brindó paz generosa y sosiego a su dolorido corazón y le ha brindado unos homenajes y recuerdos con sencillez y amor. Un monolito y una placa en la antigua Universidad, después Instituto, donde dio sus clases de francés. Un busto en un famoso Paseo de las Murallas por donde deambulaba y escribía:

*Campo, campo, campo,
entre los olivos,
los cortijos blancos*

.....
*Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

Busto que no llegó a ponerse y gentes de todos los confines vieron «un monumento» pero no vieron al poeta, vieron el símbolo, el motivo de un interés creado, donde el homenaje era el mito más que el amor por aquel hombre que decía:

*Ya conocéis mi torpe aliño indumentario,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.*

Poco aprendimos en esas fechas de sus versos, tan poco que si hoy viviera volvería a repetir, ya con metáfora: «Mi historia, algunos casos que recordar no quiero». Mas todo no es así, en varios homenajes donde se guarda, no el culto ni el fetichismo que alguien mal intencionado escribiera en un artículo de feria, sino amor al poeta.

Baeza, la Baeza que albergó a Antonio Machado siguió pausadamente sus homenajes; en julio de 1975 se instaló una placa conmemorativa en la casa donde vivió el insigne poeta, homenaje al que acudieron los admiradores de sus poesías, acto sencillo, sin fantasías, sin honores, quizás tal como él lo hubiera querido, dice así: *Aquí vivió el poeta don Antonio Machado Ruiz. El C.I.T. en el Primer Centenario de su nacimiento*. Allí está, un motivo, una oración, un lenguaje, el del recuerdo...

Siguieron otros. En el salón de actos de la Casa de la Cultura, unos niños dieron un recital asombroso, donde no estaba la materia ni el interés creado, estaba en la atmósfera sólo el recuerdo. Un aspirante a poeta, local, dio un discurso, en una mano el libro *Poesías completas* del poeta que hoy recordamos; y en la otra, unos poemas propios del vate local basados en la enseñanza de la herencia machadiana: una anciana interpretó al piano un concierto, el mismo que tocara Federico García Lorca cuando en una velada en Baeza, ambos poetas se conocieron y Antonio Machado deleitó a los contertulios con su tierra de Alvargonzález. El pequeño salón rebosante de gente, vio al poeta en un recuerdo emotivo, lleno de amor y sin materia. Distintos colegios siguieron la marcha dulce, sencilla y de recuerdo.

Unos juegos florales sucedieron. La prensa publicó un concurso en el nombre del poeta, hecho expresamente para recordar su labor en Baeza y por Baeza. Unos periodistas criticaron el acto, ¿justo?, muy posible, mas la intención de los promotores guiaba sólo una idea, «en recuerdo de Antonio Machado». «No se le vistió de largo», se le recordó en el fondo de algunos corazones. Pero León Herrera, convirtió un acto poético en un acto político: eran órdenes del momento.

Baeza está dentro de Antonio Machado, por doquier respira sus versos, porque son fruto de su atuendo; su campo espera otro

poeta que cante su hermosura, la de sus vegas, de sus lomas, de sus pechos...

*El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.*

No hace falta salir a las murallas para ver el Aznaitín y Mágina, están en sus poesías, en esa poesía hermosa y bella con que sabía poner el amor que sentía por la Naturaleza.

Hace años por esos días de febrero lluvioso y taciturno, viéndose ante uno de sus versos:

Presto a saltar el bardal,

le pediría a su hermano José un lápiz, y después de su muerte en el bolsillo de su viejo gabán unas notas, «Ser o no ser» del monólogo de Hamlet, unos versos imprimirían sus últimos «arranques» poéticos: «Estos días azules y este sol de la infancia».

Retornaba al vacío, iba en pos de su segunda infancia, de su abismo, de la intriga de la Historia.

...Y, llegó el día 10 de abril, la cálida luz del día y un poco calor de más, albergó al símbolo creado por Pablo Serrano y la cabeza de bronce ocupó su sitio. El sitio que merecía, para lo que había sido creada, y he aquí que miles de personas se congregan, aplauden, escuchan, ven, oyen al mítico Alberti, al arquitecto Fernando de Ramón y... Con una preparación al acto mal organizado por unas prisas inconcebidas y poco formales, tenemos ya, el símbolo en el fanal, en el «cubo», en el monumento que mira hacia los campos, mas... ¿Quién miró hacia él? De las multitudes... ¿Cuánto tanto por ciento ha leído su obra?

La reminiscencia aprieta, aprieta los sentidos, Baeza tiene su busto, mejor, su cabeza, pero, ¿a qué precio? ¿Se contó con el pueblo? No, no, no. La cabeza de Antonio Machado se ha puesto de prisa, muy de prisa, como queriendo disimular algo, como queriendo preparar algo. Ni un Javier Solana, ni un Leocadio Marín,

ni una, representación cultural bien enfocada. Catedráticos de Granada ¿Gallego Morell? Orozco Díaz... Nada más que prisas, muchas prisas y en las intervenciones cuatro voces leyendo terminan a la ligera una preparación de 17 años, acabándose en un momento, ni una semana cultural se antepone o postpone al acto. Creemos que en el mundo de las prisas este homenaje ha ganado la batalla; esperemos que la batalla humanística de Antonio Machado, aflore con su lirismo y el hombre se sienta, no el protagonista, sino el portavoz de su obra.

ANTONIO CHECA LECHUGA

(Jaén, 13 de abril de 1983).

ANTONIO MACHADO Y BAEZA: EL SENTIDO DE UNA CRÍTICA

«Antonio Machado y Baeza» se nos ofrece hoy como una esfera de atención crítica en apariencia suficientemente tratada —concédase a esta afirmación todo el valor relativo que el lector supone—, tal como puede desprenderse de la abundante bibliografía existente al respecto, bibliografía que recogí, describi críticamente o cité, según los casos, en el volumen *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica* (Baeza, 1983). No obstante, hay aspectos de este período poético y vital machadiano en los que no se ha hecho suficiente hincapié o a los que se ha deparado un tratamiento excesivamente parcial. Uno de esos aspectos es el sentido de la crítica que Antonio Machado realiza de Baeza y sus gentes.

En la introducción del volumen citado afirmaba, y repito ahora, que la estancia de Antonio Machado en Baeza provocó en él uno de los períodos más fecundos de su actividad literaria, bien como canto de un paisaje, bien como reacción en contra de una de las dos Españas, la España feudalizante, o bien en otras varias direcciones, descriptivamente hablando. Así pues, independientemente de su inicial visión negativa de Baeza, el contacto con ese trozo andaluz de la realidad española dio como resultado una producción a todas luces importante, reconocida como tal por la generalidad de los críticos de Machado. Ahora bien, una vez reconocido globalmente el sentido positivo que la estancia baezana del poeta provoca en su producción, es necesario dar entrada a la cuestión que nos trae aquí: el sentido de la crítica de Baeza efectuada por don Antonio, aunque no sin antes recordar brevisísimamente algunos datos biográficos suyos.

Así, baste saber que, tras la inesperada muerte de su joven es-

posa en Soria, Antonio Machado solicita traslado, concediéndosele la vacante de francés del instituto baezano. Allí lo encontramos ya en noviembre de 1912. Como es lógico vive un período muy delicado, del que da buena cuenta una serie de poemas escritos nada más llegar a la vieja ciudad, poemas que están presididos por el recuerdo de Leonor y Soria.

Su nueva vida andaluza, se puede imaginar, es monótona, lo que le proporciona la oportunidad de encerrarse en múltiples lecturas, de adentrarse en el campo de la filosofía, movido por un doble interés, por la filosofía misma y por conseguir el título de licenciado, única posibilidad que le queda de poder abandonar la ciudad y trasladarse a Madrid o a otro lugar próximo a la Villa, porque don Antonio no se siente bien en Baeza. Así, pues, realiza sus estudios universitarios como alumno libre de la Universidad de Madrid y, bastón en mano, asiste con cierto rubor a los exámenes de libres. Por supuesto, obtiene la licenciatura con resultados oficialmente brillantes e incluso aprueba las asignaturas del doctorado. Así pues, y tras los intentos de traslado a Alicante y Cuenca de 1915 y 1916, respectivamente, marcha a Segovia en 1919. Pero, y esta es la verdad, no se olvidó nunca de Baeza. Ese «poblachón», ese «rincón moruno», esa «ciudad chiquita como un dedal», le provocó, como ya he dicho, una importantísima producción literaria e intelectual. Así, y aunque la trayectoria vital por la Baeza de primeros de siglo está salpicada de apreciaciones negativas, dio en última instancia resultados muy positivos, porque en Machado se confunden trayectoria poética y trayectoria vital, tal como afirma su hermano José en *Últimas soledades del poeta Antonio Machado* (Soria, 1971): «Muchos se quejan de la falta de datos para hacer una biografía de Antonio, pero me parece que al decir esto no se han dado perfecta cuenta de la obra del poeta. Esta biografía está en la vida interior que él mismo nos presenta, ya que la persona y su obra es, en este caso, indivisible». No es casualidad por tanto que a raíz de su estancia en Baeza elabore sus mejores poemas sobre el tema de España. El choque de sus posiciones ideológicas, en las que tanto tuvo que ver la Institución Libre de Enseñanza, con esta cristalización de una de las dos España provoca en él una fuerte reacción. Pero no debe entenderse

su crítica en un sentido localista, no es Baeza exclusivamente lo que a él le preocupa, sino la ideología marcadamente feudalizante que domina entre buena parte de los habitantes de España, porque tras el extenso párrafo que voy a transcribir de su carta a Unamuno en la que se refiere a Baeza —la carta pudo ser escrita en 1913, según Aurora de Albornoz— dice textualmente, y lo adelanto: «Además, esto es España más que el Ateneo de Madrid». El texto en cuestión es el siguiente: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica y no hay un átomo de religiosidad. Se habla de política —todo el mundo es conservador—, y se discute con pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar algún juicio por jurados. Una población rural encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio. A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es infinitamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se escribe en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada suave, porque necesita uno la indignación para no helarse también. Además esto es España más que el Ateneo de Madrid».

Es curioso que tan conocido texto, cuyo sentido crítico es en su base el de los poemas de España, se ignore en numerosos artículos que tratan sobre el período baezano del poeta, artículos que fácilmente van cayendo en sucesivas evocaciones lírico-biográficas cuando no en una repetidísima cita de aquellos poemas, magníficos, en los que don Antonio toma como eje el paisaje de Baeza —el paisaje andaluz añadido precisamente a *Campos de Castilla*— como si estos poemas no tuvieran también su concreto sentido crí-

tico. Se equivocan, pues, quienes se han echado en brazos de estos poemas para ignorar a para contrarrestar así torpemente la abierta crítica planteada por otros textos poéticos y no poéticos, ofreciéndose de esta forma una inexacta imagen de lo que fue Baeza para nuestro poeta.

No voy a detenerme a analizar el sentido de la machadiana crítica abierta por razones de espacio y por intuirse sus líneas fundamentales. Sí lo voy a hacer, muy brevemente, del sentido crítico *oculto* de los poemas que cantan el paisaje de Baeza. Parto del principio de que el paisaje por sí mismo no es nada, ya que, más que la existencia de dos órdenes diferentes, uno natural y otro histórico, sólo existe una totalidad histórica en la que entra a formar parte lo que comúnmente llamamos naturaleza. Así pues, no es conveniente distinguir en última instancia dos tipos de textos que obedezcan a dos lógicas creadoras diferentes, ya que uno y otro grupo de poemas tienen una misma lógica histórica. Por eso, afirmo que el hecho de que Antonio Machado elabore unos poemas, en cantidad considerable, de este tema durante su período baezano, tiene también un indudable sentido histórico. Si don Antonio escribe los caminos blancos, las sierras de Cazorla y Mágina, el Aznaitín, los olivos, la tarde cenicienta, el agua en los cristales, el río Guadalquivir o, en otro sentido, pasea solo, esta producción literaria y actitud vital responden a la misma lógica en su raíz que los poemas del problema de España o la carta a Unamuno, parcialmente citada, porque en última instancia si el hombre y el poeta caminan cada tarde a solas camino de la encina negra se debe a un rechazo de su medio social, al igual que calla durante las tardes de lluvia tras los cristales de la ya desaparecida farmacia de Almazán. Esta es, pues, una —hay otras muy importantes también— de las razones de su atención al paisaje, atención que como he dicho no tiene una motivación estética, sino radicalmente histórica, como histórica es ya no sólo el origen de su atención, sino la misma mirada del poeta que en ese ancho paisaje ve surcos en la tierra, yuntas que aran y pardas sementeras. De ahí que cuando ya esté muy lejos de la noble ciudad andaluza, en Segovia, añore sola y exclusivamente el campo de Baeza y no a sus gentes, una nueva crítica a una de las dos España materializada en este

caso en Baeza. Me refiero a sus conocidos versos, a veces ingenuo colofón de tantos trabajos críticos sobre el tema:

*¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!*

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

(*Campus*. Revista de la Universidad de Granada, núm. Extra «Baeza», agosto de 1985).

ANTONIO MACHADO Y BAEZA: DEL RECHAZO A LA CONVERSIÓN

Son ya hoy muy numerosos los estudios que de forma única o parcial se refieren a la estancia de don Antonio Machado en la ciudad (1912-1919), hasta el extremo de que varios de ellos han merecido agruparse en un volumen conjunto de A. Chicharro titulado *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica* (1983). Otros varios forman parte de volúmenes relevantes en su bibliografía, como los de Manuel Tuñón de Lara (*Antonio Machado, poeta del pueblo*), Aurora de Albornoz (*Miguel de Unamuno y Antonio Machado*) o el de Ricardo Gullón y Allen Philips de la editorial Taurus, en la colección «El escritor y la crítica». También son fundamentales los capítulos que le dedican Pedro Cerezo y Bernard Sesé en sus conocidos libros. Con todo son los breves estudios de Rafael Láinez Alcalá, Jesús Pabón de Urbina, Francisco Escolano, Manuel Orozco, Miguel Pérez Ferrero, Juan Carlos Ortiz y Antonio Gallego Morell los que de forma más directa enfocan la etapa baezana de Machado.

De hecho ésta se inicia con la toma de posesión de su cátedra de Lengua francesa en el Instituto de Segunda Enseñanza. No falta en ellas la anécdota que había seguido a una terrible decepción sufrida por el poeta poco antes, pues éste suponía que el emplazamiento real de la ciudad era el de la conocida estación de ferrocarril del mismo nombre, cuando ambos núcleos distan 14 kilómetros, que en la época suponían un insufrible trayecto de casi tres horas en modesto tranvía. La decepción de Machado, que esperaba visitar Madrid los fines de semana con relativa frecuencia, gracias al ferrocarril, no pudo ser mayor. También la toma de posesión, como decimos, tuvo su anécdota, múltiples veces repeti-

da: anochece cuando el poeta se dirige a la vivienda del director del Instituto, sita en el mismo centro. Aparece la sirvienta —Gregoria— a quien pregunta por el señor director, y ésta, con voz sin matices, responde: «el director está en la Agonía». Nuevo mazazo para el ya desengañado catedrático. «Vaya por Dios ¡cuánto lo siento!», acierta tras el susto a musitar. Sin embargo, la joven deshace el equívoco: «No, si la Agonía es el lugar donde se reúnen, y lo llaman así porque los labradores que van a él —agoniosos— siempre se están quejando por la falta de lluvias». Don Antonio respira, por fin, con alivio. Toma posesión el primero de noviembre de 1912, ante el director don Leopoldo de Urquía, profesor de ideas krausistas, amigo de su familia, y el secretario, don Antonio Parra.

Hay que anotar que su traslado a Baeza no fue voluntario como pudiera creerse, sino que, tras la muerte de su mujer, Leonor Izquierdo, solicita la primera vacante que se produzca y fue ésta la de Baeza. Es probable también que su amistad con el director, profesor de Filosofía, como queda dicho, influyera en el giro que dio la vocación humanística de Machado hacia el campo filosófico en Baeza. Recordemos que en esos años profundiza sus conocimientos de esta materia e incluso decide darles validez académica, para lo cual periódicamente viaja a Madrid a examinarse, y obtiene la licenciatura ante un tribunal que presidía Ortega y Gasset.

Cuando Machado llega a Baeza tiene 37 años y 44 al marcharse. Su venida, —como a cualquier otro lugar— apenas fue un intento sin convicción de paliar el profundísimo vacío que la muerte de Leonor le produjo. Así lo dice en carta a Unamuno: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical, segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya... El golpe fue terrible y no creo haberme repuesto». Esta carta es probablemente de 1913; pero antes, incluso, había llegado a pensar en el suicidio, seguramente desvanecido por el éxito de *Campos de Castilla*, tal como confiesa a Juan Ramón Jiménez.

Lo que cada vez parece más claro a los críticos es que la etapa baezana de Machado es la más importante de su producción, por-

que en ella se consolidan los matices de su literatura anterior y se inician otros nuevos que tendrán repercusión esencial en su obra, seguramente aquellos por los que se le estima hoy como poeta de poetas. Nos referimos, claro es, a su enfoque del tema de España, al reflejo del paisaje andaluz, a la llamada «poesía filosófica», al inicio de lo que serán sus apócrifos, y al atisbo de su ulterior producción dramática —que comienza en la etapa baezana.

No obstante, el primer núcleo de poemas de esta época lo constituye la serie de versos elegíacos que recuerdan la ciudad de Soria y a su esposa muerta. Hay una poema, precisamente titulado «Recuerdos», en que parece despedirse de aquella tierra:

Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano

.....
en la desesperanza y en la melancolía

de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abrevia.

La vida de Machado en Baeza transcurre al principio con placidez y lentitud. El primer año reside en el Hotel Comercio —habitación núm. 15— donde aún se conserva una placa que recuerda el hecho: «Aquí vivió Antonio Machado. Año 1912». Pero su situación económica no le permitía tal dispendio y hubo de alquilar una casa donde residir con su anciana madre, doña Ana Ruiz, en la esquina del entonces llamado Prado de la Cárcel.

Así transcurre su «tiempo» en ese «pueblo triste» que él había evocado:

Hora de mi corazón;

la hora de una esperanza

y una desesperación.

El Instituto era su lugar no sólo de trabajo sino en cierto modo de desahogo. Sus alumnos (Rafael Laínez Alcalá, por ejemplo) lo han evocado con todo detalle. Se le veía pasar siempre con su traje negro y su paraguas aunque hiciese sol. Por las tardes asistía a las tertulias del farmacéutico Almazán, también profesor de gimnasia del Instituto. A veces se le observaba entristecido a través de las vi-

drieras del Café La Perla, ausente, sin hablar demasiado. Sólo de vez en vez, cuando algún contertulio, especialmente don Cristóbal Torres, le sacaba de sus casillas, acababa por exclamar: «Don Cristóbal, va a dar lugar usted a que le haga el salto del tigre». Sin embargo, este don Cristóbal, personaje —como dice F. Escolano— «atrabiliario y obcecado, inventor de fantásticas estadísticas que exponía en la tertulia, atribuyéndolas a imaginarias revistas, sempiterno discutidor y letrado sin prestigio», mereció el honor de que Machado le dedicara uno de sus mejores poemas: «Olivo del camino».

A la tertulia acudían también personajes muy singulares, como el profesor de dibujo don Florentino Soria, con el que don Antonio pasaba durante horas sin intercambiar palabra, o el catedrático de Geografía, don Mariano Ferre, con quien se sentaba muchas veces en el Casino de los Artesanos, sin hablar. Tal vez donde más se le oyó fue en su clase, y tampoco demasiado, según testimonian los alumnos, pues no pareció ser un profesor particularmente activo.

Además de los citados, acudían a la tertulia don José León, alcalde cuando gobernaban los conservadores, el médico Juan Martínez Poyatos, el concejal Manuel Olivera; por supuesto don Leopoldo de Urquía, catedrático y director del Instituto, el abogado don Emilio Fernández del Rincón, el notario don Pedro Gutiérrez Peña, casi seguro evocado en el poema «Hacia tierra baja», pues era gran tresillista. También acudían el registrador don Miguel Silvestre y el secretario del Instituto don Antonio Parra.

Como dice Francisco Escolano en su «Antonio Machado, en Baeza», mientras en la tertulia se discutía de política, Machado se entretenía en completar las barajas usadas —que de los cafés facilitaban al boticario para recoger con las cartas las pomadas de los almirces, convirtiendo los cuatros en cincos, los doses en treses, etc., mediante la agregación de figuritas que él pintaba. Así, cuando los contertulios improvisaban alguna partida de tresillo, los naipes siempre se hallaban a la mano.

Esta vida externamente pueblerina puede parecer prosaica. Machado tal vez pasó desapercibido en estos momentos en su valía como persona y como poeta. El pueblo sólo apreciaba de él

su amabilidad; pero cuando se ponía «raro» —dicen— se iba sin compañía por la carretera de Úbeda, andando, a tomar café y a comprar cerillas a aquella ciudad, para luego volverse. En principio, Baeza no lo quiso o supo entender, pero él sí evolucionó coherentemente respecto a la ciudad, su entorno y su paisaje humano, yendo desde una incomprensión y despego iniciales, manifiestos en su «Poema de un día», a una identificación con la circunstancia humana y el medio, en los poemas finales de esta etapa, según veremos. Comienza con el famoso:

*Heme aquí ya profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de rui señor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.*

En este mismo poema evoca la tertulia de Almazán: «Es de noche. Se platica / al fondo de una botica:/ —Yo no sé. / don José, / cómo son los liberales / tan perros, tan inmorales. / —¡Oh, tranquilícese usted! / pasados los carnavales, / vendrán los conservadores / buenos administradores / de su casa.»

Como se ve, sus primeros poemas son de rechazo, entre otras cosas porque todavía está vigente el recuerdo de Soria y Leonor. Machado no desea más que seguir anclado en su soledad que refleja el poema «Caminos»: «De la ciudad moruna / tras las murallas viejas, / yo contemplo la tarde silenciosa / a solas con mi sombra y con mi pena.»

Ese intimismo se dará también en todos los poemas que evocan el paisaje baezano, pues, aunque éste sea brillante y sensorial, contrasta —absolutamente siempre— con el sentimiento del poeta, expresado por los adjetivos o en la exclamación incontenible al final del texto. Después de haber evocado el paisaje agradable, con el río, los olivares o la luna, acaba por exclamar: «¡Ay, ya no puedo caminar con ella!». No hace falta más comentario.

También escribe otro grupo de poemas que podemos llamar

postmortem de Leonor; entre ellos «Soñé que tú me llevabas», escritos entre 1912 y 1913, amargos y entristecidos, aunque en algún momento aflora una tímida esperanza, que cifra en un progresivo acercamiento a Dios, a un Dios cristiano, íntimo y personal, muy raro en Machado. Eso mismo se ve en algunas cartas a Unamuno y, sobre todo, en la identificación imprecatoria y personalista con Dios de los famosos versos:

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

No hay duda, por esa insistencia (Señor, Dios mío) de que se trata de un Dios concreto, contrapuesto al mar, cuyo valor simbólico, muy discutido, debe ser identificado con todo lo malo, caótico y pesimista del mundo.

Sin embargo, como ya hemos afirmado en otro lugar, no fue Machado tan ajeno a los quehaceres de la ciudad, en su sentido más amplio, hasta el extremo de colaborar con cierta frecuencia en los periódicos y revistas locales. Y no me refiero al conocido artículo en *Idea Nueva* como homenaje a su primer aniversario, modernamente editado por la Universidad de Baeza (1984), sino a otros textos, menos conocidos, como el titulado «A una España joven» (*Diógenes*, 28 de julio de 1918), en que se manifiesta el profundo cambio del pensamiento machadiano. Es un poema en metros largos, que trata del tema de España, pero con una honda palpación por lo directamente vivido que le confiere personalidad incuestionable:

*Fue ayer; éramos casi adolescentes. Era
cuando montar quisimos en pelo una quimera,
mientras la mar dormía ahíta de naufragios.*

El poeta se evade, como siempre, a través del sueño (su gran tema) y de él surge la idea de una nueva España que por un ins-

tante parece recobrar su rumbo. Pero todo queda en un espejismo que le lleva a concluir negativamente:

*Y es hoy aquél mañana de ayer., y España toda,
con sucios oropeles de carnaval vestida
aún la tenemos pobre, escuálida y beoda,
más hoy de un vino malo: la sangre de su herida.
Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu ventura,
despierta y transparente a la divina lumbre
como el diamante clara, como el diamante pura.*

Hay un cierto optimismo en el último verso que aparece en algunos poemas machadianos de Baeza, donde, merced a la filosofía, supera el fondo de tristeza que le trae a esta tierra.

Pero ello no sucede siempre, ni es lo normal, sino que domina el tono de soledad, especialmente en aquellos poemas en que, tras evocar los campos de olivares polvorientos, el autor se ve caminando «sólo, triste, cansado, pensativo y viejo», por oposición a su vida alegre y esperanzada en los años del alto Duero. Esa emoción se percibe también en poemas como «Yo voy soñando caminos», «A José María Palacio», donde recuerda su vida anterior, o el Alto Espino, es decir, el cementerio donde yace el cuerpo yerto de Leonor.

Esta insatisfacción le lleva a no percibir más que valores negativos en sus primeros momentos. Así sucede en una famosa carta a Unamuno, donde dice: «Esta Baeza que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de Segunda Enseñanza, y apenas sabe leer un 30% de población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica que Soria y no hay un átomo de religiosidad». Machado no deja, pues, muy bien parada a Baeza en esta su primera visión. Soria le

parece más espiritual. No tanto por que lo fuera en realidad, sino porque allí dejó lo que a él realmente se lo hacía ver.

El aspecto formal de la religión en Baeza siempre le pareció un estado de superstición milagrera que nada tenía que ver con el Evangelio. Pero poco a poco va viendo la autenticidad, sobre todo en la realidad física de la tierra. Es el momento en que, sin abandonar el tema del tiempo ni del sueño ni del amor, enfoca una temática distinta: la filosofía cordial, que él ve en Unamuno, o la incipiente penetración de la política en sus escritos que preludia lo que sería en otros tiempos. Incluso en la tertulia de Almazán participa algo más en las discusiones. Pero es el paisaje de Baeza el que acaba por adueñarse de su retina complacida: los colores (pardo, gris, dorado) entran a formar parte de su paleta paisajista. Machado, ya desde las murallas, observa complacido al sembrador que echa la semilla en los surcos de la tierra, mientras las nubes cenicientas ensombrecen los grises olivares, y ya conoce e identifica las sierras de Cazorla y Mágina, el Aznaitín, los montes de Granada, etc. Es decir, se siente comprometido, con un medio físico al que no superpone el de Soria: es ahora el paisaje de Baeza autónomo, válido como objeto artístico *per se*.

En un tiempo relativamente corto se ha desprendido de las ligaduras del pasado, porque otro paisaje —el nuestro— tal vez más bello, ha ganado su sensibilidad. Aunque sólo fuera por esto la etapa de Machado en Baeza habría supuesto un gran avance en su lírica; pero también lo fue por la censura del señoritismo —en el sentido más negativo—. No era un problema de clase social o de casta el objeto de su censura, sino de un tipo de hombría degradada que nada tiene que ver con los cuellos planchados o las corbatas. El señoritismo más bien, como dice el propio Machado, se complace en ignorar —jesuíticamente— la insuperable dignidad del hombre. No cabe duda de que los acontecimientos históricos del momento (estallido de la 1.^a Guerra Mundial en 1914 o la formación de la Liga de la educación política) repercuten en el compromiso que su poesía adquiere en Baeza.

Y otra faceta más: la veta folklórica, que proviene de la influencia de su propio padre, don Antonio Machado y Álvarez, autor de una famosa recopilación de cantares, y de su tío Agustín

de Durán, compilador también de un romancero, que será decisiva en Baeza, aunque los libros en cuestión se publiquen después.

También se escribe aquí parte del cuaderno luego titulado *Los complementarios*, y una serie de versos incluidos en *Nuevas canciones* que inauguran la etapa de la asonancia y la rima pobre en Machado, de las cancioncillas tradicionales y proverbios, o los apuntes breves en forma de soleá o romancillo, como aquél que condensa en versos inolvidables la escena de la lechuza que entra en la catedral para beber del velón de aceite de Santa María e iba a ser espantada por San Cristobalón que termina con la apostilla, universalmente famosa: «Campo de Baeza / soñaré contigo / cuando no te vea.»

Y como elemento decisivo la plasmación en Baeza de los llamados apócrifos, que se publican muchos años después: *Juan de Mairena*, *Abel Martín*, y el nonnato *Pedro de Zúñiga*.

Puede decirse que la creación machadiana de esta época gira fundamentalmente en torno a cuatro facetas: 1) Profundización del tema de España en la línea noventayochista, pero con abundantes toques de originalidad. 2) Identificación con el paisaje andaluz baezano. 3) Iniciación y culminación de su llamada «poesía filosófica» y de los apócrifos como ulterior resultado, y 4) Comienzo de su compromiso político, que es aquí donde tiene su punto de arranque. Recordemos esos famosos versos que condensan la temática: «Poned atención, / un corazón solitario / no es un corazón».

Evidentemente la vida de Machado en nuestra ciudad no fue sólo eso; en la cotidianidad del hombre rutinario no faltó la huida hacia adelante, ante el incentivo de unos ojos candorosos o unos encantos físicos completos. Nos referimos, por un lado, a María del Reposo Urquía, una de las hijas del director del instituto, que comenzó a revolotear por sus versos, o a Francisca de la Poza, de la que apenas queda una leve alusión. Son ambas el comprobante de que Machado rompe en estas etapas con sus ligaduras del pasado y prepara el camino del vendaval Guiomar.

De todas formas, don Antonio en Baeza fue siempre el incomprendido que mira en derredor, pasea incansablemente, investiga y estudia desde el rincón moruno mientras contempla cómo se

hunden imperios y coronas «en la Hespéria triste / promontorio
occidental, / en este cansino rabo / de Europa por desollar».

DÁMASO CHICHARRO

(*Historia de Baeza (Historia, Literatura, Arte)*, Granada, Universidad
de Granada-Ayuntamiento de Baeza, 1985).

LA ENCINA NEGRA DE MACHADO, ASESINADA

*Y la encina negra
a medio camino
de Úbeda a Baeza.*

Es una estrofa de la canción dedicada por Antonio Machado a la aventurera lechuza alumbrada a Santa María, con beneplácito de ella y enfado de San Cristobalón.

Esa encina no era una fantasía de mera creación poética; existió realmente, a mitad del camino que conducía a Úbeda desde Baeza, con sus raíces bien hincadas en la tierra fértil y generosa de La Loma y su tronco multicentenario vio pasar ante él por lo menos ocho siglos de historia, sirviendo de protección desde mesnaderos castellanos a guerrilleros enfrentados a los cruceros napoleónicos, amén de trajinantes, buhoneros, pastores o simples paseantes, que por aquel camino iban de una a otra ciudad, haciendo una estadía de descanso al consuelo de la sombra derramada sobre el suelo por su ramaje de negro verdor.

Cuenta la historia cómo en el siglo XIII la linde entre Baeza y Úbeda era una dehesa cubierta de encinas, llamada «de los Cuellos», que por su importancia fue excluida de la comunidad de aprovechamientos de pastos, leñas y montaneras existente entre ambas ciudades por sentencia de Alfonso XI dictada el año 1341. En ella, al mismo tiempo, reguló su aprovechamiento ordenando la división del encinar por igual entre Úbeda y Baeza, para lo que dio encargo a don Juan, obispo de Jaén, prohibiendo la corta de encinas y la recogida de bellotas desde el 1 de agosto hasta diez días después de San Miguel. Dispuso también que del importe de

las multas impuestas a los infractores se destinara la mitad a la conservación de los muros de Úbeda o Baeza, según el lugar donde se cometiera el hecho.

Pasaron los siglos, se talaron las encinas y se roturaron los terrenos del encinar. Como testimonio de él sólo quedaron unas cuantas carrascas alrededor del Cortijo del Encinarejo y a unos pocos metros de la carretera, a la entrada del carril que a él conduce, quedó una encina sola y aislada, creciendo desmesuradamente y ganando grandes proporciones con el transcurso de los años.

Aún cuando en el deslinde de Baeza, hecho por San Fernando el 18 de mayo de 1231, en relación a Úbeda se dispuso que «cuando el Señor Nuestro quiera volver a Úbeda al culto cristiano, tengan sus términos como son en tiempos de sarracenos», el posterior acuerdo de Alfonso XI, mandando la división de la dehesa por igual entre ambos municipios, hizo que don Juan, el obispo de Jaén, trazara una linde sinuosa para dividirla por mitad, pasando por el camino de Clavijo hasta el camino de Úbeda y allí en dirección a ésta, hasta el carril del Encinarejo, donde situaba la encina, continuando su trazado por el Camino de San Antonio, hasta el Arroyo de Santo Domingo, deslinde todavía vigente y que al convertir la encina en hito mojonero obligaba a respetarla.

Situada la encina a mitad de las dos leguas existentes entre Úbeda y Baeza, llegó a ser refugio y descansadero de los caminantes que iban de una a otra ciudad. Uno de ellos fue don Antonio Machado, asiduo paseante entre ambas ciudades. Lugar convertido por él en sitio de reposo y meditación, a su sombra nacieron, mientras descansaba, sus versos dedicados a los campos de Baeza y al valle del Guadalquivir...

*Entre Úbeda y Baeza,
Loma de las dos hermanas:
Baeza, pobre y señora,
Úbeda, reina y gitana.*

Desde allí recuerda los hipotéticos corros ubetenses:

*Cerca de Úbeda la grande,
cuyos cerros nadie verá,
me iba siguiendo la luna
sobre el olivar...*

pero no puede olvidar la encina, su encina, y termina la estrofa:

*y en el encinar
la luna redonda y beata
siempre conmigo a la par!*

En definitiva, con el paso del tiempo ese hermoso árbol se convirtió en testigo viviente del paso de Machado por estas tierras y musa inspiradora de muchos de los versos a ellas dedicados.

Pues bien, este año, cuando pasaba por el camino de Baeza a Úbeda, en mi vuelta definitiva a las tierras de La Loma, la he echado de menos. La encina ha sido talada, ha desaparecido y en su emplazamiento, pedruscos y terrones esperan ser cubiertos por vil asfalto, para mejora del carril del Encinarejo.

No ha habido una queja, una lamentación, una protesta por ese alevoso atentado a la historia, a la naturaleza, al paisaje y, sobre todo, a la cultura, hoy que tanto se alardea de machadismo, cada dos por tres. En silencio y en la mayor impunidad, la encina del poeta ha sido exterminada.

Es verdaderamente inconcebible que esa pregonada admiración por Machado quede muda y sorda ante la reciente destrucción de los testimonios vivos y reales de la estancia de don Antonio en Baeza. Primero, y no hace tantos años, desapareció la farmacia de don Adolfo Almazán, en cuya rebotica tuvo su tertulia, conservada con religioso fervor en su primitivo estado por el farmacéutico sucesor de aquel don Sotero Baras; ni siquiera hubo quien se preocupara de conservar, por lo menos, un testimonio gráfico de ella.

Ahora ha sido la encina negra. Nos estamos conformando con azulejitos conmemorativos y nominaciones de homenaje. Pero los testimonios vivos, las reliquias reales de su vida, los estamos dejando morir en la más fría de las indiferencias. Da la sensación de

que nos acordamos de Machado sólo cuando el recuerdo viene acompañado del oropel y el protagonismo propagandístico. Y él, tan modesto y silencioso como era, ¿qué pensaría de ésto? Seguro que si viviese volvería a buscar la sombra de su ya inexistente encina, para contemplar, sin otra compañía que las esquilas de un rebaño o la tertulia sentenciosa de un campesino, «los cachorros de Sierra Morena», «los cortijos blancos» o a «la lechuza volar y volar».

El silencio y el desamparo han presidido la agonía de este árbol heráldico y poético ejecutado con la pasiva complicidad de muchos o de todos nosotros. Pobre encina machadiana. ¿a quién hiciste daño para recibir tan triste muerte?

¡Baeza! ¡Baeza! Demuestra tu sensibilidad cultural y universitaria, tan aireada estos días, haciendo brotar otra encina en ese mismo sitio, como túmulo viviente de la vieja encina muerta. Así sea.

RAFAEL VAÑÓ SILVESTRE

(*Ideal*, 7 de septiembre de 1988).

MACHADO Y «UN NUEVO FLORECER DE ESPAÑA»

*Desde mi ventana
¡campo de Baeza,
a la luna clara!
¡Montes de Cazorla,
Aznaitín y Mágina!
¡De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena!*

Don Antonio Machado y Baeza. En el año 1912 se traslada el poeta a esta ciudad andaluza. Acaba de perder a su Leonor y en su deseo de alejarse de Soria solicita la primera vacante de profesor de francés que quede libre en un instituto. El 15 de octubre le conceden la de Baeza, a donde llega el 1 de noviembre. Tiene 37 años y le invade una imensa tristeza.

*Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*

De su paso por Baeza destacaré en esta ocasión, dos aspectos: su valoración del paisaje y su preocupación por «un nuevo florecer de España».

Valoración del paisaje, que él hace como nadie. Dándole vida. Humanizándolo. No quedándose en una simple contemplación

estética, sino situando en él, como verdadero protagonista, al hombre:

*Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos.
Y la encina negra,
a medio camino
de Úbeda a Baeza.*

Baeza, en su serenidad y armonía, aporta al poeta la calma, la belleza —frente a su casa tenía el solemne y bello edificio del Ayuntamiento, antigua Cárcel y Casa de Justicia —y una cierta paz de espíritu,

*De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
ya contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.*

Y todo ello hace aflorar aún más al filósofo que lleva dentro. Y hombre y paisaje se complementan. Ya no tiene el Duero, pero sí el Guadalquivir.

*El río va corriendo
por los alegres campos de Baeza.*

No tiene el Urbión, pero sí la Mágina y Cazorla. El poeta, el filósofo va a lo esencial, valora lo sencillo. Baeza la renueva. En sus tertulias en la botica de don Adolfo, en sus clases y con sus alumnos, en sus diarios solitarios paseos hasta Úbeda, va enriqueciendo su conocimiento del hombre al que siempre trata de comprender. Uno de sus alumnos de entonces, Rafael Laínez, recuerda así a su profesor de francés: «Todavía le recuerdo apoyado con sus dos manos en su cayada, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía, inmóvil, en la presencia ausente de una estatua viva».

«Llenos los ojos de lejanía». Tal vez el poeta soñaba «un

nuevo florecer de España». A este regenerar España se refiere cuando, desde Baeza, escribe en 1915 su poema y artículo homenaje a Francisco Giner de los Ríos.

La vinculación de Antonio Machado con la Institución Libre de Enseñanza nos obligaría a hablar de su paso por ella como alumno, junto con su hermano Manuel. Y, sobre todo, a su relación con los hombres de la ILE y a sus coordenadas vitales, marcadas por esos valores cuidadosamente cultivados desde la Institución.

Su formación esencial procederá de Giner —al que llama «alma»— y Manuel B. Cossío. Y cuando a Giner se refiere, concretamente en él el ideal de maestro, de hombre.

Por eso creo que, aunque sea brevemente, merece la pena repasar lo que del «maestro querido» escribe Machado pues, sin duda, puede ser punto de referencia también hoy. Porque no olvidemos que estos hombres intentarán regenerar el país a través de la educación.

Su modo de enseñar, dice Machado, era el socrático, el diálogo sencillo y persuasivo. El respeto lo ponían los niños o los hombres que el maestro congregaba en torno suyo. Estimulaba el alma de sus discípulos para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. Porque dice Machado:

«Lo que importa es aprender a pensar, a utilizar nuestros propios sesos para el uso a que están por naturaleza destinados y a calmar fielmente la línea sinuosa y siempre original de nuestro sentir, a ser nosotros mismos, para poner mañana el sello de nuestra alma en nuestra obra».

De la ciencia de don Francisco Giner pensaba, según nos recuerda Machado, que era una semilla que ha de germinar y florecer y madurar en las almas. Y «como todos los grandes andaluces» —y esta es una radiografía que Machado hace del auténtico andaluz— era don Francisco «la viva antítesis del andaluz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena».

Y valora en él aquello que tanto buscan los institucionistas: «carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, des-

deñaba el aparentar»: «se adueña de los espíritus por la libertad y el amor».

En fin, termina Machado, «toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura».

De esta manera Antonio Machado revive desde Baeza su propio ser y existir. Él había sido educado en la ILE en la tolerancia, en el antidogmatismo, en el amor a la libertad, y, como su maestro, sueña con un «nuevo florecer de España». Allí le conoce en 1916 un joven que gusta de su poesía, Federico García Lorca, que visitaba Baeza en una excursión. Desde allí conecta con Juan Ramón Jiménez, con Unamuno, con Azorín...

Es la de estos años la España de los Dato, Canalejas, de la huelga del 17... Es la Europa de la Gran Guerra.. y en ese contexto Machado, como los institucionistas quieren regenerar el país con la formación de hombres, buscando la intrahistoria (recordemos su atención a los romances, con Alvargonzález), intentando redescubrir la verdadera España a través del ser de sus tierras y a través del sentir de sus hombres.

Y Machado dedica desde Baeza, un 26 de febrero de 1915 esa preciosa poesía «A D. Francisco».

*¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he visto
entre vosotros: alma.*

*Vivid: la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
Ya hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba...*

Y pocos días después expresaba en prosa estas mismas ideas:

«.. Y hace unos días se nos marchó, no sabemos dónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente —perdonadme esta fe un tanto herética— sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos...».

Antonio Machado no se ha ido, se quedó entre nosotros, tal vez para que mantengamos vivo ese deseo de un permanente «florecer de España».

LUIS PALACIOS BAÑUELOS

(*Cuadernos del Sur* (suplemento de cultura del diario *Córdoba*), «El número cien», 9 de febrero de 1989).

UN AMOR EN TRES CIUDADES

Este otoño lluvioso estuve en Soria. Amarillean casi transparentes las hojas de los árboles con el agua. Soria pura, ciudad para poetas. Es obligada la vía sacra machadiana: calle de los estudios, el instituto, la audiencia, el claustro de San Juan de los Templarios, palmeral de entrelazado oriente bajo un cielo pétreo de borascas. Y el camino de la ribera del Duero —cuánto se ha repetido la «curva de ballesta»— que va hacia la roca santuario del patrón San Saturio. Han crecido los álamos con las cifras acorazonadas de los enamorados hendidas en el tronco, que ya alcanzan la cruz de las ramas. Subo a las grutas del anacoreta. Entre la peña se ensambla la capilla barroca, florida de pinturas y tallas doradas. Leo en la cartela que sostiene un ángel: «El mejor paisaje es el hombre; la mejor melodía es la voz del hombre». No, la cita no es de Machado. Suena el órgano. El santero, camisa vaquera bajo el pardo hábito, enciende las candelillas de la devoción. Hay una boda.

Leonor es la novia de Soria. En los bares, en las confiterías donde se vende la dulce mantequilla soriana el retrato de la niña amada nos conmueve con su sonrisa familiar y feliz: las manos cruzadas sobre las rodillas, el fingido escote que cierra un pequeño adorno, el alto peinado dividido en «bandós», como una mariposa y funesta posada sobre la frente clara. Ella tenía quince años y él era un «sevillano triste» perdido en soledades, entre sueños de galerías con espejos:

*Desde el umbral de un sueño me llamaron...
Era la buena voz, la voz querida.*

Es casta, densa, simbólica la poesía de Machado; lo dijo Ortega, no Gerardo Diego como confundió Concha Espina. La castidad es un distintivo albo que aureola a algunos escritores de esta época, quizá avergonzados del burdel modernista: Unamuno, que despreciaba los sentidos, Gabriel Miró, de vida limpia y sensualidad frutal, Azorín ascético, Jiménez idealizado en el crepúsculo. El amor de Antonio por Leonor es también casto, denso, simbólico; se le ha llamado paternal. «Si la felicidad es posible», duda en una carta. Felicidad de la ternura, de la bondad, de la abnegación. Cuando la enfermedad llega la esposa-alma es sólo la niña desvalida que él sube hasta la ermita de la Virgen del Mirón. Abajo está la Soria de los doce linajes, las lomas azuladas, las agrias barranqueras:

¿No ves, Leonor, los álamos del río?

Leonor se desvanece como el flotante rayo de luna que es el amor, según imaginara otro «sevillano triste» por estos mismos parajes. La leyenda, los recuerdos de sueño, fiebre y duermevela apresarán para siempre el corazón del poeta que gira, como negra ave de tarde, sobre estas tierras caballerescas donde, en el campo-santo del Espino, se entierra, irreal, un amor:

¡El muro blanco y el ciprés erguido!

Juan Ramón Jiménez diría: «Machado, casi 'castúo' a lo Gabriel y Galán...».

«Después soñó que soñaba». Baeza, su frontería tantas veces de adalides —moricos, los mis moricos—, conventual y recatada en su ruina, que tuvo universidad y obispado y fue reino. Harapos y pereza junto al orgullo en escombros de almenas y palacios; callejas solitarias que bordean la caliza flamígera de un seminario; el laurel asoma entre la forja de hierro de una verja. Cuando paseamos por el Pópulo, junto a la fuente de los Leones, una monjita mañanera nos dice: «Mucho arte en Baeza».

Esta es la ciudad que acoge al malherido poeta. Tiene Don Antonio treinta y siete años. Nadie lo diría. Avanzando a pasos

renqueantes, apoyado en fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro... así lo recuerda su antiguo alumno Rafael Lainéz Alcalá: hay descripciones aún más deprimentes. Esa sombra bamboleante pasa junto a las Carnicerías Reales, la vieja Cárcel, las ruinas de San Francisco; parece que ya tiene los ojos cavados en piedra para no ver, como en el busto de Barral. Sale al campo y a veces el paseo se alarga hasta Úbeda, «reina y gitana», o se sienta bajo la encina negra del camino; allí le verán los arrieros, melancólico, ensimismado en la evocación de otros horizontes:

*¡Alta paramera
donde corre el Duero niño,
tierra donde está su tierra!*

Siete años pasa el poeta en su retiro rural. Población le llama. Las campiñas verdes, las serranías de nombres mágicos, los olivares a la luna clara, van endulzando el llagado corazón convaleciente. Un día de primavera, por la ciudad moruna, unos ojos incógnitos brillan tras el entornado postigo. Pensó que el tiempo para él no correría, pero el artero ensueño borra indeciso los rasgos de la lejanía amada fantasmal. Sus ojos ¿eran grises, glaucos? En el misterio de la reja en sombra flamean los ojos enjaulados: ¡Como esos!

Él siguió su camino, velando la añoranza de lo que se iba.

*Campo de Baeza.
soñaré contigo
cuando no te vea.*

«Era en una de estas ciudades de mi destierro que el sueño no precisa». Ahora es Segovia, dama alta en el asedio amoroso de sus ríos. Arcadas de San Esteban, puerta coronada de la Fuencisla, olmedas umbrías de los Carmelitas. Aspiramos el húmedo halago de las piedras centenarias y verdinosas. Se oyen tambores procesionales por el Azoguejo. Recuerdo la película «Orgullo y pasión».

«Mis otros amores sólo han sido sueños». La mutación del escenario para este tercer acto no cambia la trama ideal del entre-sueño. La aparición de la diosa tendrá lugar una noche de junio, por entre la arboleda que sube hasta el Alcázar. Guiomar, desde la espesura, le ofrece el agrídulce limón amarillo de su amor imposible, el afecto limpio y espiritual de una amistad sincera; comunión de almas —lo que menos descaba don Antonio—, y entrega total del poeta a una mujer que no olvida la diferencia de años. Adoración nocturna y casta. Si el amor de Leonor fue paternal éste es patriarcal y ella será para siempre la diosa, la santa, la mujer fuerte y, como las de la Biblia, cruel. El carácter sagrado de este amor llegará a la cima de la confusión cuando se publique como soneto religioso «Perdón, Madona del Pilar»; Guiomar erigida sobre el pilar hispano.

La monacal habitación de la calle de los Desamparados se entibía con una pequeña estufa. Unas ramas de romero traen el aroma de las tierras distantes. Todo parece dispuesto para una visita. Los amantes, separados por la distancia, se emplazan a una hora fija para mantener con el pensamiento un contacto suprasensible. El arrobó de los místicos, la suspensión de los sentidos. Telequinesia; es lo que ellos llaman «encuentros de tercer mundo». Fragmento de una carta de don Antonio: «aguardo tu visita anunciada de tercer mundo. ¿A la hora de siesta? El miércoles te sentí a mi lado. ¿Me sentiste tú?»

Así, en la soledad de su celda, no es extraño que el poeta escribiera:

*Todo amor es fantasía,
él inventa el año, el día...*

Su hermano Joaquín refiere: «Guiomar no fue nunca la mujer física sino la poética, como Dulcinea...»

Mujeres soñadas, la devanadera del ensoñar las fue alejando en el tiempo. Cuando el oleaje de la guerra salpica hasta los sueños de sangre, él empieza a ver claro desde las torres del olvido:

¿Cuál de las tres? Son una.

Se ha pretendido hurgar en esa espesa niebla: amor cortés, Onán, Edipo. El respeto nos impide traspasar la puerta donde, fuera, hay un hombre solo que lucha entre sus sueños. Como todos.

PABLO GARCÍA BAENA

(*Insula*, núms. 506-507, febrero-marzo de 1989).

MACHADO EN BAEZA

Yo quisiera recordar los años que pasó Machado en Baeza, que se suelen olvidar demasiado. Aunque había muchas cosas de la ciudad que no le gustaban, fueron años fecundos en su alma, como muestran sus cartas a Unamuno. Años de preocupación política y religiosa. A Unamuno le confiesa en una carta que el Evangelio no vive en el alma española, y menos en Baeza. A raíz de la muerte de Leonor, en esos años de tremenda soledad, Machado busca a un Dios que le salve de la desesperación y de la nada, agarrándose, como Unamuno, al clavo ardiendo de una fe liberadora de su angustia y su desesperanza. Pero Machado, que buscó siempre «a Dios entre la niebla», como nos dice en un poema de *Soledades*, acabó encontrándolo por caminos propios: el Dios personal de Juan de Mairena y de Abel Martín —sus complementarios— que tenía ya poco que ver con el Dios cristiano que buscaba Unamuno. El sentimiento religioso de Machado es fundamentalmente un sentimiento cristiano de fraternidad. Unamuno y Machado compartían la preocupación por el Cristo —especialmente vivo en el Machado de los últimos años— pero esa preocupación ofrece distinta vertiente en uno y otro. En Unamuno es el Cristo agonizante, el crucificado, el que le sirve de motivo inspirador de espléndidas páginas en verso y en prosa. Mientras en Machado es el Cristo vivo, el que vive y puede seguir viviendo —Cristo hombre— entre los hombres y salvarlos en vida por el amor: el Cristo que anduvo por el mar y que puede traerles el reino de la fraternidad. El cristianismo de Machado es, pues, un cristianismo más cercano al de Tolstoy, el cristianismo de las almas fraternas. Este cristianismo no lo encontraba Machado en

su país, y concretamente en la ciudad de Baeza, en la que —escribe a Unamuno— «no encuentro un átomo de religiosidad. Aquí no se puede hacer nada. Las gentes de esta tierra tienen el alma absolutamente impermeable». Este pesimismo de Machado le llevaba a aconsejar a la juventud hablar al pueblo y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y al pan, y promover la revolución, no desde arriba ni desde abajo sino desde todas partes, para que España despierte. Para entender al Machado de Baeza hay que leer y releer las cartas que desde allí escribía a Unamuno y que reflejan su pesimismo y su desesperanza en cuanto a la España que soñaba.

JOSÉ LUIS CANO

(*Zurgai*, Bilbao, julio de 1989).

NOTAS SOBRE ANTONIO MACHADO, BAEZA Y LA CRÍTICA LITERARIA

Medio centenar de trabajos, aproximadamente, han sido dedicados al estudio específico de lo que los historiadores de la literatura han denominado la «época de Baeza» de Antonio Machado, sin incluir en esa cifra todas las publicaciones que contienen referencias más o menos extensas a esos siete años que don Antonio vivió en la ciudad giennense¹. Porque, aunque la bibliografía

¹ Para este cómputo he tenido en cuenta la *Bibliografía machadiana (Bibliografía para un centenario)*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1976, pp. 190-191 (núms. 3.127-3.150, dos de cuyos registros corresponden a libros y el resto a artículos, casi todos publicados en la prensa diaria); y las referencias bibliográficas recogidas por Antonio Chicharro Chamorro en *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, Baeza, Universidad de Verano, 1983. Además de los trabajos que citaremos explícitamente, mencionaremos los siguientes a modo de selección bibliográfica sobre este periodo: ALBORNOZ, A. de, *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*, Madrid, Gredos, 1968, pp. 34 y ss.; ALBORNOZ, A. de, «El paisaje andaluz en la poesía de Antonio Machado», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 35-41 (publicado antes en *Caracola*, núms. 84-87, Málaga, octubre-diciembre 1959 y enero 1960); CAMPOAMOR, A., *Antonio Machado*, Madrid, Sedmay, 1976, pp. 85-110; CANO, J. L., *Antonio Machado (Biografía ilustrada)*, Barcelona, Destino, 1975, pp. 81-104; CHAMORRO, J., «Los Machado y el Guadalquivir», en *B. I. E. G.*, 26, Jaén (1960), pp. 9-32; CHAMORRO, J., «Antonio Machado en la provincia de Jaén», Jaén, *B. I. E. G.*, 1975 (3.ª ed.); CHICHARRO, D., «Antonio Machado y Baeza: del rechazo a la conversión», en *Historia de Baeza* (varios autores), Ayuntamiento de Baeza-Universidad de Granada, 1985, pp. 435-442; ESCOLANO, F., «Antonio Machado, en Baeza», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 23-30 (publicado antes en *El Español*, I. 3, Madrid, 14 de noviembre de 1942); FERNÁNDEZ, A., *Campos de Castilla. Antonio Machado*, Barcelona, Laia, 1982, pp. 57-66; LAÍNEZ, R., «Del nido Real de Gavilanes: el maestro de poetas, don Antonio Machado», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 17-18 (publicado antes en *Don Lope de Sosa*, 78, Jaén (1919), pp. 163-164); LAÍ-

existente «se ha centrado en nuestras fronteras casi exclusivamente sobre el primer período que se extiende desde *Soledades* hasta la primera edición de *Campos de Castilla* (1912), correspondiente a la época de Soria»², no existe estudio riguroso sobre el conjunto de la obra machadiana que no ponga de relieve la importancia de los años baezanos. En efecto, los estudiosos de su obra coinciden en resaltar la fecundidad de esta época, tanto desde el punto de vista de su creación literaria como desde el de su proceso de maduración intelectual. Una etapa que le llevará hacia una «poesía reflexiva y gnómica», como la ha calificado Jorge Urrutia³. Una poe-

NEZ, R., «Recuerdo de Antonio Machado en Baeza (1914-1918)», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 47-57 (publicado antes en *Acta Salmanticensia*, Serie de Filosofía y Letras, tomo XVI, y en GULLÓN R. y PHILLIPS, A. W. (eds.), *Antonio Machado*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 87-98); MACRÍ, O., *Poesie di Antonio Machado (Studi introduttivi, testo criticamente riveduto, iraduzione, note al testo, comment, bibliografía a cura di...)*, Milán, Lerici, 1969 (3.ª ed.), pp. 39-44; MANRIQUE DE LARA, J. G., *Antonio Machado*, Madrid, Unión Edit., 1968, pp. 65-76; MORALES, R., «Andalucía y el tiempo a través de los versos de Antonio Machado», en *El Español*, Madrid, 4 de marzo de 1944; OBREGÓN, A. de, «Machado en Baeza», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 58-60 (publicado antes en *ABC*, Madrid, 10 de octubre de 1963); PABÓN, J., «Machado y Baeza», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 19-22 (publicado antes en *Ayer y hoy*, 74, Baeza, febrero de 1926, y reproducido parcialmente en LAPUERTA, F. y NAVARRETE, A., *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)*, Madrid, Vassallo de Mumbert, 1969); J. PASQUAU, «Antonio Machado en Baeza», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 31-34 (publicado antes en *ABC*, Madrid, 17 de abril de 1959); PÉREZ FERRERO, M., *Vida de Antonio Machado y Manuel*, Madrid, Rialp, 1947; PÉREZ FERRERO, M., «En Baeza, con Antonio Machado», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 61-63 (publicado antes en *ABC*, Sevilla, 19 de febrero de 1966); PÉREZ ORTEGA, M. U., «Colaboraciones de Antonio Machado en la prensa de Baeza», en *B. I. E. G.*, año XXII, núm. 90 (diciembre 1976), pp. 107-114; PINEDA NOVO, D., «Antonio Machado exégeta del Guadalquivir», en *B. I. E. G.*, año XVI, núm. 66 (octubre-diciembre 1970), pp. 41-68; RODRÍGUEZ, C., *Antonio Machado en Baeza*, Barcelona, A. P. editor, 1967; SESÉ, B., *Antonio Machado (1875-1939). El hombre. El poeta. El pensador*, Madrid, Gredos, 1980, pp. 175-193; TUÑÓN DE LARA, M., *Antonio Machado. poeta del pueblo*, Barcelona, Nova Terra-Laia, 1976 (3 ed.), pp. 91-109. Agradezco al profesor Antonio Chicharro sus observaciones y comentarios sobre este trabajo.

² ORTIZ LOZANO, J. C., «El período poético machadiano de Baeza (1912-1919)», en A. Chicharro, ed. cit., p. 87 (publicado antes en *Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Granada, Universidad, 1979, tomo II, pp. 581-603).

sía escrita «de nuevo a solas»⁴, en unos años presididos por la meditación y que tiene en esa «serie espléndida de poemas de preocupación por el destino de España»⁵ una buena muestra del «momento creador sobresaliente»⁶ de Machado.

Sin embargo, la valoración de este período como especialmente productivo necesita algunas puntualizaciones. El mismo poeta nos dejó el balance de esos años en una carta dirigida a Federico de Onís, el 30 de diciembre de 1918: «El clima moral de esta tierra no me sienta y en ella mi producción ha sido escasa». Y, en verdad, un simple recuento de sus escritos corrobora esa afirmación: en siete años escribe una treintena de poemas, algunos más de poemas breves (casi todos recogidos en la segunda edición de *Campos de Castilla*, de 1917, y en *Nuevas Canciones*) y 37 hojas de *Los complementarios*. Para Sánchez Barbudo⁷, la causa del descenso de la producción poética durante su estancia en Baeza sólo encuentra explicación en el doloroso recuerdo de Leonor. En ese primer momento de aflicción y añoranza, más propicio para sentir que para transmitir esos sentimientos, dedica a su esposa y a Soria una docena de poemas intimistas que son considerados como los últimos del «poeta de Soria» y los primeros del «poeta de Baeza». Su camino poético, iniciado en el «subjetivismo idealista de sus primeras galerías del alma», se irá trazando desde ese momento con la presencia de la «objetividad y (de) la fraternidad como elementos sustanciales»⁸.

En los trabajos dedicados a la «época de Baeza» advertimos

³ URRUTIA, J., *Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. La superación del Modernismo*. Madrid, Cincel, 1980, p. 23.

⁴ «De nuevo a solas. Recuerdos. El filósofo escéptico» es el capítulo que Antonio Sánchez Barbudo dedica a los años 1912-1919 en *Los poemas de Antonio Machado. Los temas. El sentimiento y la expresión*, Barcelona, Lumen, 1981 (4.ª ed.), pp. 247 y ss.

⁵ CANO, J. L., «Prólogo» a *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)*, de Francisco Lapuerta y Antonio Navarrete, ed. cit., p. 1.

⁶ CHICHARRO, A., *op. cit.*, p. 13.

⁷ *Op. cit.*, pp. 268-269.

⁸ LUIS, L. de, «Antonio Machado ante la crítica», en *Ensayos sobre poetas andaluces del siglo XX*. Sevilla, Editoriales Andaluzas Unidas (B. C. A., 74), 1986, p. 26.

dos perspectivas críticas diferenciadas, además de un grupo heterogéneo de escritos impresionistas, anecdóticos o localistas, que nos presentan a Baeza y su entorno como lugares de singular «inspiración» poética para Machado. Estos dos puntos de vista citados son los que, rechazando las estériles discusiones entre estudios intrínsecos y estudios extrínsecos, podemos denominar como *esteticista* (el uno) y *regenerador* (el otro). El primero está atento sobre todo a los poemas paisajísticos y tiende al análisis desde una óptica purista, «con técnicas que excluyen toda contaminación anecdótica o huella extrapoética»⁹. El segundo pone el énfasis en los poemas que proponen la «regeneración» de la España de su tiempo. Y Baeza es *la imagen de España reflejada en el espejo* de sus poesías; un espejo que, como dice Juan Carlos Rodríguez, es «más que espejo de su tiempo, espejo para que nosotros leamos hoy a su tiempo»¹⁰. Evidentemente, Machado no se acuesta un día como «poeta de Soria» y se levanta al siguiente convertido en «poeta de Baeza». Machado llega a la ciudad giennense, como advierte Antonio Chicharro, con «un proyecto poético, una memoria histórica y unos materiales ideológicos que inconscientemente lo constituían»¹¹. Pero es allí, en Baeza, donde todos ellos se desarrollarán hasta tal punto que su obra posterior no puede ser entendida sin tener en cuenta los años que van de 1912 a 1919. En Baeza intenta acercarse de nuevo (aunque con distintos ojos) al paisaje andaluz; aquí renacerá, renovado, el tema de España. Y las contradictorias relaciones que mantiene Machado con Baeza tienen que ver, y mucho, con la dirección que sigue su obra en estos años.

Físicamente ya en Baeza, seguirá durante un tiempo ligado intelectual y emotivamente a Soria¹². Como ha señalado, entre

⁹ *Ibidem*, p. 28.

¹⁰ RODRÍGUEZ, J. C.. «Machado espejo de la realidad española». en *Letras del Sur*. núms. 3 y 4. Granada (mayo y agosto de 1978), p. 64.

¹¹ CHICHARRO, A., *op. cit.* p. 11.

¹² Antonio Gallego Morell advirtió esta especie de desazón personal de Machado: «No es sólo Leonor ni su recuerdo. Es la luz, es la montaña, es el estar siempre en otro sitio: en Soria, el limonero de Sevilla; en Baeza, el Moncayo, el Urbión, las cigüeñas imaginadas sobre los campanarios de la ciudad castellana».

otros, José María Valverde, el traslado de Soria a Baeza constituye «administrativamente, un paso atrás»¹³. El deseo de Machado parece que era, desde el 8 de agosto de 1912, estar cerca de Madrid. Pero Andalucía, esa Andalucía de su infancia sevillana que esperaba reencontrar, podía ser un «mal menor». Y Baeza, además, no está lejos de Madrid. Sin embargo, la elección de Baeza fue fruto, más que de la casualidad, de la confusión: José María Moreiro recuerda que Machado va a Baeza creyendo que la estación del ferrocarril se encontraba próxima al casco urbano (lo que le permitiría viajar más fácilmente), cuando en realidad distaban unas tres horas en tranvía¹⁴. A pesar de ello, no solamente solía visitar la capital de España, sino que intentó desde Baeza conseguir un nuevo traslado¹⁵. Las primeras impresiones de Baeza las encontramos en «Poema de un día»¹⁶: la ciudad es «un pueblo húmedo y frío,/ destartalado y sombrío,/ entre andaluz y manchego». En la primera carta que dirige a Unamuno desde Baeza escribe lo siguiente: «A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es íntimamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada nuevo, porque necesita uno la indignación para no helarse también». Nada parecía augurar, pues, que en este lugar pudiera Machado sobreponerse a la dolorosa experiencia de la muerte de Leonor y gestar «su concepto de la poesía como palabra en el tiempo, incorporando una temática realista y una com-

GALLEGO, A. «El aula de Machado en Baeza», en A. Chicharro, ed. cit., pp. 114-115 (publicado antes en *Ya*, Madrid, 22 de junio de 1980).

¹³ VALVERDE, J. M.^a, *Antonio Machado*. Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 105.

¹⁴ MOREIRO, J. M.^a, «Baeza de don Antonio», en A. Chicharro, ed. cit., p. 75 (publicado antes en *Ya*, Madrid, 19 de enero de 1975).

¹⁵ A Alicante «y, cosa más sugestiva, a Salamanca, con apoyo de Unamuno». VALVERDE, J. M., *op. cit.*, p. 105.

¹⁶ Fechado en Baeza (¿enero?) 1913. Citamos todos los poemas por la edición de sus *Poesías Completas* (prólogo de M. Alvar), Madrid, Espasa-Calpe, 1980 (6.^a ed.), p. 203. Sobre este poema concretamente véase SÁNCHEZ BARBUDO, A., *op. cit.*, pp. 270-280.

preñón de la otredad, del paso de lo individual a lo colectivo»¹⁷. Pero la soledad machadiana congenia con Baeza. Manuel Orozco escribió hace ya treinta años: «Son tristes estos pueblos, inmensamente tristes y desgarrados. Le venía bien esta clase de melancolía, este muro de pena que le cercara un día como una celda de prisión ideal. (...) Le venía bien a Machado esa soledad que en Baeza tiene señorío y presencia»¹⁸. Los primeros versos de «Camino» parecen confirmar la observación de Manuel Orozco: «De la ciudad moruna/tras las murallas viejas,/ yo contemplo la tarde silenciosa,/ a solas con mi sombra y con mi pena»¹⁹.

Luchando con su sombra y con su pena, Antonio Machado, como decíamos, intenta reencontrarse con una Andalucía que ya no será percibida del mismo modo: «En estos campos de la tierra mía, / y extranjero en los campos de mi tierra», confiesa en abril de 1913²⁰. Machado siente como extraña esta tierra, al menos desde un punto de vista intrínsecamente literario, porque sigue utilizando las mismas técnicas y no se aleja de su concepción poética anterior. Está en Baeza, pero sigue siendo el «poeta de Soria». Así, por ejemplo, en «Noviembre 1913» el paisaje andaluz es pintado y cantado, según Sánchez Barbudo, «del mismo modo que pintó y cantó, tres años antes, los (campos) de Soria»²¹. Sin embargo, no volverá Machado a frecuentar esta senda²² y será otra

¹⁷ URRUTIA, J., *op. cit.*, p. 7.

¹⁸ OROZCO DÍAZ, M., «Recuerdo de Antonio Machado en Baeza», en CHICHARRO, A., ed. cit., p. 45 (publicado antes en *Caracola*, núms. 84-87, Málaga, octubre-diciembre 1959 y enero 1960).

¹⁹ Publicado en *La Lectura*, en mayo de 1913. SÁNCHEZ BARBUDO, A., *op. cit.*, p. 250) sostiene que este poema «si no el primero, (es) uno de los primeros que escribió en Baeza. (...) Debió ser escrito (...), en noviembre de 1912, a raíz de su llegada a Baeza». Véase *Poesías Completas*, ed. cit., p. 195.

²⁰ *Poesías...*, ed. cit., p. 198. Poema fechado en Lora del Río, el 4 de abril de 1913. Véase SÁNCHEZ BARBUDO, A., *op. cit.*, pp. 260 y ss.

²¹ En la primera edición de *Poesías completas*, de 1917, el título es *Noviembre, 1914*. Véase el poema en la edición de *Poesías...*, citada en otras notas, p. 208; y SÁNCHEZ BARBUDO, A., *op. cit.*, p. 290.

²² Cuando residía ya en Segovia, Machado «debió hacer (...) un viaje a Córdoba, en el verano quizás de 1920. (...) Ahora, cuando ya no vive allí (en Baeza, en Andalucía), al volver, como si quisiera remediar una injusticia, quiere mirarlos de

Andalucía (otra España) la que va descubriendo, por esas mismas fechas, en Baeza: es ese hombre del casino provinciano, es Don Guido, es la España de charanga y pandereta la que observa y denuncia. En una carta que envía, posiblemente en 1913, a Juan Ramón Jiménez leemos: «Este régimen de iniquidad en que vivimos empieza a indignarme... *Desde estos yerros se ve panorámicamente la barbarie española y aterra*». En otra carta, dirigida a Unamuno en ese mismo año, afirma que Baeza «es España más que el Ateneo de Madrid»²³. Constituye, pues, Baeza un observatorio privilegiado para detectar la presencia de esa España que mira al pasado; y, más que al pasado, a la nada, al vacío: «el vacío/ del mundo en la oquedad de su cabeza», dice el poeta²⁴. A la melancolía sucede en ocasiones la indignación. En 1913 escribe: «Mi vida está más hecha de resignación que de rebeldía, pero de cuando en cuando siento impulsos batalladores»²⁵. A la descripción sigue la reflexión; Baeza se convierte en paradigma de España²⁶. Antonio Machado comprendió allí que «el mundo mismo, si le interesaba, era como escenario de la vida de los demás y de la propia»²⁷.

El ambiente baezano, frío y nada estimulante desde el punto de vista intelectual; la congoja por la muerte de su esposa; una vida cotidiana aparentemente apacible, repartida entre las mañanas en el Instituto donde enseña francés y literatura y las tardes dedicadas a pasear o a asistir a la tertulia del farmacéutico Almazán; las lecturas filosóficas (de Kant a Bergson), los estudios de fi-

otro modo, con más cariño. Quiere, pero no lo consigue». SÁNCHEZ BARBUDO, A., *op. cit.*, p. 370.

²³ Véase CHICHARRO, A. «Antonio Machado y Baeza: el sentido de una crítica», en *Campus*, Universidad de Granada, 1985, p. 7.

²⁴ Del pasado efímero, en *Poesías...*, ed. cit., p. 210.

²⁵ Nota autobiográfica que se conoció, en 1965, gracias a Vega Díaz, quien la publicó en *Papeles de Sons Armudans*. Véase LUIS, L. de, *op. cit.*, p. 30.

²⁶ A propósito de «Los olivos» (de 1917), pero que también puede extenderse a otros poemas, SÁNCHEZ BARBUDO, (*op. cit.*, pp. 294-298) afirma que «el disgusto que le producía mucho de lo que observaba en Baeza y en sus alrededores se convertía en preocupación por España» (cita en p. 298). Véase también ORTIZ LOZANO, J. C., art. cit., p. 107.

²⁷ VALVERDE, J. M., *op. cit.*, p. 127.

lososía en la Universidad de Madrid (con Ortega como uno de sus profesores) y la correspondencia que mantiene con Unamuno; la observación y las experiencias (vitales y estéticas) en la ciudad giennense... son circunstancias que ayudan a comprender mejor ese paso hacia la reflexión, que caracteriza a esta época. Si en Segovia encuentra Machado «una atmósfera amistosa y más animada y grata que la de Baeza»²⁸, en la ciudad andaluza «asciende a su plenitud la idea del tiempo»²⁹ y nace Juan de Mairena. Si en la capital castellana desarrolla su arte poética, en las 37 hojas que escribe en el cuaderno. *Los complementarios* durante su estancia en Baeza ya estaban presentes algunas ideas «que luego encontrarán lento y fértil desarrollo»³⁰.

No obstante, si seguimos la propuesta crítica que Juan Carlos Rodríguez hiciera en 1978, podemos considerar otra *línea de lectura*, basada en la *objetividad histórica* de los textos machadianos. Su práctica poética, para el profesor Rodríguez, «se sitúa en una coyuntura concreta del largo intento de la burguesía española por alcanzar su propia expresión ideológica a todos los niveles»; una lucha que «va ante todo dirigida contra el marco ideológico feudalizante (masivamente impuesto en el país) sobre todo a través de sus temáticas eclesiásticas y religiosas, etc.»; una lucha ideológica que producirá la escisión «en dos líneas paralelas, con la República: la tendencia pequeño-burguesa hacia el fascismo o la tendencia pequeño-burguesa hacia un 'populismo democrático' como ocurre con el Machado de la guerra». De acuerdo con esta concepción marxista, los años de Baeza suponen a la vez una profunda reflexión y un intento por «rellenar de sentido a esa historia que no la tiene, a esa oquedad inmensa» que es el futuro de España³¹.

En las notas de actualidad de la revista *Don Lope de Sosa*, en el volumen correspondiente a 1920, encontramos la siguiente noticia: «El ilustre literato y catedrático meritísimo del Instituto Gene-

²⁸ *Ibidem*, p. 145.

²⁹ DÍAZ-PLAJA, G., «Antonio Machado, en Baeza», en A. Chicharro, ed. cit., p. 70 (publicado antes en *Atlántida*, 23 (1966), pp. 541-545).

³⁰ VALVERDE, J. M., *op. cit.*, p. 129.

³¹ RODRÍGUEZ, J. C., *art. cit.*, pp. 62-64.

ral Técnico de Baeza, don Antonio Machado, trasladó su residencia a Segovia, donde fue destinado a virtud de concurso. Deja el señor Machado en Baeza, ciudad de culto ambiente, recuerdos inolvidables»³². No pienso que Antonio Machado estuviera de acuerdo con esa afirmación sobre Baeza. Pero de lo que sí podemos estar seguros es de que Baeza, su paisaje y su paisanaje, no sólo caló hondo en su experiencia vital sino sobre todo en su poesía comprometida con los hombres que desean una existencia más libre y solidaria. Por ello, entre otras razones, la obra machadiana sigue viva en sus lectores de hoy.

MANUEL CÁCERES SÁNCHEZ

(*Antonio Machado, hoy. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la Muerte de Antonio Machado*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1990, tomo III).

³² «Pues sabrás, Inés hermana...» en *Don Lope de Sosa. Crónica Mensual de la Provincia de Jaén (1913-1930)*, Jaén, Riquelme y Vargas Ediciones, 1982 (ed. facsimil), vol. correspondiente a 1920, p. 59.

APÉNDICE

ANTONIO MACHADO Y BAEZA. PERSONAJE Y ESPACIO
NOVELESCOS EN *NIDO REAL DE GAVILANES* (1931)

«Doña Catalina era bella y de atractivo singular. Casada, vivió honestamente, sin visitar estrado ajeno ni salir a la calle sino a su misa, que era en la iglesia de San Pablo, enfrente de la casa de Figueroa. El tiempo libre lo empleaba en ayudar a la limpieza, en hacer primoricos de bastidores y en la lectura de los libros que había heredado de su padre: el *Quijote*, la *Santa Biblia*, *Gil Blas de Santillana* y otros volúmenes de obras ascéticas y clásicas; pero, ni un solo libro de los modernos; y eso que doña Catalina soñaba con leer *Dulce y sabrosa*, *Realidad*, *Pepita Jiménez* y algunos más de los autores que Clarín elogiara con ditirambos en *Los Lunes del Imparcial*. Sucño imposible, desde luego, porque don Andrés reñiriala si malgastase sus ahorros en comprar noveluchos de a ciento en boca.

A los tres años de las nupcias alumbró doña Catalina y se murió de sobrepardo. Lloróla el viudo amargamente, mas se consoló, poco a poco arrobándose con el vástago, al que dio el pecho ama Gabriela. De acostumbrarse a contemplarla cuando tiraba de la ubre, sin patalear de susto ni dar berridos, sostenía su padre que el pequeñuelo era más valiente que el Cid; y no iba asaz descaminado, porque Gabriela en sus abriles —sostengamos esta premisa sin que se entere de ella Bartolomé—, adoleció de igual carátula, de idénticos bigotes e hinchados morros que en el declive de la edad.

Alonso apuntó desde púber como su padre no quisiera, pues fue sobrado revoltoso, derrochador e independiente. —¡La sangre de los Figueroa!— se lamentaba don Andrés porque él hubiera preferido que fuese apacible y modoso como la santa de su madre

—que también era Figueroa, aunque de distinta cochura. —o los ahorrativos *Galápagos*.

En el Instituto de Baeza se hizo bachiller fácilmente: que en el saber no tuvo límites y a todas las asignaturas se aplicaba con devoción. Estudió francés con Machado, el poeta taciturno de *Galerías*, por aquel tiempo catedrático, y le acompañó muchas tardes a pasear por las Montalvas. De él aprendió cosas sublimes nada concordantes con la cátedra que explicaba en el Instituto; por ejemplo: a amar el paisaje que, desde algunos sitios de las murallas desplegábase en la diáprura de sus profundos horizontes más allá del Guadalquivir, cantado en estos versos por don Antonio:

*El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.
Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir como un alfanje, roto
y disperso, reluce y centellea.
Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla,
niebla de otoño...*

Y a más de esto, le enseñó al doncel, sin alardes, a venerar los arquetipos de la arquitectura beaticense, deteniéndose con frecuencia ante algunas portadas de la Basilica; y en la extraña casa del Pópulo, erigida con materiales de la que fue ciudad de Cástulo; y ante la gótica fachada del palacio de Benavente que afeó la centuria decimonona, recargándolo con balcones y cristaleras de mal gusto; y frente al edificio que para cárcel —pétreo primor del siglo quince—, construyó el maestro Vandelvira, discípulo de Miguel Angel; y en el magnífico Instituto, con fastos de gloriosa Universidad que regentó como patrono el venerable Juan de Ávila; y en los escudos de infanzones, y en los joyeles platerescos, y en tanta y tanta maravilla como hacen de Úbeda y Baeza —las dos ciudades de la Loma—, relicarios de viejos siglos.

En horas libres del estudio, Alonsillo, contrariando la paternal economía, logró lo que su madre no consiguiera: comprar libros de autores universales y los más célebres de España, con los que, al propio tiempo que iba ganando cultura de hombre sin prejuicios, exaltaba su fantasía, acaso, más de lo prudente.

Ya bachiller, siguió estudiando con igual afán de sapiencia y fue a Granada a examinarse, y aprobó leyes, sin tropiezos. Después de sentirse hecho un hombre —sin que tales triunfos inteligentes envanecieran a su padre, que hubiere deseado para Alonsillo inclinaciones más oscuras, más apegadas a la tierra... de los demás—, vino el sosiego. Su mentor, el gran poeta de *Soledades*, marchará a enseñar versos gálicos y a martirizar sus botones a otro Instituto de Castilla; y no teniendo, sin Machado, partícipe de andanzas peripatéticas —pues Currito Salcedo y otros joviales camaradas de la niñez no hablaban más que despropósitos y eran ignorantes y majaderos—, prefirió agarrar su escopeta e irse con *Margallo* y, a veces, con el hosco Bartolomé, como cuando era mancebillo, a tirar a las cordonices, o al Sur, de liebres, que se cogen pegando palos en las eras, según expresión del manchego».

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

(*Apud* VALLADARES REGUERO, A., *Guía literaria de la provincia de Jaén*, Jaén, I. E. G., Diputación Provincial, 1989).

II. BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA (SELECCIÓN)

La importancia del período poético machadiano transcurrido en Baeza es algo comúnmente reconocido por la crítica, tal como ya he expuesto en otro lugar de este trabajo. Esta es la razón principal de por qué es muy frecuente encontrar, en los numerosísimos trabajos que se le han dedicado al poeta de la palabra en el tiempo, apresurada referencia o detenida atención a dicho período poético y/o a dicha circunstancia vital. Por este motivo, dar cuenta de todos y cada uno de los trabajos en los que de una u otra manera se hace referencia explícita a esta ciudad y a esta etapa poética, me llevaría a reproducir buena parte de los repertorios bibliográficos existentes hoy sobre el poeta, siendo tarea, más que inoportuna, propia de un nuevo trabajo, ya que en éste el campo de atención se limita, como se sabe, a los artículos específicos sobre el tema y, en la presente bibliografía crítica, a los folletos y libros también específicos sobre Antonio Machado y Baeza ¹.

¹ Para ratificar cuanto digo, el lector puede percatarse del tratamiento deparado a este tema en la bibliografía general sobre Antonio Machado a través de este simple botón de muestra: así, José Luis Cano en su conocida biografía de Antonio Machado, *Antonio Machado (Biografía Ilustrada)* (Barcelona, Destino, 1975; por cierto, editada en otra colección de la misma editorial: Destino libro, 1982, sin ilustraciones) dedica su atención a este período, entre las páginas 81 y 104. Lo mismo ocurre con el estudio biográfico de Miguel Pérez Ferrero, muy conocido también, del que reproduzco un artículo en este sentido, *Vida de Antonio Machado y Manuel* (Madrid, Rialp, 1947), en el que dedica un capítulo completo a la etapa baezana del poeta. Igualmente ocurre con la biografía de Antonio Campoamor González, *Antonio Machado* (Madrid, Sedmay, 1976), donde en el capítulo titulado «La tertulia. El campo. Intentos de traslado» se ocupa de estos años, pp. 85-110. El volumi-

Concretamente estos trabajos son tres, de los autores José Chamorro, Francisco Lapuerta, Antonio Navarrete y Cesáreo Rodríguez-Aguilera.

En el primer trabajo de Bernard Sesé, *Antonio Machado (1875-1939). El hombre. El poeta. El pensador* (Madrid, Gredos, 1980, 2 vols.), dedica también un capítulo en este sentido: Capítulo VI, «Soria, París, Baeza», interesando en nuestro caso las pp. contenidas entre la 175 y la 193. Oreste Macrí, el magnífico editor de la obra poética de don Antonio, tampoco ignora esta etapa en *Poesie di Antonio Machado (studi introduttivi, testo criticamente riveduto, traduzione, note al testo, commento, bibliografia a cura di...)* (Milano, Lerici editori, 1969³): «Baeza (1912-1919)», pp. 39-44. En su reciente edición machadiana, *Poesías completas* (V. «Bibliografía machadiana»), pp. 28-33, incluye este apartado. Del mismo crítico italiano y para las amistades baezanas de don Antonio, puede verse el artículo «Amistades de Antonio Machado» (*Insula*, 158). Asimismo el libro de Manuel Tuñón de Lara, *Antonio Machado, poeta del pueblo* (Barcelona, Nova Terra/Laia, 1976³ —la primera edición es de 1967) y, en él, el capítulo «Baeza. La realidad española», pp. 91-109, que tuvo su precedente en «Retour en Andalousie. Machado et la réalité espagnole», en: *Antonio Machado* (Paris, Pierre Seghers, 1960, Col. «Poètes d'aujourd'hui», pp. 53-68). También puede verse el artículo de José Chamorro, «Los Machado y el Guadalquivir» (*Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 26, Jaén, 1963, pp. 9-32); Julio C. Chaves, *Itinerario de Antonio Machado (de Sevilla a Collioure)*, Madrid, Editoria Nacional, 1968; José María Valverde en *Antonio Machado* (Madrid, Siglo XXI, 1975) dedica varios capítulos a esta etapa vital y a la producción del sevillano, pp. 102-144. Lo mismo ocurre con J. G. Manrique de Lara, *Antonio Machado* (Madrid, Unión Editorial, 1968), que titula uno de sus capítulos «Baeza», pp. 65-76. Una gran conocedora de la obra de Antonio Machado, Aurora de Albornoz, de la que reproduzco un artículo, se ocupa de este período en un apartado de su libro *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado* (Madrid, Gredos, 1968), concretamente titulado «Antonio Machado en Baeza», pp. 34 y ss. Un análisis de poemas de esta etapa podemos encontrarlo en *Los poemas de Antonio Machado (Los temas. El sentimiento y la expresión)*, de Antonio Sánchez Barbudo (Barcelona, Lumen, 1981⁴), en el apartado «De nuevo a solas. Recuerdos. El filósofo escéptico» pp. 247-343. Muchas e interesantes reflexiones se pueden encontrar en el libro de Antonio Fernández Ferrer, *Campos de Castilla. Antonio Machado* (Barcelona, Laia, 1982) y más concretamente en «La edición de 1917. Los poemas de Baeza», pp. 57-66. Ni que decir tiene, por otra parte, que en los estudios previos de diversas ediciones críticas de su obra, así como en numerosas antologías se alude a esta etapa baezana con relativo detenimiento. Son numerosos también los poemas que, escritos en Baeza y empapados de esa realidad, han sido objeto de análisis particular en publicaciones colectivas y libros de homenaje al poeta. Como puede comprobarse esta relación no tendría fin.

CHAMORRO LOZANO, José. *Antonio Machado en la provincia de Jaén*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1975³, 96 pp.

El trabajo de José Chamorro, que fue premiado por el Instituto de Estudios Giennenses, ha conocido varias ediciones hasta adoptar la forma definitiva del libro que comento, que fue nuevamente editado por dicha institución con ocasión del centenario del nacimiento del poeta. Inicialmente apareció en una publicación periódica del mismo instituto: *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 10, Jaén, 1958; y, parte de dicho trabajo, la segunda concretamente, «Antonio Machado en la provincia de Jaén. II: Campos los de Baeza...» en: *Paisaje*, 105, Jaén, mayo-junio-julio, 1958.

El libro se divide en los siguientes capítulos: I. «El andalucismo de Antonio Machado», II. «Campos los de Baeza...», III. «Una aula pequeña de la vieja universidad», IV. «Hacia 'el borbollón del agua clara...'», V. «Dos grandes motivos de inspiración». Incluye además una «Antología», que subtítulo «Poesías de Antonio Machado referentes a la provincia de Jaén o relacionadas con personas o cosas ligadas a sus tierras»; y, finalmente, una parte de «Documentación», donde ofrece siete ilustraciones y transcripción de la «Hoja de Servicios» de Antonio Machado, referentes a su expediente personal que se conserva en el Instituto de Baeza.

En el primer capítulo José Chamorro, aparte de ofrecer algunos conocidos datos de la biografía del poeta referentes a su nacimiento y origen familiar, sostiene la tesis del carácter andalucista de Antonio Machado, de su obra, partiendo para ello de una visión de Andalucía y del andalucismo anclada en el pasado, en una suerte de descripción impresionista. El segundo, «Campos los de Baeza...», da entrada a la biografía de Machado durante su período baezano, mezclando dichas informaciones biográficas con la evocación de la ciudad y con la interpretación personal que ofrece de los sentimientos del poeta frente a la ciudad y su paisaje. En el tercer capítulo se ocupa de la vida profesional del poeta y catedrático en el Instituto de Baeza, ofreciendo en esta ocasión algunos datos desconocidos que se refieren sobre todo al claustro del centro, a sus reuniones y otros detalles mínimos como horarios, cargos, tribunales de exámenes de los que formó parte, etc.

«Hacia el borbollón del agua clara...», capítulo cuarto, es donde José Chamorro, con ese mismo estilo crítico fuertemente impresionista y ofreciendo múltiples datos paralelos e interpretaciones de carácter histórico y geográfico, se ocupa del Machado viajero por otras tierras jiennenses: de Úbeda a Cazorra y su sierra, Quesada, etc. Finalmente, en «Dos grandes motivos de inspiración», trata del olivo y del río Guadalquivir como los elementos naturales principales que «llegaron a entusiasmar» a Antonio Machado.

La antología recoge, como ya he dicho, aquellas poesías de Antonio Machado que se refieren a Jaén en un muy amplio sentido. Así, recoge las siguientes: (XXI) «Otro viaje» (XXXII) «Poema de un día. Meditaciones rurales» (XXXIII) «Noviembre 1913», «Caminos» (De la ciudad moruna), «La saeta», «Los olivos», «Elogios» (Mariposa de la sierra), «Olivos del camino», «Apuntes» (I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX), «Los sueños dialogados» (fragmento), «Soldades a un maestro» (fragmento), «Proverbios y cantares» (LXXXVII), «Viejas canciones» (I, II, III, IV), «A la manera de Juan de Mairena. Apuntes para una geografía emotiva de España».

La documentación que ofrece, por último, es la siguiente: reproducción fotográfica del acta de toma de posesión de Antonio Machado del cargo de Vice-director del Instituto (1915), de la Real Orden de traslado a Baeza (1912), de un oficio del Ministerio de Instrucción Pública concediéndole aumento de sueldo (1915) y del acta de posesión de su cátedra de francés (1912). Además, transcripción de la «Hoja de Servicios» de Antonio Machado, fechada en Soria, el día cuatro de noviembre de 1912. El libro, por lo demás, carece de índices.

LAPUERTA, Francisco y NAVARRETE, Antonio, *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)* (prólogo de José Luis Cano), Madrid, Vassallo de Mumbert editor, 1969, col. «Siglo Ilustrado», 40 pp.

Tras el prólogo de uno de los mejores biógrafos de Antonio Machado, José Luis Cano, en el que destaca la importancia del período baezano del poeta y presenta el estudio en cuestión, éste

se ofrece dividido en tres partes: «Antonio Machado en Baeza (1912-1919)», «Baeza en los poemas de Machado» y, por último, «Baeza en la historia y en los tiempos de Machado». La publicación consta además de cuarenta y tres ilustraciones de diversos motivos: reproducción de algunos retratos de Antonio Machado (los de Álvaro Delgado, José Luis Verdes, Sáinz Ruiz); de un detalle del busto de Machado realizado por Pablo Serrano para el homenaje frustrado de febrero de 1966, que iba a tener lugar en Baeza precisamente, de dos documentos del expediente de Antonio Machado (Acta de toma posesión y «Hoja de Servicios»); de un mapa de Baeza y su comarca y de un plano de la ciudad; de monumentos, calles, paisajes y lugares machadianos de Baeza y de otras zonas jiennenses. La presencia de tan gran número de ilustraciones se debe al carácter de esta colección, de amplia difusión y editada en formato de revista.

La primera parte ofrece algunas informaciones y datos biográficos de la estancia de Antonio Machado en Baeza, poniendo especial énfasis en la jornada en que Federico García Lorca, joven estudiante universitario entonces, y don Antonio se conocieron (9 de junio de 1916). En esta parte, como en el resto del trabajo, estas informaciones se van ofreciendo inmersas en una evocación que los autores hacen tras haber recorrido físicamente diversos puntos de la ciudad vinculados estrechamente al poeta, lo que participa más del reportaje periodístico que de un estudio biográfico en un sentido estricto.

La segunda parte está dividida en tres apartados. En el primero de ellos, los autores se detienen en los poemas más importantes en que Machado se refiere expresamente a Baeza y su comarca; en el segundo, toman como objeto de su atención aquellos textos poéticos, también referidos a Baeza, pero escritos por Machado desde el recuerdo; finalmente y en este sentido último, se ocupan especialmente de los poemas que se refieren asimismo a los alrededores de Baeza, contenidos en «Apuntes para una geografía emotiva de España». Las citas poéticas y aun la reproducción de textos poéticos completos es muy frecuente en esta parte, constituyendo de alguna manera una antología o al menos sirviendo como tal. El comentario de los poemas por parte de los autores

está sustentado fundamentalmente en la paráfrasis, proyectando además en ellos su impresión de la ciudad o del paisaje en una suerte de vaivén del texto a la realidad —su visión de la realidad— y viceversa, como si intentaran demostrar al lector la «exactitud» de las apreciaciones poéticas machadianas de ese paisaje, de esa realidad.

La tercera parte, «Baeza en la historia y en los tiempos de Machado», se ofrece dividida en ocho apartados, titulados: «Antecedentes históricos», «La Universidad», «El paso de San Juan de la Cruz», «La Academia», «El Instituto», «Visión de Baeza por García Lorca», «Un artículo poco conocido que Machado publicó en Baeza», «Dos artículos de interés sobre Machado en Baeza». En el conjunto del trabajo esta parte tiene una función de documentar e informar al lector tanto de la ciudad como del poeta (no olvidemos el subtítulo del trabajo: «Evocación de la ciudad y el poeta»). Los cinco primeros apartados constituyen un resumen de la historia de la ciudad. En el apartado sexto, «Visión de Baeza por García Lorca», comentan y citan ampliamente un artículo del escritor granadino, «Ciudad perdida», que incluyó en *Impresiones y paisajes*. En «Un artículo poco conocido que Machado publicó en Baeza», los autores reproducen el artículo «Para el primer aniversario de *Idea Nueva*», que Machado elaboró para dicho periódico baezano en 1915. Finalmente, reproducen en el octavo apartado y de manera fragmentaria los artículos «Del Nido Real de Gavilanes. El maestro de poetas don Antonio Machado» y «Machado y Baeza», de Laínez Alcalá y Pabón S. de Urbina, respectivamente, artículos sobre los que vierten algún comentario (véase «Textos»).

RODRÍGUEZ-AGUILERA, Cesáreo. *Antonio Machado en Baeza* (Exordio por A. Puig Palau y fotografía de F. Catalá Roca), Barcelona, A. P. editor, 1967. 118 pp.

El presente libro consta de un exordio, de A. Puig Palau (el editor), y de tres partes fundamentales, tituladas respectivamente: «Un pasco con Antonio Machado», «Antología» y «Variantes de

las poesías seleccionadas». Se presenta además profusamente ilustrado, con un total de veinte y cuatro fotografías, de gran calidad, de motivos fundamentalmente jiennenses, del fotógrafo Catalá Roca.

En su introducción, A. Puig presenta y comenta el libro en cuestión, aportando algunos datos concretos relativos al frustrado homenaje que se le iba a tributar a Antonio Machado en Baeza, en febrero de 1966, siendo ésta su más original aportación.

La primera parte del libro, que contiene once apartados («El tren», «El pueblo», «La patria», «El hombre», «El amor», «La fe», «La muerte», «La guerra», «La poesía», «La sierra» y «Los partidarios») responde más a una labor de recreación literaria, verdaderamente original, que a una labor crítica en sentido formal y riguroso. Rodríguez-Aguilera, que se sitúa en un doble plano de identificación con el poeta y con el paisaje y ambiente de las tierras de Jaén, recoge el pensamiento de don Antonio sobre los temas más esenciales de su obra y ofrece una síntesis del mismo y un «retrato» del poeta, utilizando como vía crítica fundamentalmente el impresionismo.

La segunda parte es una antología de la obra de Antonio Machado relacionada con su período baezano (1912-1919), donde se recoge tanto parte de su obra poética como parte de su obra en prosa e incluso donde se da entrada a algunas cartas del poeta. Este es el contenido de esta parte: «En tren», «Otro viaje», «Recuerdos», «Caminos» («De la ciudad moruna»), «Caminos» («En estos campos de la tierra mía»), «A José María Palacio», «Poema de un día. Meditaciones rurales», «Noviembre 1913», «Del pasado efímero», «Desde mi rincón: Elogios», «Los olivos», «El mañana efímero», «España, en paz», «Una España joven», «Proverbios y cantares», «Proverbios y cantares» (de *Nuevas Canciones*), «Elogios. A don Francisco Giner de los Ríos», «Elogios. Mariposa de la sierra», «Los sueños dialogados», «Viejas canciones», «Apuntes y canciones», «A la manera de Juan de Mairena. Apuntes para una geografía emotiva de España», «Poesías sueltas», «Apuntes», «Heterogeneidad del ser. Apuntes para una teoría del conocimiento», «Fragmento de pesadilla», «Carta a Unamuno».

La tercera parte, muy breve, ofrece algunas variantes de las

poesías seleccionadas. Así, el poema de «Viejas Canciones» que comienza «En la sierra de Quesada», algunos poemas que se recogen en el libro de Concha Espina, *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, que contienen variantes en relación con los seleccionados de «A la manera de Juan de Mairena. Apuntes para una geografía emotiva de España»; y, por último, las variantes ofrecidas por Ricardo Gullón de los poemas I y III del conjunto anteriormente citado.

BIBLIOGRAFÍA MACHADIANA

EDICIONES DE LA OBRA DE ANTONIO MACHADO *

1. Ediciones en vida del autor

Soledades, Madrid. Imprenta de A. Álvarez, 1903, colección de la *Revista Ibérica*; Madrid. Imprenta de Valero Díaz, 1904.

[Se trata de la misma edición, tan sólo que distribuida a partir de 1904 por una nueva librería que cambia algunos datos bibliográficos.]

Soledades. Galerías. Otros poemas, Madrid. Librería de Pueyo 1907, Biblioteca Hispano-Americana; Madrid. Calpe, 1919², Colección Universal.

[El título a partir de la segunda edición es *Soledades, Galerías y otros poemas.*]

Campos de Castilla, Madrid. Renacimiento, 1912.

[A partir de la segunda edición, en el volumen de sus primeras *Poesías Completas* (1917), Machado introducirá nuevos poemas de su periodo baezano.]

Páginas escogidas, Madrid, Calleja, 1917; Madrid, Calleja, 1925².

Páginas escogidas, Madrid, Calleja, 1917; Madrid, Calleja, 1925².

Poesías completas (1899-1917), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1917.

Nuevas canciones (1917-1920), Madrid, Mundo Latino, 1924.

Poesías completas (1899-1925), Madrid, Espasa-Calpe, 1928².

Poesías completas (1899-1930), Madrid, Espasa-Calpe, 1933³; 1936⁴.

Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

La Guerra (1936-1937) (Dibujos de José Machado), Madrid, Espasa-Calpe, 1937.

* Ignoro en la presente bibliografía la obra teatral de Antonio Machado, escrita en colaboración con su hermano Manuel, así como los textos poéticos y artículos publicados en revistas y periódicos de la época. Pueden consultarse en este sentido las bibliografías que Oreste Macrí y Aurora de Albornoz incluyen en las ediciones de la obra poética y de la casi totalidad de la obra machadiana, respectivamente, citadas en esta bibliografía (en el caso de Aurora de Albornoz, la edición se hizo conjuntamente con Guillermo de Torre).

La tierra de Alvargonzález y Canciones del Alto Duero (Ilustraciones de José Machado), Barcelona, Nuestro Pueblo, 1938.

2. Ediciones posteriores a 1939 (Selección) **

Obras (Poesías completas. Juan de Mairena. Sigue hablando Mairena a sus discípulos. Obras sueltas). (Prólogo de José Bergamín), México, Séneca, 1940.

Poesías completas, (prólogo de Dionisio Ridruejo), Madrid, Espasa-Calpe, 1940⁵.

Obra poética (epílogo de Rafael Alberti), Buenos Aires, Pleamar, 1944.

Cuaderno de Literatura. Baeza, 1915 (prólogo y edición de E. Casamayor), Bogotá, Prensas de la Universidad Central, 1952.

Los Complementarios y otras prosas póstumas (ordenación y nota preliminar de Guillermo de Torre), Buenos Aires, Losada, 1957.

Poesie di Antonio Machado (studi introduttivi, testo criticamente riveduto, traduzione, note al testo, bibliografia a cura di Oreste Macri), Milano, Lerici Editori, 1959 [edición bilingüe, 1962²; 1969³].

Poesías de guerra de Antonio Machado (edición y estudio preliminar de Aurora de Albornoz), San Juan de Puerto Rico, Asomante, 1961.

Obras. Poesía y prosa (edición reunida por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Ensayo preliminar por Guillermo de Torre), Buenos Aires, Losada, 1964.

Campos de Castilla (edición de José Luis Cano), Salamanca, Anaya, 1964.

Soledades (edición, estudio y notas de Rafael Ferreres), Madrid, Taurus, 1968, col. «Temas de España»; 1977⁵.

Campos de Castilla (edición, estudio y notas de Rafael Ferreres), Madrid, Taurus, 1970, col. «Temas de España», 1977⁴.

Los Complementarios (edición crítica y facsímil, con transcripción de Domingo Yndurain), Madrid, Taurus, 1971.

Nuevos caminos y de un cancionero apócrifo (edición de José María Valverde), Madrid, Castalia, 1971, col. «Clásicos Castalia».

Antonio Machado. Antología de su prosa. I. Cultura y sociedad; II. Literatura y Arte; III. Decires y pensamientos filosóficos; IV. A la altura de las circunstancias. (prólogo y selección de Aurora de Albornoz), Madrid, Edicusa, 1970-1972.

Soledades. Galerías. Otros poemas (edición, prólogo y notas de Geoffrey Ribbons), Barcelona, Labor, 1975, col. «Textos Hispánicos Modernos».

Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo

** Me limito a señalar las ediciones críticas de mayor interés y, cuando no es así, las que contienen prólogos de significativa importancia. Para el conjunto de las ediciones póstumas, el lector puede consultar los trabajos que recojo en «Fuentes bibliográficas (selección)».

(1936), (Edición de José María Valverde), Madrid, Castalia, 1978, col. «Clásicos Castalia».

Los Complementarios (edición de Manuel Alvar), Madrid, Cátedra, 1980, col. «Letras Hispánicas».

Poesías completas (prólogo de Manuel Alvar), Madrid, Espasa-Calpe, 1981⁶, col. «Selecciones Austral».

La guerra. Escritos: 1936-1939 (colección, introducción y notas de J. Rodríguez Puértolas y G. Pérez Herrero), Madrid, Emiliano Escolar editor, 1983.

Poesías completas (edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini), Madrid, Espasa Calpe y Fundación «Antonio Machado», 1989.

Prosas Completas (edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini), Madrid, Espasa Calpe y Fundación «Antonio Machado», 1989.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

(selección)***

Aurora de Albornoz, «Bibliografía de Antonio Machado», en: *Obras. Poesías y prosa*, de A. M., *op. cit.*, pp. 989-1.043.

[Ofrece más de mil trescientos registros bibliográficos.]

Oreste Macrí, «Bibliografía», en: *Poesie di Antonio Machado, op. cit.*, 1969³, pp. 1.277-1.393.

[El primer apartado de esta bibliografía, «Fonti bibliografiche», ofrece quince registros en este sentido. La bibliografía completa se aproxima a las ochocientas entradas bibliográficas.]

Biblioteca Nacional, *Bibliografía machadiana (Bibliografía para un centenario)*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1976.

[Ofrece cerca de cinco mil registros sobre los hermanos Machado].

Oreste Macrí (con la colaboración de Gaetano Chiappini), «Bibliografía», en: *Poesías Completas*, de A. M., Madrid, Espasa Calpe y Fundación «Antonio Machado», 1989, pp. 247-422.

[El primer apartado de esta bibliografía, «Fuentes bibliográficas», ofrece veintitún registros en este sentido. La bibliografía restante pasa ampliamente de las mil entradas.]

*** Ante el elevado número de publicaciones que existen sobre la vida y la obra de Antonio Machado y ante la posibilidad de que el lector busque una u otra información, general o específica, etc., considero más conveniente ofrecer una selección de las fuentes bibliográficas que operar una selección de estudios, selección esta que, por otra parte, puede ser excesivamente restrictiva y, en más de un caso, inoperante.

LÁMINAS



Fotografía inédita del archivo Armando López Salinas. Fue tomada en Baeza, el 20 de febrero de 1966, cuando los asistentes al homenaje a Antonio Machado se dirigen por las antiguas calles de la ciudad hacia el lugar donde se iba a inaugurar el monumento dedicado al poeta de la palabra en el tiempo. Poco después comenzaría la brutal represión. De izquierda a derecha aparecen los pintores Ibarrola y Juan Genovés, así como Carmen Labra y Armando López Salinas.

LÁMINA II



Fachada de la Universidad, hoy sede del Instituto de Bachillerato y, en época estival, de la Universidad "Antonio Machado" de Baeza.



Puerta principal del Instituto de Bachillerato y Universidad
"Antonio Machado" de Baeza.

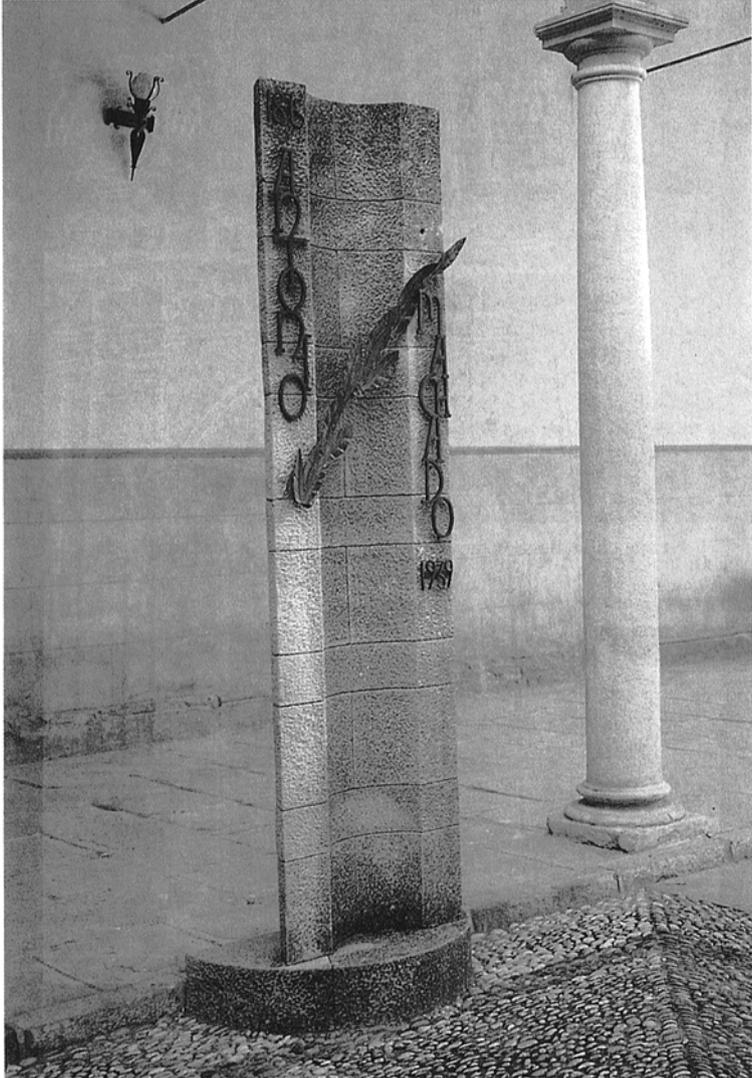
LÁMINA IV



Patio del Instituto. Al fondo, el aula de A. M.



Interior del aula que ocupada A. M. en el Instituto de Baeza.
Hoy se ha convertido en aula-museo.



“Monolito” dedicado a Antonio Machado (Patio del Instituto de Baeza).

LÁMINA VI



Una calle de Baeza. Al fondo, la torre de la Capilla de la Antigua Universidad.



Interior del Hotel Comercio, primer lugar de residencia del poeta en Baeza, en 1912, donde se encuentra la habitación que ocupó.



Placa conmemorativa colocada en la casa donde vivió A. M. en Baeza.



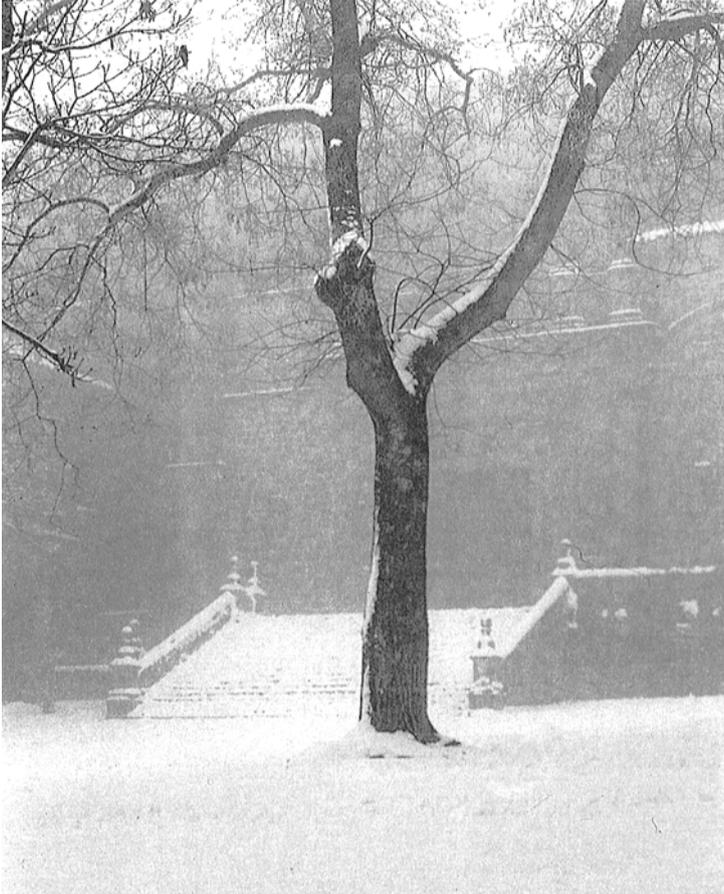
Paseo de las Murallas, hoy Paseo de Antonio Machado, en Baeza.
Al fondo, la antigua ciudad.

LÁMINA VIII



Campos próximos a Baeza, con la Sierra de Cazorla al fondo:

*Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.*
(CXXI, vv. 11-14).



Plaza de Santa María de Baeza tras una nevada. Al fondo, la Catedral.

*Heme aquí ya profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor),
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.*

(CXXVIII, "Poema de un día (meditaciones rurales)", vv. 1-7).

LÁMINA X



Cuadro de San Cristóbal en la Catedral de Baeza:

*Por un ventanal,
entró la lechuza
en la Catedral.
San Cristobalón
la quiso espantar;
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.*

*La Virgen habló:
Déjala que beba,
San Cristobalón.*
(CLIV, "Apuntes", III).



Puerta principal del desaparecido Casino de Artesanos de Baeza, donde tuvo lugar la velada literaria y musical en la que participaron Antonio Machado y Federico García Lorca, en 1916

LÁMINA XII



Valle del Guadalquivir, con Sierra Mágina al fondo:

*Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla.*

(CXVIII, "Camino, vv. 13-14).



Campo de olivos próximos a Baeza:

*¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!
¡El campo andaluz, peinado
por el sol canicular;
de loma en loma rayado
de olivar y de olivar!*

(CXXXII, “Los olivos”, I, vv. 1-8).

LÁMINA XIV



Fanal de hormigón donde se encuentra instalado el busto de A. M. en el Paseo de las Murallas, hoy Paseo de Antonio Machado, en Baeza.



Busto de A. M. instalado en el monumento dedicado al poeta en Baeza.
La pieza escultórica es de Pablo Serrano.

Índice

	<u>Página</u>
INTRODUCCIÓN.....	9
I. TEXTOS.....	17
RAFAEL LAÍNEZ ALCALÁ, Del nido real de gavilanes: el maestro de poetas, don Antonio Machado (1919).....	19
JESÚS PABÓN S. DE URBINA, Machado y Baeza (1926).....	21
FRANCISCO ESCOLANO, Antonio Machado, en Baeza (1942).....	29
JUAN RODRÍGUEZ ARANDA, «Ella» en la poesía de Antonio Machado. (Carta a Juan Pasquau) (1953).....	39
JUAN PASQUAU, Antonio Machado en Baeza (1959).....	49
AURORA DE ALBORNOZ, El paisaje andaluz en la poesía de Antonio Machado (1960).....	55
MANUEL OROZCO DÍAZ, Recuerdo de Antonio Machado en Baeza (1960).....	63
RAFAEL LAÍNEZ ALCALÁ, Recuerdo de Antonio Machado en Baeza (1914-1918) (1962).....	69
ANTONIO DE OBREGÓN, Machado, en Baeza (1963).....	81
JUAN PASQUAU, Parábola de San Cristobalón y la Lechuza (La ciudad de Baeza va a rendir un homenaje a Antonio Machado) (1965).....	83
MIGUEL PÉREZ FERRERO, En Baeza con Antonio Machado (1966).....	87
[El homenaje a Machado de 1966, según un testigo ocular] (1966).....	91
<i>Pueblo</i> , Antonio Machado, de todos (1966).....	95
<i>España Republicana</i> , Fue toda España quien gritó en Baeza: libertad (1966).....	97
C. LIZCANO, Negra fidelidad en Baeza (1966).....	99
<i>La Estafeta Literaria</i> , Baeza en las letras (1966).....	101

PEDRO ORTIZ ARMENGOL, Baeza en las letras (1966).....	105
GUILLERMO DÍAZ-PLAJA, Antonio Machado, en Baeza (1966).....	109
JUAN ANTONIO CABEZAS, Antonio Machado en Baeza (1966).....	117
JULIO CÉSAR CHAVES, Antonio Machado en Baeza (1966).....	121
DANIEL PINEDA NOVO, Antonio Machado exégeta del Guadalquivir (1970).....	131
ANTONIO CHECA LECHUGA, Al cumplirse el XXXV Aniversario de su muerte, recuerdo de Antonio Machado por estas tierras (1974).....	161
JOSÉ MARÍA MOREIRO, Baeza de don Antonio (1975).....	163
JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA, Recordación de Antonio Machado (1975).....	179
JACINTO LÓPEZ GORGÉ, Itinerario vital de Antonio Machado (1975).....	181
CARLOS MURCIANO, Por los caminos de Antonio (1975).....	183
ALBERTO SÁNCHEZ, Tres paisajes en la poesía de Antonio Machado (1975).....	187
MANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA, Colaboraciones de Antonio Machado en la prensa de Baeza (1976).....	197
JUAN CARLOS ORTIZ LOZANO, El periodo poético machadiano de Baeza (1912-1919) (1979).....	205
ANTONIO GALLEGO MORELL, El aula de Machado en Baeza (1980).....	235
INMACULADA DE LA FUENTE, La errante y azarosa vida de un busto de Machado prohibido hace quince años y arrinconado en un desván (1981).....	241
MANUEL ANGUITA PERAGÓN, Homenaje a Machado. (Baeza: 20 de febrero del 66 al 10 de abril del 83) (1983).....	247
ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO, Noticia de un homenaje (Baeza, febrero de 1966 - abril de 1983) (1983).....	251
VICENTE MOLINA FOIX, Viaje alrededor de una cabeza (1983).....	257
ANTONIO CHECA LECHUGA, Baeza en Antonio Machado: homenajes (1983).....	261
ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO, Antonio Machado y Baeza: el sentido de una crítica (1985).....	267
DÁMASO CHICHARRO, Antonio Machado y Baeza: del rechazo a la conversión (1985).....	273
RAFAEL VAÑÓ SILVESTRE, La encina negra de Machado, asesinada (1988).....	283
LUIS PALACIOS BAÑUELOS, Machado y «un nuevo florecer de España» (1989).....	287

PABLO GARCÍA BAENA, Un amor en tres ciudades (1989).....	293
JOSÉ LUIS CANO, Machado en Baeza (1989).....	299
MANUEL CÁCERES SÁNCHEZ, Notas sobre Antonio Machado, Baeza y la crítica literaria (1990).....	301
SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA, [Antonio Machado y Baeza, personaje y espacio novelescos en <i>Nido real de gavilanes</i> (1931)] (1989).....	313
II. BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA (SELECCIÓN).....	317
BIBLIOGRAFÍA MACHADIANA.....	327
LÁMINAS.....	333



UNIVERSIDAD DE GRANADA